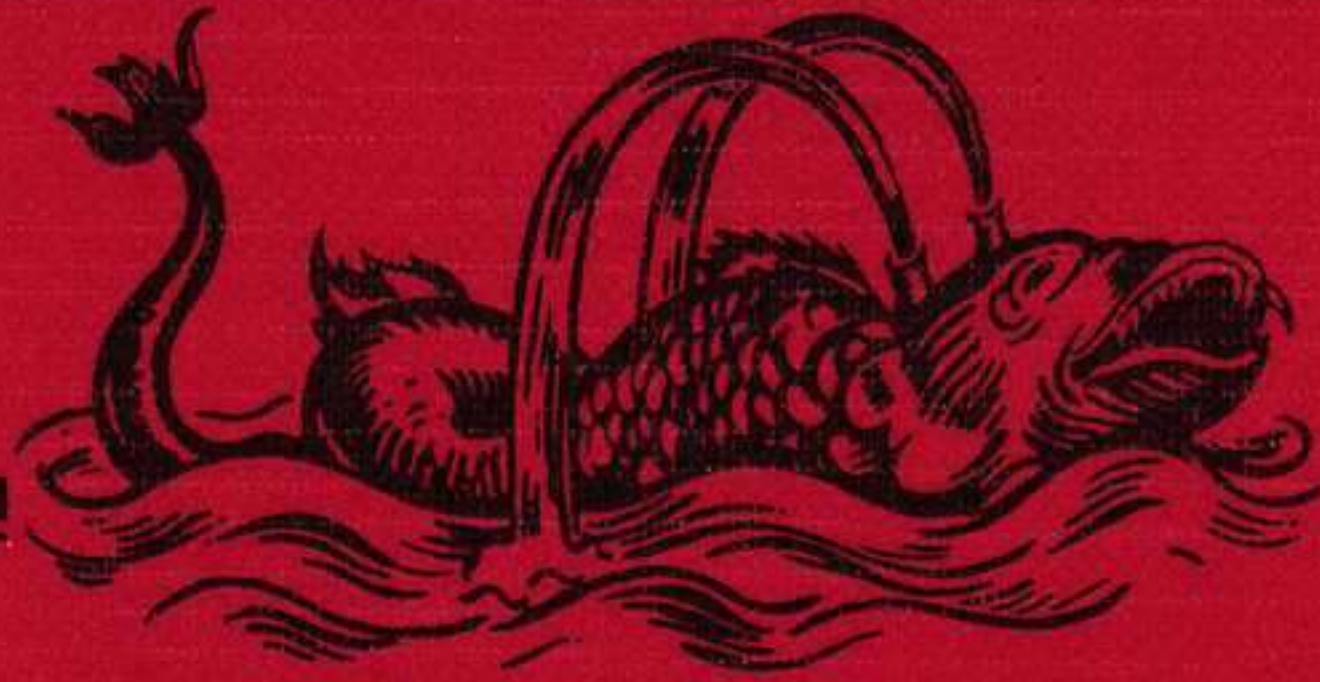


# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS



PRIMAVERA 1982

II EPOCA

N.º 7

**Ignacio Sotelo**

**POLONIA, LAS RAZONES DE UNA CRISIS**

**PARAMIO-REVERTE**

Los apoyos de un  
gobierno socialista

**PEREZ LEDESMA**

Tres modelos de lucha  
antiburocrática

**FERNANDEZ ORDOÑEZ**

La democracia necesita  
empresarios

**SALVADOR GINER**

El porvenir del  
socialismo

**TAMAYO**

Ernst Bloch  
y la muerte

**MOLAS**

Los socialistas catalanes  
en 1933

**FERNANDEZ-SANTOS**

La horda cómica

**NEEDHAM**

Entrevista







300  
el

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

## INDICE

Presentación	
<b>ACTUALIDAD</b>	
L. SORIANO. Política internacional	27
M. PÉREZ. Economía	31
M. SÁNCHEZ. Política	42
L. SORIANO. Política	51
M. PÉREZ. Economía	59
M. SÁNCHEZ. Política	60
<b>OPINIÓN</b>	
A. FERRASANTA. Eligen de la Junta cívica	71
<b>ANÁLISIS Y DEBATE</b>	
S. GÓMEZ. El porvenir del socialismo	83
A. TAMAYO. Eliza Baza afronta la guerra	93
<b>ENTREVISTA</b>	
JOSEPH NEWMAN	105
<b>NOTAS</b>	
F. PARRACOMBA. Linea y movimiento de la Escultura	107
L. MOLAS. Los intelectuales catalanes. La independencia (continuación de 1953)	111
<b>LIBROS</b>	
REYES MATE, ALBERTO. España. Poesías. (Traducción de J. M. MORALES)	115
MORAN, J. ANTONIO. MATE. (Traducción de J. M. MORALES)	117
LOS SOBRES Y CURSOS. (Traducción de J. M. MORALES)	121
<b>CINE</b>	
F. M. MARCO. Borsalino	123
<b>TEATRO</b>	
D. NIRO. La música de cámara	125

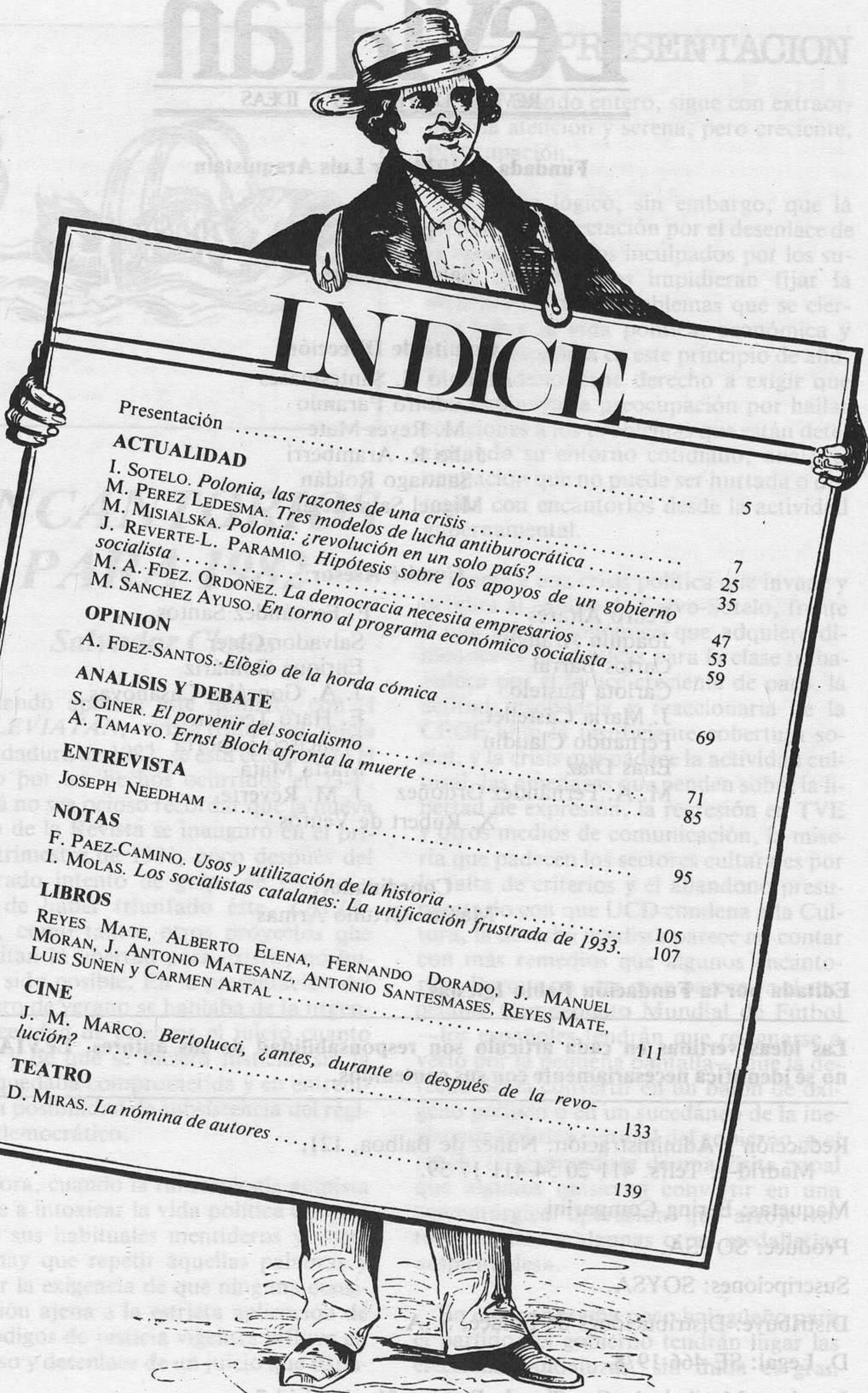


# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

11





# INDICE

Presentación .....	5
<b>ACTUALIDAD</b>	
I. SOTELO. <i>Polonia, las razones de una crisis</i> .....	7
M. PEREZ LEDESMA. <i>Tres modelos de lucha antiburocrática</i> .....	25
M. MISIALSKA. <i>Polonia: ¿revolución en un solo país?</i> .....	35
J. REVERTE-L. PARAMIO. <i>Hipótesis sobre los apoyos de un gobierno socialista</i> .....	47
M. A. FDEZ. ORDONEZ. <i>La democracia necesita empresarios</i> .....	53
M. SANCHEZ AYUSO. <i>En torno al programa económico socialista</i> .....	59
<b>OPINION</b>	
A. FDEZ-SANTOS. <i>Elògio de la horda cómica</i> .....	69
<b>ANALISIS Y DEBATE</b>	
S. GINER. <i>El porvenir del socialismo</i> .....	71
A. TAMAYO. <i>Ernst Bloch afronta la muerte</i> .....	85
<b>ENTREVISTA</b>	
JOSEPH NEEDHAM .....	95
<b>NOTAS</b>	
F. PAEZ-CAMINO. <i>Usos y utilización de la historia</i> .....	105
I. MOLAS. <i>Los socialistas catalanes: La unificación frustrada de 1933.</i> .....	107
<b>LIBROS</b>	
REYES MATE, ALBERTO ELENA, FERNANDO DORADO, J. MANUEL MORAN, J. ANTONIO MATE SANZ, ANTONIO SANTESMASES, REYES MATE, LUIS SUÑEN y CARMEN ARTAL .....	111
<b>CINE</b>	
J. M. MARCO. <i>Bertolucci, ¿antes, durante o después de la revolución?</i> .....	133
<b>TEATRO</b>	
D. MIRAS. <i>La nómina de autores</i> .....	139



# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

**Director:**

Salvador Clotas.

**Comité de Dirección:**

Antonio G. Santesmases  
Ludolfo Paramio  
M. Reyes Mate  
Julio R. Aramberri  
Santiago Roldán  
Miguel Satrústegui

**Comité Asesor:**

Pedro Altares	F. Fernández Santos
Joaquín Arango	Salvador Giner
Carlos Barral	Enrique Gomáriz
Carlota Bustelo	J. A. González Casanovas
J. María Castellet	E. Haro Tecglen
Fernando Claudín	Francisco Laporta
Elias Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. M. Reverte
X. Rubert de Ventós	

**Coordinador:**

Manuel Ortuño Armas

**Editada por la Fundación Pablo Iglesias.**

**Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos.**

Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 121.  
Madrid-6. Telfs. 411 20 54-411 17 59.

Maquetas: Bering Comparini.

Produce: SOYSA.

Suscripciones: SOYSA.

Distribuye: Distribuciones de Enlace, S. A.

D. Legal: SE-466-1978.

Imprime: Maribel, A. G. - Tomás Bretón, 51 - Madrid-7.





# ENCANTORIOS PARA 1982

*Salvador Clotas*

Cuando aparece este número, con el que *LEVIATAN*, revista trimestral, inicia su andadura de 1982, se está celebrando el juicio por los hechos ocurridos el 23-F. Quizá no sea ocioso recordar que la nueva etapa de la Revista se inauguró en el primer trimestre de 1981, poco después del frustrado intento de golpe de Estado y que, de haber triunfado éste, *LEVIATAN*, como tantos otros proyectos que necesitan la libertad para existir, no hubiera sido posible. En la presentación del número de verano se hablaba de la urgente necesidad de celebrar el juicio cuanto antes y de que se hiciera justicia, sin la cual quedaba comprometida y en entredicho la posibilidad de subsistencia del régimen democrático.

Ahora, cuando la rumorología golpista vuelve a intoxicar la vida política del país desde sus habituales mentideros y voceros, hay que repetir aquellas palabras y añadir la exigencia de que ninguna consideración ajena a la estricta aplicación de los códigos de justicia vigentes influya en el curso y desenlace de un juicio que Espa-

## PRESENTACION

ña, y el mundo entero, sigue con extraordinaria atención y serena, pero creciente, preocupación.

No sería lógico, sin embargo, que la justificada expectación por el desenlace de la causa contra los inculpados por los sucesos del 23-F nos impidieran fijar la atención en otros problemas que se cierren sobre la vida política, económica y cultural española en este principio de año. El ciudadano tiene derecho a exigir que no disminuya la preocupación por hallar soluciones a los problemas que están deteriorando su entorno cotidiano, una preocupación que no puede ser hurtada o distraída con encantorios desde la actividad gubernamental.

Frente a una crisis política que invade y debilita al equipo de Calvo-Sotelo, frente a una crisis económica que adquiere dimensiones dramáticas para la clase trabajadora por el índice creciente de paro, la actitud insolidaria y reaccionaria de la CEOE ante la insuficiente cobertura social, y la crisis que padece la actividad cultural, las amenazas que penden sobre la libertad de expresión, la regresión en TVE y otros medios de comunicación, la miseria que padecen los sectores culturales por la falta de criterios y el abandono presupuestario con que UCD condena a la Cultura, la derecha ucedista parece no contar con más remedios que algunos encantorios. Porque no otra cosa parece ya el respetable Campeonato Mundial de Fútbol —los españoles tendrán que resignarse a verlo por la pequeña pantalla— que la derecha desea convertir en un balón de oxígeno político o en un sucedáneo de la inexistente política cultural del gobierno, o el regalo tercermundista de una visita papal que algunos quisieran convertir en una taumatúrgica operación que arroje votos, indultos y algunas otras medallerías «espirituales».

En este panorama poco halagüeño para el partido del gobierno tendrán lugar las elecciones andaluzas, sin duda el gran



acontecimiento político de la próxima primavera, que puede hacer variar el calendario político si, como es lógico suponer, se confirman las buenas expectativas del PSOE de Andalucía y los temores de la UCD que preside doña Soledad Becerril, con todos los respetos otro de los encantorios, pero en menos, que la UCD ha sacado del crisol donde funde incoherencia e irresponsabilidad, indefinición y abandono. Encantorios con los que la UCD pretende sustituir las soluciones a problemas tan reales y acuciantes como los que sufren los ciudadanos de este país, y que ponen de manifiesto una penuria gubernamental cada vez más evidente.

\* \* \*

En diversas ocasiones se ha ocupado ya esta Revista de la evolución política de Polonia; con esperanzadas expectativas antes de la intervención militar, con preocupación y solidaridad con el pueblo polaco desde que el estado de guerra ha sustituido la esperanza por el miedo en aquél país. En el presente número, Ignacio Sotelo, con un extenso y documentado ensayo, escribe sobre los antecedentes y la situación actual del problema polaco, tema que complementan los trabajos de Manuel Pérez Ledesma y María Misialska. Ludolfo Paramio y Jorge M. Reverte,

Manuel Sánchez Ayuso y Miguel Angel Fernández Ordóñez desarrollan diversos aspectos políticos y económicos de la actual coyuntura española, siguiendo con la voluntad de esta Revista de dedicar una parte de cada número al análisis de la coyuntura actual en España.

Componen la sección de *Análisis y Debate* dos ensayos: una reflexión sobre el *Porvenir del Socialismo* a cargo del sociólogo Salvador Giner, y un análisis sobre la filosofía de Ernst Bloch, de Alfredo Tamayo. La *Opinión* es, en esta ocasión, la de Angel Fernández-Santos sobre la *hora cómica*.

Por segunda vez, *LEVIATAN* entrevista a un importante científico, Joseph Needham, que une a su personalidad de gran biólogo la de ser un hombre de vasta cultura y un estudioso de la historia y civilización china. Injustamente poco conocido hasta ahora por los lectores españoles, tiene, sin embargo, varias obras traducidas a nuestro idioma.

Las secciones habituales de *Notas* —bajo las autorías de Isidre Molas y Feliciano Páez-Camino—, *Libros*, *Cine* y *Teatro*, cierran este número de la primavera de 1982.



---

# POLONIA, LAS RAZONES DE UNA CRISIS

---

**Ignacio Sotelo**

---



**1**

---

Los acontecimientos ocurridos en Polonia, desde julio de 1980 a diciembre de 1981, en sus líneas generales, son bien conocidos. Una ola de huelgas, que comienza a primeros de julio en una fábrica de maquinaria agrícola en las cercanías de Varsovia, que se extiende a las ciudades más importantes del país, culminando en la segunda mitad de agosto en Danzig y en Stettin, consigue, tras dura y difícil negociación entre el comité de huelga y el gobierno, el reconocimiento de un derecho básico de la clase trabajadora: la organización de sindicatos independientes. El 18 de septiembre se funda en Danzig «Solidaridad», que es inscrito legalmente en el registro de asociaciones el 24 de octubre. Si en el momento de su fundación «Solidaridad» afirma tener tres millones de afiliados, a los pocos meses sobrepasa los diez, es decir, el 75 por 100 de los trabajadores polacos. El sindicato oficial («Związek Zawodowy»), que contaba oficialmente con trece millones y medio de afiliados, se autodisuelve el 25 de octubre de 1980).

---



Por vez primera un régimen comunista tolera la organización de un sindicato libre. Se inicia así un período de difícil coexistencia entre el aparato monolítico del partido y las organizaciones sociales que, como el sindicato, cuentan con un amplio respaldo popular. En una dinámica de negociación y de confrontación entre un Estado con vocación totalitaria y una sociedad que empieza a vertebrarse en asociaciones independientes, también por vez primera en la historia de un régimen comunista, un general en activo, Wojciech Jaruzelski, que, como ministro de defensa está a la cabeza de las Fuerzas Armadas, es nombrado Jefe del Gobierno (febrero de 1981), y poco más tarde secretario general del *Partido Obrero Unificado Polaco*, el partido comunista de Polonia (octubre de 1981), para terminar declarando el «estado de guerra» (diciembre de 1981), lo que lleva al Ejército a asumir todos los poderes.

Las contradicciones entre sociedad y Estado en la Polonia comunista encuentran una salida provisional en la dictadura militar. La «dictadura del proletariado», como la «dictadura de la burguesía» recurren, como último recurso, para mantener el poder establecido, al este como al oeste, dentro del imperio soviético como dentro del norteamericano, al ejercicio directo del poder, por encima de la propia legalidad, «*manu militari*».

A estas alturas no tiene ya demasiado sentido reanudar la vieja discusión sobre el verdadero carácter de los regímenes comunistas –los socialistas lo hemos venido haciendo sistemáticamente desde el golpe de Estado leninista en 1917–, ni parece consecuente con nuestros ideales democráticos aprovechar los trágicos acontecimientos polacos para unirnos a la campaña antisoviética patrocinada por Reagan desde el mismo momento de su entrada en la Casa Blanca, Chile,

Argentina, Turquía, El Salvador y Guatemala –la lista podría ser mucho más larga– nos duelen tanto como Polonia. En lo que sigue no se trata de condenar una vez más lo condenable, ocurra donde ocurra, en la órbita soviética o en la norteamericana. No pretendemos dar rienda suelta a nuestra indignación, aunque nos cueste trabajo el contenerla, sino simplemente *entender* lo ocurrido. Controlando al máximo nuestros sentimientos y sin erigirnos en jueces de nada ni de nadie, vamos a exponer algunas hipótesis explicativas de dos hechos, en sí mismos contradictorios y, sin embargo, estrechamente ligados, como son la legalización de un sindicato independiente y el establecimiento de una dictadura militar, que rompen el marco de lo que parecía posible en los regímenes comunistas de factura soviética.

## 1.

Primera cuestión: ¿cómo fue posible que el gobierno polaco terminase por aceptar la organización de un sindicato independiente? Es ésta una vieja reivindicación básica de la clase obrera, que por supuesto no desapareció por el simple hecho de que los bolcheviques se apoderaran del aparato del Estado en noviembre de 1917. La primera «oposición» que aparece en el partido de Lenin, después de la toma del poder, es una oposición sindical y el punto en el que se centran las diferencias entre los bolcheviques, en el corto plazo en que pudieron expresarse, es justamente la «cuestión sindical», que en los años 1921 y 1922 dió lugar a importantes y polémicos debates. El estalinismo acabó con todas las cuestiones pendientes, le-

**Las contradicciones entre la sociedad y Estado en la Polonia comunista encuentran una salida provisional en la dictadura militar.**

vantando la estructura monolítica de poder que caracteriza al sistema. Un partido, jerárquicamente organizado, controla por completo, tanto el aparato del



Estado, como las organizaciones sociales, sean estas sindicales, culturales, juveniles o eclesiásticas. Nada en la sociedad y en el Estado, al margen del poder omnímodo del partido. Nada en el partido que no sea controlado por su cúspide, personalizada en el poder absoluto e indiscutible de su secretario general. Los críticos marxistas polacos J. Kuron y K. Modzelewski, sin demasiada originalidad pero con indudable acierto, llamaron «burocracia monopolista» a la clase dominante de su país: su monopolio absoluto del poder no deja en la sociedad margen alguno para organizaciones independientes.

Si bien es cierto que nunca se logró erradicar el afán obrero de dotarse de organizaciones propias —la historia de los repetidos intentos de constituir sindicatos independientes en la Unión Soviética y en los países de su órbita es buena prueba de ello— también parecía altamente improbables que, en las condiciones de control absoluto de la sociedad que caracteriza al sistema, estas organizaciones pudieran cuajar. Con medidas represivas de muy distinto tipo, las «burocracias monopolistas» habían conseguido hasta ahora impedir la más mínima democratización de los sindicatos oficiales, así como, con mucha mayor dureza, la constitución clandestina de sindicatos libres. Su mera exigencia ha llevado a más de un «disidente» a la clínica psiquiátrica, cuando no al campo de concentración.

No puede sorprender, por tanto, que en el momento en que la clase obrera adquiera la fuerza suficiente para obligar a negociar a la «burocracia monopolista», la primera y más fundamental de sus reivindicaciones sea la autorización para formar sindicatos libres. Lo que sí necesita explicación es que la «burocracia monopolista» haya perdido el monopolio de su poder y se vea obligada a negociar.

Aunque en el proceso de pérdida

paulatina de este poder en la Polonia actual influyan factores reconocibles en otros países con el mismo sistema social y político, nada tan precipitado como extraer conclusiones generales de una experiencia histórica que, como tal, es única. Nadie se atreverá a negar las contradicciones implícitas en este sistema, como tampoco nadie dudará de la existencia de una dinámica de cambio, por estables que estos regímenes puedan parecer. Lo que es seguro, dadas las diferencias nacionales, culturales y socioeconómicas de los distintos países del Pacto de Varsovia, es que los acontecimientos que puedan ocurrir mostrarán diferencias importantes en cada uno de ellos y, sobre todo, tendrán una significación muy distinta, según el país en que ocurran. Decisivo, en todo caso, para el porvenir del Imperio soviético, dejando aparte los factores bélicos im-

---

**Lo que necesita una explicación es que la «burocracia monopolista» haya perdido el monopolio de su poder y se vea obligada a negociar.**

---

previsibles, será lo que pueda suceder en el mismo corazón de la metrópoli, es decir, en Rusia, o en el interior del magma plurinacional que constituye la Unión Soviética.

Al preguntarnos cómo ha ido perdiendo la «burocracia monopolista» el monopolio de su poder en Polonia, hay que tener muy presente el carácter específicamente *polaco* de este proceso, aunque para dar cuenta de lo sucedido combinemos elementos propios de la realidad polaca con otros que pudieran tener un mayor alcance, pero sin pararnos a diferenciarlos. Nuestra intención consiste únicamente en dar razón de lo ocurrido en Polonia, sin entrar en esta ocasión en el análisis de lo que pudiera significar para el conjunto del sistema.

**2.**

La historia de Polonia, desde que a mitad del siglo X aparece en las crónicas el nombre del primer señor de Polonia del que se tiene noticia, Mieszko I,



es una lucha continúa por afirmar una unidad política propiamente polaca: primero, hasta el siglo XIV, contra el dominio de las órdenes militares alemanas, luego contra la expansión amenazante del Ducado de Moscovia. Desde el siglo XIV al XVIII logra mantenerse, en algún momento incluso imponerse, pero siempre con fronteras lábiles y cambiantes, un reino de Polonia, que el poder de la aristocracia terrateniente impide cuaje en un Estado moderno. La pujanza del feudalismo polaco y la situación geográfica, entre los Estados germánicos y Rusia, obstaculizan el desarrollo de una Monarquía absoluta que pusiera los cimientos para un Estado capaz de afirmar su independencia. A partir de los dos repartos dieciochescos (1772 y 1793) y el que, tras la brevísima pausa napoleónica, confirma el Congreso de Viena en 1815, el pueblo polaco, en una durísima lucha por la independencia, adquiere una profunda conciencia nacional. Por fin, en 1918, Polonia logra su propio Estado gracias a la derrota de Rusia y de los Imperios germánicos en la primera guerra mundial.

Retengamos los dos factores fundamentales que configuran la Polonia contemporánea: 1. El Estado polaco es una realidad recientísima, aunque haya tenido precedentes históricos —el reino de Polonia entre los siglos XIV y XVIII— y la nación polaca haya conocido momentos de gran brillantez cultural— siglo XVI, gozando de independencia; siglo XIX, bajo la administración de Prusia, Austria y Rusia. 2. El feudalismo dura en Polonia hasta bien entrado el siglo XIX. La aristocracia terrateniente constituye la clase dominante, hasta que los países ocupantes poco a poco van confiscando sus propiedades, al apoyar, a veces incluso dirigir, la lucha por la libertad de Polonia. Esta sobrevivencia del feudalismo hasta la constitución del Estado polaco, después de la primera guerra mundial, da razón

---

**El Estado polaco es una realidad recientísima, aunque haya tenido precedentes históricos y haya conocido momentos de gran brillantez cultural.**

---

tanto del carácter rural de Polonia como del papel hegemónico que en la historia polaca desempeña la Iglesia católica, instalada, como pez en el agua,

en una sociedad agraria tradicional, con estructuras sociales e ideológicas feudales, pero que enfrentada al luteranismo prusiano y a la ortodoxia rusa, como la mayor parte de la aristocracia, sostuvo siempre las reivindicaciones nacionales del pueblo polaco.

El Estado polaco que nace en 1918 no tiene un destino fácil. Se levanta sobre una sociedad predominantemente agraria, con una aristocracia en franca decadencia y una burguesía débil, sin apenas industria y carente de experiencia política y administrativa. En estas condiciones, integrar en un solo Estado la economía y la administración de tres Estados, se presenta como un reto casi insalvable. A la debilidad interna se une la enorme complejidad externa, ante una Alemania fuertemente industrializada, y una Unión Soviética en rápido proceso de industrialización, que sólo a regañadientes y con carácter provisional reconocen las fronteras del nuevo Estado.

Aunque formalmente se instaure una república democrática, con una Constitución relativamente progresista (1921), de hecho es el ejército recién creado la única fuerza capaz de imponer su voluntad. Polonia recurre al hombre fuerte, al mariscal Józef Pilsudski, uno de los dirigentes más populares del nacionalismo polaco y el verdadero organizador de su ejército, que, con autorización del Parlamento, gobierna el país de 1918 a 1922. En 1926, Pilsudski, tras un golpe militar, impone una dictadura que sobrevive a su muerte en 1935. Hasta la invasión alemana en septiembre de 1939, Polonia está sometida a una dictadura militar, único régimen político capaz de mantener inamovible un orden social periclitado. Conviene tener muy presente que de los veinte



años que duró la República polaca, solamente en tres (1923-1926) funcionaron mal que bien las instituciones democráticas; en cambio, trece años dura la dictadura militar, que pone punto final a la invasión hitleriana.

3.

El pacto Ribbentrop-Molotov de 23 de agosto de 1939, en sus protocolos secretos, concertaba un nuevo reparto de Polonia. Otra vez, constante de la historia polaca, el destino de su política interna dependía de circunstancias externas sobre las que apenas podía influir. Se comprende que en Polonia la primacía de la política exterior constituya un dogma indiscutible. En la crisis actual ha jugado un papel tan decisivo como en todas las demás crisis del pasado. Tanto la dictadura militar, como la sociedad agraria tradicional sobre la que se apoya, se desmoronan ante el avance imparable del ejército alemán. La política brutal del ocupante, dispuesto a destruir de una vez para siempre a la nación polaca, convirtiéndola en mano de obra esclava al servicio de la «raza aria», lleva a un pueblo, que tiene una historia centenaria de lucha por su independencia, a ofrecer una resistencia encarnizada. Cuando en 1941 los antiguos aliados se convierten en enemigos irreconciliables, la preocupación máxima de la resistencia interior y de su gobierno exiliado en Londres es que la liberación del yugo hitleriano no implique caer en manos de la Unión Soviética. A pesar de las hazañas del ejército polaco del interior (*Armja Krajowa*), convencido de que la independencia de Polonia dependía de conseguir su propia liberación antes del arribo del ejército soviético, no se consigue este objetivo. El intento suicida de liberar Varsovia que lleva a cabo la resistencia polaca (1 de agosto de 1944), termina con la

**Se comprende que en Polonia la primacía de la política exterior constituya un dogma indiscutible.**

destrucción total, tanto de la capital como del ejército polaco del interior que, después de tener más de 150.000 bajas, incluyendo a la población civil, se ve obligado a capitular el 2 de octubre de 1944. Polonia queda así a merced de las tropas soviéticas.

En la conferencia de Yalta (febrero de 1945), los intereses de los aliados prevalecen sobre los nacionales de los polacos, y si bien se garantiza la existencia de un Estado polaco, que cede 180.000 kilómetros cuadrados, al este de la línea Curzon, a la Unión Soviética, y en compensación recibe 103.000 al oeste, incluida la ciudad libre de Danzig, hasta el Oder, a costa de Alemania, Stalin logra el reconocimiento por ingleses y americanos del «gobierno provisional» que ha establecido en Polonia, aunque aceptando miembros provenientes del exilio occidental. El «gobierno polaco en el exilio», que el Vaticano siguió reconociendo hasta 1959, queda sin apoyo internacional y, ocupada Polonia por el ejército soviético, sin posibilidad real de ejercer una influencia decisiva en la nueva Polonia que van a construir los comunistas.

Desde la proclamación del «gobierno provisional», el 22 de julio de 1944, que oficialmente se considera la fecha de fundación de la *República Popular de Polonia*, hasta las elecciones a una asamblea constituyente, el 19 de enero de 1947, los comunistas, que con el apoyo soviético detentan el poder, logran: 1. iniciar una política de «construcción del socialismo», nacionalizando minas y las más importantes industrias; 2. controlar militarmente el país, acabando con los distintos focos de resistencia armada; 3. la eliminación sistemática de los partidos y líderes políticos, integrados en el «gobierno provisional», pero que pretenden una política propia. En octubre de 1947, con la huida al occidente de Stanislaw Mikolajczyk, líder del partido campesino, anti-



guo miembro del «gobierno de Londres», que había aceptado colaborar con los comunistas en el «gobierno provisional», y que, después de la manipulación de los resultados de las elecciones a la asamblea constituyente, que no le daban más que el 10 por 100 de los votos, temía ser detenido, se cierra el período de postguerra, en el que pareció todavía posible instaurar un régimen democrático.

La «guerra fría» deja las manos libres a Stalin para instaurar «democracias populares», según el modelo soviético, en los países que, acorde con los tratados de Yalta, pertenecen a su órbita de influencia. En Polonia, como en Yugoslavia, países en los que los comunistas habían luchado contra la ocupación nazi, la operación conlleva especiales dificultades, al encontrarse con partidos, o en el interior de los partidos, con comunistas cuyo poder no dependía exclusivamente de la condescendencia soviética. En septiembre de 1948, Wladyslaw Gomulka, que había dirigido el *Partido Polaco de los Trabajadores* —el antiguo partido comunista polaco lo había disuelto Stalin en 1939— y que a partir de 1945 había insistido en «un camino polaco hacia el socialismo», acusado de «revisionismo nacionalista de derecha» es desalojado de la secretaría general. Lo sustituye el presidente de la república, Boleslaw Beirut, antiguo agente de la Internacional comunista en el período de entreguerras, que, después del obligado exilio en Moscú, Stalin había colocado al frente del «gobierno provisional» que sostienen las fuerzas de ocupación soviéticas. El nuevo secretario general, a la cabeza del Estado y del partido, tenía el doble encargo de depurar el partido —uno de cada cuatro comunistas fue expulsado— y de llevar adelante la completa estalinización de Polonia, uno de cuyos primeros pasos consistió, en diciembre de 1948, en la unificación forzada del partido comu-

nista (*Partido Obrero Polaco*) con el *Partido Socialista Polaco* en un *Partido Obrero Unificado Polaco*, por fin el auténtico partido marxista-leninista a que aspiraba Stalin.

El estalinismo en Polonia dura de 1949 a 1956, un período relativamente corto, en el que, si bien se consigue un partido jerárquicamente estructurado, con un líder indiscutible, B. Beirut, una doctrina sacralizada, el marxismo-leninismo, y un programa de «construcción del socialismo», calcado del modelo soviético, no se logran, sin embargo, algunos objetivos básicos en lo que respecta al control total de la sociedad. Por lo menos hay que dejar constancia de dos fracasos de envergadura que van a

**Dos fracasos de envergadura:  
no se lleva a término  
la colectivización  
del campo, y no se consigue  
doblegar a la Iglesia católica.**

marcar el futuro del régimen: no se lleva a término la colectivización del campo; a pesar de una persecución dura, no se consigue doblegar a la Iglesia católica.

**4.**

Hemos detectado ya los dos elementos básicos que singularizan a Polonia dentro de los regímenes comunistas: 1. El proceso de colectivización del campo se detuvo en 1956, cuando todavía la mayor parte seguía en manos de los pequeños campesinos. Aún hoy, el 68 por 100 de la tierra agrícola útil es propiedad privada. 2. Con la consolidación del Estado comunista, la influencia social de la Iglesia católica, lejos de decaer, ha ido en continuo aumento. El espectáculo de los obreros polacos confesándose en masa en los astilleros *Lenin* de Danzig en agosto de 1980, hubiera sido inconcebible, incluso en Polonia, las huelgas de los años treinta. Si la Iglesia siempre desempeñó un papel fundamental como conciencia y guardián de la nación, en las últimas décadas y, sobre todo, en los últimos años, ha aumentado muy sensiblemente su capacidad de vertebrar a la sociedad. Desde que el ejército ha asumido todos



los poderes, en el pasado diciembre, ha mejorado aún la posición de la Iglesia, ahora la única institución sobreviviente al margen del Estado.

Polonia en los años cincuenta era todavía un país predominantemente agrario. Hasta 1965 la población urbana no supera a la rural, y hasta 1976 el número de trabajadores empleados en la industria no sobrepasa a los que trabajan en el campo. Si el grado de urbanización es un índice significativo para medir el desarrollo socioeconómico, Polonia, con un 58 por 100 de población urbana, todavía está por debajo de la Unión Soviética (el 63 por 100) y de Bulgaria (el 62 por 100). Si en España el 15 por 100 de la población activa trabaja en el campo, esta cifra era en Polonia, en 1978, del 30 por 100.

Es un fenómeno universal la oposición obstinada del campesinado a la colectivización de la tierra, pero no deja de lanzar alguna luz sobre los límites del «totalitarismo» polaco el comprobar su fracaso a la hora de llevar a la práctica sus intenciones colectivistas. El POUP prefirió centrar sus esfuerzos en una rápida industrialización, confiando en que, una vez que la agricultura perdiera su posición predominante y cada vez mayor cantidad de población rural se hubiera integrado en las ciudades, resultaría más hacedero llevar a cabo la colectivización, junto con la mecanización y modernización de las labores agrícolas. Entretanto se decidió abandonar el campo a su propia suerte.

Szczepan Wysocki, uno de los miembros más representativos del *Foro de Katowic* que se distinguió precisamente, en este último año, por su crítica del gobierno por su tolerancia frente a los «contrarrevolucionarios de Solidarność», en una entrevista publicada en el periódico de Berlín

Occidental *Die Neue*, el 26 de septiembre de 1981, acusaba a su partido de haberse separado, en los últimos 36 años, de un «análisis

marxista-leninista», lo que le impidió llevar a cabo «las tareas de la transición del capitalismo al socialismo». El error trágico que subraya con más ahínco es precisamente el haber mantenido relaciones capitalistas de producción en el campo, lo que le lleva a diagnosticar la crisis polaca como «expresión de las contradicciones de clase entre el sector socialista y el sector privado».

Si difícilmente se puede aceptar este análisis de los comunistas prosoviéticos —la contradicción fundamental no es la que se produce entre una economía estatizada y un sector marginal privado, sino entre la «burocracia monopolista» y el resto de la sociedad— no por ello debe menospreciarse, como uno de los factores claves de la crisis, el estado catastrófico de la agricultura polaca. Porque si bien es cierto que el POUP no se atrevió a llevar adelante un programa radical y consecuente de colectivización —además de la oposición campesina, conocía los costos humanos y los pésimos resultados económicos de la experiencia soviética— tampoco eligió otra salida, intresado únicamente en impedir el desarrollo de un sector privado, moderno y productivo, que de ningún modo encajaba en el sistema. Aceptó así de buen grado la generalización y permanencia de un minifundio marginal. En 1950 se contabilizaban 2,9 millones de unidades agrícolas privadas, en 1960 son ya 3,2 millones, en 1979 la cifra continua superando los tres millones, con una media de 4,2 hectáreas por unidad, que representa el 30 por 100 con menos de 2 hectáreas, otro 30 por 100 entre 2 y 5 hectáreas y sólo un 4,5 por 100 sobrepasa las 15 hectáreas.

Se quiso favorecer un minifundio no rentable para poder un día acometer la colectivización. Con un continuo des-

censo de la productividad agrícola —Polonia alcanza el récord mundial de caballos por hectárea— la economía polaca se encontró a finales de los sesenta

**La contradicción fundamental no es entre una economía estatizada y un sector marginal privado, sino entre la «burocracia monopolista» y el resto de la sociedad.**



con una serie de cuellos de botella, difícilmente salvables. Fijados por el Estado precios muy bajos para los productos agrícolas –no se iba a permitir que los

«capitalistas» del campo se enriquecieran y mucho menos que invirtieran en propiedades que se consideraban provisionales– de hecho se favoreció, por un lado, la economía marginal de subsistencia –el campesino consume lo que produce– y, por otro, la corrupción y el «mercado negro», a la vez que el Estado se ve obligado a aumentar rápidamente las importaciones de productos alimenticios, gravando negativamente la balanza comercial, lo que obliga a recurrir, cada vez en mayor medida, al préstamo exterior.

La Iglesia Católica en general, y la polaca muy en particular, es maestra en el arte de acoplarse a los más diferentes regímenes políticos. En el siglo XIX la jerarquía católica había aprendido a convivir, aunque sin poder evitar momentos de tensión y aún persecuciones, con la Administración prusiana y rusa –con los austriacos, oficialmente católicos, resultaba más fácil– y estaba muy dispuesta, después de la segunda guerra mundial, a adaptarse a las nuevas condiciones. El cardenal Hlond, primado de Polonia hasta su muerte en 1948, al nombrar «administradores apostólicos» polacos en los territorios alemanes anexionados al oeste, había contribuido a la consolidación del Estado polaco dentro de sus nuevas fronteras. Su sucesor, el cardenal Wyszyński, una de las grandes personalidades de la historia eclesiástica polaca, sin autorización expresa del Vaticano, llegó en abril de 1950 a firmar un convenio con las autoridades estalinistas, en el que a cambio de reconocer al «gobierno legítimo» y de renunciar por parte de la Iglesia a cualquier actividad o manifestación de carácter político, se la permitía seguir ejerciendo sus

---

**Si la Iglesia mostró claramente que podía coexistir con el estalinismo, el estalinismo no podía coexistir con la Iglesia.**

---

funciones litúrgicas y pastorales, consiguiendo incluso mantener la enseñanza de la religión en la escuela pública y conservar la universidad pontificia de

Lublin, que había sido fundada en 1918 a la vez que el Estado polaco, única existente en los países del Este. En el curso académico 1979/80, la universidad católica de Lublin contaba con cuatro facultades –Teología, Derecho canónico, Filosofía y Ciencias humanas– y más de 3.000 estudiantes matriculados. La jerarquía católica logró además mantener, ininterrumpidamente desde 1945, una revista semanal (*Tygodnik Powszechny*), que aparecía en Cracovia con una tirada limitada a 40.000 ejemplares, que se agotaba, semana a semana, nada más ponerse a la venta. En el período postestalinista, la Iglesia polaca llegó a tener 17 casas editoriales y 154 publicaciones periódicas.

Si la Iglesia mostró claramente que podía coexistir con el estalinismo, el estalinismo no podía coexistir con la Iglesia sin cuestionar su pretensión totalitaria de controlar la sociedad por completo. Una vez legitimado, el gobierno rompió los acuerdos destituyendo a los «administradores apostólicos» nombrados por el cardenal Hlond y confiscando sus bienes; se procesó al obispo Kaczmarek, acusado de haber colaborado con los nazis; en febrero de 1953, el gobierno decidió nombrar directamente a las personas que ocuparían los cargos eclesiásticos, y ya en la cúspide de la represión, cuando era considerable el número de sacerdotes encarcelados, en septiembre de 1953, fue detenido el cardenal Wyszyński. Cuando el 29 de octubre de 1956 el cardenal primado vuelve a su sede de Varsovia, aclamado por la multitud, el partido comunista polaco sabe que, en el futuro, tendrá que reprimir su vocación totalitaria y negociar permanentemente con una institución que no ha logrado someter a su control.



## 5.

El concepto de «totalitarismo», tal como se utiliza en la «guerra fría», identifica fascismo y comunismo como dos aspectos de una misma realidad, que se contraponen a la democracia. Esta identificación, así como el pergeñarse este concepto como contrapuesto al de democracia pluralista y representativa, pone de manifiesto tanto sus obvias deficiencias teóricas como las razones de su éxito, por lo menos hasta que la «coexistencia pacífica» vino a suceder a la «guerra fría». Aunque mantenido siempre a disposición entre las armas ideológicas de occidente, en los años sesenta, el concepto de «totalitarismo» perdió mucho de su anterior prestigio, dejando incluso el paso libre a nociones antitéticas como la de «convergencia de los dos sistemas, capitalismo y comunismo», que tenía la ventaja de dar cuenta,

por un lado, de la cada vez mayor integración económica de ambos mundos; por otro, de la concentración creciente del poder económico y político en el mundo occidental, hasta el punto de permitir el parangón con los países de la órbita soviética. Cuando al oeste entró en declive el concepto de «totalitarismo» para dar cuenta de los regímenes del Este, la oposición, cada vez más visible en estos países, consiguió, con ejemplos patéticos y algunas buenas razones, volver a ponerlo en circulación.

No es ésta la ocasión para discutir el concepto de «totalitarismo». Baste decir que, si bien se puede hablar de «vocación totalitaria» de un sistema —en sí el poder se define precisamente por su pretensión de convertirse en absoluto— difícilmente es concebible que lo consiga. La dinámica del poder consiste, no sólo en un proceso de concentración progresiva, sino también en un continuo desdoblamiento en poderes antagónicos. El estalinismo no se explica tan sólo por su mayor o menor vocación to-

talitaria, por grande que haya podido llegar a ser, sino que es preciso tomar también en consideración la relación que establece con los demás contrapoderes, aunque queden reducidos a su estado latente. El poder funciona no sólo porque en última instancia recurre a la fuerza bruta, sino también porque determinados grupos sociales le prestan obediencia en virtud de intereses propios: en este sentido, todo poder establece un «pacto» más o menos explícito con la sociedad que lo soporta.

El estalinismo polaco pudo arremeter contra la Iglesia católica, cristalización de poderes latentes mucho más amplios, porque contaba con la aquiescencia implícita de una clase obrera naciente, en rápida expansión, y de una parte significativa de la juventud intelectual —no olvidemos que personalidades tan características como Leszek Kolakowski o Adam Schaff empezaron su carrera

**El estalinismo polaco pudo arremeter contra la Iglesia católica porque contaba con la aquiescencia implícita de una clase obrera naciente y de una parte de la juventud intelectual.**

como estalinistas convencidos— para la que «construir el socialismo», según el único modelo disponible, constituía un destino inexorable. Por duras que fueran las medidas que había que tomar en el presente, el porvenir brillante que prometían las justificaban con creces. De 1949 a 1955 se pone en práctica el plan para el sexenio con resultados halagüeños: en la industria y en la construcción se crean dos millones de puestos de trabajo, se triplica el potencial industrial, con un crecimiento anual medio de la economía de un 8,6 por 100. Aunque salarios y consumo real permanecieron constantes a niveles muy bajos, para una población rural recién llegada a la ciudad el hecho de obtener un puesto de trabajo seguro representaba de por sí un valor suficiente para inclinarse por un régimen que además prometía para un futuro cercano un bienestar generalizado.

Aparte de un control riguroso de la sociedad, empleando todas las medidas represivas que se juzguen necesarias, la



estabilidad de los regímenes comunistas reposa en un «pacto» entre la población y la «burocracia monopolista», por el que aquella renuncia a toda crítica, aceptando pasivamente la ideología oficial, a cambio de un puesto seguro de trabajo que no exija demasiado esfuerzo, un aumento progresivo del nivel de vida y una libertad creciente para organizar la vida privada al gusto de cada cual. La colectivización de la producción ha de realizar el milagro de garantizar un puesto seguro de trabajo, así como salarios reales cada vez más altos, sin exigir para ello rendimientos más altos. A su vez, las deficiencias en la distribución han de venir compensadas con una tolerancia creciente sobre los canales privados —léase mercado negro— de abastecimiento. Si no se debe incordiar, cuestionando los principios burocráticos establecidos, tampoco se aguanta que el Estado incordie aumentando unilateralmente sus exigencias.

En 1956 hace crisis el sistema al tambalearse los dos pilares en que se sostiene: la aquiescencia intelectual y la tolerancia obrera. Hoy nos cuesta trabajo imaginar, cuando el estalinismo en su fórmula «marxista-leninista» está por completo desacreditado dentro y fuera de los países del Este, que en los años treinta y cuarenta gozase de un gran prestigio en determinados círculos de izquierda, que la victoria sobre la Alemania nazi acabó por sacralizar. Cierto que sin las tropas soviéticas pocos hubieran pensado en la posibilidad de «construir el socialismo», pero sin estos idealistas convencidos tampoco hubieran sido factible corrimientos sociales tan profundos.

El 20 congreso del partido comunista de la Unión Soviética, con el informe secreto de Jrushchev, en el que se denuncian «deformaciones», «irregularidades», «errores» y hasta «crímenes» de Stalin, pone en tela de juicio un modelo de socialismo, un período histórico y

una personalidad hasta entonces indiscutibles. Los comunistas que todavía han conservado su «idealismo», se ven obligados a confrontar realidad e ideología. Desde entonces no se ha podido impedir un vaciamiento continuo de las bases ideológicas. El «marxismo-leninismo», en los países de la órbita soviética, ha terminado por no representar más que lo que representó el «nacionalsindicalismo» en la España de los sesenta: mero residuo ideológico, sin la menor credibilidad social, al que sólo recurren unos cuantos cínicos para hacer carrera. Si las dictaduras con vocación totalitaria necesitan de una ideología para encaramarse al poder, pueden, sin embargo, perdurar mucho tiempo después de desaparecida su base ideológica.

En la noche del 23 al 24 de febrero de 1956, Jrushchev deja estallar la bomba de su informe secreto. En marzo, para complicar aún más las cosas, muere inesperadamente Boleslaw Beirut, el hombre de Stalin en Polonia, que detentaba todos los poderes. La burocracia estalinista se siente profundamente insegura, cuestionada en el interior y sin saber por donde van a soplar los vientos en la Unión Soviética. Perdida la fe en que los sacrificios vividos tendrán su recompensa en un futuro cercano, la clase obrera aprovecha esta incertidumbre para plantear sus reivindicaciones aquí y ahora, echando mano de los instrumentos de presión que tiene a su alcance: la manifestación callejera y la huelga. A finales de junio, una manifestación obrera en Poznan se convierte en una revuelta abierta, que la milicia reprime brutalmente. El estalinismo queda al descubierto, sin la menor legitimación: esa misma clase obrera, a la que afirma representar y servir, es la prime-

ra que se lanza a la calle, gritando sus demandas de mejores salarios y de una vida más digna. La represión brutal —se contaron 53 muertos y más de 300 heri-

---

**El POUP ha estado  
siempre dividido  
entre los  
duros y los  
negociadores.**

---



dos-, lejos de amedrentar los ánimos, extiende la indignación a todo el país, en una ola de protestas que dura todo el verano.

El recién llegado secretario general, Eduard Ochab, sin tener todavía en sus manos todos los resortes del poder, se inclina por una línea de negociación y de compromisos. En la reunión que en julio celebra el comité central del POUP, el partido se muestra claramente dividido entre los que propugnan mantener la línea dura y los que prefieren el camino de la negociación. El partido monolítico que construyó el estalinismo, se rompe definitivamente, sin que haya logrado hasta ahora recomponer su unidad monolítica. Desde aquella memorable reunión del comité central, el POUP ha estado siempre dividido entre los duros y los negociadores, reapareciendo en cada crisis una división interna que, si bien ha servido para encontrar soluciones de urgencia, va a mantener latente la crisis a lo largo de los próximos 27 años.

En la reunión del comité central de julio de 1956 se impone la línea negociadora, decidiéndose no aplicar sanciones excesivamente duras a los obreros detenidos por el levantamiento de Poznan, así como asumir parte de la crítica obrera. En consecuencia, se propone un nebuloso programa de reformas bajo el doble lema de «un camino polaco hacia el socialismo» y «democratización de las decisiones políticas y económicas», justamente los puntos básicos por los que Gomulka ha ido a parar con sus huesos a la cárcel.

El segundo grupo social que protagoniza la protesta, los intelectuales, hacen acto de presencia. También ellos han aprovechado el lento deshielo que siguió a la muerte de Stalin para organizarse en clubs políticos: primera forma de organización semiclandestina y semitolerada que produce la Polonia postestalinista. En estos clubs se discute apa-

---

### **Las dos fuerzas sociales que han protagonizado la lucha por su transformación –proletariado industrial e inteligencia– son producto del sistema.**

---

sionadamente la nueva actitud del comité central, apoyando las propuestas de reforma, pero insistiendo en la absoluta falta de credibilidad de la burocracia estalinista para llevarlas adelante. En el verano de 1956, junto con las manifestaciones de protesta se extiende el clamor popular por la vuelta de Gomulka. Se pide lo que meses antes a todos hubiera parecido imposible, y lo imposible se hace realidad en unas pocas semanas.

A comienzos de agosto, Gomulka es rehabilitado, reintegrándose en el partido. Cuando para el 19 de octubre se convoca al comité central parece cantado que el próximo secretario general será Gomulka, si la inesperada llegada a Varsovia, el mismo día 19, de Jrushchev, Molotov y Mikoyan, asustados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, no abriese un gran interrogante. Después de muchas horas de negociación de Ochab y Gomulka con los camaradas soviéticos, poco dispuestos a repetir una intervención militar como en Hungría, terminan por dar la luz verde. El «octubre polaco» ha culminado con un aparente triunfo de la causa reformista.

#### **6.**

El régimen postestalinista que se inaugura en octubre de 1956 termina el 13 de diciembre de 1981 con la dictadura militar. Casi tres decenios de crisis abierta de un sistema que no logra, ya no superar, sino incluso equilibrar sus contradicciones. Por el contrario, según va haciendo concesiones ante una presión social creciente, menos viable se muestra el sistema. Con una regularidad sorprendente se producen explosiones –1970, 1976, 1980– que abren la esperanza a un nuevo empezar, al llevarse a cabo, casi como un ritual, los correspondientes cambios en la cúspide del Estado y del partido, para volver a co-



rrer al poco tiempo las aguas por los mismos canales viejos cada vez más encenagados y menos capaces de contener la inundación. Poco se puede entender de lo ocurrido en estos dos últimos años, si no se considera como el final de un período histórico, que es preciso estudiar en su conjunto. No podríamos ahora preguntarnos por sus características más relevantes, si no nos hubiéramos detenido en explicar sus orígenes.

De lo primero que hay que dejar constancia es que las dos fuerzas sociales que han protagonizado la lucha por su transformación —el proletariado industrial y la inteligencia— son producto del sistema. La Polonia de la postguerra ha pasado de ser una sociedad preferentemente agraria a una industrial de desarrollo medio. Casi la totalidad de los

puestos de trabajo que existen hoy en la industria —5,2 millones— han sido creados en los últimos treinta años. Lo mismo puede decirse de la inteligencia

científica, técnica y cultural. Los científicos constituyen el grupo profesional que más rápidamente ha crecido en la Polonia de la postguerra, seguido de los técnicos e ingenieros, que forman la profesión más numerosa. En 1939, el número de ingenieros era aproximadamente de 14.000, reducido a la mitad en 1945. Con la creación de nuevas universidades técnicas —de 1945 a 1950, pasaron de 9 a 20, hoy son 18— el número de egresados por año ha crecido rápidamente: si en el curso de 1950/51, se titularon 10.031, en el curso 1979/80 fueron 21.536. Desde 1945, Polonia ha formado cerca de 350.000 ingenieros, de los que 200.000 en la década de 1970 a 1980. Si dentro de la inteligencia cultural, consideramos al grupo socialmente más inuyente, el de los escritores, la Unión Polaca de Escritores («Związek Literatów Polskich»), cuenta con 1.300 miembros.

Se trata, no sólo de los grupos sociales con más rápido crecimiento, sino tam-

bién los más mimados por el régimen. A la clase obrera, por razones ideológicas obvias, se la otorga, por lo menos en teoría, ya la dirección, ya el beneficio directo de la política del Estado. Pero además se ha cuidado muy especialmente determinados sectores, —mineros y trabajadores de la industria pesada, (siderurgia, astilleros, construcción de maquinaria)— que en los años setenta alcanzaban salarios más altos, un promedio del 40 por 100, que lo que se ganaba en la industria ligera, que a su vez superaba los salarios medios en otras ramas y sobre todo en el campo. Pues bien, a la cabeza de los movimientos huelguísticos, en 1956, en 1970, en 1976 y 1980, han estado siempre los trabajadores con salarios más altos.

Si se ha intentado en vano crear una

**Si se ha intentado en vano  
crear una aristocracia obrera,  
conforme con el régimen,  
tampoco se ha logrado  
neutralizar a la inteligencia.**

aristocracia obrera, conforme con el régimen, otorgándole considerables privilegios respecto al resto de la población trabajadora, tampoco se ha logrado neu-

tralizar a la inteligencia, sin duda el grupo social más ligado a la burocracia. La burocracia necesita la colaboración de la inteligencia, gratificándola generosamente cuando no pone reparos. En los países del Este, ser científico o intelectual conformista reporta importantes ventajas económicas y sociales. La inteligencia por su parte necesita del apoyo de la burocracia, si quiere llevar algún proyecto a buen término, o si pretende hacer carrera, que consiste precisamente en integrarse en la burocracia. Nada tiene de extraño, por tanto, que la inteligencia técnica esté sobrerrepresentada en el partido —en 1980, el 14,6 por 100 de los militantes provienen de este sector profesional, cuando representan sólo el 1,4 por 100 de la población total; que de los 1.300 escritores de la Unión, una cuarta parte tengan el carnet del partido tampoco ha de extrañar.

Si queda bien claro que los grupos sociales más favorecidos son los que encabezan la protesta, no es menos cierto que



la crisis social y política que caracteriza al postestalinismo corresponde con un período que, tomado en su conjunto, de 1956 a 1981, se distingue por un muy considerable crecimiento económico. En economías tradicionales, prácticamente estancadas, la estabilidad social y política suele ser alta; en cambio, en aquellas sociedades que viven una dinámica de rápido crecimiento económico, cualquier parón o retroceso puede tener consecuencias graves. Hay, desde luego, una correspondencia exacta entre la crisis económica que padece Polonia –en 1979, un crecimiento negativo de -2,3 por 100; en 1980, de -4 por 100, con algunos cuellos de botella que parecen insalvables– y la crisis social y política de 1980/81. Pero es una crisis que se produce, no como consecuencia de un largo período de estancamiento, sino dentro de un ciclo general de crecimiento, que no puede evitar crisis periódicas: 1968-1971, 1979-1981. La historia más reciente de Polonia ha arrojado al desván de los trastos viejos el mito comunista de que las economías colectivistas controladas por el Estado se distinguirían de la capitalista por su capacidad de mantener un crecimiento continuo sin riesgo de crisis.

El desarrollo económico que ha logrado el postestalinismo es muy digno de consideración. En la primera fase del período de Gomulka, de 1956 a 1960, se frena el desarrollo forzado de la industria pesada, que caracterizó a la época estalinista, dando prioridad al objetivo de elevar el nivel de vida a corto plazo: en este tiempo los salarios reales subieron en un 27 por 100, es decir, una media anual del 5,4 por 100. Aunque las inversiones descendieron en un 20 por 100, con todo se logró crear medio millón de puestos de trabajo. En su se-

gunda fase, de 1960 a 1970, se volvió a dar primacía a las inversiones –se crearon 2,5 millones de puestos de trabajo–, pero los salarios subieron muy lenta-

mente, a una media anual del 1,8 por 100. La protesta de los trabajadores obliga a un nuevo cambio de rumbo, consiguiendo Gierek en su primera fase –de 1971 a 1975– resultados aparentemente satisfactorios: se logra mantener las inversiones –se crean otro millón y medio de puestos de trabajo– y un buen ritmo en la subida de salarios, a la vez que un aumento de las exportaciones en una media del 10,7 por 100 anual. A partir de 1977 los síntomas de la crisis son cada vez más claros. Por vez primera no se crean nuevos puestos de trabajo, insinuándose incluso una tendencia a su disminución. En 1979, también por vez primera deja de crecer el producto social bruto, que en la primera mitad de los setenta todavía había crecido a una media anual del 7,2 por 100. Si a ello se une el continuo descenso de la siempre baja producción agraria –en 1979, el campo produce un 15 por 100 menos que el año anterior– que ha obligado a lo largo de estas décadas a un aumento constante, sobre todo en estos últimos años, de las importaciones de productos alimenticios, así como un descenso considerable de las exportaciones, debido a la crisis generalizada, el desequilibrio creciente de la balanza comercial se compensa con un aumento considerable del endeudamiento externo, con el fin de ir retrasando los efectos sociales más negativos de la crisis: desabastecimiento y carestía en el mercado negro.

Mención especial merece el endeudamiento externo. Para hacer compatibles los dos objetivos prioritarios de Gierek, elevar a corto plazo el nivel de vida de la población e incrementar las inversiones, concretándolas en la modernización de la industria, era preciso recurrir al crédito externo. Pero también para salvar las deficiencias del sistema nada

**No se sabe qué admirar más, la capacidad de endeudarse de la burocracia dominante, o el crédito inagotable de que goza ante los banqueros occidentales.**

mejor que recurrir al préstamo. El endeudamiento de Polonia con los países occidentales llega en 1980 a la escandalosa cifra de los 23.000 millones de dó-



lares. No se sabe qué admirar más, la capacidad de endeudarse de la burocracia dominante, o el crédito inagotable de que goza ante los banqueros occidentales. El hecho es altamente significativo porque muestra: a) el grado de dependencia de los países comunistas de las grandes potencias capitalistas; b) la confianza ilimitada que los banqueros occidentales tienen en las burocracias monopolistas. Prestar a los países comunistas parece el negocio más seguro, dada la estabilidad política que se presume; c) sostiene la sospecha que los países acreedores en ningún caso podían estar interesados en la perpetuación de un caos económico que amenazase la devolución de la deuda. Además de por razones políticas obvias, las razones económicas también hablaban en favor de medidas drásticas.

**La primera crisis de 1956,  
encontró una salida provisional  
al renunciar el partido, al control  
absoluto y consecuente  
sobre toda la sociedad.**

crisis económica, se debe precisamente a sus planteamientos exclusivamente economicistas, sin considerar las variables sociales y políticas.

A pesar de las inversiones altas y continuadas del régimen polaco, a pesar del orgullo que muestran sus estadísticas al reseñar los puestos de trabajo creados, oficialmente nadie se pregunta por su sentido ni rentabilidad, curiosidad subversiva, que mantenida consecuentemente podría hasta cuestionar el sistema burocrático de planificación y de toma de decisiones. En los países capitalistas también el economista acaba su análisis allí donde una ulterior indagación podría cuestionar «la economía libre de mercado». Y es que ambos sistemas no son el modelo «natural» o «racional», que respectivamente pretenden, sino expresión de determinadas estructuras de poder que, como tales, no permiten ser puestas en tela de juicio.

Desde 1956, el gobierno polaco tuvo un solo objetivo, elevar el nivel de vida de la población, lo que no es posible sin un crecimiento significativo y constante de su economía. Recordemos el «pacto social» establecido: a cambio de la renuncia por parte de la población a las libertades civiles y políticas, el Estado garantiza un puesto seguro de trabajo para todos, que además sea remunerado de forma que pueda satisfacer las expectativas crecientes que el sistema ha contribuido a despertar. En este pacto, verdaderamente diabólico, se renuncia a la libertad a cambio de seguridad y bienestar crecientes. La población acepta su parte, si el gobierno cumple con la suya. En cuanto el nivel de vida deja de aumentar al ritmo esperado, la protesta no se hace esperar: en 1956, en 1970, en 1976, en 1980. Pero a pesar de los esfuerzos ingentes de las distintas direcciones, el sistema se muestra absolutamente incapaz de mantener sus promesas. Si se invierte hay que reducir el consumo, y cuando se invierte y se con-

7.

A primera vista, no cabe dudar de la estrecha relación entre la crisis social y política y la crisis económica pero sería un grave error establecer una relación de causalidad en una sola dirección: el fracaso económico explica la crisis social y política. Efectivamente, el régimen postestalinista polaco, a pesar de los repetidos intentos de mantener un ritmo alto de inversiones, elevando a la vez el nivel de vida de la población, sólo pudo cumplir este doble objetivo durante un breve plazo, aceptando un enorme endeudamiento, que terminó pronto por constituir una carga insostenible, sin haber resuelto los cuellos de botella en la agricultura, el sector energético y los transportes, que impidieron aprovechar gran parte de la capacidad productiva. El fracaso económico no se explica, como quieren los tecnócratas del Este y del Oeste, únicamente por razones económicas. La incapacidad que muestran los economistas ante los problemas que plantea la



sume a la vez, el endeudamiento se eleva a cifras difícilmente soportables, agravando todavía más la crisis.

Hacer crecer la economía y aumentar el consumo no constituye una contradicción en sí, todo lo contrario, sin lo primero no cabe lo segundo, pero se revela como una *contradicción insalvable dentro del sistema*. La economía polaca no encuentra una salida viable, no porque se ignore en dónde radican los problemas o técnicamente no se conozcan las respuestas adecuadas, sino sencillamente porque las medidas que prometen éxito amenazan con romper el sistema, al minar el poder de la burocracia dominante. No cabe esperar que la burocracia desde el poder contribuya voluntariamente a su propia eliminación.

La crisis es siempre expresión de una contradicción insalvable dentro de un sistema: las soluciones posibles se plantean fuera de sus márgenes, luego no se pueden tomar, y las que resultan conformes, lejos de solucionar los problemas, no hacen más que agravarlos.

La primera crisis de 1956, en cierto modo la decisiva, encontró una salida provisional al renunciar el partido, de hecho aunque no de derecho, al control absoluto y consecuente sobre toda la sociedad. En la práctica, no hubo otro remedio que aceptar un cierto pluralismo social. Por lo pronto, la Iglesia católica logró afianzarse como un poder social indiscutible, con zonas propias de influencia. También la inteligencia científica, técnica y cultural consigue pequeñas parcelas de libertad. En 1956 desaparece la «sección de censura» de la «Unión de Escritores polacos», aunque el Estado cuenta con medios suficientes para ejercer un fuerte control, pero por lo menos los escritores y artistas ya no están condenados a someter su obra a los rígidos principios del «realismo socialista», aunque tampoco se les permita criticar directamente al sistema.

Cierto que este pluralismo incipiente

se desarrolla dentro de una enorme ambigüedad, según el grado de tolerancia del régimen, que en estos 27 años ha fluctuado mucho, pero al final termina por constituir un hecho irreversible, que pone en cuestión el poder de la burocracia dominante. Si reduce la tolerancia y aprieta la represión, como continuamente piden los «duros», aumenta el malestar social y la protesta salta a la calle. Si negocia los límites de las distintas parcelas de autonomía, como proponen los «negociadores» en las filas del partido, se critican cada vez más abiertamente los privilegios, la corrupción y los fallos en la política económica de la «burocracia monopolista», aumentando las reivindicaciones de todo tipo y de todos los sectores sociales. No hubo es-

cape para este dilema.

Pluralismo en cierto que también afecta al partido, una organización de masas que cala hondo en la sociedad.

En 1950 llegó a 1,2 millones de afiliados que, después de las depuraciones y bajas voluntarias de la crisis de 1956, quedó en un millón, para crecer rápidamente en el período postestalinista, superando en 1980 los 3 millones de afiliados. Aunque se mantiene el principio del «centralismo democrático» —constituye un dogma indiscutible de cualquier poder burocrático— el partido ha dejado de ser aquella unidad monolítica de los tiempos de Stalin. Al desaparecer la represión interna —es la queja principal del aparato al estalinismo— y sentirse cada funcionario bien arropado —nadie va a perder su posición por torpe o inmoral que sea su actuación, todo lo más se le envía a otro cargo del mismo nivel jerárquico— el partido, de ser una unidad fuertemente jerarquizada, que culmina en el poder indiscutible del secretario general, se transforma en una organización oligárquica con distintos centros de poder.

El poder lo controla ahora un pequeño grupo —se calcula unas 300 perso-

---

**La descentralización oligárquica que caracteriza al partido postestalinista, permite que en su interior se perfilen distintas corrientes.**

---



nas— manteniendo cada cual sus zonas reservadas, con sus correspondientes clientelas personales. Para esta oligarquía, tan importante resulta el conservar incólume el poder de la burocracia frente a la sociedad, como impedir que uno de ellos se alce con todo el poder. Decisivo, en todo caso, es asegurar indefinidamente el rango social y económico alcanzado. Dos decretos de 5 de octubre de 1972 garantizaban a los funcionarios que ocupen cargos en la cúspide del Estado o del partido, tanto para ellos como para su familia, en caso de defunción, de cese o de jubilación prematura, el mantenimiento de sus sueldos íntegros, así como demás privilegios propios del cargo. Si en el período estalinista el funcionario que caía en desgracia podía costarle la vida, la cárcel o la marginación económica y social, según fuese la posición que ocupase en la jerarquía, y cuanto más alta, más duro el castigo, es decir, que los privilegios implicaban su riesgo, en el postestalinismo, la burocracia ha logrado asegurarse legalmente el gozo indefinido de sus privilegios, es decir, se convierte ya sin tapujos en clase dominante.

Respetando los intereses comunes de la burocracia como clase dominante, la descentralización oligárquica que caracteriza al partido postestalinista, permite que en su interior se perfilen distintas corrientes que, si a menudo sólo recubren intereses particulares de las diferentes «capillitas», en los momentos de crisis se polarizan en una línea «dura» y otra «negociadora». Esta polarización ha dado bastante juego a la hora de encontrar salida a la crisis, gracias a una hábil combinación de represión y compromiso. Si la represión solivianta en exceso a la población, llega el turno de los «negociadores»; si las concesiones amenazan al sistema, se imponen los «duros». Indudablemente que el mayor grado de pluralismo interno ha hecho a la burocracia mucho más flexi-

ble y, por tanto, más capaz de gestionar los conflictos.

Pero además de esta ventaja, el pluralismo oligárquico implica dos males graves:

1. Equilibradas las distintas corrientes, no ha podido imponerse una línea reformista clara y contundente. Ciertamente que no era muy amplio el margen de reformas posibles, salvaguardando los intereses básicos del sistema. Pero con todo, sin las tensiones internas no se hubieran agotado tan pronto las buenas intenciones proclamadas nada más llegar al poder. A este respecto, resulta muy instructivo comparar el discurso de Wladislaw Gomulka ante el comité central, el 20 de octubre de 1956, con los que pronunciaron, Eduard Gierak, el 24 de enero de 1971 ante los obreros en huelga en Stettin, y Stanislaw Kania, el 5 de septiembre de 1980, al ser elegido secretario general. La similitud de estos tres discursos es sorprendente. En los tres se critica duramente a la anterior dirección como la causante de la crisis, se denuncia el personalismo enfermizo del anterior secretario general y se promete una misma política de democratización y de reformas. Se comprende que el último, ya no gozase de la menor credibilidad.

2. Rota la vieja disciplina interna, eliminados los métodos represivos en las filas del partido, demoronados los principios ideológicos y convertidos de hecho en inamovibles los puestos del aparato político, no es extraño que aumentase hasta extremos inconcebibles la corrupción. Por faltas que en las estadísticas pudieran aparecer las inversiones, por ingente que fuese la corriente crediticia proveniente del exterior, la incompetencia e inmoralidad burocráticas aniquilaron todos los esfuerzos.

**La «burocracia monopolista»  
pierde de hecho el monopolio, para  
convertirse en una burocracia  
oligopolista, enfrentada a poderes  
competitivos en rápida ascensión.**

8.

Desde 1956 a 1980, asistimos a un debilitamiento continuo de la burocracia, cada vez más inepta y corrupta, a la



vez que a una consolidación progresiva del pluralismo social. Si en principio la burocracia sigue manteniendo su pretensión monopolista de constituir el

### **Con los acuerdos de Danzig ha llegado a su fin el régimen postestalinista que inauguró Gomulka en 1956.**

único poder organizado –además del partido con más de 3 millones de afiliados, controla los sindicatos (13,6 millones), las juventudes socialistas polacas (2,6 millones), la liga de mujeres (medio millón), la liga de protección de la naturaleza (1,4 millones) y una larga lista de asociaciones menores– de hecho, tiene que compartir el poder, no sólo con la Iglesia católica, que goza de un prestigio creciente, sino con grupos sociales semiclandestinos, que ya no puede aplastar. La «burocracia monopolista» pierde de hecho el monopolio, para convertirse en una burocracia oligopolista, enfrentada a poderes competitivos en rápida ascensión.

La víspera del primero de mayo de 1978, Andrezej Gwiazda, Krzysztof Wiszkowski, entre otros, hacen público un manifiesto fundacional del «Sindicato libre de trabajadores de la costa», en el que se acusa a los sindicatos oficiales de ser los solos representantes de los intereses del Estado, único patrono que actúa en régimen de monopolio. «El objetivo de los sindicatos libres es la organización de la defensa de los intereses económicos, jurídicos y humanitarios de los trabajadores».

Año y medio más tarde, el primero de septiembre de 1979, el «Comité para la autodefensa social» (KOR) hace pública una «Declaración de los derechos de los trabajadores», en la que se incluye como el primer derecho la constitución de sindicatos libres. En las huelgas del verano de 1980 existe ya una conciencia generalizada de que, en esta ocasión, el objetivo ya no es recordar a la burocracia qué parte ha de cumplir en el «pacto social», sino conseguir una organización propia, capaz de negociar permanentemente con el poder burocrático establecido. Con ello, no sólo se quita

toda legitimación a la dictadura de la burocracia –en teoría, fiel representante de los intereses obreros– sino lo que es todavía más grave, se cuestiona el mo-

nopolio de su poder como derecho indiscutible.

De tener tiempo valdría la pena comparar las 21 exigencias de los huelguistas, con los 21 acuerdos firmados por el gobierno polaco y el comité de huelga regional el 31 de agosto de 1980. Centrémonos, sin embargo, en el punto esencial. La primera y principal reivindicación de los huelguistas, que en ningún caso están dispuestos a dejar caer, reza: «la aceptación de sindicatos libres, independientes del partido y de los patronos, tal como se deriva de la convención número 87, en lo que respecta a la libertad sindical, de la Organización Internacional del Trabajo, ratificada por la República popular de Polonia». En los acuerdos de Danzig, en su artículo primero, se reconoce que «las actividades de los sindicatos en Polonia no han llenado las expectativas de los trabajadores. Por tanto se considera útil la fundación de nuevos sindicatos autogestionados, que sean auténticos representantes de la clase obrera. No cuestionamos el derecho de nadie en permanecer en los viejos sindicatos, y en el futuro podría darse incluso una cooperación entre ambos sindicatos». El gobierno, dejando una puerta abierta para su ulterior fusión y control, se asegura en el artículo segundo que los nuevos sindicatos respetarán la constitución polaca, en el sentido que no se convertirán en un partido político, ni cuestionarán la propiedad estatal de los bienes de producción, ni el papel dirigente del POUP, así como se respetarán los tratados internacionales y las vinculaciones al Pacto de Varsovia. Pero aún expresando todas las cautelas, el hecho revolucionario es la autorización de un sindicato libre en un régimen colectivista burocrático.

Con los acuerdos de Danzig ha llegado



a su fin el régimen postestalinista que inauguró Gomulka en 1956. Entre el otoño de 1980 y diciembre de 1981, Polonia vive una etapa provisional, enormemente inestable, que no deja otra salida que el desarrollo paulatino de un régimen democrático, basado en la producción social autogestionada, es decir, una experiencia cabalmente socialista, o bien la recuperación del poder económico, social y político por la burocracia, ya abiertamente establecida como clase dominante, recurriendo a la violencia. Ante este dilema, revolución o golpe, la clase dominante polaca ha actuado como lo hubiera hecho en su lugar cualquier otra clase dominante del mundo capitalista.

Un estudio comparativo de la historia reciente de Polonia y de Argentina, precisamente por su distinta base social y el carácter distinto de sus respectivas clases dominantes, resultaría enormemente instructivo a la hora de elaborar una teoría general del militarismo, tal como se presenta en un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Pues si bien existe un militarismo propio de una sociedad predominantemente agraria, la Polonia y la Argentina de los años treinta, también ha surgido un nuevo tipo de dictadura mi-

litar, propio de sociedades industriales de desarrollo medio, cuando sus clases dominantes se ven directamente amenazadas por el ascenso social de nuevas clases sociales. Existe una correspondencia en las estructuras políticas de desarrollos económicos paralelos, efectuados en condiciones capitalistas o burocráticas de producción.

Desde esta comunidd de intereses de las clases dominantes del Este y del Oeste, se comprende que las burocracias comunistas, así como todos los «tontos útiles» de su esfera de influencia, presenten el golpe del 13 de diciembre como la mejor solución posible. Y ciertamente que lo es, desde la perspectiva estabilizadora de los intereses dominantes. Si en Checoslovaquia o en Polonia hubieran podido afianzarse nuevas formas de democracia socialista, tan amenazadas se sentirían las burocracias colectivistas como las oligarquías dominantes en el mundo capitalista. El golpe militar en Polonia puede servir para la propaganda occidental, como las dictaduras militares de América Latina sirven para la propaganda de los países comunistas, pero unos y otros están convencidos que la estabilidad de su poder es la condición sine qua non de la paz mundial.



---

# Hungría, Checoslovaquia, Polonia: TRES MODELOS DE LUCHA ANTIBUROCRÁTICA

**Manuel Pérez Ledesma**

---



# 2

---

Para desesperación de los creyentes en el paraíso socialista, la historia de la Unión Soviética y de las «democracias populares» ha estado jalonada por conflictos sociales de especial envergadura. Desde la rebelión de los marinos de Cronstadt o el enfrentamiento de los anarquistas ucranianos contra el Ejército Rojo hasta los recientes acontecimientos de Polonia, los gobiernos «socialistas» se han encontrado periódicamente enfrentados a sectores de la clase obrera —de la que, al menos en teoría, eran representantes—, y los partidos comunistas se han visto desautorizados y combatidos por grupos del proletariado, pese a que por definición eran la «vanguardia» de esta clase.



A partir de la segunda guerra mundial, los enfrentamientos de mayor envergadura han tenido lugar en algunas «democracias populares» de la Europa oriental, a las que podríamos definir, con términos leninistas, como los «eslabones más débiles» del sistema de dominación soviético.

Entre ellos, hay tres casos que pueden servir como ejemplos de tres estrategias posibles de oposición al poder burocrático del socialismo real: la revuelta, o revolución húngara de octubre y noviembre de 1956; el movimiento reformista de la *primavera de Praga* en 1968; y el surgimiento y desarrollo de *Solidaridad* en Polonia, desde el verano de 1980 hasta su destrucción por el golpe militar de diciembre de 1981. Pese a sus diferencias, fruto como veremos de las distintas coyunturas en que se han producido, en los tres casos se encuentran unas exigencias similares: tanto en el terreno político —con la reivindicación de las libertades políticas, e incluso de elecciones libres, frente al monopolio del poder por los partidos comunistas—, como en el económico —donde aparece siempre, con mayor o menor intensidad según los casos, la defensa de la autogestión, opuesta a la planificación burocrática y a la dirección centralizada de la actividad económica.

Estas exigencias definen a un nuevo tipo de movimiento popular, distinto en muchos aspectos (aunque similar en otros) del movimiento obrero de los países de Europa occidental que nos resulta familiar; distinto, sobre todo, porque en lugar de enfrentarse con una clase capitalista fragmentada y con un Estado que dispone de un cierto grado de autonomía, el movimiento obrero de los países del Este se ve obligado a hacer frente a una clase o capa de burócratas

que rigen un Estado-empresario y detectan, por ello, la plenitud del poder, tanto económico como político. La distinción entre el partido, dedicado a los

asuntos políticos y cuyo objetivo final es la toma del poder, y el sindicato, que se ocupa de forma prioritaria o exclusiva de las cuestiones económicas, propia del movimiento obrero europeo occidental, resulta inaplicable y no pertinente para los trabajadores de las democracias populares. Para ellos el Estado es, a la vez, el patrón que extrae plusvalía para distribuirla entre los miembros de la *nomenclatura*, y el poder ideológico y político que legitima y organiza dicha extracción y, llegado el caso, reprime los intentos de recortar o acabar con tal explotación.

*El octubre húngaro:  
¿Revuelta o revolución?*

Mientras los acontecimientos de 1968 en Checoslovaquia o el desarrollo del sindicalismo polaco han sido contemplados con considerable atención por la izquierda occidental (y no sólo por ella), sobre la insurrección húngara de 1956 cayó un velo de silencio que se ha mantenido hasta nuestros días. Los partidos comunistas no han levantado todavía las condenas lanzadas en aquel momento contra la rebelión popular; y muchos sectores de la izquierda siguen sintiéndose molestos ante la violencia de los enfrentamientos y la muerte a manos de los rebeldes de diversos miembros de la policía o el partido comunista húngaro. A lo sumo, se concede que el movimiento fue una revuelta justificable como reacción frente a los excesos del estalinismo; pero su *espontaneidad* desagrada a quienes sólo valoran las luchas bien organizadas, y si es posible dirigidas por una «vanguardia de revolucionarios conscientes». No parece, por ello, que nadie esté dispuesto a incluirla

**El movimiento obrero  
de los países del Este hace  
frente a una clase  
de burócratas que rigen un  
Estado-empresario.**

entre los momentos decisivos de la historia del movimiento obrero, junto a la Comuna de París o las revoluciones rusas de 1905 y 1917.



Sin embargo, el *octubre húngaro* del 56 fue una verdadera revolución. En él aparecen todas las características de los auténticos procesos revolucionarios: ex-

**La insurrección húngara de 1956 fue la primera revolución anti-burocrática y antitotalitaria contra la exportación del modelo soviético y el estalinismo.**

plósión espontánea del malestar acumulado, en el momento en que éste supera los límites socialmente admisibles; ruptura violenta con el orden antiguo, y creación de un nuevo orden; auto-organización popular a través de los consejos obreros<sup>1</sup>. Más aún, fue la primera revolución antiburocrática o antitotalitaria, el primer ejemplo de levantamiento revolucionario, en el sentido pleno del término, contra la exportación del modelo soviético y el estalinismo. No es de extrañar, por tanto, que para algunos sectores de oposición en las democracias populares, e incluso para observadores occidentales como los miembros del grupo *Socialisme ou barbarie*, acabara convirtiéndose en el modelo revolucionario que con el tiempo se extendería al resto de los países del «socialismo real»: «La Revolución húngara de 1956 –ha escrito, veinte años después, Cornelius Castoriadis– ha sido la primera y, hasta el presente, la única revolución total contra el capitalismo burocrático total; la primera que anunció el contenido y la orientación de las revoluciones futuras en Rusia, en China y en otras partes»<sup>2</sup>.

Aunque los acontecimientos posteriores obligan a poner en cuestión el carácter modélico atribuido por Castoriadis al levantamiento húngaro, e incluso permiten dudar sobre la posibilidad de nuevos procedimientos revolucionarios a corto plazo, conviene analizar los contenidos y formas de desarrollo de este movimiento, cuya repercusión sobre las luchas posteriores no se ha destacado suficientemente hasta ahora. Frente a las previsiones trotskistas, los trabajadores húngaros no protagonizaron una simple «revolución política», dirigida por una nueva vanguardia en contra de la casta burocrática dominante en un

Estado obrero degenerado. La suya fue una revolución *espontánea*, como siempre son las revoluciones, fruto de la experiencia acumulada por la clase obre-

ra, y no de ninguna teoría introducida por una élite exterior al movimiento; se dotó sobre la marcha de una organización propia, los consejos obreros, sin aceptar ningún esquema organizativo exterior, y retomando las formas de auto-organización características de las revoluciones obreras o populares anteriores; y no se limitó al terreno de la política, sino que puso en cuestión al mismo tiempo la planificación burocrática de la economía y sus consecuencias desastrosas para el país en su conjunto.

El programa formulado por los consejos obreros húngaros a finales de octubre resultaba, por ello, totalmente incompatible con las estructuras del poder burocrático propias del «socialismo real». Exigía, en el terreno político, la declaración de una amnistía, la constitución de un gobierno de amplia base con participación de los sindicatos y los jóvenes, que representaban los sectores más combativos del movimiento, la constitución de milicias obreras y la retirada de las tropas rusas del territorio húngaro. Y, en el terreno económico, la constitución de consejos obreros y la dirección obrera de las fábricas, –en sustitución de la dirección estatal existente hasta entonces–, la reducción drástica de las desigualdades salariales y la abolición de las normas de trabajo, la negociación de nuevos tratados económicos con la URSS y los demás países socialistas sobre la base de la más estricta igualdad; y, por último, el libre funcionamiento de sindicatos obreros independientes del Estado<sup>3</sup>.

De todas formas, el carácter radical de la Revolución húngara no se encuentra sólo en sus reivindicaciones concretas. Al mismo tiempo, y a pesar de su corta duración, dió lugar a la aparición de formas organizativas nuevas: los con-



sejos obreros. En línea con lo ocurrido en las revoluciones populares anteriores, los consejos permitían el establecimiento de la democracia directa y la abolición de los sistemas de delegación permanente propios de las democracias representativas modernas. Sólo la asamblea general podía adoptar las decisiones fundamentales, con lo que se trataba de evitar la división de la sociedad y los grupos sociales en dirigentes y dirigidos, y el sometimiento de los segundos a la autoridad profesionalizada de los primeros. Los consejos suponían, además, una democracia directa enraizada en las colectividades concretas (la fábrica, la oficina, la universidad, el barrio), y que no se limitaba, por tanto, a los problemas políticos globales, sino que se ocupaba también de la gestión de las actividades cotidianas de sus miembros. En concreto, los trabajadores que reclamaban la dirección obrera en las empresas y la abolición de las normas de trabajo impuestas desde el poder estaban tratando de poner en marcha un sistema de autogestión único capaz de acabar con el poder económico centralizado y burocrático y de establecer la democracia en la esfera productiva.

Desgraciadamente, la revolución húngara tuvo una vida corta. Los tanques soviéticos que acudieron al llamamiento de Janos Kadar aplastaron el levantamiento y pusieron fin a la experiencia, antes de que se hubieran desarrollado todas las posibilidades ofrecidas por ella. A la vez que demostraba la voluntad intervencionista de los dirigentes soviéticos y ponía en evidencia los límites de la desestabilización de Jrushev, la ocupación militar servía para descubrir la principal debilidad de este proceso revolucionario: el levantamiento húngaro había fracasado como consecuencia de su aislamiento. Para triunfar, la revolución tendría que producirse en el corazón mismo del imperio, y no en la periferia del mismo. Los

siguientes movimientos contra el poder burocrático demostraron que habían aprendido esta lección.

### *Reforma y contra-reforma: La primavera de Praga*

Doce años después del ensayo revolucionario húngaro, en Checoslovaquia se intentó un nuevo proceso de transformación de las estructuras políticas y sociales impuestas por la burocracia estalinista. Pero la óptica era ahora muy distinta. La derrota de la revolución húngara y el baño de sangre que acompañó a esta derrota, disuadían de toda tentativa de nuevo enfrentamiento frontal. Entre los sectores intelectuales de la oposición predominaban ahora las esperanzas en una transformación del partido y, a través de éste, del sistema político y social. Y esta esperanza se vio reforzada por la aparición de corrientes reformistas en el seno del partido,

---

### **La ocupación soviética sirvió para descubrir la principal debilidad del proceso revolucionario húngaro: su aislamiento.**

---

opuestas a la pervivencia de las fórmulas estalinistas defendidas por Novotni, y que buscaban nuevos caminos para salir de la crisis económica y el estanca-

miento político del país. Fueron estas corrientes las que protagonizaron el proyecto de reformismo desde arriba, cuya primera cristalización se encuentra en el *Programa de acción*, aprobado por el comité central a principios de abril de 1968. Sus objetivos estaban muy claros: la reforma era el único mecanismo capaz de evitar una agudización de los conflictos que acabase en un levantamiento al estilo húngaro. Como dijo Smerkovski, uno de los más destacados líderes de la primavera de Praga y presidente de la Asamblea Nacional: «Sabido que, incluso en una sociedad socialista, la evolución se produce a través de una lucha constante de intereses en los dominios económico, social y político, deberíamos buscar un sistema de



dirección política que permita la regulación de todos los conflictos y excluya la necesidad de intervenciones administrativas de carácter extraordinario».

**La autogestión fue el eje central de las propuestas de transformación económica de los sectores más radicales en Checoslovaquia.**

Con estas intenciones, los sectores más abiertos de la nueva burocracia, agrupados en torno a Dubcek, lanzaron una política de liberalización moderada, basada en la ampliación de la libertad de expresión y en el reconocimiento de un pluralismo político recortado y sometido siempre al control del partido comunista, cuyo papel dirigente no se ponía en absoluto en cuestión. Al mismo tiempo, en el terreno económico se intentaría una reforma tecnocrática, dirigida a acabar con los deplorables métodos administrativos del período precedente y a intensificar la productividad mediante la concesión de una mayor autonomía a las empresas, combinada con premios y castigos de acuerdo con los resultados obtenidos por ellas. La moderación de estos planteamientos facilitó su aceptación por los partidos comunistas occidentales que, tras haber condenado con toda dureza la revuelta húngara, acogieron ahora con entusiasmo la nueva imagen del «socialismo con rostro humano» presentada por Dubcek<sup>4</sup>.

Pero tal propuesta reformista se encontraría pronto en una difícil situación. El equilibrio pretendido por ella no sólo produjo desde el primer momento el malestar soviético, reflejado en constantes amenazas; a la vez creaba insatisfacción entre los sectores populares, deseosos de cambios más profundos y dispuestos a utilizar la libertad de crítica para defenderlos públicamente. En mayo, el *Manifiesto de las dos mil palabras* protestaba por la lentitud de los cambios y reclamaba una intensificación del proceso hasta llegar a la completa democratización del país. Y las propuestas autogestionarias surgían de nuevo, dando origen a debates públicos y a tentativas prácticas (como la de la fábrica

W. Pieck). Como diría Karel Bartosek, uno de los promotores más destacados de la autogestión, en su *Carta abierta a los obreros de Checoslovaquia*, no bas-

taba con un cambio del personal dirigente, ni con el establecimiento de una libertad de expresión que podía acabar convirtiéndose en «el ornamento de un sistema burocrático más ilustrado». Los auténticos cambios tenían que surgir de la iniciativa popular: «El hecho que puede de verdad empezar a cambiar vuestra condición es la elección y la actividad de los órganos de autogestión obrera, los cuales, *junto con vosotros y a través de vosotros*, administrarán lo que os pertenece sobre todo a vosotros. No tiene importancia si se llamarán consejos obreros o consejos de fábrica, o de algún otro modo. Lo que importa es que los elijáis inmediatamente y que para ello escojáis a los más capaces y a los más honrados de vuestros colectivos»<sup>5</sup>.

La autogestión, temida no sólo por la burocracia estalinista, sino también por la nueva burocracia reformista, hacía así otra vez su aparición. Era el eje central de las propuestas de transformación económica de los sectores más radicales, para los cuales, a diferencia de las concepciones tecnocráticas de lo que entonces se llamó «el socialismo de los managers», la democratización no podría limitarse a la esfera de la política: «sin democracia en las empresas no se puede hablar de auténtica democracia en la sociedad». Y aunque los trabajadores checos no intentaran poner en práctica de inmediato estas propuestas, dada la contención que mantuvieron durante el proceso, es evidente que su simple enunciado creó un malestar creciente en Moscú. La reorganización política sobre la base de una democracia pluripartidista, y la reorganización de la economía sobre presupuestos autogestionarios, eran dos amenazas inadmisibles para la omnipotencia burocrática. La invasión y el establecimiento de una



dirección política fiel a Moscú sería, de nuevo, la respuesta.

*Polonia: un paso adelante, dos pasos atrás*

Ni la revolución, ni la reforma. El poder soviético, tanto en el período jruscheviano como en la etapa de Breznev, sólo acepta el inmovilismo. O, a lo sumo, los conatos de independencia verbal al estilo rumano, que no alteran la auténtica estructura de poder ni pueden dar lugar a peligrosos contagios. De aquí la sensación de impotencia con que se encontraron las distintas corrientes de oposición tras la destrucción del reformismo checoslovaco, y que un informe elaborado en Polonia años más tarde resume a la perfección: «Una transformación radical del régimen so-

ciopolítico es absolutamente *necesaria*, pero a la vez totalmente *imposible*». Los acontecimientos polacos de 1980-81 aparecieron por ello como una

nueva vía para romper el *impasse* y recuperar la esperanza. Aunque, como ahora ya sabemos, esa esperanza quedaría, una vez más, frustrada.

Para entender las peculiaridades de esta nueva vía (al margen de su desarrollo concreto, abordado en otros trabajos de este mismo número), conviene tener en cuenta dos factores decisivos: un cambio sustancial en las actitudes de los sectores intelectuales de la oposición antiburocrática; y el desarrollo de un movimiento popular de gran envergadura, cuya rápida maduración representa el aspecto más llamativo de todo el proceso.

En el seno de la oposición intelectual, los sucesivos fracasos de las tentativas revolucionarias o reformistas anteriores fueron un auténtico revulsivo. Los esquemas manejados hasta entonces habían resultado ineficaces para hacer frente al poder burocrático, y se hacía

necesario encontrar un camino original para evitar una nueva derrota. No sólo se había perdido la fe en una reforma del partido, que condujera a la transformación de las estructuras políticas y sociales; al mismo tiempo, se desvanecía también la confianza en la posibilidad de una revolución.

Hasta entonces, para muchos sectores de la oposición polaca y del resto de las democracias populares, y también para diversos observadores occidentales, el «socialismo real» era —como dijo Trotski— un sistema transitorio, abocado necesariamente a una nueva revolución, cuyo resultado sería el establecimiento de un socialismo auténtico. De acuerdo con esta idea, Jacek Kuron y Karol Modzelewski escribieron en 1964, en su *Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco*: «La solución sólo es posible por la supresión de las relaciones de

producción y sociales actuales. *El desarrollo pasa necesariamente por la revolución (...)*. La agudización inevitable de la crisis socava los muros psíquicos que

son el verdadero baluarte del poder. La situación revolucionaria los derriba. Y entonces los muros de ladrillo no son ya un obstáculo. Es imposible superar la crisis económica y social en el marco del sistema burocrático: *la revolución es inevitable*»<sup>6</sup>. Pero el paso del tiempo y la capacidad del poder soviético para superar las crisis y reprimir las explosiones de malestar popular acabaron obligando a la oposición a aceptar que el sistema tenía un grado de estabilidad muy superior al que hasta entonces se le había atribuido. Exagerando un poco, se podría pensar, como ha dicho el novelista ruso Alexander Zinoviev, que este sistema puede existir «durante siglos, o tal vez milenios», sin sufrir cambios sustanciales<sup>7</sup>.

Esta constatación exigía un cambio de actitud en la oposición, cuyo primer y más destacado reflejo se encuentra en algunos textos de Kolakowski. En espe-

**En Polonia hubo dos factores decisivos: un cambio sustancial de actitudes en la oposición intelectual y el desarrollo de un movimiento popular de envergadura.**



cial, en sus *Tesis sobre la esperanza y la desesperanza* (cuyo título es, por sí sólo, altamente significativo), el filósofo polaco presentó ya la posibilidad de un

**La separación total de la lucha política y las reivindicaciones económicas resultaba imposible debido a la contextura del Estado polaco**

nuevo camino, orientado más a la resistencia activa que al ataque frontal al poder, y por ello más defensivo que ofensivo. En su definición de una «resistencia capaz de limitar y debilitar la acción de esos mecanismos (del poder) y llevar, si no a una sociedad perfecta, a una forma de organización social viable y más soportable para sus miembros»<sup>8</sup> no se encuentra sólo una fuerte dosis de pesimismo con respecto a las expectativas anteriores; hay también una nueva propuesta de acción, que pronto recogerían algunos de los portavoces más caracterizados del KOR. Y el mismo Kuron, defensor años antes de la inevitabilidad de la revolución, pasaría a convertirse en el promotor de nuevos proyectos de «auto-organización social», con objetivos bastante más modestos: la búsqueda de nuevas formas de presión y negociación con el poder para arrancarle algunas parcelas de libertad.

Conviene resaltar que este cambio de actitud no fue sólo el resultado de la decepción ante el fracaso de los proyectos revolucionarios o reformistas anteriores. A la vez, derivaba de la experiencia acumulada por los movimientos populares polacos de los veinte años anteriores. En este período, la clase obrera, los estudiantes e intelectuales polacos asimilaron, a través de varias derrotas sucesivas, un conjunto de lecciones fundamentales para entender su actuación en 1980-81. Quizá lo más sorprendente no es la rapidez del proceso, y la capacidad de quemar etapas que demostraron, sino el estrecho paralelismo entre su recorrido y el realizado por la clase obrera en Europa Occidental durante los siglos XVIII y XIX.

Ante la inexistencia de un enemigo inmediato y visible, tras la desaparición de los propietarios capitalistas y el pago

de los medios de producción a manos de un Estado que, por definición, representaba los intereses de la clase obrera: y ante la manipulación ideológica y la

represión de este Estado frente a todo intento de crear organizaciones autónomas de los trabajadores, es lógico que las primeras luchas populares tuvieran un carácter espontáneo y desorganizado, y respondieran más a los problemas del consumo que a los de la producción. Al igual que los trabajadores europeos de la era preindustrial, los trabajadores polacos actuaron en 1956, en 1970, o incluso en 1976, como consumidores más que como productores: las alzas de precios de los productos de primera necesidad fueron en estos casos la chispa que desencadenó sus levantamientos, y que condujo a enfrentamientos callejeros en los que siempre llevaban las de perder<sup>9</sup>. Pese a la derrota, estas luchas no fueron totalmente estériles, ya que a través de ellas se iba gestando una conciencia de las posibilidades y los límites de la acción popular. En un proceso similar al sufrido por la oposición intelectual, la experiencia directa permitiría abandonar los objetivos irrealizables, al menos de momento, para buscar otras formas de acción con mayores posibilidades de éxito. Y así, mientras en 1956 los trabajadores de Poznan reclamaban pan, elecciones libres y retirada de las tropas soviéticas, en 1970 los objetivos políticos había desaparecido en favor de las puras reivindicaciones económicas. Es más, en la plataforma reivindicativa de los obreros de los astilleros Warski, de Szczecin, se incluía una explícita declaración de apoliticismo: «Nosotros los trabajadores de los astilleros no tomamos parte en actividades políticas ni antiestatales. Nuestra actividad es puramente de carácter económico. Cuando nuestras exigencias se vean satisfechas, emprenderemos un trabajo concienzudo y honrado»<sup>10</sup>. La separación total de la lucha política y las rei-



vindicaciones económicas resultaba imposible; pero no por falta de voluntad de los trabajadores, sino por la textura del Estado polaco, detentador a la vez del poder económico y del político.

Faltaba un último paso: el abandono de la lucha espontánea en favor de la organización, y la sustitución de los enfrentamientos en las calles por la huelga y la ocupación de las fábricas. En 1980 se dio, y la creación y legalización de *Solidaridad* fue su consecuencia más espectacular. Por primera vez en los países del Este existía un sindicalismo independiente del poder estatal, con una tasa de afiliación muy superior a la alcanzada por los sindicatos occidentales, incluso en los momentos de mayor euforia de las luchas obreras<sup>11</sup>. A pesar de las provocaciones de los sectores inmovilistas de la burocracia en el poder y de las constantes amenazas soviéticas, la estrategia surgida de la experiencia directa de los trabajadores y de las nuevas actitudes de la oposición intelectual había obtenido un primer éxito. La esperanza era todavía posible.

Pero como la libertad es indivisible, la conquista de una parcela supuso de inmediato la aparición de nuevas exigencias en otros campos. *Solidaridad* no era, y no podía ser, un simple movimiento sindical; era más bien la cristalización de todas las frustraciones acumuladas durante décadas. Y el Estado polaco no era un simple patrón con el que negociar las condiciones salariales o laborales; era además el instrumento a través del cual la burocracia aseguraba su poder y sus privilegios, y el medio para la represión de cualquier ataque a los mismos. La confrontación entre ambos acabaría alcanzando, por necesidad, una dureza no prevista en los proyectos estratégicos manejados hasta entonces por la oposición. En especial cuando el Congreso de *Solidaridad* puso sobre la mesa dos temas fundamentales, acallados hasta entonces: las elecciones libres

y la autogestión. El golpe militar y el establecimiento de un «bonapartismo socialista» ha sido la respuesta.

### *Un bonapartismo de nuevo tipo*

Como Marx descubrió en sus estudios sobre Francia, el bonapartismo es la respuesta de las clases dominantes en los momentos en que se pone en peligro la conservación de su poder a través de los mecanismos habituales de ejercicio del mismo. El golpe militar de Luis Bonaparte había establecido, dijo Marx en *La guerra civil en Francia*, «la única forma de gobierno posible en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar el país y la clase obrera no la había adquirido aún». Lo que nunca pudo pensar Marx es que, en un sistema definido como «socialista», se produjera una situación similar, con la utilización del Ejército por parte de la burocracia en el poder para forzar a su favor una situación de equilibrio de fuerzas. Y, sin embargo, así ha ocurrido. Como Luis Bonaparte, el «bonapartismo socialista» del general Jaruzelski intenta ahora colocarse por encima de las clases en conflicto, atacando a la vez a los más destacados responsables de la corrupción económica del período precedente y a los líderes obreros más significados, y presentándose como el único depositario de la idea nacional y el baluarte frente al peligro de la anarquía y la destrucción de la nación polaca.

Es difícil predecir en qué medida conseguirá el éxito. La experiencia histórica ha demostrado que el bonapartismo no fue, como Marx creía, la «forma última del poder estatal de la burguesía», y que los fascismos del siglo XX no se convirtieron, como pensaban muchos marxistas,

en la «antesala de la revolución». Pero también ha puesto de manifiesto que el bonapartismo no acaba con los conflictos; dure lo que dure, los antago-

**El bonapartismo socialista  
de Jaruzelski intenta  
colocarse por  
encima de las  
clases en conflicto.**



nismos permanecen, para resurgir con una nueva fuerza tras su desaparición, y aunque tras él no venga la revolución, por lo menos se abre una nueva fase en la que los detentadores del poder se ven obligados a admitir algunas exigencias populares. Después del Imperio de Bonaparte, vino la III República; y con ella, las libertades políticas y el reconocimiento del derecho a la asociación obrera.

En el caso polaco, el golpe militar probablemente no será tampoco «la úl-

tima forma del poder estatal de la burocracia». Habrá otras. Pero frente a ellas, la estrategia de conquista de parcelas de libertad, después de su actual derrota, podrá comenzar de nuevo la larga marcha hacia la libertad política y la autogestión económica, que ha caracterizado hasta ahora a los movimientos populares en los países del «socialismo real». La historia tiene mucho tiempo a su disposición, aunque por desgracia quienes la vivimos día a día no disfrutemos que de esa abundancia.

<sup>1</sup> Curiosamente, mientras muchos análisis de la izquierda han negado el carácter revolucionario del *octubre húngaro*, Hannah Arendt supo percibir con exactitud la vinculación de este proceso con los fenómenos revolucionarios más clásicos. Véase su ensayo *Sobre la revolución* (Revista de Occidente, Madrid, 1967), en especial, págs. 121, 284 y 328. Sobre la importancia de la espontaneidad, y su influencia en la creación de un nuevo orden revolucionario, además del texto de Arendt puede verse el estudio de André Decouflé; *Sociología de las revoluciones* (Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1975), capítulo 2.

<sup>2</sup> Cornelius Castoriadis: «La source hongroise», *Libre*, n.º 1, pág. 53 (Ed. Payot, París, 1977).

<sup>3</sup> Claude Lefort: «La insurrección húngara», en *¿Qué es la burocracia?* (Ed. Ruedo Ibérico, París, 1970), págs. 176-177. En los núms. 20 y 21 de *Socialisme ou barbarie* (1956-57), del primero de los cuales procede el artículo de Lefort, se puede encontrar abundante información sobre los consejos obreros en Hungría. Un resumen de los acontecimientos, en Fernando Claudín: *La oposición en los países del «socialismo real»* (Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981), págs. 201-212.

<sup>4</sup> La descripción del papel de la nueva burocracia recogida en el párrafo anterior está inspirada en gran medida en los análisis de la Internacional Situacionista, y en especial en el artículo «Réforme et contre-réforme dans le pouvoir bureaucratique» (*Internationale Situationniste*, n.º 12, septiembre de 1969, págs. 35-43). Aunque no comparto su creencia en que los acontecimientos checos demostraban la «avanzada descomposición del estalinismo» y anunciaban una próxima revolución en la misma Unión Soviética. La síntesis más reciente de la *primavera de Praga* se encuentra de nuevo en el libro de Claudín (págs. 238-261).

<sup>5</sup> La *Carta abierta a los obreros de Checoslovaquia* de Karel Bartosek se publicó inicialmente en la revista *Reportér* (n.º 8-15 de mayo de 1968), y dio lugar de inmediato a una intensa polémica, con la participación, entre otros, de Rudolf Slansky, Pavel Ernst o Rita Budinova. Varios participantes en esta discusión fueron expulsados del

partido y procesados tras la «normalización» de Husak, y se encuentran entre los promotores de *Carta 77*. Puede verse una selección de los textos más significativos de esta polémica en *Autogestión y Socialismo*, n.º 2, págs. 113-192 (Ed. Castellote, Madrid, 1978).

<sup>6</sup> Karol Modzelewski y Jacek Kuron: *¿Socialismo o burocracia? Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco* (Ed. Ruedo Ibérico, París, 1968), pág. 91.

<sup>7</sup> «La sátira como lógica enfurecida (Entrevista con Alexander Zinoviev)», *El Viejo Topo*, n.º 49, octubre de 1980, págs. 13-17.

<sup>8</sup> Citado por F. Claudin, op. cit. pág. 322.

<sup>9</sup> La caracterización que Rudé ha realizado de los movimientos de masas en el período preindustrial inglés o francés podría aplicarse también, punto por punto, y a pesar de las diferencias económicas y sociopolíticas, a las luchas populares en Polonia y en otros países del Este. Cf. George Rudé: «Los movimientos de masas en el período preindustrial», en *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII* (Ed. Ariel, Barcelona, 1978), págs. 17-33. Convendría señalar que, así como en el período preindustrial el mercado era el lugar donde se visualizaban las diferencias y los conflictos sociales (como ha explicado Thompson), en los países del «socialismo real» —en los que la utilización del marxismo como ideología legitimadora del poder y la ausencia de capitalistas dificultan la aparición de una conciencia obrera con rasgos similares a los del proletariado de Europa occidental— la cola para comprar alimentos de primera necesidad puede desempeñar un papel parecido. En la cola pueden formularse reflexiones como las que relata Alexander Zinoviev: «Aquí tienes el producto conjunto de la sociedad, dijo el Cernícalo dibujando con tiza un gran círculo en el asfalto. La parte mejor y la más deficitaria se consume en las tiendas reservadas, de acuerdo con las leyes sociales. Esta parte no se incluye en el sistema de las colas. Lo que queda, parece que se destina a todos. Pero, ¿es así en la realidad? Sabéis perfectamente que una parte considerable del producto destinado a todos, su parte mejor precisamente, se distribuye entre los dirigentes de un nivel algo inferior. Es



una ley que no existe. Pero hay una costumbre que se observa santamente por todos cuantos hacen la distribución. Ellos están subordinados a estos jefes. Como veis, el círculo se estrecha. Sigamos. Una parte considerable se destina a diversas regiones especiales, empresas especiales, instituciones, etc. Esta parte, a su vez, se fracciona y jerarquiza. Por lo tanto, debemos restarla. Y la parte mejor del resto se reparte por enchufe entre los conocidos, a hurtadillas. Finalmente, la parte que llega realmente a la verdadera cola se distribuye al margen de la cola y se roba. Tan sólo algo, lo peor, lo que logra salvar todas las barreras, llega a nosotros. Y aquí nos tienes de pie y esperando. Esperamos nuestras miserables migajas» (A. Zino-

viev: *Cumbres abismales*. Ed. Encuentro, Madrid, 1979, tomo II, pág. 327).

<sup>10</sup> *El Viejo Topo*, n.º 52, enero de 1981, pág. 39.

<sup>11</sup> La sensación de encontrarse ante una situación completamente nueva, y por ello la imposibilidad de encontrar precedentes en que apoyarse, aparece constantemente en los textos de *Solidaridad*. «Como sociedad y como sindicato —decía, por ejemplo, Tadeusz Mazowiecki, en el editorial del primer número de la revista *Solidaridad*— nos estamos moviendo por un camino no recorrido antes por nadie. Ningún modelo se adecúa a nuestra situación; tenemos que crearlos todos *ex novo*» (Recogido en *Solidarnosc. I documenti della svolta polacca*. Edizioni Lavoro, Roma, 1981, pág. 11).



---

# POLONIA: ¿REVOLUCION EN UN SOLO PAIS?

---

**María Misialska**

---



**3**

---

Existen varias cuestiones sorprendentes a la hora de analizar el proceso polaco. Aquí se han elegido cuatro: ¿Cuáles son las causas de la formación de un movimiento como Solidaridad en un país del bloque? ¿Cuáles son los caminos por los que se llega a la confrontación? ¿Por qué la confrontación adquiere la forma de golpe militar? Y lo que se discutió en Polonia hasta la saciedad: ¿Es, a fin de cuentas, reformable el sistema político de los países del Este?

«Estos llamados optimistas, que no son otra cosa que locos simpáticos, dicen que aprendemos de la historia nuestros errores; pero yo afirmo que si hay algo que la historia nos enseña es que jamás nadie aprendió nada». Durante 1981 miles de polacos se han reído con estas frases cínicas del cabaret político

de Jan Pietrzak. Y se han reído, entre otras razones, porque el pesimismo de Pietrzak era algo que resultaba chocante en un contexto abrumadoramente optimista.

Lo cierto es que la historia polaca se caracteriza por las sorpresas. Por deseos que se cumplen contra todo pronóstico



y por catástrofes sólo difícilmente previsibles. Semanas antes de que comenzaran las huelgas en el Báltico, Lech Walessa afirmaba: «Es posible que consigamos formar algún día un sindicato libre e independiente, pero no creo que yo lo vea. Quizá mis hijos».

Jacek Kuron, uno de los opositores que más había escrito sobre la posibilidad de formar un movimiento de masas frente al poder del partido, se vio sorprendido ante el hecho de que, en dos semanas, se afiliaran a Solidaridad casi diez millones de personas, con las consecuencias que ello tenía en la vida cotidiana. Pero si este fenómeno fue inesperado, lo parecía mucho más la perspectiva de que se pudiera aplastar un movimiento de esa amplitud.

### *El primer milagro*

Hasta los últimos momentos antes de la creación de Solidaridad, parecía una verdad incuestionable que la existencia de un organismo social, libre e independiente, era algo contrario a todos los principios constitutivos del sistema político de los países del Este, y especialmente contra el fundamental: el partido como instancia única de dirección de la sociedad.

En cualquier caso, una idea del cambio que significaba la constitución de Solidaridad dentro del sistema se desprende del hecho de que la palabra usada en Polonia para describir, desde un primer momento, el proceso de cambios fue *rewolucja* (revolución) y no *odnowa* (renovación), término empleado en los medios oficiales, del que se hacían frecuentes chistes en Solidaridad (*¿od nowa?*, en dos palabras separadas, significa *¿De nuevo?*, pregunta que se le hacía al poder ante sus frecuentes amenazas).

Ciertamente, Solidaridad rompía el eterno monopolio del partido en cuanto

## **Con su creación Solidaridad rompía el eterno monopolio del partido en cuanto a la organización, decisión e información sociales.**

a la organización, decisión e información sociales, aunque la perspectiva de su nacimiento no fuera la de dirigir sino la de establecer el control sobre

esos tres factores.

Por otra parte, el hecho de que en pocos días se afiliaran al nuevo sindicato diez millones de personas, del total de trece que tiene la población activa, supuso un cambio extraordinario en el clima social del país. El poder se enfrentaba con el movimiento social más grande de la historia polaca, y entre la población se asistía a la pérdida del miedo a la participación al comprobar la auténtica dificultad práctica de perseguir a millones de personas. Hasta entonces, la ideología oficial podía, con relativa comodidad, acusar de elementos antisocialistas a los miembros de los grupos de oposición, pero esa cobertura resultaba un tanto inútil para calificar a la práctica totalidad de la clase trabajadora. En realidad, es difícil encontrar un éxito en la historia posterior de Solidaridad comparable con el hecho de su constitución.

Por ello, es posible afirmar que la explicación de este fenómeno es, a su vez, la clave interpretativa del proceso polaco. La primera causa indudable está referida a la profunda crisis económica del país. La falta de víveres y productos de primera necesidad, la paralización de las fábricas por falta de insumos y de electricidad, una vertiginosa espiral de deuda externa, la percepción general del descenso del nivel de vida hacían pensar a muchos economistas del régimen que el país estaba al borde del precipicio. En la prensa oficial aparecerían después algunos índices de este deterioro socioeconómico. Sólo entre el 60 y el 70 por 100 del tiempo de trabajo era efectivamente trabajo productivo en los últimos cinco años. El descenso progresivo de la renta nacional tiene las cifras siguientes: en 1978 descende un 2 por 100, en 1980 un 4 por 100. Un 18 por



100 de la población vive, en 1980, por debajo del mínimo biológico oficial, y un 40 por 100 por debajo del mínimo bienestar social, también oficial. Este año, 1.200.000 niños necesitaban asistencia social, ante la insuficiencia de recursos de sus familiares. El tiempo de espera medio para tener las llaves de la vivienda ya pagada era de diez años, y sólo el 18 por 100 de los matrimonios recién casados tienen su vivienda. Sólo el 23 por 100 de las camas hospitalarias fueron construidas desde que acabó la segunda guerra mundial. En el campo, el 40 por 100 de los implementos agrícolas están fuera de servicio, por deterioro o caducidad.

Ante esta situación, es lógico que Solidaridad apareciera ante los ojos de la población no sólo como un instrumento de contestación al sistema, sino también como una esperanza práctica de resolución de problemas inmediatos.

La otra causa explicativa tiene que ver con la situación del propio partido. Una crisis que difiere notablemente de otras experiencias, y en particular de la checoslovaca. En Polonia no se trataba tanto de un proceso de cambio surgido en esa institución política, como del nacimiento de una organización social tres veces mayor que el partido (el POUP tenía en 1980 3.000.000 de miembros), que, no sólo surge fuera de éste, sino que lo hace con intención de controlarlo.

Entre las autocríticas que posteriormente se hiciera el POUP, destacaban persistentemente dos: la existencia de una auténtica escisión entre bases y aparato político, y el proceso de corrupción que afectaba a este último.

Del primer fenómeno se ha dicho que había llegado a provocar un círculo vicioso: la falta de relación del último equipo Gierek con las bases del partido le obligaban a incrementar el carácter autoritario de sus decisiones. El drama de Gomulka, quien había llegado en

1956 como el salvador de la situación, contando con un efectivo apoyo social y, posteriormente, abandona el poder —en 1970— como el verdugo de los obreros de Gdansk, parecía reproducirse ahora a todos los niveles del poder.

Es importante recordar que para los militantes del partido parecía todo un éxito que en agosto de 1980 no se usara la violencia para reprimir las huelgas, aunque es sabido que dentro del Comité Central había partidarios de esta fórmula. Por qué esta vez el POUP no llegó a adoptar esa decisión, tan acostumbrada durante los años setenta, es algo que requiere una explicación. Y la respuesta tiene que ver con ambos bandos: huelguistas y partido.

Por un lado, causó notable sorpresa la capacidad organizativa de los huelguistas de 1980, tanto en lo que se refiere a la rápida coordinación de las huelgas, que se extendían vertiginosamente, como por la ausencia de demostraciones de violencia en las calles.

Pero también sucedía que en el CC del POUP no eran pocos los partidarios de la negociación social como fórmula de salida de la crisis. Al parecer incluso entre los vinculados a las fuerzas de seguridad, como es el caso del general Jaruzelski. Cabe destacar, en este contexto, la completa pérdida del sentido de realidad por parte del equipo Gierek. El propio Gierek desapareció durante las dos semanas cruciales, manteniéndose encerrado en su casa, y después, cuando hizo su reaparición, fue para asegurar ante las cámaras de televisión su tradicional comprensión de los problemas de los obreros y su resuelta decisión de ir a los orígenes del conflicto; por ejemplo, el problema de la falta de guantes y otras prendas protectoras de trabajo.

Era la viva imagen de un cadáver político.

La deslegitimación del equipo Gierek permitía a los partidarios de la negociación persistir en el empeño. Mientras,

**Solidaridad era para la población  
no sólo instrumento  
de contestación, sino una  
esperanza de resolución  
de problemas inmediatos.**



en este clima de desconcierto, se generaba entre las bases del partido la percepción de que el POUP carecía de orientación política, e incluso de ideología preparada para enfrentar una situación así. Algo que contrastaba con la firmeza de principios y de propósitos de los huelguistas. Un viejo camarada, el profesor Wladyslaw Markiewicz escribía en el semanario *Zycie Literackie*, después de firmarse los acuerdos de Gdansk: «¿De qué estamos tan orgullosos, camaradas? ¿De que hemos conseguido un acuerdo nacional? ¿Entre quién y quién? Entre la clase obrera y el poder popular del partido marxista-leninista. Nos congratulamos de haber negociado pacíficamente un problema con la clase a la que representamos. Pero incluso es peor el hecho de que de ello se congratula también la propia clase. ¡Qué paradoja!».

Es decir, el POUP se orientaba, por un lado, hacia una solución no violenta del conflicto, pero, por otro, era incapaz de generar una fórmula política autónoma.

El hundimiento total, político y humano, de Gierek y su equipo, manchados visiblemente por la corrupción administrativa, exigía tiempo para poder generar un equipo de recambio, como había sucedido en ocasiones anteriores. Pero esta vez los huelguistas dedicaban todo su tiempo a coordinar el movimiento, y en pocos días reunían un apoyo que hacía más grave la decisión de reprimirlos. En este cuadro los partidarios de la negociación —muchos de ellos convencidos de que la negociación colectiva también era una buena fórmula para enfrentar la crisis económica— encontraron las condiciones necesarias para operar. El último día de agosto, el viceprimer ministro Mieczyslaw Jagielski firmaba, con el Comité Interfábricas de Huelga, los históricos acuerdos de Gdansk, que permitirían a Solidaridad abrir su primera oficina el primero de septiembre. Seis días después el equipo negociador de Kania sustituía al de-

puesto Gierek. Parecía que los partidarios de la reforma hubieran obtenido una victoria neta dentro del partido. Pero, en buena medida, se trataba de un espejismo.

### *El camino a la confrontación*

«Hasta ahora, toda la historia de Solidaridad consiste en una serie de conflictos de curso muy parecido: estalla violentamente o crece la gravedad de un problema concreto; la huelga de reacción o la reacción inadecuada del gobierno produce la huelga, la ocupación del edificio u otro tipo de protesta; comienzan entonces las negociaciones en un clima muy tenso, que concluyen, después de horas y horas de conversaciones, con la firma de un acuerdo sobre el papel...» (Del informe de la KKP presentado al Primer Congreso de Solidaridad).

Es posible afirmar que esta dinámica —que prepara las con-

diciones para que pueda producirse la confrontación— está establecida ya en los primeros meses de 1981. De hecho, Solidaridad había firmado en febrero de ese año más de seiscientos acuerdos con las autoridades. Y los militantes del nuevo sindicato comenzaban a preguntarse qué utilidad tenía esa verdadera montaña de papel, si luego las autoridades parecían incapaces de poner en práctica dichos acuerdos. Fue comentado el caso de los firmados entre enseñantes y gobierno, que contenían más de cien puntos —la mayoría de ellos no implicaban gasto alguno—, y seis meses después se habían cumplido cinco de los más obvios. Puede decirse que el posterior curso de 1981 profundizó en esta dinámica, y que los Congresos del Partido y de Solidaridad sirvieron para ponerlo de manifiesto. Y es desde esta doble perspectiva —movimiento social, poder establecido— como hay que examinar el camino que condujo a la confrontación.

### **La firmeza de principios y propósitos de los huelguistas generó desconcierto en las bases del POUP.**



La dinámica interna de Solidaridad se hizo más compleja a medida que avanzaba el proceso. El principal fundamento del sindicato, a pesar de dificultades

### **Los sucesos de Bydgoszcz provocaron la primera explicitación pública de las distintas corrientes en el seno de Solidaridad.**

y conflictos, era la necesaria democracia interna. Se repetía frecuentemente que, en un país donde no se conoce la democracia, Solidaridad tenía que ser un ejemplo para toda la sociedad. Así, cada decisión importante tuvo que ser consultada en todas las grandes empresas del país. En las reuniones se evidenciaba rápidamente la sensibilidad de los trabajadores para evitar ser despreciados o manipulados.

Por otra parte, la inmovilidad o, en muchos casos, la actitud contraria del gobierno (cuando no se trataba de agresiones concretas a los representantes de Solidaridad, a nivel local) provocaba el enfurecimiento colectivo, que se traducía, frecuentemente, en un incremento de la radicalización social. Esta situación se agrava poderosamente después de la provocación de Bydgoszcz, que supuso un verdadero impacto nacional, y que en Solidaridad provocó la primera explicitación pública de que dentro del movimiento existían dos maneras de plantear el tipo de respuesta a dar a estas actitudes del régimen.

En estas condiciones, eran los mismos representantes de Solidaridad quienes debían de explicar a los trabajadores de las grandes fábricas por qué era necesario detener una huelga o poner un techo a las demandas sociales. Y cualquier desliz en estas explicaciones levantaba la hipersensibilidad democrática manifestada entre los trabajadores. Incluso aquellos de oposición democrática que durante toda su vida lucharon por el surgimiento de un movimiento como Solidaridad, como es el caso de Jacek Kuron, tuvieron que recorrer todo el país para explicar a los obreros por qué era necesario practicar la política de los pequeños pasos. Pero el ambiente en muchos casos no favorecía ese tipo de

política. Y no era sencillo deshacer ese ambiente, que daba lugar a acciones como la emisión de la carta a los restantes países del Este, aprobada en el Con-

greso de Solidaridad, pidiendo a los trabajadores la formación de sindicatos libres en sus respectivos países. Carta que tuvo la virtud de enfurecer a las autoridades polacas y soviéticas.

Mientras para los moderados era necesario subrayar la necesidad de la auto-limitación y de la consolidación de un programa básico, para los radicales había que aprovechar el milagro de la existencia del sindicato y el infinito apoyo de la clase trabajadora para avanzar más en el control del poder establecido. Más allá de que las discusiones y la formación de corrientes en el seno de Solidaridad fueran mucho más complejas, esa diferencia de opciones—moderada y radical—adoptaba el espíritu general mencionado, especialmente en lo que se refiere a las relaciones con el gobierno.

«¿Qué me inquieta más? Primero, la falta de lógica de nuestra situación—escribía el periodista afiliado a Solidaridad, Kasimierz Dziewanowski—, que se muestra permanentemente en la obstinación de juntar agua con fuego, en la voluntad perseverante de mantener la esperanza en las situaciones que parecen más desesperadas. ¿Sólo lo parecen? Todavía no lo sabemos. Por ejemplo, el hecho de que los cambios sean imprescindibles, que la sociedad sienta profundamente esa necesidad... Pero al mismo tiempo la realidad exige que estos cambios tengan que ser realizados por aquellos que no los iniciaron, ni estamos seguros que se den cuenta de su absoluta necesidad, ni de que los vean posibles e incluso deseables. Aunque estamos seguros de que si estos cambios se postergan o simplemente no son capaces de llevarlos a cabo, entonces iremos derechos a una catástrofe de la que ni ellos mismos podrán salvarse. Desde cual-



quier punto de vista que se examine la situación parece que operamos sobre una lógica rota por dentro». (Del libro *Niepokoje i nadzieje*, Iskry, Varsovia, 1981).

Las diferencias en el seno del poder se establecían en un sentido opuesto. El corresponsal de *Le Monde* afirmó que en los acontecimientos de Bydgoszcz se habían encontrado el ala radical de Solidaridad (Rulewski) con la rama dura del Partido. Los duros —cuya manifestación pública más clara fue la reunión de Katowice— no habían conseguido aumentar su fuerza en los mecanismos de poder. Pero, a su vez, el grupo de Kania, que sustituyó al corrupto de Gierek, parecía compuesto con un solo criterio: nombrar a los que tuvieron el valor de criticar la situación antes de las huelgas obreras. Pronto se evidenció su parálisis en medio de las presiones cruzadas. Por el contrario, el nuevo equipo de Jaruzelski, nombrado primer ministro el 9 de febrero, parecía entender mejor la situación y la necesidad de negociar. Muchas esperanzas provocó el nombramiento de Rakowski como viceprimer ministro, un viejo aperturista con buenos contactos en el medio sindical.

Jaruzelski encontró los aplausos de la sociedad después de sus primeros gestos, como el poner en marcha la ley que liquidaba la censura, o resolver los graves conflictos de la formación de Solidaridad campesina y los nuevos sindicatos estudiantiles, al tiempo que iniciaba los juicios por corrupción contra el equipo de Gierek. Jaruzelski no tuvo ningún temor a decir claramente que el Partido había perdido la confianza de la sociedad y que había que esperar mucho tiempo para que pudiera recuperarla. Pero las tensiones dentro del poder aumentaban. Inmediatamente antes del Congreso del POUP, los duros tenían al menos la suficiente fuerza como para

exigir más firmeza en las operaciones contra Solidaridad.

El cuadro formado por todas estas líneas de fuerza describe bien los elementos del drama polaco. Los moderados del sindicato se encontraban con los moderados del gobierno, teniendo ambos a sus espaldas la presión de los duros: los duros del Partido afirmando que habrá que terminar con la descomposición del país, y los radicales de Solidaridad repitiendo que hay que poner a las autoridades de rodillas ante la suprema voluntad popular. En esta época —inmediatamente antes del Congreso del POUP en julio— Jaruzelski aparecía sumido en la bruma de la indefinición, aunque todo el mundo le consideraba entre los moderados.

El Congreso Extraordinario del Partido no vino a resolver las diferencias dentro del poder. La correlación de fuerzas no varió en lo fundamental, si bien se produjo la entrada en el Comité Central de algunos miembros de Solidaridad y el ascenso al Buró político de Helena Grzyb, trabajadora textil afiliada al nuevo sindicato. De hecho, lo que caracterizó al Congreso fue la elección de personas cuyo valor consistía en no ser prominentes del ala dura ni del ala reformadora. Finalmente, el Congreso concluyó sin la elaboración de ningún documento sólido de análisis de la crisis y mucho menos de cómo resolverla. Puede afirmarse que el único elemento positivo del Congreso fue la consagración del *discurso* negociador, algo que los duros habían tratado de cambiar.

Se cerraba así el círculo vicioso. Los duros no conseguían desplazar a los partidarios de la negociación, pero conseguían poner el suficiente lastre en la actividad del gobierno para impedir que éste diera pasos efectivos en la resolu-

**Jaruzelski no tuvo ningún temor a decir que el Partido había perdido la confianza de la sociedad.**

ción de los problemas ya negociados con Solidaridad, lo cual tenía un efecto evidente: cargar de razones al ala radical del movimiento. No hay ninguna



duda de que, para los elementos más conscientes del sector duro del POUP, la película polaca estaba clara: si se lograba conseguir que los acuerdos entre el gobierno y Solidaridad fueran papel mojado, se provocaría el deseo del nuevo sindicato de avanzar en el terreno de las decisiones políticas.

Una trampa dramática que era percibida por sectores reducidos de Solidaridad, como se pondría de manifiesto en las jornadas de su primer Congreso. Hay pocas dudas de que, con todos sus defectos, Lech Walesa estaba entre quienes tenían esta percepción. El Congreso tenía dos tareas fundamentales: plantear la reforma económica desde un prisma sindical (autogestión), y diseñar la estrategia del movimiento. En cuanto a la reforma económica, el Congreso sirvió para poner de manifiesto que, a diferencia del gobierno, Solidaridad sí

tenía capacidad –política y técnica– para proponer soluciones capaces de afrontar la crisis. Pero en la discusión sobre estrategia se manifestó con toda

claridad que el ambiente de júbilo en que se desarrollaba el Congreso alejaba a los delegados de la percepción del abismo. Sectores importantes del movimiento propusieron la intervención abierta de Solidaridad en el ámbito propiamente político. El máximo exponente del ala radical, Jan Rulewski, propuso la petición de elecciones libres para formar un parlamento «que controle el poder ejecutivo», y, en el plano internacional, hacer de Polonia un país neutral «abandonando el Pacto de Varsovia» (afirmación ésta que recibió cerrados aplausos por espacio de varios minutos).

Pero los grupos más pegados al terreno –entre ellos la llamada *izquierda laica*, en la que se colocaba Jacek Kuron– entendían que tratar de convertir estos justos deseos en realidades palpables podía significar la catástrofe. Y no sólo en el terreno de los hechos, sino incluso en el de las palabras. Lech Walesa tuvo

una respuesta contundente: «Lo que me inquieta –dijo al Congreso– es que menospreciamos al oponente. Confiamos demasiado en nuestra fuerza y, al mismo tiempo, no vemos todos los medios que tiene de hacernos aceptar sus razones. Uno de ellos consiste en cercarnos por hambre este invierno que empieza... Con estas actitudes de omnipotencia son mínimas las posibilidades que tenemos de vencer». En consecuencia, con estos criterios Walesa afirmaría que, si en las resoluciones se recogían criterios irreales, él no aceptaría la presidencia de Solidaridad.

Para el dirigente sindical había que guardarse esos deseos de cambiar el mundo y mantenerse pegados a los problemas más concretos: alimentación, calefacción para el invierno y buena distribución, es decir, liquidar las colas. Pero en la sala del Congreso de un mo-

vimiento de diez millones de personas, este programa parecía drásticamente mínimo. El nuevo presidente no obtendría más que el 55,2 por 100 de los

mandatos.

Semanas más tarde, en una reunión de la nueva Comisión Nacional, Walesa exponería claramente un temor que ya había apuntado antes: «la confrontación es inevitable». Y no se equivocaba en cuanto a la sutilidad de los medios del oponente; porque esa afirmación suya sería grabada y publicada al día siguiente en toda la prensa nacional, con el consiguiente escándalo. Sin olvidar que aún conservaba medios más brutales, como se pondría de manifiesto en la manera de liquidar la huelga de la Escuela de Bomberos.

### *La confrontación se viste de uniforme*

«¿Habrà guerra civil? Hay quien dice que sí. Pero yo tengo otra opinión. Una guerra civil exige la existencia de dos bandos, y aquí sólo veo uno.» Así co-



menzaba el comentario editorial de Krzysztof Czabanski aparecido el 13 de diciembre en el último número del semanario *Solidaridad*. El comentarista

hacía referencia al ambiente de continuas amenazas que se emitían desde los medios oficiales, hablando de guerra civil y de derramamientos de sangre. Pero el único bando que veía Czabanski era el de la nación unida en torno a Solidaridad. Más allá no había sino un núcleo de hombres de la Nomenklatura dispuestos a defender el sistema.

Y esta visión de la situación no parecía tan desenfocada. Recientes investigaciones sobre el estado de opinión de las Fuerzas Armadas mostraban que sólo un 17 por 100 de los oficiales estaban dispuestos a utilizar sus armas contra el movimiento. Por otra parte, en el mes de julio había tenido lugar la tentativa de formación de un sindicato profesional independiente dentro de las fuerzas de policía (Milicia), y, si bien los promotores habían sido inmediatamente expulsados, los simpatizantes permanecían dentro.

Por ello, cuando el general Jaruzelski amenazó con pedir al Parlamento la posibilidad de implantar el estado de guerra, la idea que se tenía de esta medida excepcional era que, en lo fundamental, supondría la liquidación del derecho de huelga; algo que, si bien significaría un enfrentamiento abierto en cuanto el sindicato no lo aceptara, no podía establecerse a priori como favorable al gobierno. Eso en el caso de que el Parlamento llegara a aprobar la medida, después de la campaña que preparaba Solidaridad.

Es decir, el peligro de que el poder recurriera al uso de las fuerzas coercitivas para controlar a Solidaridad era algo que estaba presente en el horizonte. El mismo Czabinski, en el comentario citado, tenía en cuenta esta posibilidad, cuando al final de su texto decía: «Es cierto que el poder puede demostrar su resolución y en las esquinas de las calles

### **Un golpe militar tradicional era algo completamente desconocido en los países del Este.**

pueden aparecer tanques, y las patrullas militares y de policía pueden ocupar las calles, pero el fusil no puede sustituir la reforma económica, ni llenar las estan-

terías de las tiendas. El fusil, en general, no arreglará nada. Pero si el poder hace esto romperá la posibilidad de mantener conversaciones entre el gobierno y Solidaridad. La huelga general que estallará mostrará el vacío social en que queda esta opción de fuerza. Entonces se podrá ver si hay dos bandos y es posible la guerra civil, o si, como yo digo, sólo hay uno y los que intentan la vía de la fuerza quedan fuera de la vida política del país».

Este escenario no contempla en absoluto la posibilidad de un golpe militar en términos más clásicos: es decir, dado en la madrugada, al margen de los mecanismos institucionales. Pero esto no puede resultar extraño: un golpe militar tradicional era algo completamente desconocido en los países del Este. Sin embargo, existen causas que pueden explicarlo. La fundamental, el hundimiento general del principal mecanismo de poder existente hasta entonces: el Partido Obrero Unificado Polaco.

Un hundimiento que era también una crisis de ideas. «Camaradas: decimos Partido y pensamos Lenin, decimos Lenin y pensamos Partido. Y así, camaradas, hace ya treinta y seis años que decimos una cosa y pensamos otra.» Este chiste, basado en la famosa frase de Mayakowski, contado frecuentemente entre los militantes del POUP, refleja bien esa crisis de fondo.

Después de las decenas de miles de obreros que abandonaron el Partido durante los procesos de huelga de 1980, lo hicieron posteriormente los cuadros e intelectuales (aquellos que no fueron expulsados por corrupción). Inmediatamente antes del Congreso del Partido, la cifra oficial de abandonos era de 212.000 afiliados, y 80.000 la de expulsiones por corrupción. El ambiente rei-



nante era, como se comentaba frecuentemente, de un acentuado sentido de culpa y de una sensación de parálisis colectiva. También en el sentido de la reflexión. Los antiguos ideólogos del POUP, mostrando la miseria de su filosofía, ofrecían ahora teorías de este tipo: «La clase obrera es como un niño enfermo, los obreros son incapaces de exponer sus reivindicaciones, luego el hecho de que lo hagan supone que están dominados por los elementos antisocialistas. El único médico que puede curar a la clase obrera enferma es el Partido fuerte y sano». Así se expresaba el ideólogo del Comité Central, en las reuniones de los organismos de base del POUP. La respuesta de los militantes era inmediata: los hechos demuestran que es el partido el que está enfermo, y sólo la clase obrera puede salvarlo.

Cuando comenzaron a salir a la luz, en 1980, los escándalos de corrupción, otra de las ideas consistía en que el Partido encabezara, a la manera checa, la justa crítica nacional. Esta idea no pasó del embrión: provocaba cierta hilaridad al ser usada.

Pronto se hizo evidente que la crisis no se refería a una discusión que dividiera al Partido en varias alas. Existía una descomposición generalizada que contrastaba con el empuje de Solidaridad. En esta situación, provocó verdadero pánico en el Comité Central el movimiento de renovación dentro del partido, iniciado en las fábricas de Torun, que proponía volver a las raíces y rechazaba las proposiciones del CC sobre la crisis, planteando la creación de estructuras horizontales entre las empresas.

Así, el Congreso Extraordinario centró al POUP sobre sí mismo. El problema fundamental parecía la democrati-

zación interna y el proceso electoral para elegir delegados, y las propuestas para salir de la crisis económica y social quedaban ensombrecidas. De hecho, el

Congreso concluyó sin un documento que pudiera parecerse a un programa para atacar la crisis. Y a su fin estuvo claro que el POUP había perdido su papel dirigente e incluso su capacidad política.

Ahora bien, este papel no podía ser asumido por Solidaridad a pesar de sus millones de afiliados. Como se dijo entonces, el poder se encontraba tirado en la calle, mientras el país sufría la creciente gravedad de la crisis. Es decir, se daban las condiciones para el desarrollo del Bonaparte rojo.

Cuatro meses después del Congreso el veterano Ministro de Defensa, que ya era también Primer Ministro, se convirtió además en el Primer Secretario del POUP. Wojciech Jaruzelski, el general de las manos limpias y el prestigio de nacionalista, desplazaba al centrista Kania. La llegada del militar a la cumbre del poder político despertó, sin embargo, un buen número de expectativas.

La institución militar nunca tuvo prominencia en la vida polaca. Podría decirse que su imagen era más la de un cuerpo asistencial que la de un aparato de poder (los uniformes se veían al lado de los monumentos nacionales, y en los inviernos para quitar nieve o resolver catástrofes naturales). Y en algún sentido, se les hacía depositarios del sentimiento nacionalista polaco. Incluso se llegó a extender el rumor de que durante la visita de Suslov a Varsovia, en la primavera de 1981, Jaruzelski habría hecho alusiones al patriotismo del Ejército polaco y su disposición para guardar todas y cada una de sus fronteras.

Ahora bien, puede afirmarse que cuando el general Jaruzelski, el 16 de octubre, sustituye a Kania en la primera secretaría del Partido, lo hace ya desde una perspectiva bonapartista. Ya había

**Al finalizar el Congreso del POUP, éste había perdido su papel dirigente y su capacidad política.**

planteado la necesidad de que el Parlamento le facultara para poder establecer medidas de excepción. Pero lo que es más importante es que también se había



decidido ya la prórroga del servicio militar de los soldados salientes, que se veían obligados a seguir cumpliendo el servicio hasta después de las navidades; lo que suponía evitar el cambio que siempre significa el licenciamiento de soldados adiestrados, cuando llegan nuevos reclutas, faltos de conocimientos militares, de disciplina, y con posibles conexiones con Solidaridad.

Es decir que, desde que el general se convirtió también en primer secretario, el dispositivo militar para sostener las medidas excepcionales estaba prácticamente dispuesto, con la ventaja de poder ser utilizado en la vía del tradicional golpe de mano. Cosa que finalmente decidió Jaruzelski el 13 de diciembre.

¿Realmente lo decidió Jaruzelski? Es virtualmente imposible dar aún una respuesta, que, por lo demás, quizá no se conozca nunca con exactitud. Pero cabría apuntar alguna hipótesis. Es difícil creer que se tratara de una casualidad el

hecho de que el golpe tuviera lugar durante la estancia en la capital polaca del mariscal Kulikov, el jefe soviético del Estado Mayor conjunto de las fuerzas

del Pacto de Varsovia. Este y otros datos llevan a pensar que Jaruzelski se decidió ante una amenaza abierta del tipo: «Mi general, ustedes o nosotros». Y que, tratando de mantener su alternativa bonapartista y nacionalista, Jaruzelski respondiera: «En todo caso, nosotros». Y en este sentido pueden resultar bastante sinceras las confesiones del viceprimer ministro Rakowski en Bonn, cuando aseguró que el golpe se había dado para evitar lo peor.

La paradoja consiste en que, muy posiblemente, tratando de evitar lo peor, el equipo de Jaruzelski haya hecho el trabajo sucio de desarticular el movimiento, perdiendo así uno de los fundamentos del sutil equilibrio bonapartista, consistente en controlar a Solidaridad bajo medidas excepcionales, mientras el Partido continuaba inmóvil. Pero la di-

námica del golpe le arrastra ahora a liquidar el movimiento. Y puede que en esa dirección sólo haya una brutal pendiente por la que acabe cayendo el propio Jaruzelski.

### *¿Es reformable el sistema?*

La cuestión que plantea el proceso polaco, quizás más netamente que en otras ocasiones, es si pueden introducirse reformas de fondo en el sistema político de uno o varios países del Este. Y en realidad éste fue apasionante tema de discusión no sólo en reuniones orgánicas, seminarios y cursillos, sino en cualquier reunión de amigos.

Existían al respecto dos tipos de enfermedades. La que se presentaba en el seno del POUP, que consistía en un pesimismo acomodaticio, basado en la idea de que no vale la pena intentarlo porque nuestro hermano mayor no lo

permitirá; y su extremo opuesto, el optimismo a ultranza de amplios sectores de Solidaridad, para quienes estaba claro que si el hermano mayor había teni-

do que aceptar en Polonia la privatización del campo y la presencia de la Iglesia Católica, ahora se vería obligado a aceptar reformas en profundidad del propio sistema.

Incluso los más escépticos dentro de Solidaridad defendían la idea de la posibilidad de reformar el sistema. Andrzej Celinski, secretario del KKP, órgano supremo de Solidaridad hasta su primer Congreso, en una entrevista realizada para *Leviatán* (número 5) en la que se mostraba escéptico sobre la evolución de los acontecimientos, aseguraba: «El mundo vive y el sistema es parte del mundo. La tesis sobre la imposibilidad de reformar el sistema me parece falsa y vacía».

Examinar esta problemática a la luz del proceso polaco exige tener en cuenta la relación entre los condicionantes

---

### **La cuestión que plantea el proceso polaco es si pueden introducirse reformas en el sistema político de los países del Este.**

---



externos y el proceso renovador interno. Parece evidente que durante 1981 muchos cuadros de Solidaridad estuvieron pendientes de la posibilidad de que sur-

**Durante 1981 muchos cuadros de Solidaridad estuvieron pendientes de que surgieran movimientos en los países del bloque.**

gieran otros movimientos en los países del bloque. La tesis, lógicamente, era que si los aires de renovación soplaban también en Rumanía, Checoslovaquia, o incluso en Lituania y Estonia, la autonomía de Polonia no parecía tan grande. Esta idea tuvo alguna relación con la carta abierta a los trabajadores de los países del Este surgida del Congreso de Solidaridad, aunque a esta altura ese llamamiento era también un grito de angustia ante la evidencia de que nada semejante sucedía alrededor.

Por su parte, los más pesimistas sostenían que no existen posibilidades de reforma en los países del bloque hasta que no tenga lugar una apertura en la Unión Soviética. Como dice el proverbio ruso: «El pescado empieza a pudrirse por la cabeza».

Cabría pues plantearse, en un sentido diferente, la pregunta de los viejos bolcheviques: ¿Es posible la renovación en un solo país? Algunos afirmaban que precisamente el hecho de que Polonia fuese tan especial, tan única, favorecía la posibilidad de continuar siendo considerada como el hijo *hippie* de la familia. Pero incluso en esta perspectiva se sabía que todo era una cuestión de límites. Naturalmente cabe la pregunta de si los límites se habían sobrepasado ya con la simple existencia de un movimiento como Solidaridad. Parece evidente que esto era así para los duros del sistema, pero también es cierto que no pudieron plantear abiertamente esta cuestión, sino que su fuerza residía en la crítica que pudiera hacerse de lo que hacía o

dejaba de hacer Solidaridad. Por otra parte, es indudable que para el equipo de Jaruzelski la idea de un movimiento como Solidaridad tenía su sentido en la

perspectiva de una necesidad inaplazable: la liberalización económica. Naturalmente una liberalización de acuerdo con sus propios criterios. Pero cabe preguntarse si estaba decidido que no era posible una negociación entre esos criterios y el programa mínimo de Lech Walesa. Que, en el fondo, es lo mismo que preguntarse si todo estaba determinado desde el principio.

Ahora bien, si no caemos en el determinismo entonces habrá que examinar las decisiones y los movimientos colectivos de ese fenómeno llamado Solidaridad. No cabe duda alguna de que el camino era sumamente estrecho, y que Solidaridad lo tuvo permanentemente presente; pero cabe preguntarse si lo tuvo tan presente como era realmente estrecho el camino. En cualquier caso, las leves imprudencias de la víctima adolescente —que de no cometerlas tal vez se hubiera salvado— jamás pueden justificar la actitud del criminal.

Los polacos ven este proceso revolucionario en el fondo histórico de todas las crisis padecidas: 1956, 1968, 1970 y 1976. Tres de estos procesos, 1956, 1970 y 1980, supusieron el nacimiento de esperanzas. Los otros dos, 1968 y 1976, sólo significaron el miedo. Pero desde 1956 a 1980 es indudable que están mucho más claros los objetivos e incluso los medios de lucha: reformas democráticas del sistema, derechos de los trabajadores, auto-organización de la sociedad. Y aquí sí estamos ante un hecho seguro: Solidaridad sigue siendo la expresión más alta de esa conciencia.



# NOVEDADES de EDITORIAL TECNOS

## **CORRIENTES DE LA INVESTIGACION EN LAS CIENCIAS SOCIALES**

Vol. I ASPECTOS INTERDISCIPLINARES, R. Boudon, P. de Bie, S. Rokkan, E. Trist.

Vol. II ANTROPOLOGIA. ARQUEOLOGIA. HISTORIA, M. Freedman, S.J. De Laet, G. Barraclough.

Vol. III ARTE Y ESTETICA. DERECHO, M. Dufrenne, V. Knapp.

Vol. IV FILOSOFIA, P. Ricoeur.

## **HISTORIA GENERAL DE AFRICA**

Vol. I METODOLOGIA Y PREHISTORIA AFRICANA, Ki-Zerbo, J. y otros.

**EL IMPACTO SOCIAL DE LAS MODERNAS TECNOLOGIAS DE INFORMACION.** Reese, J.; Kubicek, H.; Lange, B.P.; Lutterbeck, B. y Reese, U.

**LA CRISIS DE LA PLANIFICACION EDUCATIVA EN AMERICA LATINA.** Moncada, A.

## **PROXIMA APARICION**

**LA ESTRATEGIA DE LAS NEGOCIACIONES COLECTIVAS.** Carrier, D.

**TEORIA DEL CONOCIMIENTO.** Chisholm, R.M.

**MITOLOGIA, FILOSOFIA Y CIBERNETICA. EL AUTOMATA Y EL PENSAMIENTO.** Robinet, A.

**ORDEN SOCIAL, REFORMA Y REVOLUCION.** Jessop, B.

**LAS ACTIVIDADES DE LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES Y EL DESARROLLO ENDOGENO. EFECTOS SOBRE LA CULTURA, LA COMUNICACION, LA EDUCACION, LA CIENCIA Y LA TECNOLOGIA.** Reiffers, J.L. y otros.

**ITINERARIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS DERECHOS HUMANOS.** Castro Cid, B. de.

**tecno**

**grupo distribuidor editorial · s.a**

D. Ramón de la Cruz, 67  
Tel. 401 12 00 MADRID-1

**GRUPO  
GSR**



---

# HIPOTESIS SOBRE LOS APOYOS DE UN GOBIERNO SOCIALISTA

---

**Jorge M. Reverte-Ludolfo Paramio**

---



# 4

---

Las declaraciones del jefe del gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, se suceden tajantes: no habrá elecciones anticipadas, la UCD completará el tiempo teórico de la legislatura gobernando en solitario. Por contra, los analistas políticos coinciden en señalar que las elecciones anticipadas habrán de celebrarse, a más tardar, durante el próximo otoño. El progresivo debilitamiento del gobierno, carente cada vez más de una base social imprescindible para poder olvidarse de la oposición, es día a día más evidente. La derrota de UCD en Galicia, y la muy previsible catástrofe electoral centrista en Andalucía, muestran un panorama muy poco halagüeño para los sueños hegemónicos del gobierno Calvo Sotelo.

Esta situación de debilitamiento progresivo, acompañada de la *normalización* militar, si es que ésta termina por lograrse, provocarán, una vez finaliza-

dos los juicios contra los implicados en el intento de golpe del 23 de febrero, una auténtica fiebre electoral en la que la UCD ha sido la primera en incurrir.



Para el partido socialista, la opción está muy clara en términos generales: debe afrontar los próximos meses con la conciencia de tener que sentar en los sillones del gobierno a sus militantes. La cuestión, por supuesto, se complica desde el momento en que es preciso elaborar una estrategia de llegada al gobierno y plantearse las diversas fórmulas que tal gobierno podría revestir.

### *Las encuestas*

El primer elemento que se utiliza para medir la presunta fuerza electoral de una opción política son las encuestas de opinión. (Naturalmente tal método

sólo tiene sentido en un régimen democrático.) Y sucede que, tanto las realizadas por institutos independientes como las realizadas por las fuerzas de la

derecha o las elaboradas por encargo del PSOE, dan por hecho que la minoría mayoritaria en un próximo congreso de los diputados estaría en manos de los socialistas.

Esto, sin embargo, no quiere decir mucho por sí solo. El funcionamiento del sistema electoral español exige que se den determinadas circunstancias para que una ventaja en votos se plasme en una ventaja similar en escaños. En un reciente trabajo sobre este tema, publicado por Carlos Rodríguez y Ramón Aller en el número 58 de la revista *Tiempo*, se hacían los siguientes cálculos basados en una encuesta de opinión de fecha 12 de diciembre de 1981:

- Para el caso de celebrarse unas elecciones a las que acudiera cada partido político con sus propias siglas, sin que mediara la creación de nuevas fuerzas de importancia, el PSOE obtendría un 33,1 por 100 de los votos a los que corresponderían 144 escaños en el Parlamento. La UCD, con el 21,0 por 100, tendría

105 escaños. Alianza Popular 38 escaños, con el 11,4 por 100 de los sufragios. Al PCE le corresponderían 25 diputados para el 9,1 por 100 de los votos.

- En una segunda hipótesis extrema que supusiera la presentación de la derecha unida (UCD y AP con listas comunes) y la presentación de un partido «bisagra» como el PAD de Fernández Ordóñez, el panorama variaría sensiblemente. La fuerza de la derecha, sumados los votos, se plasmaría en un 32,6 por 100 a los que corresponderían un total de 169 diputados (26 más que en la hipótesis primera).

**El partido socialista debe afrontar los próximos meses con la conciencia de tener que sentar en los sillones del gobierno a sus militantes.**

- Por su parte, el PSOE obtendría un 31,4 por 100 de los votos y sólo 126 diputados (18 menos que en la primera hipótesis). Mientras que el PCE-PSUC no va-

riaría sustancialmente sus perspectivas, y el partido bisagra obtendría sólo 4 diputados con el 3,9 por ciento. Por su parte, las fuerzas nacionalistas verían restringido el número de sus representantes respecto de la primera posibilidad pasando de 38 a 27 diputados.

### *La fuerza del miedo*

A la vista de estos datos la conclusión parece obvia: los socialistas deberían plantearse la presentación a las elecciones sin atender a la creación del llamado partido bisagra.

Ocurre, sin embargo, que tal decisión no es fácil de tomar. En primer lugar, porque no depende sólo del PSOE que tal fuerza intermedia pueda presentarse en solitario a las elecciones. Por otro lado, la situación general del país puede aconsejar que se apoye desde el partido socialista la creación de este partido y se anime su presencia pública para acceder al gobierno en condiciones de poder



ejercerlo con mayores posibilidades de tranquilidad.

Queda, por supuesto, una tercera posibilidad: la de que los candidatos del partido bisagra se presentaran en las listas del PSOE, no como independientes, sino como militantes de otra fuerza política, en una variante de la maniobra emprendida por la derecha según la segunda hipótesis. En tal caso, el número de diputados obtenido resultaría ligeramente superior a las expectativas primeras.

Y una cuarta, que seguiría dando ventaja a las listas de la derecha: que hubiera la presentación de dos grandes opciones, la gran derecha, mayoría natural enunciada por Fraga, y la opción de centroizquierda que contaría teóricamente con el apoyo externo de los comunistas.

Dentro de este panorama estrictamente teórico intervendrán otros elementos, sin embargo. El primero de ellos —no hay que olvidarlo— es que la derecha ha comenzado a jugar ya con el voto del miedo. Aún sin que los juicios a militares golpistas se hayan resuelto, y aún con el hecho aparente de que los cuarteles vuelven a la calma, desde el partido del gobierno y desde la derecha fraguista se hacen llamamientos para que la democracia pueda mantenerse evitando por todos los medios que un gobierno socialista lleve al país a la ruina.

Los centros de poder, como los empresarios afiliados a la CEOE y en cierta medida la Banca, han emprendido por su parte una campaña no menos abusiva para provocar el miedo. Si los socialistas vencen, la inversión bajará y se perderán más puestos de trabajo.

Nadie amenaza con emprender aventuras golpistas apoyándose en los sectores más reaccionarios de las Fuerzas Armadas. Pero detrás de las argumentaciones de todos estos sectores está siempre el fantasma de la desestabilización.

Esto supone, en términos inmediatos,

**La oferta socialista debe  
contener elementos  
diferenciadores para  
despertar la convicción de que  
es un voto para el cambio.**

la necesidad aparente de contar con apoyos que se encuentren a la derecha del PSOE para poder gobernar. Y lo que es más difícil de digerir para muchos militantes: la posibilidad franca de que haya que llegar a un entendimiento con la UCD para poder formar gobierno, con el consiguiente recorte en los programas socialistas. Un gobierno socialista monocolor es algo difícilmente pensable en estos momentos. Y un gobierno socialista reforzado con la presencia de independientes no hace variar mucho las perspectivas, porque lo que se necesitan son apoyos sociales importantes y conseguir que la oferta de gobierno no lleve a un enfrentamiento de envergadura (aunque sea soterrado) con los poderes financiero, militar y eclesiástico.

Así, la fiabilidad práctica de las encuestas puede que deba enfocarse desde una perspectiva doble: hay que conseguir el mayor número de diputados y el mayor número de apoyos posibles para plasmar una alternativa modestamente progresista. Pero también hay que tomar en cuenta que esos resultados pueden ser necesarios para obtener las mayores ventajas posibles en una probable negociación forzosa con fracciones de la derecha. Si la opción bisagra resta votos, el PSOE se enfrenta a una situación contradictoria en apariencia. No sólo por cuestiones de sumas y restas, sino porque la oferta socialista debe, para ser creíble (y la credibilidad es la característica básica en unas elecciones generales), contener suficientes elementos diferenciadores para despertar en el electorado la convicción de que un voto por el socialismo es un voto para el cambio. Pero si se plantea la posibilidad de tener que gobernar con una parte de la derecha, este programa de cambios

tendría que ser muy recortado. Porque, en cualquier caso, lo que no puede hacer ninguna opción política sería cambiar los programas a los dos meses



de haber obtenido votos. La volubilidad se paga muy cara en política.

### *La derecha también sufre*

Lejos de nuestro ánimo la intención de dar un negro panorama para las posibilidades de un gobierno socialista. Si la izquierda (y la izquierda pasa, lo quiera Carrillo o no, por lo que el PSOE decida) tiene ante sí una difícil situación que resolver, la tarea de la derecha no es menor. Y, además, es preciso tener en cuenta una lección histórica: la derecha también se equivoca. Los errores no son el exclusivo patrimonio de las fuerzas progresistas. Veamos esto.

Si se concluye de los análisis de las encuestas sobre la tendencia del voto que la opción más favorable para la derecha en su conjunto es la coalición, la *mayoría natural* de Fraga, esto no quiere decir que tal componenda sea sencilla de llevar a la práctica.

En primer lugar, porque le quedan a la UCD muchos conflictos que resolver, de los cuales no es el menor la situación de incógnita que Adolfo Suárez sigue

---

**El PSOE ha acusado al gobierno de un pecado de incoherencia: el cambio político exigía la reconstrucción de un «solo» Estado.**

---

provocando con su silencio político. El expresidente del gobierno no ha decidido aún si se incorporará a su partido para jugar a fondo la victoria centrista, si mantendrá su mutismo o bien optará por crear él mismo una fuerza bisagra. Y las encuestas realizadas por el partido del gobierno señalan que la opción suarista se llevaría un buen porcentaje de los votos que apoyan a la UCD. La recuperación del anterior jefe de gobierno es, por tanto, una necesidad política para Calvo Sotelo. Y Suárez sigue siendo un furibundo enemigo de un pacto de envergadura con Alianza Popular que pudiera comprometer su teoría del centro político.

A esta dificultad contribuye también la actitud ensoberbecida del líder de Alianza Popular, eufórico después del

éxito en las elecciones gallegas. AP no pactaría con UCD a cambio de unas migajas, sino que exigiría parcelas de poder muy importantes. Es muy previsible que Fraga cediera la presidencia del gobierno gustosamente a Calvo Sotelo, pero el programa económico y el desarrollo del proceso de construcción del Estado sufrirían una conversión de carácter reaccionario que para nada favorecería en el futuro a la credibilidad democrática de la derecha española.

Las hipótesis contempladas por las encuestas conocidas no incluyen la posibilidad de que apareciera, provocada por la convergencia de AP y UCD, otra bisagra de diferente carácter a la encabezada por Fernández Ordóñez. De forma paradójica el panorama político se resolvería a través del arbitraje de Adolfo Suárez, un hombre al que muchos consideraron acabado.

Excluidos los factores de sorpresa como el enunciado anteriormente, es lícito pensar que la apuesta de la derecha tiene más inconvenientes si se inclina por la unión electoral: si los llamados barones de UCD se plantean la continuidad del centrismo como forma de

expresión política más favorable para los intereses de la derecha (a la cual han de convencer todavía, como lo demuestra el descarado apoyo que Alianza Popular recibe de los centros de poder económico), si se plantean esa continuidad, no pueden aceptar la posibilidad de un gobierno que acentuaría los conflictos sociales con la dudosa contrapartida de calmar a las tramas golpistas y la más que dudosa posibilidad de acabar con el fenómeno terrorista en Euskadi.

Incidentalmente cabe, llegados a este punto, señalar que la concepción rosóniana se muestra más eficaz que la fraguista en ambos campos. La práctica ha demostrado que el terrorismo pierde fuerza con una actividad paciente, que excluya la represión masiva e indiscriminada, y lo gana cuando esta represión



se produce. La experiencia parece también demostrar (véase la Operación Galaxia y el -presunto- intento de golpe de Estado que protagonizó el general Torres Rojas cuando mandaba la Brigada Paracaidista) que la negociación con los golpistas es el peor camino para calmar sus ánimos.

### *Un solo estado*

Pero restringir el análisis a los parámetros anteriores no es muy eficaz. Los años de gobierno de la derecha deben servir también para que la izquierda aprenda algo sobre cómo debe gobernarse y qué pactos habrían de establecerse para obtener otros apoyos que establezcan un hipotético gobierno de mayoría socialista.

Desde el PSOE se ha acusado con razón al gobierno en varias ocasiones de un pecado de incoherencia: el cambio político iniciado en 1977 exigía la reconstrucción de un Estado, de un *sólo* Estado. Y desde la UCD se ha actuado en ocasiones con una perspectiva pragmática nacida del origen político de algunos de sus miembros más relevantes (Martín Villa, Rosón, Sancho Rof...), que ha tendido a olvidar la necesidad de los principios. Así, a cambio de apoyos en las multinacionales, de apoyos de las fuerzas de la derecha nacionalista, la UCD efectuó transacciones que obligaron a rectificaciones posteriores para reconducir el proceso de modo que no se consumara una posibilidad cierta: el debilitamiento del Estado, una de cuyas consecuencias inmediatas se habría plasmado sin duda en el enfrentamiento civil.

La UCD llegó a tales cesiones después de haber comprobado en propia carne lo costoso que era ignorar a fuerzas como el PNV durante el proceso constitucional. Los nacionalistas vascos han expresado en más de una ocasión

## **El PSOE deberá tender a reforzarse en su presencia territorial y a buscar los apoyos precisos en las nacionalidades.**

que habrían votado favorablemente a la Constitución si se les hubiera considerado durante las negociaciones.

Ante esta postura pragmática, y sus correspondientes bandazos políticos, el PSOE tendió a constituirse como la fuerza política guardadora del Santo Grial del Estado único. Y, en consecuencia, en fundamental defensor de maniobras de rectificación como la LOAPA. Pero cabría considerar si no se ha producido un comportamiento erróneo en las formas. La LOAPA se pactó con el partido del gobierno, sin contar con las fuerzas mayoritarias ni minoritarias de derecha o de izquierda existentes en las dos nacionalidades históricas más problemáticas: Euskadi y Cataluña. La consecuencia de esta actitud tiene dos vertientes negativas: por un lado, ha servido para que los rivales electorales del PSOE puedan calificar al partido de «antinacionalista»; por otro, le ha restado posibles apoyos que en un futuro no lejano podrían ser necesarios.

Esto es especialmente importante si se analiza nuevamente el período de gobierno de la derecha y las raíces de su deterioro. Y no sólo de la derecha, sino del propio PSOE. Los resultados de las elecciones realizadas en las nacionalidades mencionadas han marcado un (¿fatal?) deslizamiento de las fuerzas estatales hacia posiciones minoritarias. El PSOE no padece ese trauma de forma tan espectacular como la UCD, y, sobre todo, posee una fuerza en Andalucía que está en proceso de crecimiento. Pero la situación en Cataluña y Euskadi es preocupante.

Si se considera que las razones básicas de la crisis del gobierno (que llevarán a las elecciones anticipadas si existe la lógica política y si se registra un alto en los intentos golpistas) están en la menguante capacidad de gobernar de UCD por causa de su ausencia casi física en numerosos puntos del territorio, habrá que concluir que el PSOE deberá tender



a reforzarse en su presencia territorial y a buscar los apoyos políticos precisos en las nacionalidades para no verse desplazado como si el gobierno fuera un poder colonial con embajadas en las nacionalidades.

Desde esta perspectiva, es indudable que el PSOE debe defender sin complejos su concepción del Estado, pero también que tal concepción es compatible con un proceso de entendimiento con quienes poseen la legitimidad de la representación. Cabe llevar más allá el razonamiento y preguntarse si tal actitud negociadora estaría reñida en algunos casos con una negociación con aquellas formaciones políticas que se encuentran más cerca ideológicamente de la opción representada por el PSOE. Es de nuevo una situación contradictoria que se pacte la cuestión nacional con la UCD y se desplace del acuerdo a fuerzas de izquierda representadas en las nacionali-

dades. Tal proceso negociador no tiene por qué estar reñido con el mantenimiento de una alternativa diferenciada socialista ni con el mantenimiento de la concepción del Estado que el PSOE sostiene.

Lo contrario puede tener más inconvenientes que ventajas: pérdida de credibilidad por identificación con actitudes centralistas, y pérdida de credibilidad por preferencia de los acuerdos con formaciones políticas de la derecha.

Argumentos que exigen una mayor meditación si se está de acuerdo en considerar que la democracia correría más riesgos con la desaparición o el paso a segundo plano de los partidos estatales que con el afianzamiento legal pero impuesto por la fuerza del voto estatal de una estructura orgánica de la que no se corresponsabilizaran los partidos nacionalistas.



---

# LA DEMOCRACIA NECESITA EMPRESARIOS

---

Miguel Angel Fernández Ordóñez

---



---

**«Se ha observado que, excepto en pocos casos aislados, las artes comerciales y políticas han avanzado juntas».**

**(Adam Ferguson – Ensayo sobre la Historia de la Sociedad Civil, 1767).**

¿Cuáles son los puntos frágiles del sistema político inaugurado con la Constitución de 1978? ¿Qué debe hacer el Gobierno para mantener la democracia? ¿Qué puede hacer la oposición? Este tipo de cuestiones están monopolizando, desde el 23 de febrero del pasado año, la reflexión política española. Y así, la política militar, o el proceso autonómico, han sido estudiados desde esta óptica mientras que la política económica ha continuado siendo analizada, salvo raras excepciones, al margen de su relación con la consolidación de la democracia.



Esta actitud parece lógica puesto que los deficientes resultados económicos de los últimos años no han contribuido, como hubiera podido suponerse, a una

**La política económica sigue analizándose al margen de su relación con la consolidación de la democracia.**

desestabilización de la democracia. Los españoles, en su inmensa mayoría, no culpan a la democracia del triste y repetido panorama económico que presenta nuestro país desde 1977. Y ello a pesar de la coincidencia temporal de la dramática caída en las tasas de crecimiento y la extensión masiva del paro involuntario con la conquista de las libertades.

Ocurre que la gente sabe, seguramente por la televisión, que en todas partes cuecen habas. Que crecer menos y engrosar las cifras de parados no son, en estos tiempos, fenómenos privativos de España. La gente sabe que la crisis tiene que ver más con el agotamiento de los recursos petrolíferos que con el cambio político experimentado por nuestro país.

Pero la crisis mundial, que podría explicar una caída en la tasa de crecimiento en relación a la tendencia registrada en el período 1960-73, no explica que la economía española lleve cuatro años estancada en términos de producto per cápita. Así, por ejemplo, el Japón está creciendo en los últimos años a una tasa del 5 por 100 frente al 10 por 100 experimentado en la década de los sesenta, pero a pesar de este descenso, ese 5 por 100 es todavía dos puntos superior a la tasa registrada por el conjunto de los países industriales. El problema español es que esa ridícula tasa media anual del 1,5 por 100 registrada por la economía española en los últimos cuatro años, está muy por debajo del 3 por 100 registrado por el conjunto de los países industriales en el mismo período.

De nuevo, y pese a que la crisis internacional no explica por sí sola la brutal caída del crecimiento de la economía española, pese a que hay un componente específicamente español del deterioro económico, parecería que la reacción de

los españoles continúa siendo típicamente democrática: cambiemos el Gobierno. El descalabro económico y, en especial, la espectacular escalada de las

cifras de desempleo explican bastante por qué los porcentajes de la UCD en las encuestas están cayendo aceleradamente siguiendo una tendencia que si no se detuviera podría colocarla no sólo fuera del Gobierno, sino fuera del mismo Parlamento.

Sin embargo, el hecho evidente de que unos resultados económicos claramente inferiores a los registrados bajo la última etapa del franquismo no hayan provocado un distanciamiento de los ciudadanos del sistema constitucional no debería llevarnos a hacer la peligrosa apuesta de suponer que esta situación puede prolongarse indefinidamente. Sería más prudente colocar al país en una situación de no ser salvado.

La responsabilidad de ese Gobierno —¿con socialistas?—, que saque a España de la postración económica en que se encuentra, es inmensa, y no sólo por la obviedad de que, así como el fracaso de la política económica de la UCD no ha afectado a la democracia, no se podría nunca decir lo mismo de un Gobierno dirigido por los socialistas. Estoy pensando en la responsabilidad que recae sobre el socialismo español —trasladando al terreno económico lo que se señala en la resolución política del 29 Congreso del PSOE— de modernizar y democratizar la economía española.

Es ya casi un tópico señalar que allí donde hay democracia hay también lo que se ha venido en llamar economía de mercado. Este sistema, cuyas características reales (redistribución de la renta vía alta presión fiscal, sindicatos fuertes, etc.) tienen poco que ver con las propugnadas por los recientes *convertidos* al liberalismo (reducción del Estado a las funciones de diplomacia y defensa, darwinismo social, etc.), tiene como uno de



sus ejes la actividad del empresario. Y el problema es que en este país escasean los empresarios utilizando este término de la forma que se usa por ahí fuera, designando a aquellos que, dirigiendo una empresa, se ocupan de que mejore su cuenta de resultados modernizando su tecnología, buscando nuevos mercados, mejorando el diseño de sus productos, etcétera.

Lo que por estas tierras recibe a veces el nombre de empresario sólo se parece al anterior en que busca mejorar su cuenta de resultados —y no siempre, pues a veces la mejor fuente de ingresos es una buena evasión de impuestos—. Lo importante es que la forma de obtener el lucro difiere enormemente pues aquí se basa en cosas tales como conseguir financiación barata a costa de que otros la reciban cara, o que otros no entren a ejercer una actividad que se disfruta oligopolísticamente o, simple y llanamente, en conseguir enchufarse al Tesoro Público. Y digo a sabiendas al Tesoro y no al Presupuesto porque quizá los negocios mejores se hacen con el dinero público sin pasar por el Presupuesto.

Mientras los principales actores de la economía se dediquen a actividades tan poco empresariales como las descritas, poco puede esperarse en orden a la salida de la crisis económica. Sin auténticos empresarios la democracia no puede consolidarse.

La pregunta, ahora, es si es posible, desde el Gobierno, fabricar empresarios. Vayamos, en la respuesta, de lo fácil a lo difícil. Lo primero que habría que destacar, pues todavía queda mucho izquierdo agazapado, es que no se trata de la sustitución física de quienes detentan el poder económico en España. Se trata de cambiar comportamientos, de adecuarlos a eso que se llama economía de mercado, o economía de la democracia. La Policía Nacional no tiene nada que ver con la Policía Armada del Régi-

men y sin embargo sus miembros son los mismo *grises* de ayer. Ese político conservador de la democracia que es Manuel Fraga es el mismo ministro de Franco de ayer.

No se trata de cambiar gente sino conductas. Conductas por otra parte perfectamente explicables: mientras la fuente principal de los beneficios esté en la mesa del Consejo de Ministros o en una evasión suficiente de impuestos, ¿por qué ocuparse de incorporar nuevas tecnologías, aumentar la productividad, buscar mercados exteriores, etc.?

La segunda razón para ser optimista es que España cuenta con muchos auténticos empresarios; empresarios que sobreviven bajo la asfixia de este sistema que premia al ineficiente, siempre que haya llegado a tiempo al despacho del Ministro. Son estos auténticos empresarios los que, además de desarrollar

**Sin auténticos  
empresarios  
la democracia no  
puede  
consolidarse.**

su actividad normal, han de soportar cargas financieras mayores y hacer frente a los impuestos que evadieron los otros. La tarea consiste, pues, en permitir a estos empresarios que desarrollen su actividad al menos en igualdad de condiciones con los que, bajo el régimen anterior, se encaramaron al aparato del Estado y lo pusieron a su servicio.

La tercera razón para pensar que esta política de instauración de una economía democrática es viable, es que no se está inventando nada, no se está proponiendo nada que no haya quedado probado por largos años de experiencia socialdemócrata en Europa o por las distintas presidencias demócratas en los Estados Unidos. El modelo es muy simple: la Administración no se pone al servicio de intereses concretos, y no sólo por razones de justicia, sino porque ese proteccionismo injustificado acaba volviéndose en contra de esos intereses que se querían proteger.

Un ejemplo español de esto que estamos diciendo es la política que sigue el Gobierno actual con el oligopolio eléc-



trico: la protección fiscal y financiera lleva a las empresas eléctricas a preferir la generación por medio de centrales nucleares a las de carbón cuando en los Estados Unidos, por ejemplo, desde el año 1977, ninguna compañía eléctrica ha iniciado la construcción de centrales nucleares debido, fundamentalmente, a sus costos de capital. Queda claro que las eléctricas españolas actúan tan racionalmente como las americanas: si se les facilita el capital barato, lo lógico es que opten por técnicas capital-intensivas. Las eléctricas hacen bien sus cuentas; quien no las hace es el Gobierno.

Pero sigamos con el ejemplo. Los recursos financieros facilitados a las eléctricas no podrán ser utilizados por otros empresarios. Cuatro centrales nucleares de más significan 800.000 millones de pesetas de menos para invertir en otras actividades. El efecto de todo esto es bien conocido por la literatura de sustitución de importaciones: el resto de la economía se resiente, la tasa de crecimiento se reduce y con ella la tasa de crecimiento del consumo de energía eléctrica. Las propias compañías eléctricas se verían perjudicadas si no fuera porque, de nuevo, el Estado viene en su auxilio y el ciclo se inicia otra vez.

El PEN que propusieron los socialistas es un ejemplo de lo que venimos diciendo, un ejemplo de una política que no se basa en los intereses concretos y de corto plazo de un sector, sino en los intereses generales que hubiera puesto esos recursos financieros en manos de los auténticos empresarios y que hubiera obligado a los dirigentes del sector eléctrico a abandonar su tradicional papel de usufructuarios de cantidades ingentes de dinero barato.

Entrando en el terreno de las preguntas más difíciles, habría que cuestionarse si esta democratización de la economía, esto que aquí estamos resumiendo como la conversión del sector privado

de nuestra economía a comportamientos empresariales similares a los que se estilaban fuera de nuestras fronteras, no es sólo posible, sino, también, probable.

Una de las condiciones está dada: el PSOE ha optado recientemente por este tipo de política. En 1976, al presentar el programa económico del PSOE, decía Miguel Boyer: «En el capítulo de las nacionalizaciones que creemos deben efectuarse, nos parece necesario, y en esto discrepamos de algunos otros partidos que han expuesto su estrategia económica para el futuro próximo, la nacionalización de la gran banca española».

La gran banca española supone una concentración de poder político absolutamente extraordinaria, y es muy difícil que ningún Gobierno español pueda controlar la política económica e industrial del país sin controlar la gran banca, salvo, claro está, que supedita los intereses generales a los intereses particulares de esta gran banca.

«... deberían nacionalizarse las compañías de seguros que están entre las más rentables del país, así como, también, la siderurgia integral... También en el programa de nacionalizaciones que proponemos está la de las empresas eléctricas... ».

¿Qué ha pasado desde entonces hasta llegar a las trece líneas que el 29 Congreso del PSOE dedica a las nacionalizaciones y que arranca con la suavísima frase de que «El sector energético y parte del sector financiero son sectores en los que pueden tener lugar nacionalizaciones»?

La renuncia a las nacionalizaciones *de entrada* no supone derechización en un país donde el sector privado no actúa de acuerdo con las reglas de juego

**La gran banca española  
supone  
una concentración  
de poder político  
absolutamente extraordinario.**

que imperan en las democracias y donde la experiencia del sector público empresarial es lamentable. Nacionalizar, en España, es de derechas. A diferencia



de lo que sucede en otros países, las empresas nacionalizadas en España, salvo excepciones, son un modelo de ineficiencia y despilfarro de recursos públicos. O, dicho de otra forma, la empresa pública en España no sirve a los intereses de la mayoría de los ciudadanos. Es lógico, pues, que los socialistas tengan que esperar a demostrar que el sector empresarial público no tiene por qué estar en contra de los intereses de la mayoría, para proponer una extensión del mismo.

El PSOE ha asumido expresamente la tarea de modernización y democratización de la economía española en su 29 Congreso: «(El mercado) es fundamental para la adopción de decisiones económicas y para la gestión empresarial. Por ello debe afirmarse su actuación, siendo preciso liberar su funcionamiento de las trabas y obstáculos impuestos por los intereses de los principales centros de poder económico».

Como se señaló al principio, se suponía que esta era una tarea que históricamente le correspondía a la derecha. Sin embargo, la progresiva desnaturaliza-

---

**La politización  
de las organizaciones  
patronales españolas  
supera toda  
norma internacional.**

---

ción de la Reforma Fiscal, la utilización puramente ideológica de los términos *economía de mercado* y *liberalización* (¿se puede aplicar seriamente el término de *liberalización* a los cambios efectuados en el sistema financiero cuando la primera regla de un mercado, que es la libertad, de entrada es negada de modo flagrante?) y, en general, la política económica de los sucesivos gobiernos de UCD, han demostrado que no quieren o no pueden asumir tal tarea con los preocupantes resultados que sobre el crecimiento de la economía española está teniendo esta política y que fueron recalcados igualmente al principio de este artículo.

Sin embargo, no sería honesto ocultar que el socialismo no estará totalmente inmune a las presiones en contra de una política económica planteada sobre los

intereses de la mayoría. Me refiero a la posible actitud de un sindicalismo estrecho, a la posible demagogia de burócratas cuya situación se afianza si parece que salvan empresas insalvables o si obtienen recursos públicos para actividades sin futuro. Ciertamente es más difícil para un sindicalista que para un político apoyar una política que defiende aquello que todavía no existe, pero si no se consigue que el interés general predomine sobre los intereses a corto plazo de empresas determinadas, los efectos de la política económica socialista serán idénticos a los de los gobiernos anteriores.

Por eso sería bueno que estas cuestiones se debatieran con mayor detalle antes de que los socialistas se incorporen al Gobierno. Debería quedar claro, por ejemplo, si como dijo con ironía un Diputado del PSOE en la discusión de los Presupuestos, el Sr. Bayón pasará a la Historia como el Ministro que realizó

el ajuste *negativo* de la industria española o, si como, por el contrario, escribía otro Diputado socialista en *El País* a los pocos días, el mismo Sr. Ministro

tenía el mérito de haber *encarrilado* la política industrial y, de alguna forma, la propia UGT podía compartir los honores de tal tarea.

Vayamos a la última y más difícil pregunta: ¿Cómo va a reaccionar la élite en el poder económico ante los intentos de ser transformados en empresarios? Los signos, hasta el momento, son bastante oscuros. La politización de las organizaciones patronales españolas supera toda norma internacional. Recientemente les hemos visto oponerse, con descaro, públicamente, a la constitución de un gobierno que contara con una mayoría estable en el Parlamento.

Sin embargo, no habría que hundirse en el pesimismo. Es lógico que si las patronales de hoy son representativas, estén al servicio de los intereses dominantes; pero ello no debe ocultar el hecho



de que hay amplios sectores del empresariado español y extranjero a quienes las viejas reglas del juego les perjudican más que les benefician, aunque, por razones obvias, difícilmente mostrarán un apoyo público a la política de los socialistas hasta que no se produzca un éxito electoral de los mismos.

En todo caso, no queda más remedio que intentarlo. No hay democracia sin empresarios. Como se sabe, con esto de los poderes fácticos no queda más que la retórica de la disyuntiva: o la democracia produce empresarios o el viejo capitalismo español volverá a desembarazarse de la democracia.



---

---

# EN TORNO AL PROGRAMA ECONOMICO SOCIALISTA

---

Manuel Sánchez Ayuso

---



6

El programa económico aprobado por el 29 Congreso del PSOE, es lógicamente (y salvo extraños imprevistos), la base del planteamiento electoral futuro del Partido así como la línea general a partir de la cual se estructuraría la política económica socialista en el caso de triunfar electoralmente. Tiene, pues, interés analizar el programa y estudiar sus perspectivas reales, máxime cuando su discusión en el 29 Congreso fue, en los distintos niveles de Comisión y Pleno, la más viva, y ello en el contexto de un Congreso que cayó en el peligroso vicio de la uniformidad excesiva, si se me permite la expresión. Las tensiones políticas entre corrientes de opinión diversas se centraron, básicamente, en el programa económico, lo que, por otra parte, marca un cierto progreso con respecto a la polarización en torno a temas abstractos o simbólicos. Al menos se observa una mayor adecuación a lo real y el debate pierde un cierto carácter onírico, como el que tuvo en algunos momentos el 28 Congreso.



Al 29 Congreso llegaron, con destino a la Comisión Económica encargada de redactar la ponencia correspondiente, un conjunto de trabajos, de proposiciones enviadas por las agrupaciones con derecho a ser representadas en el Congreso, como es habitual. Esas proposiciones eran: la de Toledo, la de Guipúzcoa, la de la comarca de l'Alacantí, y la de la comarca de Valencia, además de las partes económicas de las ponencias políticas de Madrid y del Valle de Ayora, siendo esta última una versión algo reducida y modificada de la de Valencia. No se trata ahora, sin embargo, de explicar estas proposiciones, ni su destino incierto. Se presentó al Congreso un documento de última hora (el llamado documento «Solchaga») y, en la práctica, este trabajo y la entonces vigente *Estrategia Económica Socialista*, constituyeron el material básico de estudio de la Comisión, sin perjuicio de que se añadieran algunos párrafos de otras proposiciones, muy en concreto de la Comarcal de Valencia. Esta historia ha sido ya contada, con mayor o menor fortuna, por la prensa diaria.

En última instancia, el documento aprobado se caracteriza por un mantenimiento de las posiciones defendidas en la *Estrategia Económica Socialista* anterior, sin que tuviera lugar la *derechización* que el documento de Solchaga implicaba, ni tampoco la clarificación que algunos esperábamos. Se ha optado fundamentalmente por aceptar en el terreno económico una opción intermedia que puede dar lugar a equívocos, pero que, en cualquier caso, se abre a debates, a ampliaciones y a desarrollos posibles. Si se compara el documento originario presentado por Carlos Solchaga con el programa económico aprobado por el 29 Congreso, aunque solamente sea a nivel de epígrafes y, por lo tanto, de temas incluidos, vemos que este último incorpora básicamente toda la temática del control social de la eco-

nomía que aparece ausente del documento de Solchaga, al menos en aspectos esenciales como la planificación, la democracia industrial, las posibles nacionalizaciones a efectuar, etc. Da la impresión (por otro lado, comentada informalmente) de que el documento de Solchaga podría estar originado por una posibilidad de gobierno de coalición después del 23-F, posibilidad que existió como tal y en el contexto de la cual se pudo encargar un trabajo que expusiera las líneas maestras del programa de un gobierno de coalición UCD-PSOE. No entro ni salgo en la realidad de esta hipótesis.

### *El programa económico socialista*

Todo programa económico, de una manera u otra, supone una reflexión so-

**Las tensiones políticas  
entre corrientes de  
opinión diversas  
se centraron básicamente en el  
programa económico socialista.**

bre los problemas presentes en el espacio que se trata de regular. En el documento aprobado por el 29 Congreso hay una introducción que sirve de base so-

bre la que edificar el programa, y esa introducción expone algunas ideas centrales sobre la crisis internacional y su reflejo en España, no indiscutibles, por supuesto, pero razonables. Se dice en ella que la crisis actual es la más grave del capitalismo industrial y, desde luego, de más difícil tratamiento y larga duración que la iniciada en 1929. Se trata de la transición de una fase del capitalismo a otra caracterizada, como se indica en la ponencia, por una oferta limitada de energía, por un impulso imparable de la mecanización y automatización, y por una nueva división del trabajo, interna e internacional.

Dentro de esa crisis la española presenta rasgos característicos, pues arrastra una determinada herencia, no muy favorable, como es sabido. No es cuestión ahora de especificar con detalle la realidad española después de la desaparición del franquismo, pero está claro que el desarrollo que tuvo lugar en él



fue injusto, inestable y anárquico, además de falta de los indispensables servicios públicos que en otros países occidentales existían. Un sector público ra-

**La economía española sigue, desde 1975, una senda más negativa que la de los países occidentales industrializados en su conjunto.**

quítico, un sistema fiscal anacrónico, un mercado de trabajo falseado, unas relaciones laborales que habría que crear de nuevo, etc., configuraban una realidad no especialmente apta para hacer frente a la crisis, con, además, unos sectores industriales protegidos que son los que a nivel internacional se han quedado obsoletos y que es preciso reconvertir rápidamente. Por estas razones, entre otras, la crisis española ha presentado económicamente facetas de una gravedad excepcional, que ha provocado que la economía española siga, desde 1975, una senda más negativa que la de los países occidentales industrializados en su conjunto.

Sin entrar ahora en el análisis de las políticas instrumentadas por el PSOE a lo largo de estos años, que implican, en determinados momentos, acuerdos con el Gobierno, vamos a resumir el programa económico del 29 Congreso.

El programa parte de dos grandes objetivos, el nacional y el de clase, como se denominan, manteniendo una continuidad con la *Estrategia Económica* anterior. El objetivo nacional es evitar que en la división internacional del trabajo que se está configurando como resultado de la misma crisis España sea cada vez más un país pobre y dependiente. El objetivo de clase consiste en que la relación de fuerzas entre clases dominantes y dominadas vaya progresivamente decantándose en favor de estas últimas.

A partir de esas dos grandes palancas de la acción socialista, el programa se articula analizando los objetivos y su grado de prioridad, y los instrumentos para alcanzarlos, destacando todo lo que podría considerarse el control social de la economía. La lucha contra el paro es lógicamente un objetivo prioritario, como no podía menos que ocurrir. Lu-

char contra el paro implica una política de demanda más expansiva, una moderación de los costes salariales y un control riguroso el aumento de las demás

rentas. La política más expansiva supone lógicamente dar un fuerte impulso a la inversión pública, para lo cual hay que aumentar la presión fiscal efectiva e incrementar también algo en los primeros años el déficit presupuestario.

La moderación salarial es tal vez uno de los aspectos más delicados del programa. No es que sea una novedad. En el ANE mismo, aceptado y defendido por el PSOE, se incorporan fórmulas de este tipo, y, ya antes, el AMI y los Pactos de la Moncloa suponían moderación en el crecimiento de los salarios monetarios. Miguel Muñoz, comentando la *Estrategia Económica Socialista*, indicaba que: «La idea que subyace en la estrategia socialista es la de que, en las graves circunstancias por las que atraviesa la economía española, los mecanismos de control y distribución de la renta no deben articularse de forma preferente sobre la política salarial, sino extenderse a otros ámbitos de la contratación colectiva, del mercado de trabajo, de la política fiscal, de la seguridad social y los equipamientos colectivos»<sup>1</sup>.

Aquí, la idea básica es que esa moderación, a la que se debe unir el control riguroso de otras rentas, se puede acordar con base al incremento del salario social vehiculado a través del incremento en la inversión pública en educación, sanidad, equipamientos urbanos, etc. Otras contrapartidas están también previstas, entre las que conviene destacar la política fiscal beligerante en relación con la persecución del fraude, que permita un aumento de la presión fiscal de un punto anual por término medio.

La lucha contra el paro se completa con una política de empleo encaminada a fomentar jubilaciones anticipadas, prolongar la edad escolar, reducir la jornada laboral, gravar considerablemente



el coste social de las horas extraordinarias y limitar el pluriempleo, entre otras medidas. Se trata aquí de repartir el trabajo, que es una política necesaria desde más de un punto de vista, pues junto a su contribución a la política de lucha contra el paro se encamina a aumentar el tiempo libre disponible y a proporcionar nuevos horizontes para un cambio de civilización progresivo desde la perspectiva de los socialistas. No cabe, sin embargo, esperar demasiado de esta política de reparto de trabajo a corto plazo, que, en cualquier caso, pone sobre el tapete la consideración del trabajo como variable exógena del modelo de funcionamiento de los países capitalistas avanzados, lo que «tiene el mérito de que a corto plazo se pueden señalar mejoras puntuales en el mercado de trabajo y, desde un punto de vista estratégico, se opone a la abusiva dependencia del nivel de empleo respecto de la recuperación industrial privada»<sup>2</sup>.

La política encaminada a reducir básicamente el paro tiene como lógico condicionante mantener los equilibrios fundamentales, esto es, evitar las grandes subidas de precios y los graves problemas de balanza de pagos. Creo que los socialistas somos conscientes de que un buen programa puede malograrse por este lado, y, si no lo fuéramos, ya se encargaría Kolm de hacérselo ver a través de sus interesantes trabajos<sup>3</sup>.

En este orden de cosas, el programa económico se enfrenta con la inflación a través de la determinación de un objetivo preciso: mantener la tasa diferencial de inflación con respecto a los países que son nuestros principales competidores considerando una perspectiva temporal de cuatro años. Para conseguir el objetivo citado, el principal instrumento a utilizar se considera el acuerdo entre el Gobierno, patronos y sindicatos y no la política monetaria, cuya función será proporcionar los medios necesarios para la financiación del crecimiento

real y de la tasa de inflación prevista, además de ajustar la banda de crecimiento a las modificaciones inevitables que surjan de las desviaciones de precios y salarios sobre los objetivos propuestos. Es, pues, la política de rentas el eje básico al que recurrir para evitar aceleraciones inflacionistas.

En relación con la balanza de pagos, la reflexión central de los socialistas pasa por la sustitución —lógicamente parcial— de las importaciones de petróleo, y por el fomento, a medio plazo, de las exportaciones y del turismo. A corto plazo es importante manejar discretamente la política de cambio y reconsiderar la política de importaciones.

Un objetivo esencial de la política socialista (en el que, observando con perspectiva las cosas, entra el del pleno empleo) es la redistribución, vinculada a la igualdad como horizonte utópico al que, sin embargo, ir acercándose. Los socialistas creemos que la igualdad no está reñida con la eficacia ni con la libertad. El programa económico aprobado plantea una política redistributiva para los próximos años, y un primer punto de ella es, como no podía menos de ser, el tema de la reforma fiscal y su prosecución. Hay que tener en cuenta que, como es bien sabido, ahora los instrumentos redistributivos de tipo impuesto-transferencia son los de mayores posibilidades, sin perjuicio de que a un plazo superior haya otros de mayor fuerza.

La reforma fiscal que hasta ahora se ha realizado ha sido tal vez el aspecto más positivo del cambio en el campo económico-institucional de la transición. En la ponencia aprobada se dice que «la valoración que puede efectuarse de la reforma fiscal es positiva, ya que la democracia ha logrado impregnar a la

**Los socialistas  
creemos que la  
igualdad no está  
reñida con la eficacia  
ni con la libertad.**

sociedad española de una nueva mentalidad fiscal», pero esa política de reforma fiscal se enmarcaba en una dimensión de la que hoy se aleja la UCD, por



lo que el gobierno de este último partido va eliminando los aspectos más progresivos de aquella. Es simbólico que Fernández Ordoñez, el autor de la reforma, esté hoy fuera de la UCD. Para continuar y profundizar el proceso de reforma fiscal los socialistas proponemos seguir las modificaciones legislativas, reformar a fondo la Administración Tributaria y adecuar las normas en vigor a las circunstancias presentes. Es preciso, en este contexto, cerrar el circuito renta-patrimonio, acelerar el proceso de implantación del Impuesto sobre el Valor Añadido, eliminar las bolsas de fraude, entre otras medidas.

Dentro de las políticas redistributivas, las hay que afectan a las desigualdades interregionales. En este sentido, el programa económico aprobado contempla actuaciones presididas por el principio genérico de solidaridad, imprescindible

desde la perspectiva socialista y complemento indispensable de la idea de autonomía consagrada en la Constitución. Entre dichas actuaciones se en-

cuentran: asignar el mayor volumen posible al Fondo de Compensación Interterritorial, reformar la imposición local, reorientar a las Cajas de Ahorro hacia la financiación del desarrollo regional y local, sustituir el empleo comunitario por proyectos regionales de inversión, nivelar efectivamente los servicios públicos y mejorar urgentemente las comunidades intrarregionales.

Otras políticas redistributivas se plantean las reformas en el gasto público y en los servicios de tal naturaleza. A través de la vía del gasto, es importante la acción de redistribución, y, en este sentido, actuaciones previstas en sanidad y en educación operan en la dirección deseada. La vivienda es considerada especialmente por su extraordinaria importancia a los efectos del empleo y no sólo de la redistribución. Es sabido que la vivienda viene atravesando una crisis seria desde 1975, y una reactivación del

sector sería clave en la lucha contra el paro. El programa abarca medidas de estímulo de la demanda de vivienda, así como de reforma de la financiación y de hacer más fácil un mercado de viviendas de alquiler, con la vista puesta en que haya un ritmo de terminaciones anuales en torno a las 250.000 o 300.000 viviendas, y que sean asequibles a la mayor parte de la población. En cualquier caso, se destaca también en el programa la necesidad de que la actividad del sector de la vivienda sea objeto de una planificación anual y trienal y de que los Ayuntamientos asuman más competencias en este terreno.

Los problemas de la economía española, la situación de paro elevado en que ahora nos hallamos y el agotamiento de sectores productivos enteros, nos llevan a la necesidad de la reestructuración industrial que, bajo cualquier pers-

pectiva, hay que efectuar. Las ideas básicas del programa aprobado se articulan en torno a una crítica de la actual reestructuración fundamentalmente pa-

siva, y de ahí se pasa a la necesidad de elaborar un Plan Nacional de Industria, por supuesto enmarcado en la planificación democrática prevista en desarrollo específico del artículo 131, apartado 2 de la Constitución.

Ese Plan significa reindustrialización territorial que equilibre diferentes áreas, planes sobre nuevos sectores dinámicos y programas de investigación y desarrollo. Ahora bien, estos objetivos suponen una política decidida de intervención pública y delimitación clara de unos sectores a reconvertir y otros sectores a promover o dinamizar. En las actuaciones sobre los sectores en crisis, es necesaria la clarificación del procedimiento a aplicar, y se debe culminar en un decreto de reconversión tras una negociación tripartita a nivel de sector. El programa socialista se inclina, en el marco de las ayudas a aplicar por el Estado a los procesos de reconversión, más por

---

**El programa económico  
aprobado contempla  
actuaciones presididas  
por el principio  
genérico de la solidaridad**

---



las subvenciones que por las desgravaciones de tipo fiscal, y se exige, para disfrutar de cualquier beneficio, la concertación de acuerdos de planificación

en los que se concreten los compromisos de la empresa y de los trabajadores.

En cualquier caso, la política industrial no se puede limitar a actuar sobre los sectores en crisis, sino que es preciso que se oriente hacia la dinamización de sectores nuevos o con futuro. Es importante, en este sentido, que se promuevan planes de desarrollo para estos sectores.

La crisis energética lógicamente influye en todo programa actual, y, de esta manera, la política energética se convierte en esencial. En el caso del enfoque socialista, la política en este terreno se orienta en un doble sentido. Por un lado, se procura un ahorro energético fuerte. Por otro, hay todo un proceso de sustitución de fuentes de energía previsto, haciendo incrementar el consumo de carbón y gas natural en detrimento del consumo de petróleo.

Junto a estas grandes líneas, el programa nuclear debe ser detenido (se habla del programa que se viene desarrollando al amparo del PEN de 1979), pues entre otros temas haría incurrir en una sobrecapacidad a la oferta eléctrica española. Hay otros muchos aspectos de la política energética, entre los que conviene subrayar la nacionalización de la red primaria de transporte, el reforzamiento de la investigación de energías alternativas con especial atención a la energía solar, la concentración de los intereses públicos en el sector energético y utilización estratégica de los derechos del sector público como accionista de las compañías eléctricas.

Después de estas diversas facetas de los objetivos e instrumentos de la política económica socialista se pasa, en el programa, a todo lo que, en términos genéricos, puede denominarse el control social de la economía. La planificación

**La planificación democrática  
y concertada  
es un rasgo característico  
de la política  
económica socialista.**

democrática y concertada es un rasgo característico de la política económica socialista, y está lógicamente lejos de la planificación centralizada y de la pura-

mente indicativa, siendo, en cualquier caso, complemento importante de un mercado, pues plan y mercado, para utilizar la frase de Pierre Rosanvallon, deben considerarse más como técnicas de regulación económica que como modos alternativos de organización social<sup>4</sup>. Todo lo anterior parte de que el objetivo de la política económica socialista es sustituir las relaciones capitalistas de producción por un mundo en el que la voluntad colectiva desarrolla en beneficio de todos la actividad económica en un marco de libertad y de democracia.

El plan debe ser concertado, y, en este sentido, el instrumento básico ha de ser el Consejo Económico y Social previsto en la Constitución. El programa prevé a un nivel muy general su composición y sus funciones. El plan, además de su globalidad y de su desagregación sectorial, debe incorporar como una pieza importante, según el programa, a los acuerdos de planificación entre gobiernos, grandes empresas y sindicatos; acuerdos que, una vez realizados por la negociación correspondiente, obligan, y, si se incumplen, deben haber sanciones. Para impulsar la incorporación de las empresas privadas a los acuerdos de planificación, el volumen global de la política de apoyos públicos a las empresas constituye un instrumento básico.

Frente a las empresas, el programa socialista distingue entre tamaños de éstas y, como ya viene siendo habitual, destaca la importancia de los mecanismos de mercado en el caso de la pequeña y mediana empresa, así como el necesario estímulo a las empresas cooperativas o autogestionadas. Interesa aquí subrayar la preocupación actual por el llamado tercer sector o tercer sistema que, en palabras de Ruffolo, «trata de



abrir a las nuevas necesidades de creatividad, cooperación social, participación, que no se *traducen* eficazmente en bienes y servicios ni por la máquina del Estado, ni por la del mercado... un espacio en el que puedan explicitarse libremente en formas asociativas democráticas, no mercantiles y no administrativas»<sup>5</sup>.

Para que, en cualquier caso, los puntos anteriores del programa puedan materializarse con efectividad, es preciso llevar a cabo una reforma profunda de la Administración Pública y del sector público empresarial, cuestiones que se tratan con una relativa extensión en el documento aprobado. Las modificaciones de la Administración Pública se unen a la mejora en el control del gasto público para posibilitar que el sector público pueda ser un instrumento útil al servicio de los intereses de las clases populares. El sector público empresarial debe funcionar con criterios de rentabilidad, autonomía, economicidad, productividad, y no discriminación, sin perjuicio de que estos criterios empresariales deban compatibilizarse con la introducción de formas públicas de control y participación en las decisiones. La necesaria reordenación del sector público empresarial a partir de los principios señalados no debe en ningún caso significar la continuidad del principio de subsidiariedad. Como punto de referencia, Juan Muñoz y Santiago Roldán han incidido recientemente en este tema, afirmando que incluso algunos economistas socialistas españoles han llegado a proponer esa continuidad, sin caer en que con ello se rompe la base del mismo socialismo en su doble aspecto doctrinal y práctico: en que los socialistas hemos hecho desaparecer en el artículo 128, apartado 2 de la Constitución el

principio de subsidiariedad (a través de una enmienda), y en que la política de la derecha española ha hecho que la empresa pública esté en una lamentable si-

tuación y que el INI sea un endémico hospital de empresas en crisis<sup>6</sup>.

Pasando ahora al sistema financiero, los ejes básicos de la política socialista aprobada apuntan en varios sentidos. Por una parte, se trata de mantener, al menos, los niveles actuales de financiación privilegiada, procediendo a la reasignación de recursos dentro de la misma de acuerdo con los programas sectoriales. Por otra parte, se establece un sistema para convertir a los bancos reflatados en un gran banco público. Además, se establece en el programa un mayor control social sobre el sistema financiero, buscándose una fiscalización política y presupuestaria mayor de las acciones del Banco de España, fomentándose una mayor competencia en el sistema crediticio a través de la presencia de los bancos públicos, socializándose las Cajas de Ahorro y las Rurales mediante su conversión en sociedades anónimas con mayoría de participación en su capital del Estado, Comunidades Autónomas y Corporaciones Locales, y propugnando la supresión del Consejo Superior Bancario.

Sorprende en principio la propuesta de conversión en sociedades anónimas de las Cajas de Ahorro y las Cajas Rurales. Parece, en cualquier caso, una proposición poco meditada, que abre una vía a la conversión inmediata en bancos de las Cajas y que se contradice en cierta forma con la socialización que se busca en este tema concreto, socialización que exigiría más bien un estatuto especial para las Cajas en el que se contemple su papel básico en cuanto a la financiación del desarrollo regional y de las necesidades locales, junto a la tradicional propuesta socialista de que una administración tripartita las gestione; y cuando se habla de tres partes se alude a

las entidades locales o regionales correspondientes, los trabajadores de ellas y los depositantes.

La democracia industrial es otro de

---

**Sorprende la propuesta  
de conversión  
en sociedades anónimas  
de las Cajas de Ahorro  
y las Cajas Rurales.**

---



los apartados importantes del programa socialista, en la medida en que el avance hacia ella es un requisito imprescindible de cualquier actuación llevada a

---

**El programa socialista  
tiene el carácter  
de una opción  
intermedia entre  
ponencias muy distintas.**

---

cabo por los socialistas. Como se dice en el documento aprobado por el 29 Congreso, «sin la consecución de cotas elevadas de democracia industrial no es posible garantizar el control social sobre la economía, capaz de subordinar los intereses de una minoría a las necesidades de la mayoría». A este respecto, debe proseguirse la configuración de un marco adecuado de relaciones laborales en el que el protagonismo corresponda a los sindicatos.

Por último, el programa aprobado se refiere a lo que constituyó de hecho una discusión dura en el seno de la comisión correspondiente en el Congreso: el tema de las nacionalizaciones. La fórmula resultante se centra en la creación de una comisión de estudio que analice este tema con la necesaria profundidad, partiendo de que el sector energético y parte del sector financiero pueden contemplar nacionalizaciones; de que éstas no deben limitarse a los sectores *pasivos* en términos de crecimiento; y de que debe tenerse muy en cuenta el artículo 128, apartado 2 de la Constitución en el que se dice que «mediante ley se podrá reservar al sector público recursos o servicios esenciales, especialmente en caso de monopolio». No es ahora la ocasión para profundizar en este tema, pero querría subrayar que toda la cuestión de las nacionalizaciones es básicamente la de las palancas para controlar una economía en la que ya no es factible la vieja y keynesiana idea de un control de la demanda que sustituyera a los programas socialistas tradicionales del control de la oferta. La base, por ejemplo, del *Projet socialiste* francés, que sirvió de actualización programática cara a las sucesivas elecciones, está en este terreno. Así, se lee en él que «la presencia en los sectores estratégicos de la economía

de empresas potentes, dinámicas e inscribiendo su actividad en el marco del Plan, ejercerá sobre el conjunto del tejido industrial efectos de arrastres decisivos.

Por el volumen de su producción, por la importancia de su esfuerzo de investigación, por la masa y la diversidad de mercados en las que pasarán, por su política social, las empresas públicas constituirán un instrumento de orientación y de estímulo de la actividad industrial irremplazable»<sup>7</sup>. En última instancia, la filosofía que hay detrás de las actuales nacionalizaciones en Francia y detrás de otros programas de política económica socialista en este terreno (que prevén también nacionalizaciones) es, sobre todo, la de poder controlar socialmente el futuro económico y así poder colocar la actividad económica al servicio del hombre.

#### *Observaciones críticas*

Ya en el primer apartado de este artículo expuse que el programa aprobado por el 29 Congreso tenía, ante todo, el carácter de una opción intermedia entre ponencias muy distintas. Esta es una primera observación a realizar. La naturaleza de esta opción implica un trabajo de gran intensidad para ir deshaciendo equívocos, posibles contradicciones y para ir profundizando en el desarrollo programático de este documento. En última instancia, la resolución económica surgida del Congreso tiene que ser un punto de partida para más elaboraciones a todos los niveles.

El carácter de opción intermedia entre ponencias muy diferentes, al que aludía, significa que, en cierta medida, el programa adolece de ser una superposición de políticas económicas distintas. Hay una ambigüedad que se mostró en el Congreso al ser rechazada una moción en el Pleno proponiendo precisamente que se especificaran las dos



grandes políticas económicas hoy enfrentadas a nivel internacional, en el ámbito de los países occidentales, la política económica de la derecha y la nueva política económica socialista, y la consiguiente adscripción de la política del PSOE a esta última opción, en la que se alinean la política de los socialistas franceses, la estrategia económica alternativa de los laboristas británicos, etc. De todas maneras, hay puntos abiertos a la continuidad del debate entre Congreso y Congreso, como es la creación de la Comisión de estudio sobre nacionalizaciones, antes comentada.

Otra observación que me parece importante efectuar es que el documento se sitúa en un terreno equidistante o casi tal entre una estrategia y un programa de gobierno. Hubo una discusión previa en la Comisión del Congreso acerca de este punto, pues había partidarios de aprobar solamente unas grandes líneas generales y había también partidarios de ir hacia un programa muy concreto, cuantificado, que expusiera los compromisos específicos que adoptaría un gobierno socialista. El resultado de la discusión y, en general, de los trabajos del Congreso en el campo socioeconómico quedó a medio camino entre ambos polos del debate, lo que significa la necesidad de trabajar en la dirección de concretar y, sobre todo, de establecer un mecanismo de puesta a punto, de revisiones a efectuar, que, en cierto sentido, deberían llevarse a cabo por la Comisión socialista de economía prevista en las resoluciones del Congreso como órgano institucionalizado de estudio y de debate en este terreno.

En cualquier caso, parece obvio que estamos hoy ante una revisión sustancial de las políticas económicas llevadas a cabo en el pasado por partidos socia-

---

**El programa socialista  
se sitúa en un terreno  
equidistante  
entre una estrategia  
y un programa de gobierno.**

---

listas o socialdemócratas. Desde muchos ángulos se ha hablado de esto y hoy es un tema habitual, que corre el riesgo de convertirse en tópico: el de la crisis del Estado de bienestar y, correlativamente con ella, el de la crisis de la socialdemocracia tradicional (al menos la de la tradición postbélica). En el terreno de la política económica, el reformismo socialdemócrata ha sido hace tiempo puesto en cuestión, aunque sólo sea porque la crisis económica internacional dificulta las posibilidades de seguir actuando como en el pasado. Es problemático, sin poner en tela de juicio el sistema económico, avanzar en muchos países en los servicios sociales, redistribuir a través de políticas de ingresos y de gastos públicos, luchar eficazmente contra el paro, etc.

La vieja política socialdemócrata, anclada en una concepción keynesiana de la acción indirecta de los poderes públicos en la economía así como en una idea de Estado de bienestar, está en crisis, y, en la discusión sobre los nuevos rumbos a seguir, la política económica nueva, la que está detrás de toda una serie de programas alternativos, es preciso que sea debatida y que sea un tema prioritario entre la izquierda, y, muy en concreto, entre los socialistas. Creo que el debate político precongresual ha pasado prácticamente estos temas muy por alto; que algo se ha discutido en el Congreso Federal del PSOE; y que es preciso reabrir la problemática analizada a través de jornadas de estudio, de tribunas abiertas en los medios de comunicación, etc. Es importante que todo esto constituya objeto de análisis en profundidad, no vaya a ocurrir que en España adoptemos una política económica socialista que se está abandonando por inservible en otros países que ya la experimentaron en su momento.



<sup>1</sup> Miguel Muñiz: «La estrategia económica del PSOE», *Zona Abierta*, n.º 23, enero-febrero, 1980, pág. 23.

<sup>2</sup> Manuel Sánchez Ayuso e Isidro Antuñano Marusi: *Crisis económica: hechos, políticas e ideas*, Ed. Pirámide, Madrid, 1981, pág. 48.

<sup>3</sup> Véase S. Ch. Kolm, *La transición socialista. La política económica de la izquierda*, versión castellana, Oikos-Tau, Barcelona, 1981.

<sup>4</sup> Pierre Rosanvallon: *L'âge de l'autogestion*, Ed. du Seuil, París, 1976, pág. 137.

<sup>5</sup> Giorgio. Ruffolo: «Neoliberalismo e neosocialismo», *Mondoperaio*, n.º 4, abril, 1981, pág. 70.

<sup>6</sup> J. Muñoz y S. Roldán: «Liberalismo económico y estrategia socialista», *Leviatán*, II Epoca, otoño, 1981, n.º 5, págs. 43-44.

<sup>7</sup> *Projet socialiste pour la France des Années 80*, Club Socialiste du Livre, París, 1980, págs. 194 y 195.



---

# ELOGIO DE LA HORDA COMICA

---

---

## Angel Fernández-Santos

---



---

Soy, sin ser demasiado viejo, un viejo espectador de teatro. Una vez, cuando yo era muy niño, en una época que era amarga y yo no sé recordar sino con dulzura, me llevaron al teatro. En realidad entré yo solo. Me dejaron en la puerta y me empujaron. Era en el teso de una feria toledana, donde unos cómicos de la lengua habían levantado un tingladillo mínimo, que veo desde abajo, desde mis dos palmos de estatura, como

un alto, esquinado y misterioso ámbito, con no sé qué vibraciones sagradas en el aire.

Tuve, pues, una muy primeriza experiencia de la fascinación y la siento aún sobre mis espaldas. Pero no fue la única. Años después, y entretanto jamás había vuelto a pisar un teatro, me empujaron también, esta vez dentro del salón de actos de un colegio universitario. Nadie me avisó de que allí un grupo sin nombre estrenaba un drama, o al-

go parecido, cuyo título era *Esperando a Godot*, de un sujeto llamado Samuel. No pude recordar el apellido durante mucho tiempo. Aquello me secuestró. Ni siquiera me di cuenta de que mis compañeros me dejaron solo y se habían ido de la mamarrachada. Quedé clavado en la butaca y tardé en reponerme del confuso asombro.

Las dos representaciones a que aludo, separadas por varios abismos, son la misma en mi memoria de ellas. En ambas me quedé solo; en ambas me envolvió una rara sensación, que sólo después he podido identificar con la libertad; en ambas mi percepción de lo sagrado quedó cercada por los pateos y las rechiflas de los otros. Durante mucho tiempo este sentimiento de cerco quedó guardado en mí como una oscura vergüenza. No es, ciertamente, fácil aceptar que la plenitud de un acto capaz de desnudar a un espíritu requiere para producirse controversia e, incluso, violencia. Descubrí al teatro contra los demás, en el marco de una situación crítica, en sentido literal.

Luego, en otras ocasiones y por otras ondas, leí que el teatro está en crisis. Y yo sigo creyendo que la salud del teatro es precisamente encontrarse en situación crítica. El derrumbamiento cotidiano del teatro es su naturaleza, pues se trata de una actividad tan frágil, vulnerable e invertebrada que, a la manera protéica, no hace otra cosa que levantar castillos, de los que fascinan a algún iluminado, pero que está bien que la gente práctica los eche por los suelos, pues es su destino desmoronarse.

La palabra *crisis* aplicada al teatro, o es una insulsa verdad, o es la mayor de las mentiras. El aspecto mentiroso de esta palabra es su aplicación



al teatro según criterios de economía o de política práctica. En este sentido, la palabra *crisis*, aplicada al teatro, es un invento de mercachifles que, ciertamente a su manera, es gente diáfana, pues sólo diez de cada cien proyectos teatrales que financian les devuelve multiplicado lo invertido. Pero decir que hay crisis en el teatro porque éste no es rentable es, como poco, una estupidez. Los criterios de la rentabilidad aplicados al teatro son una bárbara agresión al espíritu. Lo mismo podría decirse que está en crisis la Biblioteca Nacional porque no cubre gastos, o el Museo del Prado porque tampoco, cuando no es su destino cubrirlos. El teatro, como negocio, no sólo es ruinoso, sino debe serlo, está bien que lo sea.

Las dos representaciones que me identificaron con este remoto arte fueron obra, la primera, de una tartana de analfabetos nómadas, a quienes el hambre española de los años cuarenta obligó a desenterrar viejos oficios callejeros como éste; y la segunda el producto de uno de los más complejos escritores europeos de este siglo, experimentado en otras hambres más sofisticadas, de otras latitudes mejor alimentadas. Y, sin embargo, crearon y despertaron realidades muy cercanas e imbricadas entre sí. Entre el

---

## Decir que hay crisis en el teatro porque éste no es rentable es, como poco, una estupidez.

---

complejo arte de Beckett y la grosera artesanía de una horda cómica, hay multitud de pequeñas diferencias y una gruesa identidad que las anula: una identidad que hace añicos aquella sarcástica opción que Jean-Paul Sartre arrojó contra las coronillas de los académicos al pedirles que eligieran entre una vida humana y la catedral de Chartres. Los académicos se quedaron con las piedras. Sartre con la vida humana. Pero el teatro se queda con ambas, porque en él las joyas culturales coinciden con el límite exacto de una piel humana. El teatro es el actor, y cuando el actor representa a Beckett, a Shakespeare o a Esquilo, él mismo es la catedral de Chartres. De ahí el flujo incontenible de lo sagrado cuando se produce una verdadera percepción de la escena.

Tan cerca está una representación teatral de las quiebras de la identidad, es decir, de la condición crítica, de quienes lo ejercen —y ser espectador de teatro, si se es realmente, es ejercicio en grado paralelo— que acaba ali-

mentándose de esa identidad quebrada. El carácter crítico del teatro no procede de un banal asunto de productividad, sino de la función que la escena ocupa en el conjunto de leyes no escritas por la que discurren la vida y la supervivencia. Es cultura en el sentido visceral, primordial, nunca libresco, del término. Su marco es lo efímero, que es el marco de la vida misma; es duración y caducidad, pero precisamente por ello limita, más que ninguna otra actividad de la imaginación, con lo permanente o, si se quiere, con lo eterno. De nuevo el aroma sagrado y remoto de la fascinación, de la epidermis del milagro.

De ahí el carácter transgresor e incodificable del teatro. Todas las alquimias técnicas que lo ensanchan se estrechan, de tiempo en tiempo, en la recuperación del modelo inicial, de la horda cómica; sin libros de contabilidad, al acecho en una calle, en una cuneta, en un vertedero o, por excepción, a veces también en un escenario.



---

# EL PORVENIR DEL SOCIALISMO

---

## Salvador Giner

---

*análisis y debate*

---



### *La utopía socialista*

El socialismo no existe. Hasta ahora sólo tenemos de él, ensayos, conatos e inicios aislados: cooperativas, comunas, consejos obreros, ciertas empresas públicas y algunos esfuerzos de representación política democrática y de justicia distributiva que van ligados a él. Tales esfuerzos no merecen el desdén de aquel peligroso espíritu totalitario que repudia lo parcial e ignora cuanto atañe al universo entero. No obstante, quedan empequeñecidos por circunstancias de mucha monta: la tergiversación misma del socialismo por parte de las dictaduras que usan su nombre en vano, y la permanencia del capitalismo con su sociedad clasista y cada vez más corporatizada.

El modo de existencia del socialismo, hoy, es el de una utopía activa, singularmente reacia al desgaste a pesar del largo tiempo transcurrido desde su invención. Ello es muy



notable, pues, en contraste con otras utopías, la socialista ha prometido, desde el principio, resultados tangibles y ha eludido la transposición ultraterrena de sus promesas. (Naturalmente, existe una versión trascendentalista y cuasi religiosa del socialismo como senda sencilla y rápida hacia el Edén, de gran importancia histórica, pero puede ser ignorada en este lugar.) Suele ser cuando se prometen resultados tangibles y éstos no se materializan cuando se van a pique los proyectos utópicos, a menos que la sublimación ultraterrena venga al rescate de la utopía, abierta o encubiertamente religiosa. No es ese el caso del socialismo, anclado en la seguridad, y, por ello, sorprende que haya resistido con tanta fortuna los embates de sus propios fracasos. Por lo tanto la utopía socialista merece la mayor atención analítica.

¿Qué es el socialismo? ¿Es posible evitar la variedad de concepciones que de él se tienen? Ambas preguntas son de respuesta difícil. Para librarme de quedar varado en el arrecife de los conceptos perennemente disputados, daré mi propia definición y la referiré a la situación ideal —utópica, si se quiere— y no a cualquier forma práctica e inmediata de socialismo, aunque sea de sus posibilidades reales de las que me propongo hablar luego. Mi definición elude la distinción habitual entre comunismo y socialismo, a fin de simplificar. Funde ambos conceptos en uno solo a sabiendas de los riesgos que ello comporta. A mi entender, el socialismo es la creación de la vida social en comunidad de bienes y en libre heterogeneidad de intenciones. Una acepción paralela, y quizá más realista, es la que lo define como esfuerzo común y consciente hacia el logro de esa situación.

Esto significa, por lo pronto, lo siguiente:

A) Según el socialismo, la mayor parte de los bienes sociales ha de ser común. Ello entraña la desapropiación de aquellos recursos que generan privilegio, prerrogativas, poder y explotación entre los seres humanos. Tal desproporción debe afectar tanto a los individuos como a instituciones y clases sociales. En su virtud, estas últimas desaparecen. (Se entiende que la usurpación de bienes comunes no sólo la puede ejercer un individuo o grupo, sino también una clase, partido político o Estado.) Entre los bienes sociales no sólo se incluyen los recursos naturales sino también el conocimiento, la información y aquellos símbolos colectivos cuyo control y manipulación puede dar lugar a la dominación. La creación común de la vida social se compone tanto de su producción como del gozo solidario de sus resultados.

B) La libre heterogeneidad de intenciones implica el respeto a la variedad de disposiciones y capacidades de los hombres en el ejercicio de su albedrío. El orden socialista es antagónico a aquella heterogeneidad que proviene del reparto de la riqueza entre ricos y pobres y que nos separa entre poderosos y humildes. Mas ello no significa que tal orden ignore la diversidad interna de la raza humana según las cualidades distintas e irrepetibles de sus miembros. Este es un hecho bruto del cual parte el socialismo al igual que lo hace de la noción de bienes comunes. El socialismo es el orden de la justa diferenciación, no el de la homogeneización forzada de hombres distintos.

Cualquiera que posea un mínimo de escepticismo acerca de las tendencias innatas de la naturaleza humana detectará una contradicción entre los componentes (A y B) de la definición. A tales personas no les costaría concluir que, a la larga, la heterogeneidad de intenciones ha de prevalecer sobre la igualdad que exige el orden socialista, recreando clases sociales, oligarquías y demás modos de dominación. El problema es serio y no vale escamotear sus dificultades. Estas son tanto de orden filosófico como de orden práctico. Las primeras nos conducirían a establecer la naturaleza del hombre en cuanto a su capacidad de habitar de manera duradera un mundo socialista sin desvirtuarlo. Las segundas son de estrategia, y se refieren al modo de educar y socializar —en ambos sentidos de la



palabra— a las gentes para que triunfe permanentemente ese mundo. No creo poder dar una respuesta satisfactoria a ninguna de ambas cuestiones pero, por lo menos, me propongo pergeñar algunas ideas relacionadas con ellas, que quizá ayuden a esclarecerlas un tanto. Lo que no haré, claro está, es escamotear el reconocimiento que hay, si no total contradicción, por lo menos tensión potencial congénita entre ambos términos. El socialismo —tanto si se concibe como esfuerzo o movimiento, como si es entendido como un orden establecido— no está libre de valores conflictivos entre sí. Partamos, en su estudio, de la trivial verdad de que toda vida social entraña liza y confrontación en la misma medida en que pueda entrañar paz e integración.

El socialismo es, por definición, un modo comunitario de convivencia cuya propia naturaleza imposibilita la creación de coaliciones e instituciones de dominación al tiempo que fomenta y permite el albedrío de las gentes en aquellas actividades que no usurpen los derechos autogestionarios de la ciudadanía. Su estructura es también la estructura de la libertad <sup>1</sup>.

### *La tergiversación liberal del socialismo*

Como parece evidente, todo esto es programático. Es parte de un proyecto, de algo digno de ser realizado y, posiblemente, en gran manera realizable. Pero esta visión tiene sus enemigos. Vale la pena tenerlos en cuenta.

Descartamos aquéllos que no están nunca dispuestos a argüir ni a atender razones para ellos desagradables. Nos quedaremos con los teóricos liberales, los únicos que están en posesión de una utopía rival de envergadura parecida. Aunque la utopía liberal no se haya realizado jamás —a menos que en ella incluyamos la sociedad clasista— y sea irrealizable, salvo, quizá, en el terreno de la legalidad constitucional, ello no obsta para que los ataques liberales contra la socialista puedan ignorarse. Sin rebatirlos aquí, conviene, sin embargo, subrayar que esos ataques parten de una incomprensión sistemática de los fines del socialismo. Este es invariablemente descrito como un universo tiránico, dominado por la colectivización forzosa, y por una visión fanática de cómo debe ser el mundo: a esa visión deben doblegarse y sacrificarse los hombres. Esta penosa caricatura del socialismo es presentada una y otra vez por muchas de las mejores mentes filosóficas del liberalismo. Sería interesante averiguar, no ya sólo desde la perspectiva de la sociología del conocimiento sino, quizá, también desde la patología, qué es lo que alimenta esta persistente actitud. A mi juicio, socialistas son solamente quienes intentan poner en práctica las ideas contenidas en la definición que acabo de dar, las cuales son incompatibles de raíz con la reglamentación forzada a que aluden los liberales. Lo que ocurre es que los socialistas son gentes que proponen una visión alternativa, crítica, del orden presente, en nombre de una visión terrena de la Vida Buena y justa, una visión utópica. Toda visión de la Vida Buena desde Platón —blanco frecuente de la ira liberal— rompe con los hábitos empiristas, escepticos y conservadores de todo liberal tradicional, y le ha de resultar esencialmente antipática <sup>2</sup>.

Por fortuna, hay analistas liberales muy señalados cuya visión del socialismo es mucho menos tergiversada. (Curiosamente, su versión es también la misma de muchos que a sí mismos se llaman socialistas.) Basta el ejemplo de Schumpeter, que parece paradigmático. Para él la sociedad socialista es un orden institucional en el que el control de los medios de producción reside en una autoridad central, de índole pública. Para Schumpeter el verdadero socialismo es el Socialismo Centralista y el criterio del control público de la vida económica es mucho más importante que las cuestiones de si es o no *comunista*, *co-*



*lectivista* o de otro género. En la visión de este crítico del socialismo, éste no entraña una reforma económica sino, ante todo, el surgimiento de todo un nuevo universo cultural. Cree Schumpeter que son los mismos socialistas los que degradan su credo cuando hacen hincapié en cuestiones puramente materiales, como es la del reparto del pan o la del aumento del nivel de vida.

No obstante, según Schumpeter, lo que caracteriza al socialismo es su Indeterminación Cultural, es decir la doble posibilidad de que su desarrollo conduzca hacia el dominio de la sociedad bajo un déspota absoluto o que alcance un estadio altamente democrático: que sea belicoso o pacífico; igualitario o anti-igualitario; individualista o colectivista. Esta concepción<sup>3</sup>, a mi entender, está en una cierta contradicción con la de la imposición de un nuevo universo cultural —con la que estoy de acuerdo— pero muestra una apertura y comprensión muy poco comunes entre las filas de los enemigos del socialismo. Precisamente por ello, es revelador que Schumpeter defina el Socialismo de un modo diametralmente opuesto al de la definición con la que he abierto estas reflexiones: como sistema gerencial público y centralizado dependiente de una autoridad suprema. Y por ello debemos preguntarnos cómo podrá afirmar el gran economista que, según su visión, «el socialismo y el individualismo no son necesariamente contrarios, por muy paradójico que ello suene». En sus términos, me parece, por fuerza deben serlo, aunque no así en los míos.

Mas, como digo, la actitud schumpeteriana, que concede el beneficio de la duda al socialismo, y que acepta una ambigüedad radical en la noción —su indeterminación moral, que él llama cultural— no es la normal entre sus antagonistas. Para éstos, rehenes como son de su pro-capitalismo ideológico, la utopía socialista no puede ser lo que es, es decir, congénitamente abierta y democrática. La sociedad abierta, contra lo que ellos creen, se dice de varias maneras, y no sólo de la liberal, y entiendo aquí por concepción liberal la que se apoya en el individualismo posesivo y en la sociedad de clases. Porque el otro liberalismo, el de los principios de la tolerancia y los derechos civiles, incluso el derecho a la intimidad, está ya incorporado plenamente en la utopía de los socialistas como elemento esencial que es de una concepción civilizada de la convivencia. Parece claro, apenas discutible, que una sociedad abierta, igualitaria y democrática, es muy superior a una sociedad políticamente abierta (pluralista) pero basada en la desigualdad y en la clase. (La única manera de refutar este aserto es probar la completa imposibilidad de la primera.) Al liberal tradicional le irrita que el socialista posea y afirme una visión de la sociedad abierta que es alternativa a la suya, y además que implique su superioridad moral. Ante esta situación suele optar por declarar nefasta la utopía socialista, a la que define como horma artificial a la que jamás podrán adaptarse los seres humanos sin perder su libertad. Los desmanes del *socialismo* burocrático de Estado, por ejemplo, tal como se practica en los confines del imperio ruso, le proveen de toda la munición que cree necesitar. Pero eso es como acusar a San Mateo Evangelista de haber inspirado el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. No lo es, en cambio, como hacer responsables a los liberales de la sociedad de clases, porque el individualismo posesivo es su doctrina propia, reconocida e irrenunciable.

Las críticas liberales, además, significan una desvirtuación injustificable de la visión de la Vida Buena de los socialistas, y no porque sean socialistas, sino porque contradicen el principio liberal del derecho de cada cual a poseer una imagen general del futuro, un ideal —si se me permite el uso de la romántica, desprestigiada expresión— por el que combatir. De nuevo hace el empirismo estragos y el sentido común del buen burgués cobra sus víctimas en nombre del cauto escepticismo que siempre es señal de buen tono.



Pero no quiero seguir moviéndome en el terreno estricto de mi definición y de la defensa de su legitimidad, sino en el de las posibilidades prácticas de ese socialismo, que son las que aquí quiero explorar un poco.

### *La incertidumbre histórica del socialismo*

Si el socialismo fuera, de una manera absoluta, una posibilidad real, no tendríamos que preocuparnos. Según el Principio de Plenitud «no existe posibilidad genuina alguna que para siempre permanezca irrealizada». Pero el socialismo, contra lo que creen algunos de sus creyentes, para quienes han de parirlo las leyes de la historia, es esencial y trágicamente problemático. Toda una tradición —que ha venido a ser irónicamente llamada del *socialismo científico*— se acostó con letargia sobre el lecho confortable de las leyes de la historia a la espera de que el capitalismo, por sí solo, se fuera convirtiendo en socialismo. Esa vieja tradición, que arranca del propio Engels, es ahora muy antigua, aunque no acaba de desacreditarse del todo pues es muy cómoda y explica cualquier revés en la lucha por el socialismo. Pero es una tradición peligrosa. Todo lo justifica. Regímenes hay —abundan entre los países ex coloniales— que practican el capitalismo de Estado y lo predicán, apoyándose en el aforismo de Lenin de que tal capitalismo es «la antesala del socialismo», aforismo que carece de la más elemental confirmación empírica.

En varios casos conocidos esta peregrina antesala ha servido para la consolidación de una burguesía burocrática de Estado pero no para la transición al socialismo. De todo ello se sigue que la cuestión de la inevitabilidad de la utopía socialista deba estudiarse con mucha parsimonia y sana desconfianza.

El primer paso en esta dirección consiste en no dar por supuesto el advenimiento del socialismo. No existe ninguna ley demostrable en la evolución histórica que conduzca hacia él. Existe solamente una voluntad, un anhelo colectivo sentido en ciertos ámbitos sociales con singular persistencia, y que conviene distinguir cuidadosamente de ciertas tendencias percibibles de evolución hacia la *nacionalización*, la *socialización* o la *estatización* de las empresas. Presuponer el socialismo es conocer olímpicamente un porvenir incognoscible, que a lo sumo es sólo escrutable. Es caer en aquella ingenua secuencia de los modos de producción —feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo— cuya falaz naturaleza debería ser ya evidente a todos. Cierto es que en un número limitado de países el capitalismo surgió del feudalismo; pero, ¿qué misteriosa regla histórica nos indica que de éste salga, como consecuencia natural evolutiva, el socialismo?

No ignoro que existe una literatura, cada vez más venerable, y tan conocida que me resisto a citarla, que explica cómo las tendencias innatas al capitalismo —modo industrial de producción, disminución de beneficios, monopolios y oligopolios, crisis cíclicas— han de conducir, por una u otra vía, al socialismo. Lo grave de esta literatura, tanto la dedicada a la explicación catastrofista del capitalismo como la dedicada a la evolutiva, es que no ha conseguido ser convincente. Las tendencias en cuestión han conducido hasta ahora a la estatificación, burocratización y manipulación colectiva en unos casos, y al desarrollo del Estado «benefactor» en otros, pero no a un avance del proyecto de libertad comunitaria que llamamos socialismo.

Al margen de estas teorías, a las que a veces no se les puede negar el ingenio, nos encontramos con esfuerzos históricos muy considerables hacia el socialismo. Algunos han dado resultados harto alarmantes, como es el caso de la degradación del bolchevismo en stalinismo mediante la puesta en práctica del leninismo. A no dudarlo, las intenciones de



Lenin iban genuinamente orientadas en favor del socialismo, pero los resultados (para él inesperados) son cosas diferentes. El estudio de las raíces leninistas del stalinismo nos hace apercebir el terrible alcance de esa conocida servidumbre a que está sometida la acción humana: la de producir resultados distintos a los no queridos en un principio. Otros esfuerzos, como la reforma socialdemócrata del capitalismo, han sido menos dañinos en lo que respecta a los derechos civiles y a la mitigación de las aristas más hirientes del capitalismo clásico, pero son decepcionantes en tanto la socialdemocracia se ha atendido a la gerencia eficaz del capitalismo avanzado, es decir, a asegurar su supervivencia. Otros, en fin, como la creación de cooperativas y comunas, parecen subsistir como minúsculos islotes semisocialistas o cuasisocialistas en un océano hostil de instituciones esencialmente distintas a ellas.

Estos tres ejemplos pueden entenderse como facetas distintas de un mismo gran fracaso histórico. O pueden ser vistas, por el contrario, como enseñanza de lo que conviene evitar o corregir en el porvenir. En el fondo la decisión de cuál de estas actitudes tomemos depende por entero de la confianza que tengamos en la posibilidad del proyecto socialista como único ideal colectivo noble y racional que aún queda a mano. Ciertamente no puede depender de argumentaciones con quienes no están dispuestos a dialogar —así los defensores del colectivismo burocrático o aquellos que se benefician pingüemente del orden capitalista o quienes ven el mundo como un irreversible e inescapable valle de lágrimas. La primera norma del racionalismo es aceptar los límites de la razón. En última instancia (pero sólo en última instancia) el socialismo es una cuestión de fe.

Quizá el error supremo del socialismo contemporáneo sería, no ya repetir errores preteritos, sino aprender su lección a medias y avanzar hacia el porvenir con ánimo exclusivamente pragmático. El pragmatismo (endémicamente desprestigiado entre varios sectores de la hueste socialista) es, por el contrario, algo sumamente recomendable, pero en estas lides de modificación civilizadora de la vida social sólo tiene sentido si se engarza en una visión lúcida, exigente, realista y general del conjunto de nuestra condición humana en estos tiempos tan graves que corremos.

Lo que quiero decir es lo siguiente: si el socialismo ha de subsistir, por no decir triunfar, en el mundo de hoy tiene que anclarse firmemente en su utopía. Ahora bien, esa utopía no tiene sentido alguno si no se proyecta mediante una redefinición general de nuestras coordenadas (porque el mundo de hoy ya difiere cualitativamente del de la Revolución Industrial capitalista de antaño) y un análisis implacable, nuevo, lleno de frescor, de la situación. No sólo debería haber pasado la época de la irreverencia a los clásicos del socialismo sino que ha empezado ya aquella en que habrá que ignorarlos en gran medida <sup>4</sup>.

La llamada a la reconstrucción de la teoría socialista sobre bases analíticas nuevas (ya que no sobre las de sus anhelos e ideales de libertad, igualdad y civilización, que son los mismos) surge rigurosamente de la mudanza de nuestro mundo, y no de un hartazgo con las explicaciones recibidas. Es una llamada que tiene muy buenas razones. Una de ellas es la del agotamiento, empíricamente comprobable, de buena parte de la teoría tradicional socialista. A lo sumo ésta se ha hecho solamente operativa en parte. Así, ¿cómo será posible entender la riqueza creada por la plusvalía del trabajo humano en la edad de la microelectrónica? ¿Cómo seguir unidos a las doctrinas clásicas de la lucha de clases en la era de la mediatización corporativa de los intereses colectivos? ¿Cómo habremos de entender el Estado en plena crisis de la sociedad civil y reestructuración de la política? ¿Hasta cuándo continuarán los exégetas del marxismo *poniendo al día* las doctrinas de sus distantes mentores cada vez que alguna aportación señalada en el campo de la antropología, o de la lingüística, o de la economía, hace su aparición sobre las crestas del hori-



zonte? ¿No sería mejor que sus esfuerzos se encaminaran hacia derroteros menos dependientes de las fórmulas paleosocialistas?

Otra buena razón para que el socialismo haga ya borrón y cuenta nueva es precisamente el agravamiento de las incertidumbres históricas a las que aludía poco ha. En el pasado el socialismo se apoyaba en una confianza en el desarrollo del futuro. Esa confianza atañía hasta a quienes no caían en las simplezas deterministas que reducían el curso histórico del capitalismo a unas cuantas leyes de catecismo. Era una confianza enraizada en la fe en el proceso y en la extrapolación de tendencias palpables de la vida de entonces, tales como la acumulación capitalista, la belicosidad del proletariado, o la actitud oscurantista y defensiva de las clases dominantes. Pero ahora, y en muchos lugares, las clases dominantes son otras, el proletariado de antaño se ha transformado, han surgido nuevas clases, instituciones y modos de orden social. Y, sobre todo, no hay prueba alguna que el progreso de la raza humana sea ineluctable.

### *Las tendencias antisocialistas del mundo moderno*

Todo análisis de las posibilidades futuras del socialismo debe sopesar las fuerzas que contra él militan. Esta tarea es más urgente aún que la de identificar aquéllas que trabajan en su favor.

Las tendencias antisocialistas de la sociedad moderna son precisamente aquéllas que el pensamiento antisocialista define con frecuencia como más favorables a él. En efecto, los ideólogos del capitalismo avanzado (y en otros sentidos los del liberalismo competitivo e individualista, que no son siempre los mismos) identifican toda nacionalización de la industria según criterios de dirigismo estatal, toda expresión de la burocracia pública y toda intervención política para la redistribución de la riqueza o la protección de las clases subordinadas como procesos de acercamiento al socialismo. De igual modo, según ellos, el colectivismo burocrático de Estado (tal como se practica en la Unión Soviética y en muchos otros países) es el ejemplo supremo del avance hacia el socialismo. En eso coinciden del todo con la doctrina oficial que en ellos se proclama. De modo más sutil, coinciden también con aquellos críticos anticapitalistas que ven en todos estos fenómenos otros tantos heraldos de un porvenir socialista. Hay, pues, consenso a diestro y siniestro, con las consabidas excepciones.

Un mínimo de coherencia con mi definición del socialismo, sin embargo, da como resultado inmediato un análisis diametralmente opuesto de la situación. Si el socialismo consiste en una producción comunitaria de bienes en el marco de la libertad, parece evidente que la marcha de los asuntos humanos hoy no va unívocamente en esa dirección. No es éste el lugar para un análisis pormenorizado de sus líneas generales evolutivas, entre otras cosas para no repetir lo que he expresado en otros sitios. Sí lo sea, quizá, para indicar muy en escorzo los marcos principales en que desarrollan las tendencias antisocialistas. Son, simplificando, tres: el de la soberanía burocrática colectivista, el del corporativismo capitalista y el de los despotismos periféricos. Para aligerar mi examen empezaré por descartar, de buen principio, el caso de las dictaduras o tiranías que suelen aparecer en la zona periférica del sistema económico mundial —obvia y agresivamente antisocialista— para hacer algunas observaciones sobre las otras dos, cuya infraestructura tecnológica y nivel de conocimientos les confiere especial significación. (El hecho de que algunos despotismos periféricos se atribuyan carácter *democrático*, *socialista* u otros de igual índole legitimador carece de importancia. Tampoco ignoro las variedades que entre ellos cabe distinguir, pues van desde los dominados por una burocracia capitalista



de Estado, con tolerancia selectiva de la propiedad privada hasta las tiranías tradicionales más arbitrarias, personalizadas o tribales.)

A) *La soberanía burocrática colectivista.* Una de las barreras más serias contra el socialismo es la erigida en aquellas sociedades dominadas por un vasto funcionariado político-tecnocrático dedicado a la administración y gerencia de la vida social según el principio del monopolio estatal de la mayor parte (o de la casi totalidad) de las actividades importantes para el orden social general. Estas sociedades —que suelen llevar el nombre oficial de *socialistas*— concentran la soberanía, el poder y la autoridad en un partido político único, altamente jerarquizado y burocratizado. La soberanía burocrática y de partido <sup>5</sup> es colectivista en el doble sentido de que es hostil al individualismo y a la existencia de una sociedad civil relativamente autónoma. Es una sociedad de clase en la que la aprobación del excedente económico consumible pasa a la clase burocrática, esencialmente formada por el partido. Sólo en un sentido muy circunscrito puede clasificarse de sociedad capitalista de Estado, pues no sólo el mercado interno sufre fortísima intervención estatal, sino que la noción esencial a todo capitalismo, la de maximización de los beneficios tras la inversión de capital, queda en cuestión. Contra lo que opina un buen número de críticos de izquierda (por ejemplo, los que definen a Rusia como sociedad caracterizada por el capitalismo de Estado <sup>6</sup>), lo importante en los Estados en los cuales la soberanía reside en el partido es la maximización del poder. Así la apropiación de recursos y beneficios masivos para la fabricación de armamentos en detrimento de bienes populares de consumo no halla paralelo en la dinámica capitalista burguesa.

La incompatibilidad congénita del burocratismo colectivista con el socialismo proviene, en parte, de la estructura interna del poder, vinculada a su autoregulación mediante la vigilancia de la red funcional. Los funcionarios, sobre todo los estratos formados por los altos funcionarios, se seleccionan según el conocido principio de la *nomenclatura* (el monopolio que se arroga el partido único en cuanto a todo nombramiento del personal gerencial, político, técnico o administrativo). Ahora bien, sin mecanismos adicionales existe siempre la posibilidad de que el partido actúe según criterios autónomos con respecto a los del gobierno o los centros supremos del poder. La solución hallada por Stalin a este problema —*qui custodiet ipsos custodes?*— consiste en dar poderes especiales a la policía secreta sobre el propio partido. Este refinamiento de la guardia platónica— tal como aparece en *Las Leyes* no está exenta de originalidad pues para Platón la vigilancia y espionaje se había de realizar sobre el pueblo, mientras que aquí se realiza también, y muy en especial, sobre sus custodios. Como éstos son quienes, según la ideología oficial, deben inspirar la construcción del socialismo, parece obvio que ésta, si es que alguna vez ha de ocurrir, deberá tener sus raíces fuera del aparato burocrático y en el seno de estratos y comunidades externas. Ha habido algún conato significativo de reforma interna del partido monopolista hacia el socialismo —notablemente en el caso de Checoslovaquia en 1968 y de Polonia a partir de 1980— que me obligaría a cualificar algo esta afirmación <sup>7</sup>. Pero un análisis detallado puede revelar en esos y otros casos cierta respuesta del aparato tecnoburocrático a presiones provenientes de sus clases subordinadas, amén de la pervivencia de tradiciones democráticas en el conjunto de la sociedad. Algo parecido puede decirse de los intentos de fidelidad al socialismo en el seno de aquellos partidos de carácter tecnoburocrático que se ven obligados a medrar en el marco de politeyas capitalistas parlamentarias, bajo la presión constante del constitucionalismo y de los combates electorales.

Otra fuente de incompatibilidad entre el burocratismo colectivista y el socialismo es su modo de producción y de apropiación del excedente, al que he aludido más arriba. Podría éste ser descrito como modo tecnoburocrático de producción, siempre que se acepten rasgos comunes con otros modos de producción, aparte de aquellos que le son peculiares. Con el socialismo, el modo tecnoburocrático tiene en común la desaparición



de la propiedad privada de los medios de producción, pero no así los criterios de apropiación de los bienes excedentes, ni tampoco la desigualdad de clase y la consolidación política e ideológica del privilegio<sup>8</sup>.

B) *El corporativismo capitalista*. Salvo para quienes las leyes de la evolución interna del capitalismo conducen irremisiblemente al socialismo —y ya hemos visto que no es ese el caso, según el criterio aquí suscrito— la relación entre capitalismo y socialismo debe ser entendida como antagónica. Ello no entraña que ciertas crisis, fisuras y contradicciones internas del orden capitalista no permitan situaciones que, aprovechadas por las fuerzas socialistas, fomenten su avance. Al contrario, este segundo aspecto de la cuestión es parte esencial de la situación.

El fenómeno del corporativismo capitalista es vasto, complejo y sujeto al intenso debate. Sin entrar ahora en este último podemos distinguir dos facetas del mismo. La primera es la progresiva corporativización global de las sociedades capitalistas avanzadas. La segunda es la consolidación del intervencionismo gubernamental como árbitro entre empresarios, por un lado, y sindicatos por otro. Estas facetas son inseparables porque los empresarios están vinculados a las grandes compañías nacionales y transnacionales y a sus intereses corporativos, y los sindicatos están formados por representantes profesionales que administran los supuestos intereses de las clases subordinadas, a menudo en vinculación directa —y con referencia, también subordinada— a los partidos reformistas. Es evidente que este conjunto de fuerzas está lleno de ambivalencia como, por ejemplo, la que dimana de la posición de las jerarquías sindicales. Estas podrán estar sujetas a las exigencias de la *ley de hierro de la oligarquía*, pero bajo condiciones *normales* deben responder y satisfacer mínimamente las exigencias democráticas e igualitarias de sus representados. Naturalmente, la presencia muy fuerte de exigencias anti-igualitarias entre la base sindical (demanda de mantenimiento de los diferenciales salariales entre diversas ramas, y dentro de cada rama según la ocupación) es un contrapeso muy fuerte contra estas tendencias igualitarias. La existencia de sindicatos *aristocratizantes* (de empleados, técnicos y profesionales) complica aún más la situación.

A menudo el socialismo que preconizan las fuerzas sindicales, socialdemócratas y reformistas aboga por la nacionalización (es decir, por la estatización) de las empresas y por el reforzamiento del poder gerencial y técnico. El riesgo de esta presión, cuando no va acompañada de una exigencia vigorosa de democratización de la estructura interna del poder empresarial, es que fomente el desarrollo del modo tecnocrático de producción, esta vez en el seno del corporativismo capitalista. En este último ámbito, la tecnoburocracia ocurriría en un marco político poliárquico o relativamente pluralista. Naturalmente, y volviendo a la importante cuestión de la ambivalencia de los movimientos socialistas o socializantes, estas fuerzas preconizan también mayor equidad en la distribución regional y de clase de los recursos educativos, sanitarios, de vivienda y demás, y una reducción de la discriminación individual y del estigma que margina a las minorías étnicas: en contraste con ello, sus esfuerzos por propagar la autogestión, la autonomía gestora de los estratos subordinados, y por poner en tela de juicio la legitimidad del poder despótico o arbitrario de las diversas élites decisorias son muy débiles cuando no inexistentes. Las raíces de este reformismo que elude ir al fondo del asunto deben buscarse en un gran acuerdo histórico al que se llegó penosamente, y en virtud del cual los empresarios y sus aliados hicieron concesiones importantes en materia salarial y de condiciones de trabajo, a cambio de que sus subordinados aceptaran su incuestionado monopolio sobre el mando de las empresas<sup>9</sup>.

He aquí el verdadero compromiso histórico. Este compromiso —que éste sí merece el nombre de histórico en el sentido de que ha marcado estructuralmente la marcha de los



asuntos sociales durante una larga y decisiva época— fue tomando cuerpo en las fases en que el capitalismo alcanzaba su zénit. Hoy constituye una base sólida y apenas combatida de la estructura de nuestro mundo colectivo.

Naturalmente, es menester cualificar este aserto un tanto: así, no cabe duda que sin la ya muy larga lucha de las fuerzas reformistas el mundo en que vivimos sería mucho más inhumano. La noción reaccionaria de que el bienestar alcanzado por muchos se debe sólo a la abundancia creada por el capitalismo industrial no es errónea por ser reaccionaria, sino por carecer de base empírica<sup>10</sup>. Pero tampoco es esa la cuestión. No hay nada más equivocado que confundir los avances del nivel de vida o los progresos en la escolarización, la vivienda y la sanidad con el socialismo. Es éste, sobre todo, un modo de vida, una cultura, que puede florecer tanto en la austeridad como en la abundancia.

### *El progreso de la conciencia social y la indigencia cultural del socialismo*

Junto a estas tendencias antisocialistas que se van desarrollando en el mundo moderno, es posible señalar ciertas contracorrientes, generadas por él mismo y que, en principio, deberían robustecer, en teoría, el progreso del movimiento socialista. Desdichadamente, el socialismo tradicional, presa de sus hábitos, atado a su compromiso histórico con la burguesía (privada, pública o de Estado), temeroso de perder posiciones en el avance general hacia la tecnoburocracia y el corporativismo, no suele mostrar el arrojo con que en otro momento había asaltado los bastiones de la vieja sociedad. Lo más genuinamente socialista de nuestro momento histórico queda fuera, con harta frecuencia, del socialismo oficial. Mientras que la conciencia social sigue avanzando en varios frentes, muchos de quienes se llaman a sí mismos socialistas a menudo ignoran ese progreso —aumentando así su marginación y coadyuvando a su derrota— o lo aceptan con lentitud y reservas. Me explicaré<sup>11</sup>.

Históricamente, el socialismo brotó como movimiento político encaminado a la solución igualitaria de las contradicciones económicas de la civilización burguesa, pero su alcance era mucho más vasto, pues se apoyaba en una manera específica de entender la naturaleza humana y sus capacidades creadoras universales. (El optimismo histórico y antropológico del socialismo sólo halla parangón en el del liberalismo primigenio, pero en contraste con este último la teoría socialista no sabría acomodarse, es decir, renunciar a sus principios sin dejar de existir; he ahí la fuente de su malestar radical.)

Por toda una serie de razones y acontecimiento históricos el movimiento socialista fue concentrando todas sus energías sobre dos frentes distintos: por un lado tenía que habérselas con los problemas concretos de la gestión económica y política, a veces desde el mismo gobierno, aunque más a menudo en la oposición; por otro, entraba en liza con toda clase de enemigos, que iban desde el fascismo al stalinismo, pasando por las sólidas derechas hegemónicas y parlamentarias de tantos países. Estas luchas continuas, hoy tan vivas como lo fueran antaño, siguen cobrando sus víctimas entre las filas socialistas.

Una de las más importantes ha sido, sin duda, la dimensión utópica y cultural original del proyecto socialista. Algunos de los ideales iniciales —ya bien formulados en la era premarxista— continúan aún siendo mentados en alguno de los manifiestos programáticos. Mas ciertos de entre ellos, como el principio autogestionario, esencial para todo socialismo mínimamente coherente, tienden a volatilizarse por arte de magia en cuanto se profesionalizan las clases dirigentes socialistas y se oligarquizan sus cuadros. Por otra



parte, éstos ideales iniciales retienen una considerable vaguedad en cuanto a su urgencia y ejecución, lo cual los cobija de peligrosos enfrentamientos con las realidades cotidianas. En gran medida, la razón de esta situación lamentable proviene de la incapacidad de los socialistas por iniciar por sí mismos —enzarzados como están en las luchas políticas a las que he aludido— las soluciones nuevas que exigen los problemas de nuestro tiempo.

Lo más grave es que, muy a menudo, ni siquiera saben detectar la existencia de esos problemas y mucho menos de sus soluciones. Daré algunos ejemplos incontrovertibles. No es posible negar que ciertos movimientos de liberación son característicos de la cultura de nuestra época y que hasta puede decirse que le han dado una cualidad distintiva. Son movimientos como el ecologista, el feminista, el antinuclear, el comunitario, y algunos otros, todos nacidos de los años 60 y 70. Pues bien, ninguno de ellos nació en el seno de los grandes partidos y sindicatos socialistas o comunistas. Aunque sea posible relacionarlos con ciertas corrientes socialistas filosóficas anteriores, críticas del capitalismo —como, por ejemplo, la representada por la Escuela de Frankfurt— es innegable que su origen y formulación ha sido externa al socialismo como movimiento institucionalizado. Las fuertes resistencias de las direcciones de este movimiento contra toda innovación cultural intrépida quedan bien claras cuando nos apercebimos que estas corrientes progresistas han sido asumidas sin ambages y al principio sólo por las alas disidentes o semidisidentes de los mismos partidos en cuestión aparte, claro está, de quienes militan en su favor sin estar encuadrados en esos partidos.

Los años venideros verán el nacimiento y toma de conciencia de otras reivindicaciones y exigencias de liberación. No todo acaba con el feminismo, los anhelos de autogobierno de las minorías nacionales, las exigencias de igualdad racial. ¿Qué dice la teoría socialista de la revolución técnica de los microprocesadores y de la informática? ¿Cómo se plantean los socialistas la cuestión de los límites materiales y sociales del desarrollo? ¿Qué planes concretos de desburocratización y de desgreñación existen? ¿Cuándo se enfrentarán los socialistas con los fenómenos religiosos y del sentido trascendente de la vida sin intentar nebulosos sincretismos entre la escatología marxista y el cristianismo? ¿Cuándo surgirá un debate mínimo, desde el socialismo, sobre el peligro totalitario que quizá aceche en la organización socialista misma? ¿Cuál es la teoría económica socialista de los costos de la puesta en vigor de los programas de socialización? Podría continuar, naturalmente, y alargar la lista de preguntas incómodas.

Es seguro que, inquietamente, muchos socialistas se plantean hoy ya esas preguntas e intentan resolverlas sin caer en el nihilismo y el desencanto que azotan hoy a la izquierda, para tranquilidad de la derecha y alegría de aquellos funcionarios y profesionales de los partidos reformistas para quienes estos movimientos de renovación carecen de respetabilidad y parecen demasiado desordenados, anarquizantes y poco realistas.

Pero no hay alternativa: o el socialismo supera su presente indigencia imaginativa y cultural, haciendo suyos con vigor y determinación estos movimientos y los problemas sobre los que han surgido, o su historia, como tal, está ya a punto de acabarse. Es más, no sólo con ello basta: un socialismo pacifista, feminista, descentralizador, igualitario, comunitario, sería infinitamente mejor pero no suficiente. El socialismo, para que tenga algún porvenir viable, tiene que adelantarse, además, a todo ello, tiene que contestar a los problemas del presente y del futuro apenas formulados hoy por sus representantes.



## *El futuro del socialismo.*

El alibí de los socialistas militantes ante críticas como éstas es muy firme: su trabajo diario en las luchas electorales, en las administraciones estatales o locales, en la prensa, en el frente sindical, es absorbente, legitimador y les exonera plenamente de toda otra preocupación. Las exigencias de los combates políticos por un salario más elevado, por una moneda menos débil frente a la inflación, por un mayor empleo de la mano de obra, no permiten la incursión del discurso utópico en ese mundo de apremios concretos. Quizá lleven razón, mas en ese caso ese discurso quedará condenado a vegetar en unos pocos cenáculos de especuladores ociosos y en los rincones ineficientes de revistas efímeras, para pasar luego a peor vida. Pero si no la llevan, el precio será muy alto, pues incluye la supervivencia misma del socialismo al que sirven.

De hecho el abandono o relegación de la utopía socialista en favor de la practicalidad y el realismo político posee una notable historia doctrinal, y hasta cuenta con sus clásicos. Para éstos, las grandes líneas del pensamiento socialista alcanzaron su forma más cabal en tiempos remotos —quizá entre Saint-Simon y Marx o, si se quiere, entre Platón y Kautsky— y la tarea hoy consiste en la lucha concreta, civilizada, democrática y parlamentaria. Nada hay que objetar contra este excelente triunfo del sentido común en sí, dadas las circunstancias generales en que nos movemos por estas partes del mundo. Mi objeción modesta, sin embargo, es que el socialismo no tiene futuro alguno si se limita solamente a estas tareas sin engarzarlas activamente con sus raíces utópicas así como con sus raíces racionalistas y críticas.

La historia reciente y contemporánea nos muestra qué le ocurre al movimiento socialista en cuanto se sume en la mera practicalidad. Basta un solo ejemplo. Los teóricos socialistas de la practicalidad —que florecieron en la postguerra, de 1945 en adelante— basaron su interpretación en el expansionismo neokeynesiano, en la prosperidad del largo ciclo económico expansivo del momento y la introducción de una mayor progresividad en los impuestos sobre la riqueza privada, es decir, sobre el capitalismo<sup>12</sup>. La idea era que la prosperidad capitalista podía financiar, aunque fuese inflacionariamente, los costos de la reforma social, evitándose así los sufrimientos de la revolución. Mientras duró la fase expansiva —es decir, hasta 1973— nadie pudo poner en tela de juicio estas concepciones dentro de este campo doctrinal. La formación de un sistema económico mundial, los intentos de ruptura por parte de varios Estados excoloniales, las primeras alianzas *tercermundistas* por un mayor control de los precios de sus recursos naturales, anunciaban un mundo muy diferente, pero en general éste no era vislumbrado por los socialistas de los países ricos e industrializados. Hoy estamos ante la bancarrota del keynesianismo socializante, con todo su realismo y espíritu práctico. Lo que de él queda es un socialismo a la defensiva, capaz de algunas brillantes victorias electorales que no hay que desdeñar, pero en el fondo tan perplejo como cualquier otra concepción del mundo ante las grandes mudanzas en las que nos movemos, es decir, obligando a ir poniendo remedios e incapaz de imponer su proyecto y a cautivar las mentes de los no profesionales de la política. No es, pues, ése el camino.

La pervivencia futura del socialismo —o, lo que es lo mismo, volviendo a la acepción dinámica de mi definición, del socialismo como movimiento— dependerá, suponiendo que no se interponga un cataclismo nuclear, de su capacidad de hacer suyas ciertas tendencias liberadoras de nuestro mundo. Entre éstas descuellan, a mi juicio, tres: los movimientos sociales de emancipación, los núcleos socialistas en desarrollo, y los procesos de democracia participativa. Estas tendencias —que merecen alguna puntualización— deben ser integradas simultáneamente en el socialismo para que pueda triunfar la difícil empresa.



1. La asimilación en el socialismo de los movimientos de liberación a los que me he referido más arriba no necesita mayor abundamiento. El grado en que el socialismo los haga suyos nos dará la medida de su vitalidad y creatividad. Naturalmente, no propongo que esa asimilación sea indiscriminada, como si fuera fruto de una vana ansiedad por estar al día y no perder la marcha de lo nuevo. Al contrario, debe ser una asimilación crítica por encima de todo que sepa integrarlos en marcos más complejos. Una de las limitaciones más graves de esos movimientos casi sin excepción —el ecologista, el feminista, el pacifista, el comunal— es su unilateralidad, su obsesión con una franja de la realidad. De ahí su frecuente degradación en sectas centradas sobre sí mismas, en paralizante inoperancia global. De ahí la simpleza e ingenuidad de alguna de sus fórmulas. Sólo un movimiento con la amplitud y, en este caso, la solera del socialismo puede proporcionarles un marco adecuado, totalizador, y revitalizarlas, revitalizándose a sí mismo.

2. Los núcleos socialistas en desarrollo varían mucho. Van desde las comunas hasta las empresas cooperativas. Y dentro de cada categoría de núcleo socialista y socializante hay considerables variedades también. Varios de ellos son socialistas sólo en apariencia, y es lógico que a ellos no me refiera. Por otra parte, se han levantado serias objeciones contra ellos, que conviene rebatir. Una, realmente miope, es que constituyen islotes muy pequeños, negligibles y que, por lo tanto, no afectan al conjunto del movimiento socialista. Volvemos al mortífero sentido común. Todos los movimientos importantes que en el mundo han sido, tuvieron sus comienzos en reducidas y árdidas circunstancias, y el comunal y cooperativo no son excepciones. Su desdén e ignorancia por parte del socialismo tienen un precio: que éste deje de tener el más mínimo interés. Otra objeción, analíticamente más seria, es el de su forzada integración en el mundo externo: las cooperativas, por ejemplo, funcionan en el seno del modo capitalista de producción y están condenadas, por tanto, a ser capitalistas o a perecer. Este argumento suele ser esgrimido por la izquierda fundamentalista con harta frecuencia, obsesionada como está por la revolución. Lo que esta manera de ver las cosas no entiende es que la naturaleza del capitalismo permite diversos modos de empresa, y que su estructura interna no depende del todo de la externa<sup>13</sup>. Si ello no fuera así, el capitalismo sería un orden que se perpetuaría *per in saecula*, cosa que va contra todo lo poco que sabemos de la historia. Además, dicho sea de paso, los marxistas que sostienen estas nociones anticooperativistas muestran con ello un cierto analfabetismo marxista. Su mentor especuló ampliamente sobre las semillas anticapitalistas sembradas por el propio capitalismo y sobre el surgimiento, en su propio seno, de núcleos protosocialistas. Lo mismo hizo uno de sus seguidores, Gramsci. Lo que está claro es que un gran partido socialista que no fomente el desarrollo de centros autogestionados —factorías, comunas, escuelas, instituciones administrativas y políticas— con igual vigor que el de sus esfuerzos por conseguir victorias en las urnas será un partido pobre de espíritu y pobre en socialismo.

3. Como se sabe, los grandes movimientos socialistas no están libres de los peligros de la burocratización, la profesionalización política y la oligarquización de sus direcciones. En contraste con esto, los ideales que dice servir pivotan sobre una concepción intensamente participativa de la política. No es, por definición, una participación populista —que delega el poder en manos de demagogos— sino una participación activa popular a través de la propia comunidad de trabajo, vivienda, afición o localidad. Por lo tanto, esa participación no se limita a lo que suele llamarse «democracia industrial», sino que se extiende a toda la vida social en su conjunto. Y para que ésta surja no basta un cambio drástico en la infraestructura económica y de la propiedad, sino que hace falta también una permanente educación moral y cívica de la ciudadanía. Ambas cosas tampoco serán suficientes si los ciudadanos, empeñados como están en la lucha diaria por el pan y por resolver sus preocupaciones personales, no sienten que sus decisiones colectivas producen resultados tangibles. No vale entonces acusarlos de desencanto: los socialistas deben asumir la responsabilidad del desencanto de sus conciudadanos y no referir-



lo siempre a extrañas fatalidades con las que nada tiene que ver. Por otra parte, es evidente que la politización de la ciudadanía entraña una paralela despolitización de la clase política profesionalizada. Pero si mal no recuerdo, eso era precisamente de lo que se trataba.

Estas reflexiones sobre las perspectivas futuras del socialismo dejan mucho que desear. Por un lado, dada la brevedad de la empresa, he dejado de lado problemas serios con los cuales todo estudio de la cuestión debe enfrentarse, como son, por ejemplo, el de la financiación del proyecto socialista y el del allanamiento de las resistencias sociales ante su puesta en vigor. Por otro, dadas las dificultades endógenas y exógenas con que topa el socialismo a cada paso, es muy posible que estén faltas de mayor realismo, piadosa palabra que es sinónimo de escepticismo y hasta de pesimismo. El tiempo juzgará.

---

<sup>1</sup> Este ensayo engarza directamente con mi estudio sobre «La estructura social de la libertad», en *Revista española de investigaciones sociológicas*, núm. 11, julio-septiembre, 1980, pp. 7-27, basado en una conferencia pronunciada en la Universidad Internacional de Santander, julio de 1980.

<sup>2</sup> Para una refutación de las objeciones liberales a la utopía socialista, véase Barbara Coodwin, «Utopia Defended against the Liberals», en *Political Studies*, vol. XXVIII, núm. 3, septiembre, 1980, pp. 384-400.

<sup>3</sup> Para estas opiniones de J. A. Schumpeter, cf. su *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres: Unwin, 1965, pp. 167-171. Las expresiones en mayúsculas son de ese autor.

Naturalmente, no ignoro que un número notable de socialistas consideran que los valores de la libertad son inseparables de su interpretación burguesa. Para ellos —sobre todo para muchos marxistas— el triunfo de su utopía será también el de una civilización en la que lo comunitario y lo colectivista no necesiten de la visión de la libertad que hemos heredado de las revoluciones constitucionalistas. Robert Heilbroner, por ejemplo, duda que la civilización socialista del futuro esté más interesada en la libertad que lo que estuvo la civilización burguesa en la piedad de sus predecesores. (*New York Review of Books*, Cartas, 18 de diciembre, 1980.) En este caso, naturalmente, parece aconsejable evitar el socialismo. Creer que la libertad, y otros valores perennes del hombre, pueden relativizarse como subproductos de momentos históricos es eliminar lo universal de nuestras conciencias.

Esto no es negar que ciertas circunstancias históricas no sean más o menos favorables, según los casos, a esos valores universales (véase respuesta de Peter Singer a Heilbroner, *ibid*).

<sup>4</sup> Este párrafo contiene un leve elemento metafórico. Evidentemente, en plena época de la interminable exégesis escolástica de los clásicos del socialismo no es fácil anunciar que ya ha acabado la reverencia por ellos. Ni tampoco uso el término *irreverencia* en un sentido literal. Como he puesto de relieve en otros lugares la única garantía de creatividad futura proviene de un cultivo asiduo de la tradición teórica.

<sup>5</sup> Esta caracterización debe bastante a María Hirszowicz en su *The Bureaucratic Leviathan: A Study in the Sociology of Communism* (Oxford: Martin Robertson, 1980) en el que habla de «soberanía burocrática». Para la noción de que la soberanía reside en el partido y no en el Estado, cf. S. Giner y M. Pérez Yruela, *La Sociedad Corporativa*, Madrid: C.I.S., 1979, pp. 101-102.

<sup>6</sup> Por ejemplo, Tony Cliff: *Russia, A Marxist Analysis*, Londres: Socialist Review Publications, 1964.

<sup>7</sup> Sobre intentos de establecer el socialismo o, mejor dicho, la democracia necesariamente previa a él, en el marco de «la máquina del imperio» soviético, véase F. Claudín «Polonia, el tercer intento» en *Leviatán*, núm. 3 (II Epoca), Primavera 1981, pp. 5-25.

<sup>8</sup> Para una caracterización del modo tecnoburocrático de producción y su distinción precisa con el modo asiático, el capitalista y el socialista, véase L. C. Bresser Pereira «Notes d'introduction au mode de production technobureaucratique», en *L'homme et la société*, enero-diciembre, 1980 (núms. 55 a 58), pp. 61—92. El modo tecnoburocrático se asemeja al «modo corporativo de producción» tal como hemos expuesto M. Pérez Yruela y yo mismo (*op. cit.*) aunque bajo condiciones de corporativismo monopolista. Nótese que sería temerario afirmar, en pleno capitalismo, la completa consolidación de este incipiente orden económico. Sólo el porvenir podrá indicar si llega a cuajar.

<sup>9</sup> C. Crouch: *The Politics of Industrial Relations*, Manchester University Press, 1979, p. 4.

<sup>10</sup> C. Hewitt: «The Effect of Political Democracy and Social Democracy on Equality in Industrial Societies», *American Sociological Review*, vol. 42, núm. 3, pp. 450-463.

<sup>11</sup> Los párrafos que siguen reproducen, revisados, algunos de los conceptos que vertí en mi artículo. «La indigencia cultural del socialismo», en *L'Hora*, 14-20 enero, 1980, pp. 30-31 (núm. 44).

<sup>12</sup> La expresión teórica más acabada de la socialización del keynesianismo es *The Future of Socialism*, de Anthony Crosland (Londres: Cape).

(\*) Conferencia pronunciada en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, julio de 1981.



---

# ERNST BLOCH AFRONTA LA MUERTE

---

Alfredo Tamayo

---

*análisis y debate*

---



2

El 4 de agosto de 1977 fallecía el filósofo neomarxista Ernst Bloch. Un colapso ponía fin a una vida de 92 años de pensamiento y acción. Horas antes había escuchado, por enésima vez, su música preferida superadora de la muerte: Beethoven. En su entierro, cinco días más tarde, en el *Bergfriedhof* de Tubinga, su editor, S. Unseld, aludía en su discurso a una conversación tenida no hacía mucho tiempo en la que Bloch le habló de la muerte como de un gran viaje: «No sé a dónde iré. Sólo sé que no iré hacia la nada». Sobre su tumba una roca y un lema blochiano simbolizan esta convicción: «Denken heisst überschreiten» (pensar significa superar).

La consideración de los problemas humanos que podrían llamarse *existenciales*, más allá de los originados por una sociedad de clases, ha comenzado a ocupar, desde hace ya tiempo, a los pensadores marxistas. Y no sólo a los más progresistas sino también al pensamiento típicamente ortodoxo<sup>1</sup>. Son ya muy raros los que siguen descalificando tal



problemática como de *burguesa*, condenada a desaparecer en la implantación de la sociedad comunista. Es muy conocida la anécdota vivida y referida por Adam Schaff al respecto. Se dirigía una noche a un gran grupo de estudiantes cuando uno de éstos le interpeló bruscamente: «Bueno, y para usted, ¿cuál es el sentido de la vida?». La pregunta indignó a Schaff. Se trataba de una interrogación tonta. «Sin embargo —refiere— cuando ví que cientos de ojos se clavaban en mí esperando una respuesta comprendí de repente que la pregunta era importante y que era mi deber intentar responderla»<sup>2</sup>.

Ernst Bloch nunca necesitó de conversión a la pregunta existencial. Desde sus comienzos su *admiración* filosófica se detuvo ante el doble tipo de pregunta: del más aquí y del más allá de una sociedad de clases. Bloch es, sin duda, dentro del pensamiento marxista contemporáneo, aquel autor que aborda los llamados problemas *últimos* con más valentía y con más profundidad. En este sentido lo creemos superior a Brecht, Kolakowski, Lefebvre, Majovech, Pruja, Schaff y Verret, superior incluso a Roger Garaudy. Si consideramos que es el problema de la muerte aquél que descuella en el ámbito existencial, hay que decir que es Bloch el que más elementos ofrece para el desarrollo de una *tanatología filosófica*. En ella nos vamos a detener ahora. La meditación blochiana sobre la muerte es una de las aportaciones más valiosas del pensamiento neomarxista<sup>3</sup>.

### *Mirar a la muerte a los ojos*

Bloch, que se define como seguidor de Marx<sup>4</sup>, captó ya, desde muy pronto, el *vacuum* filosófico del socialismo marxista de cara al problema existencial y, en particular, al interrogante de la muerte. Aventura como explicación de ello la secularización operada en el marxismo de la futurología religiosa. Se ha pasado de un paraíso a otro paraíso<sup>5</sup>. La meditación sobre la muerte ocupará toda la vida de Ernst Bloch. La lucha por una sociedad más racional y más libre no le impedirá el mirar constantemente a los ojos de este último enemigo del hombre, a esta alienación de las alienaciones. Mirar a la muerte a los ojos es ser consciente de su carácter cuestionador y desvalorizador de toda esperanza, la marxista incluida. Bloch ha visto siempre claro que no es intelectualmente honesto el discurso sobre la *utopía* si no se tiene en cuenta esta radical *antiutopía*. Por eso ha acuñado Bloch la denominación de *esperanza con rebeldía* (Hoffnung mit Empörung). La experiencia personal de la muerte de su primera mujer, Else von Stritzky, contribuyó eficazmente, sin duda, a que la esperanza blochiana fuera siempre esperanza a la sombra de la muerte, esperanza que va *de luto* (Hoffnung mit Trauerflor). Una de las consecuencias de esta mirada siempre fija en la aniquilación tanática es la negativa resuelta a racionalizar la muerte. La muerte no es logizable sino que es el absurdo, es el lugar frontal de la sinrazón (Urtort des Alogos).

### *El héroe rojo*

Hablar de Bloch y de su afrontamiento de la muerte es tener que hablar del *héroe rojo*. La descripción del hombre comunista condenado a morir por la defensa de su clase y que marcha al encuentro de la muerte sin esperanza de resurrección, pero con frialdad y serenidad, se ha convertido en clásica<sup>6</sup>. A pesar de que nuestro autor no la asuma plenamente como respuesta sin objeciones. Quiere hacer justicia con ella a los cientos de hombres y mujeres que fueron capaces, sin creer en ninguna forma de supervivencia personal, de dar su vida por la causa de la revolución<sup>7</sup>. La conciencia de clase de que son portadores cualificados le parece tan potente y tan original como forma de afrontar la muerte que le reserva un puesto especial dentro de su enciclopedia de actitudes anti-muerte, calificándola de auténtico



*novum* contra ella. La respuesta del héroe rojo es, a nuestro juicio, la más genuinamente marxista. Con ella se identifican, en una forma o en otra, las respuestas al problema de la muerte que ofrecen, por ejemplo, Brecht, Garaudy, Pruja y Schaff<sup>8</sup>. Es decisiva la actitud de fondo del héroe rojo: no a la trascendencia, no al individualismo burgués y subsumción del egoísmo personal al interés de la clase, fe en la victoria del comunismo. Y como mentor ideológico en el que todo marxista ha bebido —Marx incluido— G. W. F. Hegel. Hegel, con su exaltación de la *polis* sobre el *cives*, de lo colectivo frente a lo individual<sup>9</sup>.

### *Cosmología comunista*

El título es lenguaje del mismo Bloch. Viene a significar la postura más original y avanzada dentro del campo neomarxista frente al problema de la muerte. Consiste, en sustancia, en la afirmación de que la llamada normalmente sociedad *comunista* que ha de seguir a la fase socialista no lo será propiamente hablando si es que no acompaña a la sociología comunista una *cosmología* comunista. No basta la reconciliación sociológica. Hay que dar el paso a la reconciliación cosmológica, es decir, a la superación de la contradicción hombre-cosmos que se llama muerte.

Piensa Bloch que la muerte va a resultar más absurda todavía en una sociedad racional y libre que en un medio irracional y de dominación como es la sociedad capitalista. La utopía socialista —afirma— pondrá paradójicamente en evidencia que en el fondo resulta más fácil dar de comer que acallar los profundos y misteriosos problemas derivados de la finitud humana. Y no hay comunismo auténtico sin una *hierba contra la muerte* —dice haciendo uso del lenguaje de la mitología—. Con ello se sitúa Bloch en antítesis con los pensadores marxistas que derivan la angustia ante la muerte de la conciencia individualista egoísta generada por el sistema capitalista. Hacer problema de la muerte individual es un sentimiento típicamente burgués<sup>10</sup>. Nuestro autor no se resigna jamás al hecho injusto de que el héroe rojo no esté presente en el día de la victoria. Y no le bastan los *sucedáneos* de superación real de la muerte que ofrecen tales autores como son la memoria perpétua del héroe en la clase trabajadora, la satisfacción de haber anticipado la nueva sociedad<sup>11</sup>.

La búsqueda de fundamentación racional para un mundo del que esté desterrada la muerte la emprende Bloch dentro del ámbito de pensamiento del materialismo dialéctico. Este es para Bloch un *no*, en primer lugar, a cualquier forma de inmortalidad de tipo religioso o trascendente; un *no*, también, a cualquier interpretación de tipo inhumanista a lo Althusser. Bloch quiere llevar tan lejos las posibilidades del hombre a la luz del verdadero materialismo dialéctico que hasta pueda pensarse en una victoria sobre este último enemigo del hombre: la muerte. Una sociedad y un mundo que no hayan superado aún la aniquilación tanática no son la humanidad y la naturaleza con que soñó el joven Marx<sup>12</sup>.

Bloch concibe naturalmente al mundo como a un mundo en gestación. El ser auténtico es algo que pertenece al futuro. *A no es todavía A*. Este es el principio de la metafísica blochiana. El mundo es, hoy por hoy, corteza y su núcleo es todavía algo nonato. En otras palabras, el hombre auténtico no ha surgido aún. La muerte tritura ahora esta corteza. Cuando el meollo humano haya aparecido por fin sobre la tierra será algo *extraterritorial* a la muerte, algo que se halla ya fuera de sus dominios. Bloch recupera, a su modo, la respuesta de Epicuro en su carta a Menecio: «Donde el hombre está no está la muerte, pero donde la muerte está no está el hombre».



La lectura antropológica de Bloch del lenguaje de corteza y núcleo es, pues, clara. El medio ser humano que aún somos es el *hombre-corteza* devorable por la muerte, el núcleo de la humanidad es el *super-hombre* del futuro refractario a la muerte y que tiene, desde ahora, su imagen prefigurativa en la utopía religiosa del Cristo resucitado <sup>13</sup>.

### ¿Y los que han muerto ya?

En la lógica de esta impostación audaz de la doctrina del materialismo dialéctico estaría —creemos— cierta racionalización de la muerte del hombre perteneciente a esta prehistoria que todavía vivimos, en que el dios Cronos —como dice Bloch— sigue devorando a su descendencia ilegítima mientras no sea engendrado el hijo legítimo de la cosmología comunista. Cierta logización tanática ciertamente contra la voluntad de Bloch pero que se seguiría en realidad de sus tesis sobre la superación de la muerte. Pero dejemos por ahora ésta y otras fisuras en el edificio filosófico blochiano y sigamos insistiendo en su decidida meditación anti-muerte.

Bloch no encuentra nada lógica tampoco la muerte del hombre que aún no ha llegado a encontrar la hierba contra ella. Jamás Bloch ha pactado con la disolución tanática. Ya expusimos su protesta ante la no presencia del héroe rojo en el día de la victoria del comunismo. Sin embargo, la salida que buscó al problema no caminó siempre por la misma vereda filosófica.

El joven Bloch de *Geist der Utopie* (Espíritu de la Utopía) concibió ya una forma de liberación de la muerte para este hombre a medias que aún somos, para los millones de seres humanos que han muerto, mueren y morirán antes de que sobrevenga la *cosmología comunista*. Se trata de una liberación de corte griego. Una inmortalidad que se sitúa más allá de lo corporal y cosmológico. Platón, en cierto modo, *redivivus*. Un alma inmortal, una posibilidad de sucesivas reencarnaciones, salvación de las almas cuando el mundo sea destruido por una posible catástrofe nuclear. Una curiosa mezcla de platonismo con elementos de la ilustración y de la Física contemporánea. Todo ello, además, expresado en un lenguaje más propio del mito y de la profecía que del *logos* y de la filosofía.

El Bloch maduro introducido ya en el pensamiento marxista abandonará esta concepción griega de la superación de la muerte más allá de la fisiología y de la cosmología, más allá de todo materialismo. Pero no por eso va a renunciar nuestro filósofo a la posibilidad hoy y aquí de un más allá de la muerte personal. Aludimos ya a la conversación tenida días antes de su muerte con su editor. No fue en él algo esporádico. Siempre alimentó, de una forma o de otra, esa esperanza. Jamás renunció a hacer del momento de la muerte un misterio rojo, es decir, un misterio verdaderamente tal. La muerte podría ser como un viaje hacia la mismidad de la persona. La muerte podría ser como un caer brusco del velo de las apariencias para quedar manifiesto el mundo de lo real. La muerte podría significar, en vez de aniquilación, todo lo contrario, una liberación de las aguas hasta entonces más o menos reprimida de la vida <sup>13</sup>. De esta manera se haría verdad en alguna forma el lema de *Untod im Tod* (No muerte en la muerte). Pero la pregunta es si, a pesar de las confesiones de materialismo del Bloch maduro, no sigue latiendo en esta esperanza una concepción griega de la antropología en los antípodas de una visión marxista del hombre. En este mismo sentido, y como anécdota, recuerdo que el benemérito profesor y asistente de E. Bloch, B. Schmidt, me contaba en una entrevista en Tubinga la irónica respuesta de nuestro filósofo a un funcionario del Estado de Alemania Oriental que se cerraba dogmáticamente ante cualquier tipo de supervivencia tras la muerte. «Pe-



ro, hombre —respondía Bloch—, ¿qué inconveniente tiene usted en que después de su muerte pueda seguir viendo desde arriba los progresos que hace la República Democrática de Alemania?».

### *Los fundamentos de una esperanza*

Los críticos de Bloch le repiten siempre la misma pregunta: *Hoffen worauf?* Esperar, sí, pero, ¿sobre qué base? Bloch tiene, sin duda, su respuesta. Veámosla, dejando para más adelante un balance crítico global de su filosofía de la esperanza frente a la muerte.

La esperanza blochiana quiere ser una esperanza con fundamento. Lo prueba el hecho de su adjetivación como esperanza *docta*. *Docta spes* frente a *pia spes*. ¿Cuáles son para Bloch las luces de su esperanza?

Repetidas veces hace alusión a un texto de Kant en que el gran filósofo prusiano expresa su admiración ante el hecho de lo que llama él la sorprendente imparcialidad del intelecto humano en el tema de la inmortalidad. Nuestro entendimiento, siempre tan imparcial y exigente frente a cualquier cuestión, parece no serlo en este punto. De forma que le basta muy poca argumentación para inclinarse por la esperanza tras la muerte aún siendo de mayor peso las razones que figuran en contra de ella. Y Kant concluye: «Es ésta la única inexactitud que no puedo eliminar y que nunca quiero eliminar»<sup>14</sup>.

Avanzando sobre este partidismo intelectual y situándose en un terreno muy existencial, Ernst Bloch insiste en los *signos* de esperanza de una vida transletal que constituyen el amor, ciertas experiencias que surgen en los aledaños de la muerte y el arte maravilloso de la música.

Es la experiencia del amor una primera luz existencial en la noche de la muerte. Coincide en ello con lo que G. Marcel apellida «la comunión de los espíritus que puede vencer a la muerte». Ernst Bloch perdió muy pronto a su esposa, Else von Stritzky. Eran los días de *Geist der Utopie*. Experimentó este acontecimiento central en su vida como la ruptura y, a la vez, como la permanencia de una comunión. En el diario de Bloch se leen estas palabras: «Desde que Else está en el más allá ya nada temo...». Con frecuencia alude en su obra a la mujer amada que ilumina la sombra de la muerte. Es la referencia velada a aquella significativa experiencia.

Dejando a un lado otro tipo de vivencias, no tan significativas quizá entre las aludidas por Bloch, consignamos en segundo lugar aquella que tiene lugar en la interioridad de la persona próxima a la muerte. El autor recoge primero la tradición y la leyenda. Una música singular y tañer de campanas oirían los moribundos. Viene después la referencia literaria. Tolstoi más que nadie. Andrej, Iván Ilitch se ven inundados de luz y de tranquilidad en las proximidades del momento supremo<sup>15</sup>. Bloch censura la falta de curiosidad de nuestra generación por el misterio del que califica como de «segundo singular». Pero esta crítica no es justa. Tememos que haya ignorado todo el enorme esfuerzo al respecto de la tanatología empírica anglosajona. Una tanatología que confirma el punto de vista de la leyenda y de la literatura y que hace concluir a uno de sus pioneros más calificados, la Dra. Elisabeth Kübler-Ross: «Yo no creo que hay otra vida, yo sé que hay otra vida»<sup>16</sup>.

Pero es la música, sin duda alguna, allí donde más se iluminaba para Bloch el misterio del momento supremo, allí donde más experimentaba su tan repetido estribillo «non omnis confundar». La música es para Bloch la gran mensajera del más allá. Si todas las



artes nos acompañan en la vida animándonos a llevar la cabeza bien alta hasta llegar al sepulcro, la música nos acompaña más allá del sepulcro. La música, por su condición utópica y ucrónica, es la aurora de un mundo nuevo. La música es un lenguaje similar al lenguaje balbuciente del niño que aún no hemos acabado de comprender. Un lenguaje único en conexión con nuestro núcleo y esencia aún por revelar. La música es el silencio sonoro en medio del silencio mudo que es la muerte.

Bloch tiene ante los ojos las que denomina «las lentas maravillas de la música». Autores preferidos: Bach y Beethoven. Sobre todo este último. El *adagio* o marcha fúnebre de la llamada *sinfonía heroica*. Y más que nada *Fidelio*. Es esta obra la que contiene para Bloch la plenitud de la luz. El toque de trompetas que anuncia la liberación de los cautivos es la estrella de la esperanza en el aquí y el ahora de la muerte. Curiosamente, el *ateo* Bloch no olvida la música y la letra de los grandes *requiem*: Mozart, Berlioz y Brahms. El pasaje del llamado *requiem alemán*: «No tenemos en este mundo una ciudad permanente, sino que buscamos la del futuro...», le cautiva y transporta. Ahí siente *trascenderse sin trascendencia*, es decir, superar la muerte sin el recurso a nada más allá del hombre.

Anticipando una instancia crítica diríamos que hay autores que objetan a Bloch la contradicción entre esta fenomenología de la victoria sobre la muerte y la afirmación del carácter frustrable de esta victoria. Afirman que esta tanatología de los signos de la anti-letalidad iría más vinculada a una certeza de la superación de la aniquilación letal que a una mera posibilidad. Tiene su fuerza esta objeción. Nosotros la englobaremos dentro de una crítica general a este respecto, consistente en la antítesis entre lo que afirma expresamente Bloch y lo que se colige de su sistema.

### *Crítica y conclusión*

La búsqueda afanosa e ininterrumpida de una *hierba contra la muerte*. La negativa sistemática a pactar con ella, a racionalizarla, a aceptar la concepción hegeliano-feuerbachiana de la muerte *natural*. Todo esto caracteriza a Bloch. Es para él cuestión de principios.

Dos concepciones se enfrentan y se han enfrentado históricamente en este punto de la muerte. Por un lado Hegel y su recuperación de la *Polis*, de la totalidad del género. Por el otro Kierkegaard y su protesta ante cualquier forma de colectivismo, su retorno a una visión de la persona humana como existencia única, insustituible, intransferible. Hegel y Kierkegaard confrontados, y más en el fondo Gracia y el Nuevo Testamento. El descubrimiento de la persona humana con su carácter de *unicidad* va a traer consigo una rebeldía cualificada contra la muerte que no conoció el mundo exterior. Ya no bastará la supervivencia del colectivo, de la familia, de la tribu, de la ciudad-Estado. Ya no se sentirá la muerte como un acontecimiento plenamente natural. Ahora bien, el neomarxismo blochiano está ciertamente inspirado en Hegel y en Marx pero también en Kierkegaard. Y más allá de Kierkegaard está en Bloch el Nuevo Testamento, que conoce en profundidad. Y el Nuevo Testamento es para él, ante todo, expresión de una rebeldía frente a la contrautopía de la muerte. Por eso no le basta a él que Verret le diga que «si es verdad que el reaccionario muere todo entero, lo es también que el hombre revolucionario sobrevive en todas las revoluciones del futuro». Mucho menos le satisfacen del todo respuestas como la de que «es preciso que mueran los viejos para que vivan los jóvenes», o «la primavera tiene por precio la muerte del invierno», tal como lo proclama Hegel. Todo esto está bien pero no es suficiente. Al igual que Miguel de Unamuno en *Del senti-*



*miento trágico de la vida*, nuestro autor grita también: «Yo, Ernst Bloch, no quiero morir». La esperanza antiletal es para Bloch algo irrenunciable.

*Hoffen worauf?* Esperar contra la muerte tanto para el hombre genérico como para el hombre individual, ¿basándonos en qué? ¿Sobre la base tan sólo de una concepción atrevida del materialismo dialéctico y de una tanatología empírica concretada en la experiencia amorosa, tanática y estética?

No olvidemos, desde luego, para ser justos con Bloch, algo que ya hemos insinuado y que consiste en el carácter específico que marca la esperanza blochiana. Es *esperanza* (Hoffnung) y no *confianza* (Zuversicht). En otras palabras, se trata de algo cuyo objeto es frustrable, no alcanzable con seguridad absoluta. Al revés de la confianza que comporta realización infalible del objeto esperado. Hay que reconocer que hasta el Bloch profético y fervoroso de los primeros tiempos acepta esta decepcionabilidad de su esperanza, si bien mitigada por la escapatoria de las almas que le brindaba la escatología y antropología griegas. En su lección inaugural de curso en la Universidad de Tubinga, en 1961, Bloch se hacía esta misma pregunta: «¿Es la esperanza decepcionable?». Y respondía categóricamente: «Lo es y debe serlo si quiere permanecer como auténtica esperanza». En efecto, el mundo humano de la libertad y del amor (*Filadelfia* lo apellida Bloch) reservado al futuro pueden para él no llegar a ser una realidad. En esa obra de filosofía de la religión cristiana —una especie de *Esencia del Cristianismo* a lo Feüerbach pero con acentos distintos— que se llama *Atheismus im Christentum*, hace suya nuestro autor la frase con mezcla de luz y sombra del escéptico Rabelais: «Je m'en vais chercher un grand peut-être» (me voy a la busca de un gran quizá).

Anhelo de supervivencia colectiva y personal, no garantización absoluta de tal anhelo. Esperanza a la que pertenece como nota esencial la frustrabilidad con el objeto de garantizar la esperanza como radicalmente humana, cerrada a cualquier luz que venga de arriba, para asegurar su carácter militante frente a cualquier forma de pasividad expectante. Hay algo en Bloch de aquella antítesis sin síntesis por la que aboga Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*, que no capitula, por un lado, ante la aniquilación letal y, por otro, renuncia por honradez a una demostrabilidad intelectual del objeto *cordial*. Sólo que Bloch naturalmente no ha renunciado como aquél al materialismo dialéctico, ni cuenta con la incógnita de Dios, ni tiene los pronunciamientos anti-intelectualísticos propios del filósofo bilbaíno. Pero el problema es también si esa antítesis entre el corazón que anhela y la razón que no afirma con certeza es más bien aparente. En otras palabras, si desde ciertos planteamientos y premisas filosóficas de Ernst Bloch se infiere una incertidumbre intelectual, una frustrabilidad de la esperanza o más bien todo lo contrario. Veámoslo.

Pensamos que no aparece clara esa frustrabilidad del *omega* humano y cosmológico, una vez que Bloch ha hecho de la esperanza un principio de realidad en el marco de una filosofía que muy bien podríamos calificar de *filosofía de la identidad* de sujeto y objeto: de un Sujeto que es nada en los comienzos y consigue su plena objetivación y totalización en el final. «Dios deviene» (Gott wird) escribe Bloch. Dios, es decir, todo lo que ha sustituido al Dios tradicional conforme a la concepción de Feuerbach.

Bloch llama a este Dios sustituto de aquel otro declarado inexistente, *materia*. No es el momento de resumir, mucho menos de desarrollar, su pensamiento sobre lo que es en realidad la materia. Sólo destacaremos la originalidad y la riqueza que reviste en Bloch su meditación filosófica sobre la materia y remitiremos al lector a su obra particular sobre el tema<sup>17</sup>. La materia para nuestro autor es una materia *proteica* capaz de devenir y convertirse en todo por sí y desde sí misma. La materia blochiana es *prometeica* e, inclu-



so, diríamos, *mítica*. Por más que esto disguste a Bloch. Como ya lo hemos dicho, él ha concentrado en ella todo el conjunto de cualidades que, siguiendo la lectura feuerbachiana, el hombre habría proyectado en la divinidad. La materia blochiana sería, más que nada, no la recuperación antropológica de una divinidad estática, sino de la divinidad tal como aparece en el Nuevo Testamento, y mejor aún en el Novísimo Testamento o Tercer Reino o Reino del Espíritu Santo del abad Joaquín de Fiore<sup>18</sup>. Una divinidad que lleva, ante todo, el signo del *Futuro*. Hay que acudir a Hegel para terminar de perfilar, aunque sea nada más que someramente, la materia blochiana. Tal materia es, en gran manera, el *Logos* hegeliano invertido o, si se quiere, puesto de pie. De ahí que comporte todas las posibilidades de un Verbo de Dios camuflado, capaz de todas las objetivaciones. No es de extrañar por ello el que haya autores que achaquen a Bloch el haber convertido el materialismo dialéctico en una interpretación religiosa invertida a la realidad. Invertida, ciertamente, pero en el fondo una lectura religiosa escatológica del hombre y del mundo<sup>19</sup>. La materia blochiana sería una materia *teo-lógica*.

Entonces, si ésto es así, no se ve cómo se puede hablar de una ingarantización del proceso que conduce a la utopía de la cosmología comunista. La teologización del materialismo dialéctico llevaría más bien a una garantización de esa gran *Filadelfia* del futuro.

¿Ha merecido la pena todo este esfuerzo colosal de Ernst Bloch en su pugna contra el último enemigo del hombre? ¿Sería más racional, tal como lo hacen la mayor parte de los autores del marxismo y del neomarxismo, capitular ante la muerte de una vez y después buscar una manera de racionalizar su obra de aniquilación? El interrogante queda abierto. Un interrogante que tiene planteado para siempre el marxismo desde ahora en adelante y, como él, toda persona que quiere vivir en la esperanza en alguna forma pero no cierra los ojos ante lo que constituye la más radical negación de la esperanza: la muerte.

<sup>1</sup> Véanse, por ejemplo, *H. Rolfes*, «Der Sinn des Lebens im marxistischen Denken» (El sentido de la vida en el pensamiento marxista), Düsseldorf, 1971. *H. Steiner*, «Marxisten-Leninisten über den Sinn des Lebens» (Marxistas-Leninistas sobre el sentido de la vida), Essen, 1970.

<sup>2</sup> *A. Schaff*, «Max oder Sartre», Viena, 1964, p. 64.

<sup>3</sup> Para un estudio extenso de la cuestión, remitimos a nuestro trabajo «La muerte en el marxismo. Filosofía de la muerte de E. Bloch», Edic. Felmar, Madrid, 1979.

<sup>4</sup> Véase «Gespräche mit E. Bloch», Frankfurt/M, 1975, p. 19.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, «Geist der Utopie», pp. 303 y ss.

<sup>6</sup> «El Principio Esperanza», Ed. Aguilar, Madrid, 1980, t. III, pp. 275 y ss.

<sup>7</sup> Sobre todo los comunistas que lucharon contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial, sin excluir a otros revolucionarios de todos los tiempos, por ejemplo, Sacco y Vanzetti.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, *R. Garaudy*, «Parole d'homme», París, 1975, pp. 47 y ss.

<sup>9</sup> Consúltese el libro de *F. Ormea*, «Superamento della morte», Turín, 1970, c. X: «La morte in Hegel».

<sup>10</sup> Así, por ejemplo, *B. Brecht*: «El que teman tanto a la muerte proviene de su afán constante por retener lo que tienen».

<sup>11</sup> Véase «El Principio Esperanza», tomo III, p. 278.

<sup>12</sup> Marx habla en sus manuscritos económico-filosóficos de «naturalización del hombre» y de «humanización de la naturaleza». Bloch comenta estas expresiones en «Atheismus im Christentum» (Ateísmo en el Cristianismo), p. 351.

<sup>13</sup> Bloch hace uso del lenguaje religioso cristiano de la esperanza como del significante más apto para expresar su propia esperanza *docta*. A la imagen de Jesús resucitado aplica la frase: «De te, homo, nondum naturans, nondum supernaturans, fabula narratur».

<sup>14</sup> «El Principio Esperanza», tomo III, pp. 282 y ss.

<sup>15</sup> *I. Kant*, Werke, Berlín, 1905, tomo 2, p. 357. Véase «Atheismus im Christentum», p. 333.







# En Teoría

Apartado 3403 Madrid

## NUMERO 7 (JULIO-SEPTIEMBRE DE 1981)

Alec Nove: **La economía soviética: problemas y perspectivas.**

Nick Eberstadt: **La crisis sanitaria en la URSS.**

Adolfo Sánchez Vázquez: **Ideal socialista y socialismo real.**

Mauricio Rojas: **«Socialismo real», desarrollo capitalista y crisis del marxismo.**

Ramón Maiz: **Hegemonía y cuestión nacional.**

Carlos Pereyra: **La dimensión nacional.**

## NUMERO 8 (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1981)

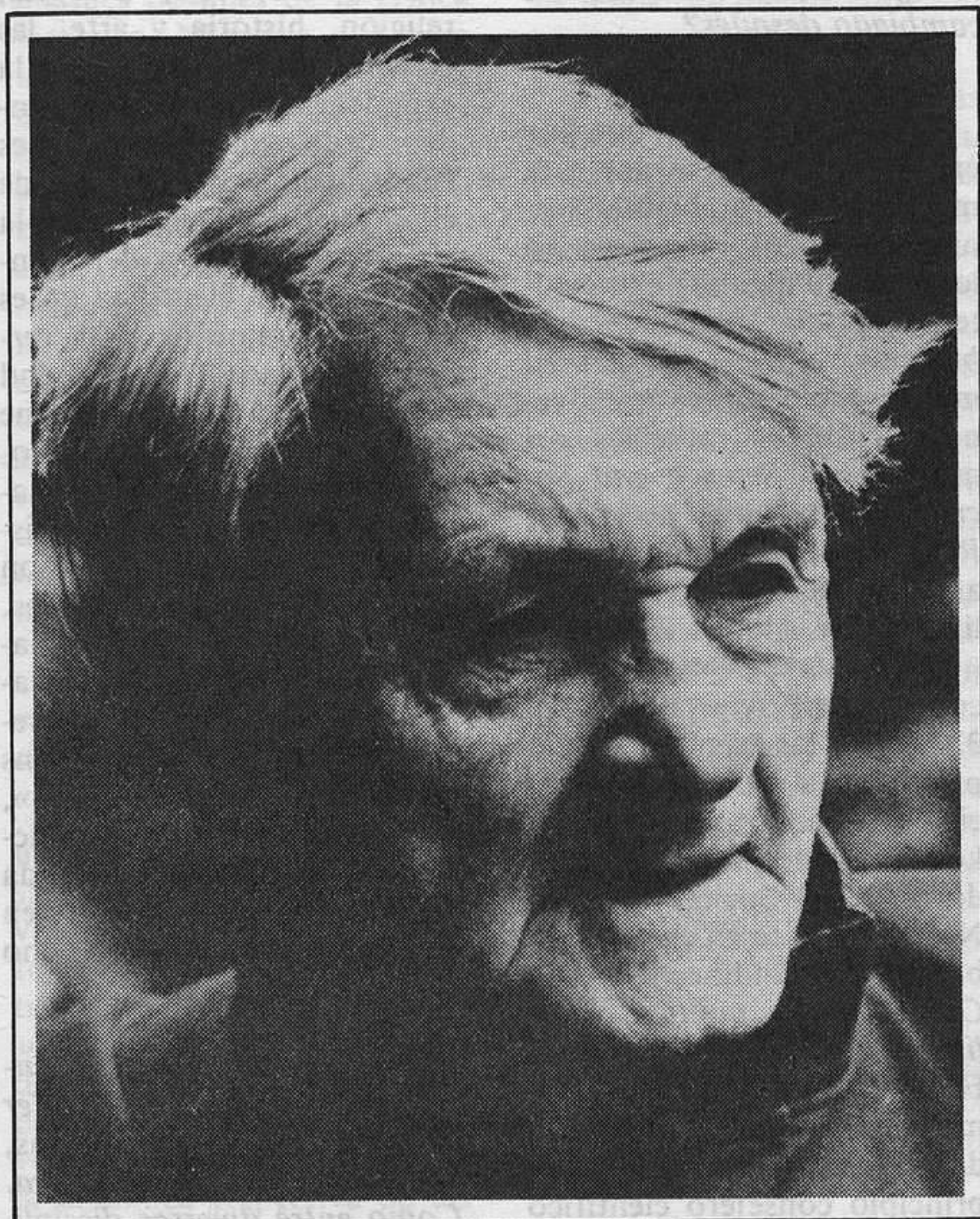
Miquel Izard: **Orígenes del movimiento obrero en España.**

Gareth Stedman Jones: **Cultura y política obreras en Londres, 1870-1900:  
Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera.**

Santos Juliá: **Marx y la clase obrera de la revolución industrial.**

Ludolfo Paramio: **Por una interpretación revisionista de la historia del movimiento obrero europeo.**





## JOSEPH NEEDHAM

En la cubierta fotográfica del libro de Werskey, *The Visible College. Collective Biography of British Scientists and Socialist of the 1930* (Alle, London, 78), están todos. Desde el aristocrático J.B.S. Haldane a Hyman Levy. En medio, entre Desmond Bernal y Lancelot Hogben, emerge el perfil

de Joseph Needham, londinense, nacido en 1900. Needham es, quizá, la figura más original de la generación de científicos ingleses radicales que se adhirió al socialismo en torno a los años 30. Bioquímico, educado en la escuela de Hopkins, en Cambridge, intuyó el papel de la microestructura de la célula viva (Or-

der and Life, 1935) antes incluso del advenimiento de la microscopía electrónica. Dotado de una mentalidad ecléctica y sincretista, su campo de intereses no se ha circunscrito nunca al especialismo más ali-corto. Su *History of Embriology* (1935) continúa siendo todavía hoy una obra casi única en su género. Por otra parte, su colección de ensayos, *The Sceptical Biologist*, *Time the Refreshing River*, *History is on our side*, contienen divagaciones de un científico en los territorios de la filosofía, de la sociología y de la historia.

La amistad con un grupo de científicos chinos, reunidos en Cambridge en el 36, ha marcado su gran metamorfosis: La transformación de un bioquímico en uno de los máximos sinólogos de nuestro siglo. *Science and Civilization in China*, su obra de mayor envergadura en siete volúmenes, no es solamente un clásico que disipa espesas sombras sobre una gran tradición científica poco explorada (cuando no totalmente ignorada), sino también un acta de acusación contra presunciones eurocéntricas todavía vivas. Needham demuestra, efectivamente, que en los primeros quince siglos de la era cristiana el Occidente ha sido influido, en el plano tecnológico y en el de las estructuras sociales, por los descubrimientos e inventos de procedencia china. E intenta responder a un interrogante fundamental: ¿por qué en China, donde existían todos los presupuestos técnico-científicos para una revolución industrial, no se ha producido nada semejante? Las preguntas que formula en su indagación sobre la tradición científica china signifi-



can una contribución esencial a la renovación del pensamiento acerca de la relación entre ciencia, técnica, cultura y sociedad, no sólo en Oriente sino en cualquier gran civilización.

—*Sospechas, desconfianza. Esta es la actitud de muchos científicos respecto de un colega que se atreve a ocuparse, de cuando en cuando, de problemas generales: historia o filosofía de la ciencia, política o economía. Usted siempre ha sido un elemento discordante, desde este punto de vista.*

J. N.—No soy el único. Otros, antes que yo, han recorrido este camino. Pienso en Thomas Huxley o en Du Bois Reymond. Mis *divagaciones* en el campo de la historia y de la filosofía de la ciencia, de la sociología o de la política, se insertan en esta tradición. Minoritaria en mis tiempos. Para los mandarines de la Royal Society, *hobbies* como la pesca o el golf eran convenientes para un joven científico. Otras actividades, intelectualmente más ambiciosas, hubieran sustraído energías a su trabajo. Pero el verdadero temor de estos austeros *gentlemen* era otro. La investigación filosófica o social es, potencialmente, una amenaza para la estabilidad de la sociedad. Las puertas de la historia y de la filosofía estaban cerradas como las secciones de un establecimiento industrial al que no se puede acceder sin un permiso especial. No nos quedaba más arma que la ironía. Como aquel *calembour* que repetía divertido: *riding rough shods through Hills and Dales* (cabalgar por valles y colinas: Hills era el secretario de la Royal Society, Dale el presidente).

—*¿Este estado de cosas ha cambiado después?*

J. N.—Es evidente que hoy existe una mayor apertura mental en los ambientes técnico-científicos. Pero ya en los años 30 algunos exponentes de primer plano del *establishment* inglés tendían su manto protector sobre jóvenes científicos radicales del movimiento *Science and Society*. Era la época de la *Left Review*. Eran también los años en los que la creatividad literaria de Aldous Huxley se abría a sugerencias políticas, con el *Brave New World* del 33. Entre los científicos más próximos a nuestra generación se encontraba Pat Blackett, poco después presidente de la Royal Society. Premio Nobel de Física en el 48, escribió también un libro sobre las *Consecuencias políticas y militares de la energía atómica*. El joven Desmond Bernal, famoso cristalógrafo e historiador de la ciencia, fue en un principio consejero científico del South East Asian Command, presidido por Lord Mountbatten, con quien entró a colaborar en condiciones óptimas durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras que Waddington, también originariamente consejero científico de la Air Force, elaboró los principios esenciales de la investigación operativa, aplicada inicialmente a la destrucción de los submarinos nazis.

—*En toda la producción ensayística, de *The Sceptical Biologist* a *Time the Refreshing River*, se subraya de manera constante la autonomía y la consiguiente dignidad de las diversas formas de la cultura.*

J. N.—Ciencia, filosofía, religión, historia y arte, las cinco formas principales de la experiencia humana, responden cada una a cuestiones fundamentales. Ninguna de ellas puede pretender ser la clave interpretativa del mundo. La visión científica no es el único camino hacia la *verdad*. Si acaso, a la verdad científica. Dudo que se llegue a la verdad con las conclusiones de la teología. Y, ciertamente, las verdades de la historia y de la filosofía son siempre muy provisionales. Cada una de estas *formas* parece contradecirse recíprocamente. Pero con todo su derecho. «La *raison* a ses *raisons* que la *raison* ne connaît pas», decía Pascal. Las contradicciones y callejones sin salida no suponen una catástrofe en el pensamiento práctico, sino sólo en la lógica formal.

—*Sin embargo, usted también ha tratado de tender puentes entre las dos culturas, la científica y la humanística. Como entre diversas disciplinas. ¿De dónde proviene su forma mental ecléctica, sincrética?*

J. N.—Hay una única matriz psicológica. Mis padres eran dos temperamentos radicalmente opuestos. Chocaban continuamente. Mi padre, un riguroso científico, profesor de histología en la Universidad de Aberdeen. Mi madre, intérprete y compositora musical, con todos los rasgos de carácter de artista. He crecido en un campo de fuerzas magnéticas. Los primeros puentes los he tendido entre ellos, tratando siempre, desde que era un chiquillo, de conciliar lo irreconciliable.

Ciencia y religión están en permanente antítesis; pero ambas están expuestas a los



ataques posibles de la crítica histórica. Mientras que para los filósofos todas las formas de experiencia pueden aparecer carentes de sentido. Incluso, a pesar de su tendencia a contradecirse recíprocamente, cada forma de experiencia humana puede arrojar luz sobre las otras. «El principio de contradicción —afirmaba ya Dionisio el Areopagita— vale sólo para nuestra razón». Pero, en la realidad práctica, las contradicciones se superan mediante síntesis en niveles más altos.

—Pero, ¿cómo actúan los elementos unificantes? ¿Dónde se producen las suturas?

J. N.—Por supuesto, no en un plano lógico, intelectual, sino solamente en la vida activa, individual y social. En las formas de la ética y de la política. La ética, no obstante, es un elemento cohesivo más poderoso. Contiene factores superiores de síntesis. Actúa, a veces, inconscientemente, en la dinámica respectiva de los comportamientos individuales y colectivos, de los que constituye la respuesta *cifrada*. En determinados aspectos parece ser inherente a la religión. Pero está profundamente influida por la ciencia y por la racionalidad. Y puede existir sin referencias a una dimensión sobrenatural, como en el antiguo confucianismo. Por lo demás, la política no es otra cosa que el intento de transfundir, lo más posible, en el mundo real, los elementos éticos superiores producidos por una particular estructura social. Por este motivo, nunca puede ser la expresión plena de la ética. De ahí las insuperables tensiones derivadas de su interacción.

—También en este campo, la biología, usted ha tratado

de tender un puente entre bioquímica y morfología.

J. N.—Siempre me ha fascinado el estudio y el descubrimiento de las formas en que se repercuten, en el plano morfológico, acontecimientos bioquímicos infinitesimales. Por lo demás, las orientaciones de las ciencias biológicas se han desarrollado en este sentido. Han construido el puente. En *Order and Life*, del 35, el libro donde exponía la necesidad de esta síntesis, destacaba también el papel de la microestructura en la célula viva. Eran sólo intuiciones ligadas a mi práctica científica que, sin embargo, han venido a confirmar los avances posteriores de la microscopía electrónica. Esto explica, tal vez, su afortunada reedición en *paperback* durante los últimos años.

—Su *History of Embriology* apareció en 1935. ¿De dónde nacía su interés por la historia de la ciencia?

J. N.—Quiere decir de mi ciencia. Del vacío preexistente. Todavía hoy continúa siendo una obra casi única en su género. *History of Embriology* es simplemente la introducción, separada y ampliada, de *Chemical Embriology*, un tratado en tres volúmenes que publiqué en el 31. Mi interés histórico no era solamente retrospectivo, sino proactivo. Una sistematización de los conocimientos pasados como proyección hacia el futuro. La visión evolucionista, predominante en la embriología del siglo XIX, había sido suplantada, pero no sustituida, por una nueva concepción. Embriología experimental, morfológica, fisiológica, química, formaban un campo de conocimiento actuales carentes de

una gran hipótesis unificadora.

—Pero, en aquella época, la historia de la ciencia no era todavía una disciplina académica.

J. N.—Ciertamente, en este campo yo no tenía todavía ninguna preparación formal. Sin embargo, he sido muy afortunado. Mientras trabajaba en la historia de la embriología conocí a Charles Singer, el más grande historiador de la ciencia de la época *eduardiana*. Fuí su discípulo preferido y, en seguida, me convertí también en su amigo. Conservo espléndidos recuerdos de los frecuentes *weekend* o estancias de estudios que transcurrí, con mi mujer Dorothy, en el pequeño castillo de los Singer en Cornualles, frente a la bahía de St. Austell, en Kilmack. Charles poseía una gran biblioteca, a la altura de su erudición. Y su conversación estaba entretejida por un irrefrenable *sense of humour*.

—En la historia de la ciencia confluyen diversas formas de conocimiento: científico, humanístico, filosófico... También esto, quizá, constituye un elemento de atracción.

J. N.—Como decía Louis Shulon, autor de la famosa *History of Anatomy*, sin una preparación sobre la historia de la ciencia se corre el peligro de cometer muchas ingenuidades; tomando tal vez por originales teorías que no lo son en absoluto. Este es, ya, un buen argumento de apoyo a esta disciplina. Pero tiene razón Colingwood: la historia no necesita de ningún argumento en su defensa. Es una forma propia de experiencia.



Unida a la prehistoria y a la arqueología, la historia de la ciencia compone un maravilloso panorama del desarrollo de la humanidad. Pienso en las grandes síntesis de Ben Farrington, sobre la antigua ciencia griega; o en las de Gordon Childe sobre las tecnologías de la Europa prehistórica.

—*Los acontecimientos de nuestro siglo han destruido el mito de la idea ochocentista, spenceriana, de progreso. Curiosamente, usted la ha rehabilitado en el campo de la biología.*

J. N.—La evolución social es una continuación de la biología. A través de una sucesión de niveles integradores, superiores, de organización: desde las partículas hasta el átomo, desde éste hasta la molécula y los agregados coloidales, hasta la célula viva, el organismo y, en fin, la organización social. El descrédito en el que ha caído la idea de progreso se debe al vacío optimismo victoriano. Pero el pesimismo postvictoriano ha venido a reemplazar las proyecciones negativas de una fase histórica particular por todo el arco del progreso. Como aquel estadista de la época eduardiana que afrontaba las cosas con el espíritu de quien, recordando una pasada época glacial, esperaba que llegase otra nueva.

—*Se ha producido un progreso incluso del horror. Ni el orden de Timur ni el de Gengis Khan llegaron jamás a organizar la gasificación de millones de hombres, como lo ocurrido en nuestro siglo.*

—J. N.—La sociedad humana, no obstante, prosigue su camino a lo largo del gráfi-

co de la historia. La evolución social representa una pequeña fracción de tiempo respecto de la evolución biológica. El progreso se contempla como un diagrama de puntos. Aún en el caso de que presente una curva fuertemente accidentada, revela una tendencia ascendente continua, a pesar de los graves regresos que llenan de desesperación a las generaciones que los han vivido. Se trata de una idea esencialmente estadística; basada, por decirlo así, en un cálculo de las observaciones aberrantes. Hoy, sin embargo, entra en el cuadro un elemento ulterior de pesimismo. Si consideramos la totalidad de la población mundial, la cantidad de fuerza explosiva *per cápita* supera en peso a la cantidad *per cápita* de cebo disponible.

—*¿Los avances de la ingeniería biológica podrían corporeizar los fantasmas de cierta literatura distópica, basada en una prefiguración negativa del futuro?*

J. N.—El margen entre la imaginación de Aldous Huxley, en el *Brave New World*, del 33, y las posibilidades de la bioingeniería actual se ha estrechado considerablemente. Creo que ya en su tiempo sólo los biólogos han sido capaces de apreciar toda la fuerza de sugestión de su libro. En aquellas páginas no había nada que no fuese una legítima extrapolación de conocimientos y de tecnologías ya existentes. La producción en serie de obreros de baja inteligencia y de idéntica constitución genética a partir de un único huevo —una de las más horribles previsiones de Huxley— en la actualidad es teóricamente posible. La clonación se aplica ya a las plantas y a algunos insectos parasitarios.

Con los mamíferos falta poco.

—*¿Cómo ve el reduccionismo biológico que está difundándose en las ciencias sociales?*

J. N.—La biología es un dato insuprimible para la sociología o la ingeniería social, que sólo pueden negarla asumiendo éstas el peligro que ello conlleva. Por el contrario, en vez de negarla, deberían controlarla y no dejarse dominar por ella. Con todo, los fenómenos sociales están en un peldaño distinto del de los biólogos. El mundo natural es una sucesión de niveles de complejidad y de organización, regulado cada uno de ellos de acuerdo con sus propios principios. Las ciencias del nivel subsocial formulan las leyes aplicables a los organismos humanos en tanto que organismos animales. Pero la psicología y el comportamiento social no son reductibles a estas leyes. No es verdad, por ejemplo, que el psicoanálisis no arroje ninguna luz sobre el comportamiento humano. Mientras que el sociólogo debe explicar las leyes que regulan un nivel superior de complejidad. Los fenómenos sociales se interpretan de acuerdo con principios extraídos de la observación de los hechos sociales y aplicables únicamente a estos. En el sociobiologismo están presentes siempre, en potencia o en acto, determinadas tentaciones eugénicas, fantasmas raciales y peligrosas utopías negativas.

—*Usted ha dicho que no sólo la religión, sino también la ciencia, puede constituir un opio. Resulta una curiosa afirmación en boca de un científico.*



**J. N.**—Si se sigue, sin control, en el camino de la ingeniería biológica y de la potencia nuclear, pueden derivarse todo tipo de peligros. La fe ciega en la ciencia es tan dañina como la superstición religiosa. Bertrand Russell ha escrito que la sociedad científica en su forma pura es incompatible con la búsqueda de la verdad y del amor, con los valores del arte y con cualquier otro valor ético que los hombres quieran realizar. Ahora bien, la fuente de estos peligros no es el conocimiento. Y ni siquiera el poder, por sí mismo. Sí, en cambio, el poder por el poder, que se sirva de la ciencia como mera mitología de una técnica de dominio. El opio científico pasa a ser entonces un narcótico que insensibiliza frente al lado trágico de la existencia, al igual que ante los elementos genuinamente religiosos de la experiencia humana.

—*Aparte de un hombre de ciencia, usted es también un creyente. ¿Cómo se enmarca este interés por la religión en la parábola de su experiencia intelectual?*

**J. N.**—La ciencia es una actividad esencialmente clasificatoria, analítica y cuantitativa. Es éticamente neutral, racional y empírica. La religión, por el contrario, es cualitativa, subjetiva, esencialmente irracional y alógica, a pesar del manto de aparente racionalidad con el que los teólogos intentan revestirla. El autor que ha influido más en mis reflexiones sobre la religión es Rudolf Otto, con su libro *Das Numinus*. Muchos confunden la religión con la teología y sus pretendidas conclusiones científicas. Para mí, en cambio, la esencia de la

religión no reside en ningún dogma, doctrina o rito particular, sino en el sentido de lo sagrado, como había también comprendido, por lo demás, Julián Huxley. Esto me ha ayudado, después, a comprender mejor el confucianismo y el taoísmo, donde el sentido religioso no está ligado a la teología del Dios creador impersonal sino a la ética, se manifiesta en la palabra y en el rito.

—*Parece más bien paradójico que un científico, de confesión anglicana, haya sido iniciado en el socialismo por un hebreo lituano. Aludo a Louis Rapkine.*

**J. N.**—Es la vida lo paradójico. No viste el hábito estrecho de las ideas preconcebidas. Conocí a Rapkine cuando yo era muy joven todavía. Cuando trabajaba en la estación biológica marina de Roscoff, en Bretaña. Su familia emigró al Canadá cuando él tenía tres años, después de un pogrom. Louis hablaba perfectamente francés, con acento de Quebec, hasta el punto de que en Francia lo tomaron por un franco-canadiense. Ejerció un influjo políticamente formativo, tanto sobre mí como sobre mi mujer, Dorothy. Nos inició en la lectura de los clásicos del socialismo, que comentábamos juntos en largas discusiones, durante nuestras horas libres. Fue una amistad de las que dejan huella indeleble.

—*En los años de la guerra de España usted formó parte de la Socialist League de Stafford Cripps. ¿Cómo lo recuerda?*

**J. N.**—Con toda nitidez. Era un hombre alto y delgado. Educado en la tradición

evangélica y humanitaria de Keir Hardie. Figura de gran talla intelectual, logró, como ministro del Tesoro en el primer gobierno Attlee de la postguerra, controlar la inflación, garantizando la reconstrucción y el pleno empleo. Tengo un recuerdo de él ligado a Italia. Cuando estaba a punto de terminar mi misión científico-diplomática en China, en el 46, Julián Huxley me llamó para dirigir la Sección de ciencias naturales de la UNESCO. La S, en la sigla, está por ciencia. La hice introducir yo. En aquella época, la estación biológica marina de Nápoles pasaba por dificultades porque sus bombas se habían oxidado durante la guerra. Yo descubrí que las bombas marinas del ejército americano también se estaban oxidando por falta de uso. Bastó un golpe de teléfono a Stafford Cripps para que las bombas americanas se nos concediesen a la estación biológica de Nápoles.

—*Vayamos a la gran metamorfosis. ¿A través de qué alquimias mentales un bioquímico de Cambridge se ha transformado en un sinólogo?*

**J. N.**—Es una larga historia. La historia de una amistad. Y de la importancia de las relaciones personales en la vida de los individuos. El umbral crítico es el año 1936, cuando tres investigadores chinos vinieron a Cambridge a completar su doctorado de bioquímica. Cuanto más les trataba, más cuenta me daba de que aquellos científicos no presentaban diferencias respecto de nosotros en el modo de ver las cosas. Empezó a adquirir forma en mi mente una pregunta casi obsesiva: ¿por qué la ciencia moderna sólo ha nacido en Occidente, en la



época de la Revolución científica de Galileo, Torricelli y Tartaglia? Después jugó la atracción magnética de los ideogramas. Mis colegas chinos sonreían divertidos ante el entusiasmo incontenible de un occidental que encontraba el diccionario de su lengua algo tan excitante. En la tradición de la lengua y de la literatura chinas he encontrado, desde el principio, algo igual y opuesto: la fascinación de lo totalmente diverso.

—*No imaginaba todavía que un día podría usarla.*

J. N.—La ocasión se presentó con la guerra, cuando el gobierno británico decidió enviar una misión científico-diplomática a Chunking. Se trataba de llevar asistencia a los médicos, a los científicos y a los ingenieros chinos. La guerra había hecho increíblemente difíciles sus condiciones de trabajo. El interés por la cultura científica china nació en aquellos encuentros con científicos y técnicos chinos interesados en la historia de su disciplina. Ellos mismos fueron quienes guiaron mis primeros pasos, aconsejándome qué libros debía leer y comprar.

—*A partir de aquel momento le fue imposible pensar en otra cosa que no fuese una historia de la ciencia y de la tecnología en la civilización china. ¿Cómo es que su interés se polarizó totalmente por este tema?*

J. N.—En la cultura occidental, antes de que yo empezase a trabajar, no había nada en este campo. Muchos estudiosos occidentales creían que no había nada que descubrir en este sector. Hasta los sinólogos de Cambridge decían

que era un tiempo desperdiciado. Los chinos nunca habían tenido una tradición tecnológica, científica o médica digna de gran interés. Pero en los cinco años que viví en China, de 1942 a 1946, pude formarme una opinión muy distinta. He viajado por todas partes. Con todos los medios imaginables: desde los juncos hasta el camello. Sin las restricciones convencionales de los viejos hombres de negocios, de los misioneros o de los diplomáticos. La inflamaración de la ciencia y de la tecnología chinas se explica también por el hecho de que las fuentes de esta tradición requieren un esfuerzo de identificación. En la Edad Media china no se encuentran ciencias bien definidas y circunscritas, ni manuales como nosotros los entendemos. Las fuentes son múltiples. Hay que investigar en las biografías y en las historias dinásticas, en la iconografía e, incluso, en las obras literarias. Los sinólogos tradicionales tenían una preparación fundamentalmente literaria. Nunca han pensado que en estos textos se hallaban muchas nociones técnicas y científicas que valía la pena descubrir.

—*Cuando pensó en una historia de la ciencia y de la civilización chinas, ¿no le asustaron las dificultades de la empresa?*

J. N.—Por supuesto no pensaba en un proyecto enciclopédico, en muchos volúmenes, en un *work in progress*, para realizar con una amplia red de colaboradores. Las dificultades estaban ligadas, precisamente, a la insospechable vastedad de la materia mucho más que al descubrimiento de las fuentes o a su mayor o menor riqueza. Los

chinos, en efecto, han inventado el papel en el siglo I y la imprenta con caracteres móviles en el VIII. Los documentos no faltan, siempre que no se hayan perdido de manera natural. Y todos están fechados con precisión.

—*En los breves ensayos de su obra (The Grand Titration, Science and Society in East and West, Within the Four Seas, The Dialogue of East and West, Clerks and Craftsmen in China and the West), Europa está siempre presente como término de comparación de la civilización china.*

J. N.—El Occidente es el fondo irrenunciable sobre el que resalta nuestra investigación sobre China, que sólo tiene sentido en una perspectiva universal y en un análisis comparado. Había que conocer lo que sucedía en Europa en el mismo tiempo, escribir que el disparador del reloj mecánico fue inventado por I-Hsing en el 720 y perfeccionado por Su Sung en el 1080, y que ello no reviste demasiado interés si paralelamente no se gira la mirada a Occidente, donde un disparador análogo apareció en la época de Dante, en el 1300. Los estudiosos europeos no sabían que existía un nuevo reloj astronómico, armilar, en China en el 1090; pero la importancia de este descubrimiento reside en que nada análogo se produjo en Europa hasta el 1320. Otro tanto cabe decir de la pólvora inventada por los chinos hacia el 1040, tres siglos antes de que aparecieran los cañones y los fusiles en Europa.

—*¿Por qué, entonces, los historiadores de la ciencia han ignorado durante tanto tiempo la aportación de las civilizaciones no europeas al desa-*



*rollo técnico-científico universal?*

**J. N.**—Porque siempre han recurrido al *almacén de las mentiras vergonzantes*, o bien al eurocentrismo. El hecho de que la ciencia moderna, postgalileana, matematizante haya nacido en Europa en la época del Renacimiento ha fortalecido los prejuicios eurocéntricos. Todo lo que es europeo tiene valor universal como la ciencia nueva; las otras civilizaciones han permanecido en la oscuridad de la época pre-moderna. Pero nosotros hemos demostrado que en los primeros quince siglos de la era cristiana la tecnología y las estructuras sociales europeas han sido inconscientemente influidas por descubrimientos e invenciones fundamentales procedentes de China. Tales como la brújula, la imprenta y la pólvora, con todas las grandes transformaciones sociales que éstas han supuesto. Pero, además de estos inventos mayores, conocidos ya por Bacon, hubo otros menos llamativos pero no de menos importancia. Como grandes obras de ingeniería hidráulica, los fuelles metalúrgicos accionados por energía hidráulica, el alto horno para la fundición del hierro, ingenios de relojería mecánica, estribos y arcos equinos de gran eficacia, etc. Todos estos descubrimientos fueron transmitidos a Europa por China con espacios variables de tres a veinte siglos desde su invención originaria.

—¿Por qué, entonces, esos descubrimientos no tuvieron efectos revolucionarios sobre la estructura social china donde incluso se encontraban todos los presupuestos técnico-científicos para una revolución industrial?

**J. N.**—Resulta ya bastante difícil explicar por qué la ciencia moderna nace en Europa y sólo aquí. De todos modos, conviene no entender las ciencias tradicionales de China como prototipos frustrados de la ciencia moderna. Si es difícil hablar de progreso respecto de las otras formas culturales, no puede decirse lo mismo de la ciencia, de la que no podemos negar su fundamental continuidad y su universalidad. La ciencia moderna universal es el puerto de arribada de una multiplicidad de tradiciones. El desarrollo de estas últimas, sin embargo, sólo puede explicarse contemplando las varias posibilidades de abrirse o cerrarse en la totalidad de las ideas, de los valores y de las situaciones y posiciones sociales de su época respectiva y de sus lugares de origen.

—¿No piensa que la falta de una matematización y el humanismo confuciano han podido influir en el frustrado desarrollo industrial de China?

**J. N.**—Hay que hacer dos consideraciones acerca de las diferencias entre China y Europa. De un lado, nos encontramos con todos los factores intelectuales en el sentido más amplio del término. Del otro, con los factores económicos y sociales. Las diferencias intelectuales, sin embargo, no bastan para responder a este problema. Yo siempre he desconfiado de las explicaciones basadas en factores físico-antropológicos o, peor, racial-espirituales. Más bien me inclino a creer que los factores importantes han sido los económico-sociales. La imprenta, por ejemplo, ha re-





volucionado todo en Europa porque ha permitido el acceso a las ideas a millones de personas y ha roto la hegemonía de la iglesia medieval. En cambio, en China sólo ha ampliado el número de candidatos que se sometían a los exámenes imperiales. La sociedad china era una sociedad más estable y autorregulada. Los descubrimientos técnico-científicos no produjeron efectos sociales disgregadores.

—Sin embargo, está el hecho de que China no sólo no ha producido la revolución científica, sino que ni siquiera ha generado el capitalismo.

J. N.—En Occidente, reforma, advenimiento del capitalismo y desarrollo de la ciencia moderna han estado estrechamente entrelazados, forman una especie de sinergismo que se ha verificado únicamente en Europa y en ninguna otra parte. El feudalismo chino, esencialmente burocrático era, además, completamente distinto del europeo, militar-aristocrático, bastante más inestable que el primero. La burocracia imperial controlaba los principales recursos transferibles de un extremo a otro del país, como el hierro y la sal, cuyos yacimientos fueron nacionalizados desde la época Han. Además, a pesar de cierto desarrollo bancario y la invención del papel moneda, los impuestos y los arrendamientos agrarios se pagaban en especie. Todo esto ha frenado el desarrollo de una influyente clase mercantil, mientras que la plurisecular unidad político-administrativa del inmenso territorio chino no ha permitido el nacimiento de ciudades/Estado mercantiles como en Europa.

—Sin embargo, en China existían familias de comerciantes muy ricos.

J. N.—Pero, con frecuencia, los hijos no continuaban la actividad de los padres. Su principal ambición era entrar en la burocracia celeste y convertirse así en gentil hombre. Un comerciante, aunque fuese rico, siempre era considerado como una especie de *parvenu*. En las obras chinas tradicionales es muy divertido observar a personajes cómicos encarnados por hijos de ricos comerciantes que tratan de remedar las bellas maneras de los literatos, pero que denuncian infaliblemente su origen. Por otra parte, en la jerarquía social china los comerciantes figuraban en el último puesto, precedidos por los artesanos, los campesinos y, en fin, por los literatos. En estas circunstancias, el capitalismo y la ciencia moderna, que corre paralela al desarrollo, no tuvieron posibilidades de emerger, cuando es notorio que la desigualdad de la producción mercantil ha tenido consecuencias importantes en el origen de la ciencia moderna y su desarrollo. La práctica del comercio y de la circulación monetaria iguala matemáticamente el valor de las mercancías, categoría abstracta y universal concretizada en la moneda. Los chinos aplicaban medidas precisas a objetos concretos, pero sus conceptos precientíficos eran esencialmente cualitativos y poco susceptibles de medición. El nexos íntimo entre las mutaciones económico-sociales y los éxitos de la ciencia nueva o experimental sigue siendo todavía muy difícil de establecer, mucho más de cuanto dejan entrever esas generalizaciones.

—El sinólogo americano Mark Elvin sostiene que la difusión de las investigaciones científicas y tecnológicas de China en Europa probablemente se ha exagerado. En el supuesto de que se hubiese producido una ósmosis entre China y Europa, dicha ósmosis habría que buscarla en el plano de las ideas generales más que en el de las prescripciones técnicas.

J. N.—No estoy de acuerdo con Elvin. No cabe duda de que ha habido una difusión de las máquinas de seda y textiles en general, de China a Europa, al igual que ha ocurrido con otras innovaciones técnicas de las que ya hemos hablado. Han llegado a Europa cientos de descubrimientos sin que los europeos supiesen de dónde venían, tal vez a través de pueblos intermedios, como los turcos o las poblaciones centro-asiáticas. Ahora bien, las que viajaban eran las tecnologías, no las ideas científicas. Los chinos no podían explicar sus ideas científicas. De hecho, éstas se basaban, durante la Edad Media, en una filosofía natural centrada en la idea del Yin y del Yang, y sobre cinco elementos. Por este motivo no podían explicarse a pueblos que seguían teorías aristotélicas y un paradigma filosófico-científico completamente distinto. En cambio, inventos como la imprenta con carros móviles podían viajar porque cabía reproducirlos en cualquier parte. Para el artesano resultaba más fácil comprender algo que ya estaba hecho. Las ideas científicas abstractas viajaban muy poco.

—Entre sus críticos hay quien le reprocha una tendencia apologética, en ocasiones, en la revalorización de la his-



*toria de la ciencia y de la civilización chinas, y una extrapolación subrepticia, desde los antiguos textos chinos, de su filosofía organicista.*

**J. M.**—Si me he excedido, en algunos ensayos, en subrayar los méritos históricos de la civilización científica china, se ha debido a la extendida ignorancia y a la indiferencia hacia sus contribuciones, como, por lo demás, hacia las otras grandes civilizaciones extraeuropeas, tales como la islámica, la india, etc. En los últimos cuarenta años me he encontrado con frecuencia en el papel del abogado defensor en este campo. Y en cualquier *plaidoyer* o formulación es inevitable cierto elemento de retórica.

En cambio, no creo haber exagerado al valorar la importancia de la filosofía organicista sobre el desarrollo del pensamiento científico chino. Este *background* organicista—que es tan característico del taoísmo como de la filosofía medieval confuciana— he vuelto a encontrarlo, originariamente, en la biología y en la física, antes incluso que en la filosofía china, que estudié más tarde.

—*¿Cuáles son los elementos del pasado en el presente de China?*

**J. N.**—Uno de los grandes elementos de continuidad viene determinado por el hecho de que el desarrollo de China no ha pasado a través del capitalismo. Determinadas formas salvajes de capitalismo se

introdujeron en China a través de los *Treaty Ports*, las ciudades abiertas al comercio exterior, como Shanghai, después del Tratado de Nanking en 1842. Pero los chinos no lo querían. El éxito de Mao y del partido comunista en China se explican, en parte, por esta aversión autóctona al capitalismo. La burocracia de la China moderna, con sus sombras y sus luces, se halla en una relación de dependencia lineal con los literatos-funcionarios de la China imperial. Los otros elementos culturales derivan del confucianismo y del taoísmo. La *politesse*, el sentido casi innato de cortesía de los chinos, no se podría explicar de otro modo. Confucianismo y taoísmo forman parte del *background* antropológico de los chinos, de igual manera que el cristianismo del de los europeos. El budismo lo es bastante menos. Procedía del exterior, de la India, y nunca consiguió difundirse en la cultura china, debido también a la dificultad de traducir los términos técnicos de la filosofía budista a la lengua china.

—*Una última mirada, a vista de pájaro, sobre el presente de China.*

**J. N.**—Estuve en China en la primavera del 78, inmediatamente después de la Conferencia nacional para la política científica. Pude comprobar los daños producidos por la *ssu jen pang*, la *cábala* o *conspiración de los cuatro*, en los últimos años de Mao, del 74 al 76, cuando fue destronada. En el campo científico y

económico, el conjunto de sus errores podría constituir un denso *cahier de doléances*. Han extendido un aislacionismo xenofobo y un *cultus ignorantine* que recuerda a algunas sectas gnósticas medievales o la aversión geomántica a los ferrocarriles y a los telégrafos de la China rural en los comienzos de nuestro siglo. Vuelven a la mente las palabras de aquel político fanático, pronunciadas a la muerte de Lavoisier, «la revolución no necesita de sus sabios». Se descuidaba la enseñanza de las lenguas extranjeras. Los astilleros de Shanghai, al igual que otras fábricas, han permanecido inactivos con frecuencia porque, además de no importar del exterior los materiales y equipos necesarios, se bloqueaba la producción. Los institutos de investigación quedaban a menudo sin fondos. Los grandes complejos industriales caían en manos de dirigentes ineptos. Y se producían vejaciones contra estudiantes y contra el personal técnico-científico.

La Conferencia nacional ha acabado con todo esto, proclamando un nuevo sentido de liberación. Más allá de cualquier valoración política sobre la situación presente, si se prosigue en esta vía China entrará, hacia finales de siglo, en el grupo de las naciones industriales más avanzadas. Lo que, por otra parte, se corresponde con su gran tradición técnico-científica.

MARIO BACCIANINI

© Mondoperaio.

Traducción: J. A. Matesanz



# Los Cuadernos del Norte



**Cuadernos de:**      **Textos de:**

Pensamiento  
Cine  
Arte  
Inéditos  
Literatura  
Poesía  
Diálogo  
Viaje  
Música  
Asturias  
Actualidad  
Jazz

C. J. Cela  
Barthes  
Umbral  
Torrente Ballester  
Jiménez Losantos  
Manuel Vicent  
Pedro Caravia  
Antonio Gamoneda  
Angel González  
Antonio Gala  
Gonzalo Suárez  
Cabrera Infante  
Cándido  
Zamora Vicente  
etc.



Periodicidad: *Bimestral*. Información, publicidad y suscripciones: *Caja de Ahorros de Asturias*. Plaza de la Escandalera, 2. Oviedo. España. Apartado de Correos 54. Teléfono 22 14 94. Extensión 254.



---

---

# NOTAS

---

---



---

## USOS Y UTILIZACION DE LA HISTORIA

Feliciano Páez-Camino

---

¿Para qué sirve la historia? Quienes pretenden ir más allá de la mera erudición, del cotilleo factual, de la narración ejemplificadora, contestan que para conocer el pasado y que ese conocimiento facilita —y esa es su finalidad esencial— la comprensión del pre-

sente. Por su parte, Pierre Vilar ha propuesto invertir los términos para considerar que se trata, más bien, de *comprender* el pasado para poder así *conocer* el presente.

En cualquier caso, parece existir entre los historiadores una generalizada conciencia de que la historia tiene un sentido, una utilidad social. Lejos de las esferas de la ciencia *pura* y de las aspiraciones a una objetividad inencontrable, la historia asume, cada vez más claramente, su condición de cristalizadora y transmisora de una cierta forma de memoria colectiva; su propia condición de fenómeno histórico, en definitiva.

La historia, en efecto, no se *escribe* de una vez por todas. Cada época, cada generación, construye su propia reflexión sobre el pasado a la par que construye, de forma plural y conflictiva, su propia percepción del presente y su proyecto de futuro. Incluso la elaboración de datos y de realidades conocidas sobre las que se monta la reflexión histórica guarda relación con el ambiente que domina el presente del historiador. Eso ya lo dijo Benedetto Croce a comienzos del siglo y no parece que haya que explicar mucho por qué están hoy en boga, por ejemplo, los estudios sobre la depresión económica de los años treinta. El presente del historiador incide no sólo en los temas de estudio predominantes sino también en la forma de enfocar cualquier tema: ¿habría tratado Hamilton el tema de la revolución de los precios como consecuencia de la llegada del metal americano de la misma manera, de no haber estado inmerso él mismo en los años del crac, con los argumentos keynesianos como fondo?

No se trata sólo, pues, de que la historia ayude a explicar el presente, sino que el

presente explica, a su vez, la historia. A través de ese replanteamiento constante, puede considerarse la existencia de un cierto avance, de una creciente depuración de la historia como ciencia social. El estudio, o la simple narración, del acontecimiento va cediendo paso al análisis de las estructuras y de su dinámica. Se tiende a captar, cada vez más, el sentido de la *larga duración* histórica, con preferencia a la corta duración, sin por ello empantanarse en las aguas de las *filosofías de la historia* sin historia dentro. Lo individual, además, deja paso a lo colectivo y ya los individuos y los grupos sociales tienden a ocupar cada cual su papel, sin que aquéllos suplanten sistemática y fraudulentamente a éstos.

En cada uno de estos cambios hay larvada, ciertamente, una trampa que puede hacerlo estéril y convertir a la *nueva* historia en una parodia de la vieja, sustituyendo los manidos clichés narrativos de ésta por muy modernas —e irremisiblemente plúmbeas— pedanterías conceptuales que, a la postre, contribuyen a apuntalar las viejas tradiciones que son, si poco *científicas*, por lo menos más amenas.

Pero el que no sea oro todo lo que reluce en las modernas tendencias historiográficas no autoriza, desde luego, a rechazarlas en bloque: son, en general, el testimonio de un paso adelante en el proceso de madurez de la historia. Por supuesto que las innovaciones no son de ayer mismo. Brotan, buena parte de ellas, del viejo tronco marxista que, aparte de poner sobre la mesa cartas hasta entonces sistemáticamente sustraídas al juego, ha inspirado obras esenciales en el hacer historiográfico. Muchas inquietudes innovadoras que, con una base de reflexión de inspiración



marxista, sintieron la necesidad de conectar, metodológicamente, a la historia con las restantes ciencias sociales, se canalizaron a través de la revista francesa *Annales* (fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch), que constituye un punto de referencia obligado en cualquier reseña de la renovación historiográfica. Además, desde los años treinta vienen desarrollándose corrientes que propugnan el empleo de la cuantificación más o menos sistemática en las investigaciones históricas, junto con la construcción de modelos de base econométrica. Mucho hay de ganga en estos planteamientos —particularmente en las corrientes norteamericanas— pero la sensibilidad hacia estos menesteres, tan alejados de los de la historia tradicionalmente concebida, ha dado, en casos como el de W. Kula o del propio E. Labrousse, frutos nada despreciables. Por lo que a nuestros días se refiere, nombres como los de E. Hobsbawm o P. Vilar, o la vía abierta por los trabajos de P. Anderson o I. Wallerstein, son testimonio de una indudable vitalidad y creatividad en el quehacer histórico.

El problema consiste en saber si todo esto tiene una real trascendencia al mundo social, más allá de las capillas de iniciados y adictos; en qué medida los avances en la ciencia histórica sintonizan en el hombre medio que, activa o pasivamente, hace —y sufre— la historia. Hay que plantearse, en definitiva, si los pasos adelante que se han dado en la interpretación del pasado han sido asumidos por la gran mayoría de los que van a construir el futuro. Y, si no es así, ¿qué hacer?, ¿cómo acercarlos la historia que se va haciendo?, ¿cómo integrarles en la tarea colectiva de hacer esa historia?, ¿cómo conse-

guir la percepción de un pasado (que captamos de forma cada vez más compleja) de manera sencilla y que no sea, a la vez, excesivamente simplificadora y deformante?

Es ésta una inquietud que, desde diversos ángulos, viene siendo manifestada en los últimos años por varios historiadores. Veamos algunos ejemplos significativos.

#### *Du passé faisons table rase?*

Con este interrogante puesto a un verso de la Internacional titula Jean Chesneaux un libro que es, entre otras cosas, un ajuste de cuentas del historiador profesional con su condición de ciudadano que quiere cambiar el mundo; es, si se quiere, un descargo de conciencia.

Chesneaux, que es conocido en nuestros medios historiográficos por sus estudios sobre el campesinado chino, sus interesantes síntesis sobre la historia contemporánea del Asia oriental y su lectura política de la obra de Julio Verne, señala en este libro la manipulación de la historia por el poder, se plantea la posibilidad de invertir la relación entre pasado y presente, bucea en los ritmos de la evolución histórica... y termina por preguntarse qué historia necesitamos para hacer la revolución. Entretanto, nos deja dicho que la historia es, desde luego, una cosa demasiado importante para que se la dejemos a los historiadores.

En los años setenta, Josep Fontana, a quien debemos imprescindibles estudios sobre la historia económica de nuestro siglo XIX y sus implicaciones sociales y políticas, ha planteado en varias ocasiones, y abordando aspectos diversos, el tema del papel del historiador, de la necesidad de construir una *nueva* historia y de los peligros que acechan a la empresa. Y nos ha

levantado la moral con cosas como ésta:

«La historia académica ha seguido desempeñando, hasta hoy, su papel en la defensa y conservación del orden establecido, bien sea contribuyendo a fabricar el repertorio de mitos con los que se trata de lograr que los hombres acepten sin reflexión las formas de organización social en que viven, bien limitándose a practicar una erudición inocua que, al desviar la atención del mundo que rodea al historiador, sirva por lo menos para neutralizar a quienes no aceptan de buen grado una colaboración más decidida. Frente a ella, la historia nueva pretende convertirse en instrumento de comprensión y de crítica, no para inculcar a los hombres unos nuevos ideales en sustitución de los viejos, sino para enseñarles a usar sus ojos y su cerebro, a examinar las cosas por sí mismos, a juzgar por su cuenta y elegir su camino conscientemente. Por tanto, no es de extrañar que quienes tienen como objetivo supremo la preservación a toda costa de lo establecido la combatan como algo peligroso y subversivo.»

Algunos han abordado una de las raíces esenciales del problema: analizar qué historia se enseña a los niños para entender qué idea del mundo tienen y quieren transmitir los mayores. El tema no deja de tener importancia porque, en el fondo del malestar de muchos historiadores, que son también, casi siempre, profesores de historia, está la necesidad de enseñar otra historia y de enseñarla de otra manera: dos cosas que van bastante unidas.

A ello apunta Jean-Noël Luc cuando, en el marco de una muy sensata crítica a las formas tradicionales de enseñanza de la historia en la escuela primaria, propone que



los niños aprendan historia a través del estudio de su entorno. A través de las posibilidades que éste ofrece, el alumno, en vez de enfrentarse directamente con abstracciones o conceptos, lo hace con realidades perceptibles por él y que están creando el marco y las condiciones de su existencia. A través del estudio de esas realidades conoce las condiciones de elaboración del discurso histórico general (la historia que está en los libros), con lo que es, a la vez, más crítico y más participativo con respecto a ese mismo discurso.

Por su parte, Marc Ferro, del que nos son conocidos sus estudios sobre la revolución rusa, la primera guerra mundial y la relación entre el cine y la historia, ha emprendido una tarea esencial: contarnos cómo se cuenta la historia a los niños en muy diversos rincones del mundo. Necesariamente incompleto, a veces un poco apresurado en su análisis (las cuatro páginas dedicadas a España nos saben, lógicamente, a poco), el libro de Marc Ferro revela cosas harto curiosas que son, simultáneamente, motivo de sangrante reflexión sobre las posibilidades de manipulación ideológica que ofrece esta vieja «maestra de la vida». La memoria colectiva del hombre en sociedad se convierte en desmemoria institucionalizada cuando ocurre, por ejemplo, que los niños negros de Jamaica aprenden una historia en la que el tema de la esclavitud es presentado de tal modo que les conmueve menos la suerte de sus antepasados que la de los pobres *ingleses* que fueron enviados a Roma como esclavos por César...

Se trata de seguir avanzando en la construcción de la historia sin dejar de ser conscientes de los condiciona-

mientos *históricos* que pesan sobre esa construcción; y no perder de vista que la utilidad de la historia está en estrecha relación con lo usos que se hagan de ella. Para los historiadores de izquierda es preciso ganar la batalla de la *ley* (la historia que elaboran los historiadores) sin perder la de los *reglamentos* (la historia que aprende, que lee la gente). Es probable que para que la política, en sentido amplio, sea hechura de todos, la historia haya de serlo antes también. Algo de eso debía sentir Gramsci cuando, ya próximo a su muerte, le escribía desde la cárcel a su hijo Delio:

«Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre ellos en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que cualquier otra cosa.»

#### REFERENCIAS:

- CHESNEAUX, Jean: *Du passé faisons table rase?* París, Maspéro, 1976 (hay versión española en Siglo XXI).
- FERRO, Marc: *Comment on raconte l'Histoire aux enfants à travers le monde entier.* París, Payot, 1981.
- FONTANA, Josep: *Els usos de la Història*, en «L'Avenç», núm. 80, Barcelona, 1976.
- FONTANA, Josep: *La historia.* Barcelona, Salvat, 1973.
- LUC, Jean-Noël: *La enseñanza de la historia a través del medio.* Madrid, Cincel, 1981.
- VILAR, Pierre: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico.* Barcelona, Crítica, 1980.

## LOS SOCIALISTAS CATALANES: LA UNIFICACION FRUSTRADA DE 1933

Isidre Molas

En 1931, al filo de la proclamación de la II República, existían en Cataluña dos pequeños partidos socialistas de implantación e influencia limitadas: *Unió Socialista de Catalunya* y la *Federació Catalana del PSOE*. La *Unió Socialista*, que había surgido el 8 de junio de 1923 bajo el impulso de algunos afiliados al PSOE como plataforma de atracción de los sectores más sensibles al catalanismo de izquierda, había adoptado una actitud de oposición a la Dictadura y desde su misma fundación había buscado la coincidencia táctica con las fuerzas democráticas avanzadas. En 1930 se estructuró definitivamente como partido y se vinculó casi establemente en una alianza electoral y política con Esquerra Republicana de Catalunya, lo que le proporcionaría cuatro diputados en 1931 (G. Alomar, R. Campalans, M. Serra Moret y J. Xirau Palau), dos consellers de la Generalitat (R. Campalans y M. Serra Moret) y, posteriormente, uno más (J. Comorera), y cinco diputados al Parlament de Catalunya en 1932 (J. Comorera, J. Fronjosà, E. Ruiz Ponseti, G. Gerhard y M. Serra Moret). A pesar de ello su irradiación no era excesiva. En octubre de 1931 en unas elecciones par-



ciales a diputados a Cortes por la ciudad de Barcelona su candidato, F. Barjau, alcanzó sólo 5.181 sufragios. En cuanto a afiliación, en el congreso de abril de 1933 contaba con unos 3.000 afiliados, de los cuales unos 800 en la ciudad de Barcelona <sup>1</sup>, aunque según parece sus efectivos se habían multiplicado por cinco en unos dos años <sup>2</sup>.

La *Federació Socialista Catalana*, por otra parte, era un grupo más reducido que se benefició menos del auge de afiliación provocado por el cambio de régimen. Tras un ligero incremento, su afiliación vuelve a descender: en noviembre de 1931 cuenta con 1.913 afiliados, y en abril de 1932 con 1.261 <sup>3</sup>. La FSC está surcada por una profunda división interna en Barcelona que arranca de los últimos años de la Monarquía y que opone a la mayoría de las Agrupaciones y de la Unión General de Trabajadores con los Grupos Socialistas de la Casa del Pueblo, es decir con la mayoría de la Agrupación de Barcelona, división consolidada organizativamente a lo largo de casi dos años (hasta octubre de 1931 en que se reunificaron por presión de la Comisión Ejecutiva del PSOE, sin acabar de soldarse). La mayoría de la Agrupación barcelonesa, anticatalanista y próxima al lerrouxismo, llegó a editar un diario, *Tribuna Socialista* (12 de agosto a 11 de octubre de 1931), de escaso interés informativo, pero revelador de un tono distinto al periódico del sector mayoritario, *La Internacional*, que expresa la orientación de las zonas tradicionales de implantación socialista: Mataró, la cuenca del Ter (Manlleu-Roda) y la zona Reus-Tarragona <sup>4</sup>.

En general, puede afirmarse que el socialismo, dividido,

era una fuerza marginal en Cataluña, en un panorama dominado en lo político por Esquerra Republicana y, en lo sindical, por la Confederación Nacional del Trabajo. La política de los dos partidos socialistas marcha a remolque de los acontecimientos y de las pautas fijadas por las fuerzas principales. A su desunión se añade la escasa implantación de la UGT, que no consigue reunir a todos los socialistas, porque un sector de la USC está incorporado a la central cenetista. Sólo el predominio faísta en la Confederación y el inicio de la convergencia entre USC y FSC en la perspectiva de crear un partido socialista único, lleva a una evolución de todos los socialistas hacia la UGT, evolución favorecida tanto por R. Campalans como por los sectores ugetistas más lúcidos y unitarios, en especial M. Martínez Cuenca <sup>5</sup>.

Tomando 1932 como base, la división entre los dos partidos socialistas catalanes se ordena alrededor de cuatro temas de debate: 1) la política sindical (afiliación a un sindicato obrero o al sindicato obrero socialista); 2) la política de alianzas (alianza con las fuerzas democráticas catalanas para consolidar la República y la Generalitat o rechazo de esta alianza); 3) la política de construcción nacional (construcción de la sociedad civil catalana luchando por la dirección del movimiento catalanista o construcción nacional española de Cataluña), y 4) como consecuencia de todo ello, la estructura orgánica del partido (formación de un partido nacional soberano vertebrado con el PSOE, o federación de agrupaciones de un partido español).

En este contexto, a principios de 1932 comienzan a darse los primeros pasos para la

reunificación de los socialistas <sup>6</sup>. La iniciativa la toma la Federación Catalana del PSOE que se plantea el tema en el congreso de 1932. En él triunfan las tesis de Recasens, es decir, de los sectores más favorables a la orientación catalanista y, por tanto, a la unidad. Recasens entra en la ejecutiva y, una vez celebradas las elecciones al Parlament de Catalunya, se inician las negociaciones en enero de 1933. Dos meses después, en marzo, se llega a un acuerdo de unificación sobre la base de un proyecto de estatutos, redactados por Comorera y Recasens, que indican de forma neta el tipo de organización a que se aspira. El art. 2 es significativo: «El Partido unificado se llamará Unió Socialista de Catalunya y se caracterizará en la política catalana por su plena soberanía y personalidad. En la política general e internacional será la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español, al cual pertenecerá aceptando su disciplina <sup>7</sup>». En cuanto a la estructura interna se introducen algunos elementos distintos a la organización del PSOE: a) la autonomía de las agrupaciones locales para estructurarse internamente en secciones; b) la posible creación de federaciones comarcales; y c) la posibilidad de adhesión directa al partido allí donde no esté constituida ninguna agrupación.

Alcanzado el acuerdo sobre el cuarto punto (estructura del partido) y modificada la posición de la USC respecto del primero (política sindical) y de la FSC sobre el tercero (actitud ante el catalanismo), quedaba como gran tema a debatir en el interior del nuevo partido la cuestión de las alianzas, que viene facilitada por la formación de un gobierno de la Generalitat de ca-



rácter homogéneo en diciembre de 1932 y el pase de los parlamentarios socialistas a la oposición. En este marco se pone en marcha la fase final del proceso de unificación. En marzo de 1933 se celebra en Mataró el congreso de la FSC para aprobar los trabajos realizados. En él la Agrupación de Barcelona, en abierta rebelión, es expulsada, mientras la Comisión Ejecutiva del PSOE guarda un mutismo total sobre el enfrentamiento y los estatutos acordados. Así, el 14 de abril de 1933 el II congreso de la USC, y el 24-25 de junio el XVI congreso ordinario de la FSC, celebrado en Lleida con asistencia de De Francisco, aprueban la fusión. Finalmente, el 15-16 de julio de 1933 se celebra en la Casa del Pueblo de Barcelona el congreso de unificación al que, significativamente, no asiste ningún miembro de la ejecutiva del PSOE, que sigue encerrada en su mutismo. Se elige un Comité Ejecutivo integrado por: Joan Comorera (USC), presidente; Marià Martínez Cuenca (FSC), vicepresidente; Ramón Folch i Capdevila (USC), secretario general; Joan Fronjosà (USC), secretario de actas; Antoni Obach (FSC), vicesecretario; J. Capdevila (USC), tesorero; Ramón Palomas (FSC), contador.

El 10 de agosto la Comisión Ejecutiva del PSOE, en una carta, se pronuncia contra la fusión, expone su oposición a las tres novedades introducidas en los estatutos, así como al carácter de partido soberano<sup>8</sup>, y convoca a Recasens al Pleno nacional del PSOE de septiembre, extremo que expresa el no reconocimiento del nuevo partido. La ruptura comienza. Y ya, al pleno de octubre, se convoca a un miembro de la Agrupación de Barcelona (R. Neira),

que había sido separada de la FSC. Los puentes se rompen.

Este mismo año de 1933 el PSOE ha replanteado la cuestión estratégica y ha abandonado la alianza con los sectores republicanos de izquierda para iniciar la vía de las alianzas obreras, más allá de las elecciones. En los comicios de noviembre de 1933, el partido unificado se presenta en coalición con Esquerra Republicana mientras que la Agrupación de Barcelona se alía con el Bloque Obrero y Campesino en un *Frente Obrero*. Dos alianzas contradictorias que refuerzan externamente la división. Fruto de su planteamiento electoral la USC unificada tendrá tres diputados: F. Barjau, J. Comas y M. Serra Moret (cuatro si contamos también a Amós Ruiz Lecina, que después de ser elegido como integrante del partido unificado se reincorporará al PSOE).

El proceso de enfrentamiento se agrava en mayor medida en enero de 1934. Tras la muerte de Macià y el avance electoral realizado por la derecha, se constituye un nuevo Consell Executiu de la Generalitat de amplia coalición, presidido por Companys, que abarca desde Acció Catalana Republicana a los socialistas. La Comisión ejecutiva del PSOE decide entonces que las antiguas agrupaciones se definan sobre su adhesión o no al Partido y admite así, en su seno, aparte de la de Barcelona, las de Montcada, Sabadell, Sitges, Tortosa y Lleida. Ocho agrupaciones (aparte del sector barcelonés de la Federación de Grupos Socialistas, es decir la minoría de la Agrupación) se mantienen en el partido unificado. La débil Federació Catalana del PSOE ha quedado reducida a la mínima expre-

sión<sup>9</sup>. La USC se retira, a su vez, de la Alianza Obrera.

En el terreno sindical la ruptura entraña una ofensiva interna en la UGT para erradicar a los unificados, que, finalmente, acaban separándose (13-15 de abril de 1934) y constituyen la Unió General de Sindicats Obrers de Catalunya.

El planteamiento del proceso de unificación reposa acaso en un carácter excesivamente mecánico. No se producen debates explícitos y cuando existen no se llega a un acuerdo general sobre algunos temas importantes entre todos los sectores: la catalanidad del socialismo, por ejemplo, o la política de alianzas. La mayoría de los sectores de la USC y los unitarios de la FSC adoptan una posición en favor de las alianzas democráticas frente al peligro de la involución derechista (con independencia de su opinión sobre el carácter y los límites del partido). Y su posición unitaria encuentra eco solamente en aquellos sectores más próximos políticamente, excepto en Prieto (obsesionado por el tema vasco). Quizá J. Besteiro y T. Gómez (entre los dirigentes del PSOE) sean los más cercanos a los catalanes. Ello debe atribuirse, en parte, en el caso de Besteiro, más que a su actitud moderada a su independencia teórica de las dos líneas principales del socialismo español (la influencia guesdista y el radicalismo democrático de opción socialista). Su influencia anglosajona, que le hace recibir con mayor facilidad los temas del *self-government*, y su vinculación krausista le permiten tener una comprensión más intensa de la sociedad como realidad compuesta, como unidad compleja.

En Cataluña la mayoría de los socialistas que se mantie-



nen en el FSC después del fracaso de la unificación son sectores que se ligan, ciertamente a su aire, a un cierto caballerismo. Su orientación, marcadamente sindicalista más que política, se inscribe en la línea economicista y en la afirmación del obrerismo, minusvalorando la temática de la política de alianzas de la clase obrera.

De algún modo la nueva escisión socialista de 1934 viene marcada por el tema de cuál sea la mejor forma de lucha contra el fascismo y la derecha: la alianza de las fuerzas democráticas o la revolución. El segundo punto de división es la estructuración del movimiento socialista: mientras los sectores unificados pugnan por la creación de un Partido Socialista que exprese un amplio espacio social, los sectores que se mantienen en la FSC quedan ligados a una acción sindical básicamente y a la afirmación de un Partido obrero, y obrerista. El tercer punto de divergencia es el carácter del Partido. Mientras un sector abogaba por la creación de un partido nacional, soberano, integrado en el PSOE (el nombre oficial fue *Unió Socialista de Catalunya [Federació Catalana del PSOE]*), la otra línea, en cambio, queda ligada a la reproducción del esquema general como partido unitario, uniforme y nacional-español.

Respecto a la estructura del Estado republicano no existe discusión en estos momentos,

aunque se mantiene un tono distinto a lo que deba afirmarse de Cataluña: una nacionalidad dentro de un Estado plurinacional o una región de la nación española. Pero, en todo caso, no existe polémica sobre la autonomía política, aunque sí un uso más o menos interiorizado de la misma.

La posición en 1934 se resumiría, pues, sobre la base que el proceso de unificación que se había iniciado con un cierto buen augurio se efectuó sobre bases políticas poco sólidas. Pero, sobre todo, se efectuó sin una correspondencia estrecha entre la dirección del PSOE y los acuerdos a que iban llegando los sectores socialistas en proceso de unificación. El fracaso de la unidad socialista de 1933 tal vez pueda achacarse más que a factores personalistas o de divergencia estratégica, a que la opción final de la Comisión Ejecutiva del PSOE, que se había inhibido del proceso sin atacarlo, se basó en que en una zona *deprimida* para los socialistas no era conveniente un proceso de expansión que pudiera realizarse a costa de la uniformidad orgánica, pero también política, del partido. Con ello quedó abortada la posibilidad de crear un polo de referencia capaz de situarse entre la Esquerra y la CNT y de construir un espacio político socialista en Cataluña, a partir de la politización de los trabajadores y la creación de un amplio Partido Socialista.

(1) Intervención en la mesa redonda *Cataluña y el socialismo (1900-1936)*, organizada por la Fundación Pablo Iglesias.

<sup>1</sup> J. LL. MARTIN RAMOS: *Els orígens del Partit Socialiste Unificat de Catalunya (1930-1936)*. Barcelona (Curial), 1977, págs. 121-123.

<sup>2</sup> «La USC, que hasta entonces no contaba más que con un reducido número de socialistas de élite reclutados singularmente entre la intelectualidad catalana y la Escuela Industrial de Barcelona, quintuplicó el número de sus afiliados» *Proyecto de nueva estructuración de la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español. Informe presentado por Pere BIGATA y Joan BOVE, de la Comisión provisional*. Toulouse, 1946, mecanografiado, pág. 4.

<sup>3</sup> Isidre MOLAS: *El sistema de partidos políticos en Cataluña, 1931-1936*. Barcelona (Península), 1973, pág. 100.

<sup>4</sup> Albert BALCELLS: *El socialismo en Cataluña durante la Segunda República (1931-1936)*, en «Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XII-XX». Madrid (Edicusa), 1973.

<sup>5</sup> Mariano MARTINEZ CUENCA: *La muralla invisible* (Memorias inéditas).

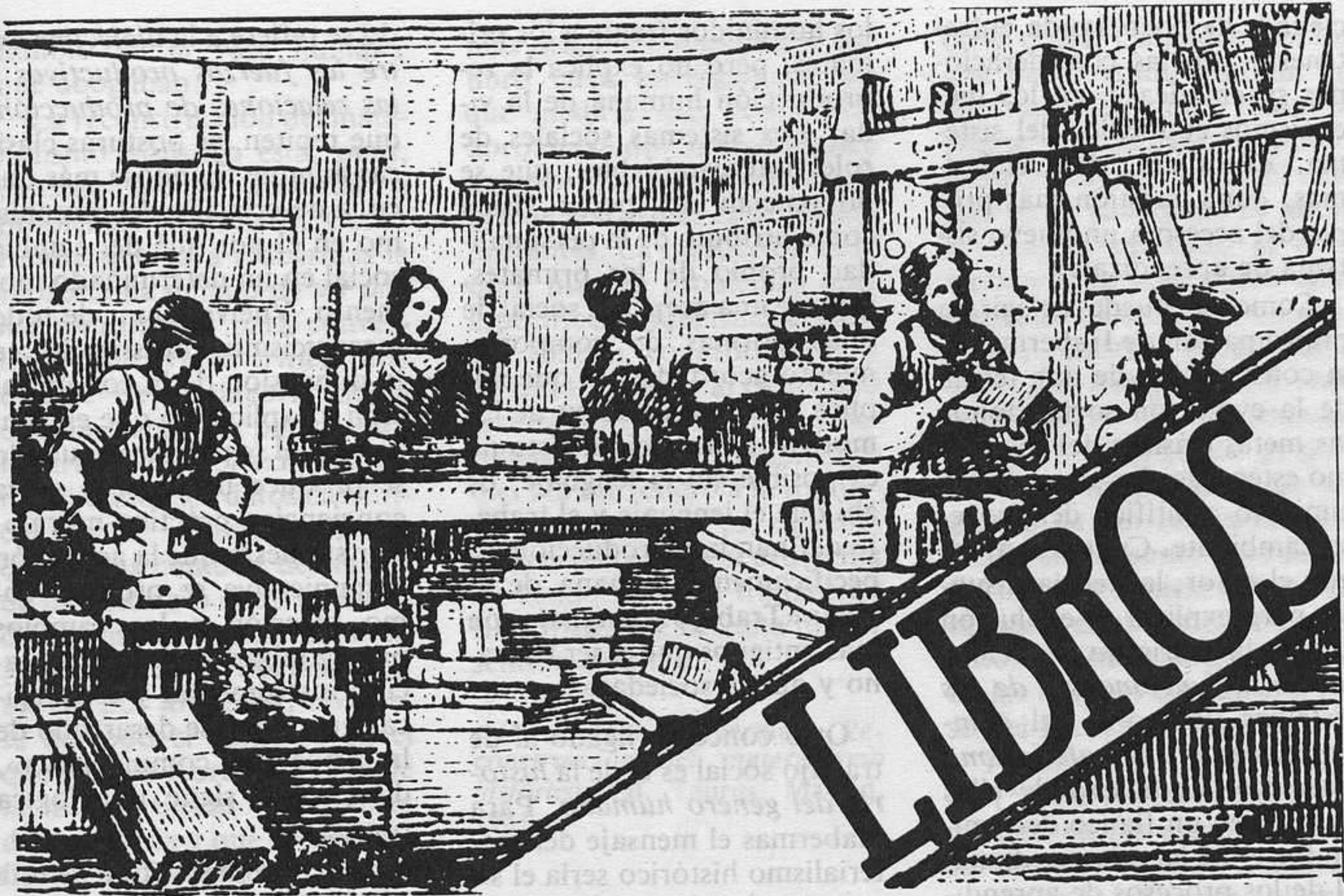
<sup>6</sup> Joan RECASENS i MERCADÉ: *Vida inquieta (Records i anècdotes)* (Memorias inéditas).

<sup>7</sup> *Estatuts de la «Unió Socialista de Catalunya»*. Barcelona (Cooperativa Popular). 1933.

<sup>8</sup> *Report del Comitè Executiu al III Congrés de la USC «Justicia Social»* (Barcelona), 28-IV-1934, pág. 7.

<sup>9</sup> *III Congrés USC. «Justicia Social»* (Barcelona), 26-V-1934, pág. 4.





## LA DESCOMPOSICION DEL MARXISMO

Reyes Mate

Para que las grandes melodías filosóficas o morales del socialismo puedan hoy ser tomadas en consideración, viene a decir Habermas, es necesario que lleguemos a desmontar y reconstruir todo el entramado mediante el cual esas grandes ideas pasan a ser normas y valores de una sociedad. La referencia a Marx puede ser todavía buena, pero a sabiendas de que hay que cambiar el acento: si Marx colocó en las *fuerzas productivas* la pólvora del cambio social, «existen buenas razones que hablan en pro de la suposición de que también en la di-

mensión de la inteligencia moral, del saber práctico, del obrar comunicativo y de la regulación consensual de los conflictos de acción se verifican procesos de aprendizaje que se plasman en formas más maduras de la integración social, en nuevas *relaciones de producción* y que hacen posible el empleo de unas nuevas fuerzas productivas». Con esta valoración original de las relaciones de producción, fruto de procesos sociales de aprendizaje. Habermas entronca con la tradición de la Escuela de Frankfurt.

La *Reconstrucción del materialismo histórico* (\*) no es una restauración, lo que siempre connota devoción dogmática, ni es renacimiento, como si la tradición marxista hubiera desaparecido. Es, más sencillamente, «revisión de una teoría que en algunos puntos la necesita, pero cuya capacidad estimulante dista mucho de estar apagada».

Que un Jürgen Habermas, el menos marxista de los gran-

des nombres de la Escuela de Frankfurt, se dedique a reconstruir el materialismo histórico, no deja de ser original en unos tiempos en los que el marxismo pierde vigor en las academias filosóficas. Se puede presumir, de todas formas, que el camino de Habermas será muy particular.

Habermas parte de su conocida distinción entre la acción racional-teleológica (el aspecto *funcional* de la acción) y la acción comunicativa, que «no se le puede racionalizar bajo el aspecto técnico de los medios escogidos ni bajo el estratégico de la elección de los medios, sino desde la perspectiva moral-práctica de la capacidad de imputación del sujeto de la acción y la susceptibilidad de justificación de la norma de acción», es decir, cuya razón de ser estriba en convencer al sujeto de la bondad de tales normas o valores.

Para entender *si* es posible y *cómo* es posible el cambio de las estructuras de una so-



ciudad, de poca ayuda entretenerse «en las consideraciones sistemáticas», en los mecanismos conocidos del sistema. «Esta es», dice Habermas, «una cuestión más propia del acceso a un nuevo sistema de aprendizaje».

Como se puede colegir la preocupación de Habermas es la construcción de una teoría de la evolución social donde las metas clásicas del socialismo estén basadas en un conocimiento científico del proceso cambiante. Cuatro son, según el autor, las teorías usuales para explicar la evolución social: la teoría de la acción, la teoría funcionalista de los sistemas, la teoría del comportamiento y el materialismo histórico. Cada una de ellas cubre bien un flanco determinado: el de la vida cotidiana, el de los procesos de aprendizaje dirigidos desde el exterior, el de la organización y dirección de la sociedad y el de los movimientos sociales, respectivamente. Pero ninguno de ellos ofrece una teoría de la evolución social comprobable y aceptable.

Habermas se decide por el materialismo histórico como marco general, afirmando que no se ha ahondado suficientemente en los modelos subyacentes a dicha teoría. Precisamente en el capítulo IV, cuyo título coincide con el del libro, hace un pormenorizado análisis de los distintos aspectos de la interpretación materialista de la historia.

Para Marx el trabajo socialmente organizado es la forma específica en que los seres humanos, a diferencia de los animales, reproducen su vida. La cuestión es de saber si el trabajo social caracteriza suficientemente la forma de reproducción de la vida humana. Tras un análisis etnológico, Habermas concluye que ese concepto marxista es apropiado para caracterizar a

los homínidos frente a los primates, pero no explica la reproducción humana de la vida. Los sistemas sociales de roles intercambiables, que se diferencian del poder físico como atributo de la personalidad propio de los primates, supone una acepción social de unas normas de comportamiento acordadas, lo que implica una moralización de los motivos de la acción. Esto no es posible sin el lenguaje, de ahí que el lenguaje y el trabajo definan la reproducción específicamente humana de la vida: «Trabajo y lenguaje son más antiguos que el ser humano y que la sociedad».

Otro concepto ligado al de trabajo social es el de la historia del género humano. Para Habermas el mensaje del materialismo histórico sería el siguiente: los hombres reproducen su vida mediante el trabajo social y, al mismo tiempo, producen su sociedad y crean las condiciones para cambiar a la sociedad y a los mismos individuos. Y para este viaje no hacen falta las alforjas que se suelen colgar del materialismo histórico, tales como que tiene que haber un sujeto de toda la historia, y que ésta tiene que ser unilineal e inflexible y que está abocada a un fin teleológico necesario.

También rebaja el autor la interpretación más o menos determinista que se hace el marxismo de la relación entre la sobreestructura y la infraestructura, para quedarse con la siguiente significación: las innovaciones que producen los cambios resuelven los problemas que han surgido en la base de la sociedad. La identificación de base con estructura económica sólo se da en el capitalismo y funciona como infraestructura sólo en el momento del cambio, luego ya se complican los papeles.

El cuarto concepto analiza-

do se refiere a la dialéctica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que repiten las posturas clásicas aunque fijándose más que en la descripción del mecanismo en el por qué del cambio social en un determinado momento. Vuelve a huir de todo mecanicismo, insistiendo en la dimensión de la comunicación y explicando que el cambio social se produce «cuando se produce un cambio en la conciencia práctico-moral». Por supuesto que la actuación comunicativa se produce como reacción a los cambios protagonizados por la actuación instrumental y estratégica, «pero en ese desarrollo de la actuación comunicativa», dice, «ésta sigue una lógica propia».

El punto más actual de esta teoría de la evolución social es la constitución de las sociedades de clase. En estas sociedades modernas la integración no se produce ya a través del sistema de parentesco, sino del Estado. La desintegración del sistema de parentesco y la aparición del Estado no se explica mediante la consideración de la estructura sistemática, sino desde un proceso de aprendizaje evolutivo que explica el cambio hacia una forma nueva de evolución social. En efecto, en algunos individuos particulares o en determinados sectores marginales se acumula un potencial cognoscitivo que se expresa en imágenes del mundo, pero con una racionalidad inherente que puede ser comunicada a la sociedad. El gran problema es que estos conocimientos acumulados, que han permitido mayor integración social, han causado también mayores cotas de opresión y explotación que lo que se debe en las sociedades arcaicas. Resulta, a la postre, que las estructuras de la sociedad no pueden legitimar, de hecho, el



cambio de la vida humana que abogaban...

La reconstrucción del materialismo histórico está, pues, constantemente abocada a problemas filosóficos. Como resulta que para Habermas la filosofía ha dejado de ser *prima philosophia* para convertirse en actividad crítica, una especie de metateoría de la ciencia, tampoco parece molestarle que su reflexión se pare allí donde los datos científicos no se aclaran. Afirmar que temas como el del sujeto de la historia o el de la visión de la historia como un conjunto pueden ser obviadas significa, por lo menos, olvidarse de todo el contexto en el que nace la teoría marxista de la interpretación materialista de la historia y que el materialismo histórico trata de responder: ¿Por qué el hombre, afirmado como sujeto histórico, no es el sujeto real de la historia, ya que buena parte de ella transcurre como si el hombre, en vez de agente, fuera el paciente de la misma? Y, ¿cómo explicarse la responsabilidad del hombre cuando se cuartea a la historia en trozos inconexos? Estas son preguntas filosóficas, efectivamente, pero son las cuestiones que han dado sentido al tema de la filosofía de la historia.

La obsesión de Habermas por reducir el quehacer técnico-instrumental a sus proporciones, distintas e inconfundibles con las de la actuación comunicativa, no parece que le garantice un espacio suficiente para entroncar con la tradición filosófica de las cuestiones del materialismo histórico. Buscar el destilado racional y operativo de las cuestiones filosóficas tiene este riesgo de marginar la punta más aguda del problema.

Huelga decir que la aventura de buscar lo racional y operativo del concepto es la parte

más original e importante del libro cuya envergadura hay que medirla más como una aproximación metodológica que por sus contenidos. El libro de Habermas es de los importantes. La traducción de la obra plantea problemas muy específicos. Habermas escribe un alemán conceptualista y difícil; traducido al castellano resulta hortera, barroco y petulante, cuando no ininteligible. No me refiero a la traducción material que es, en general, correcta, sino al problema de fondo de toda traducción filosófica, que necesita mayor sentido creativo.

(\*) Jürgen Habermas: *Reconstrucción del materialismo histórico*. Ed. Taurus. Madrid, 1981.

#### EL EXTRAÑO CASO DEL PROF. FEYERABEND

Alberto Elena

Cuando, allá por los años veinte, Erich von Stroheim comenzó a poblar con sus corrosivas películas las pantallas de los Estados Unidos, no tardó en hacerse acreedor de un título poco común: «El hombre al que a usted le gustaría odiar». Pues bien, parece como si ahora Paul K. Feyerabend —otro vienés— anhelase tal gloria. Y, a la vista de los hechos, cabe pensar que ciertamente lo ha conseguido. Raro es el honorable especialista en la materia cuyas iras no haya logrado despertar este osado autor de panfletos contra el método, la metodología de la ciencia y tantas

otras cosas. Contados son los que han logrado reprimir su natural inclinación a tomar la pluma y desenmascarar públicamente su impostura. El destino se ha encargado de hacer lo demás, enviando al otro mundo a su único gran aliado: Imre Lakatos. Y, no obstante, cabría preguntarse más: ¿Es nuestro autor realmente digno de tan singular fortuna? ¿Cómo es posible que un representante de un gremio de tan escasa implantación social como es el de los filósofos de la ciencia haya alcanzado estas cotas de popularidad? Intentemos bucear en las razones del extraño caso del Prof. Feyerabend.

*Tratado contra el método* (\*) aparece en nuestro país cuando en los escaparates de las librerías de todo el mundo se ven ya los diversos volúmenes de los *Philosophical Papers*, de Paul K. Feyerabend. Contra viento y marea su obra ha acabado convirtiéndose en un clásico de la moderna filosofía de la ciencia. Algún mérito debe, por lo tanto, de haber en ella más allá de las provocaciones y las *boutades*.

El lector que en 1974 se enfrentase con la primera traducción al castellano de un ensayo de Feyerabend (su artículo *Against Method*, editado en forma de libro por Editorial Ariel) difícilmente podría haberse formado una idea adecuada del mismo a menos que tuviera ya un cierto conocimiento de los escritos anteriores del autor. *Contra el método* era, de alguna manera, el colofón de una brillante serie de artículos en los que Feyerabend había procedido a dismantelar los dogmas más queridos de los metodólogos positivistas de la vieja guardia. El blanco principal de sus críticas era la teoría de la explicación suscrita por éstos (en su versión Hem-



pel-Oppenheim, por ejemplo) y, en particular, dos de los supuestos inherentes a ella: a) la condición de consistencia (es decir, sólo son admisibles en un dominio dado aquellas teorías que contienen —o, al menos, son compatibles con— las otras teorías ya empleadas en dicho dominio), y b) la condición de invariancia del significado (los principales términos descriptivos de una y otra teoría deben ser portadores de un significado idéntico). Ambas condiciones eran, para Feyerabend, claramente restrictivas y conducían a un monismo teórico opuesto a ese empirismo tolerante que en principio todo el mundo consideraría deseable.

De este cuestionamiento de la teoría *standard* de la explicación se seguía de suyo la crítica no menos feroz a la concepción del cambio científico encarnada por la teoría de la reducción de Nagel, otra de las piezas claves de la filosofía de la ciencia de los epígonos del Círculo de Viena. Esta concepción presupone que el progreso científico tiene lugar merced a la subsunción de una teoría T' en el seno de una nueva y más amplia teoría T. Pero si, como vimos (y Feyerabend ofrece los análisis pertinentes), el significado de los términos descriptivos de T' no se corresponde con el de los términos descriptivos de T, difícilmente podrá hablarse de reducción de una teoría a otra. T y T' serían, pues, inconmesurables y cada una de ellas comportaría su propia ontología. Un estudio minucioso de la práctica científica real demostrará que así es que los cambios científicos acaecidos a lo largo de la historia no tienen nada que ver con lo que el bueno de Nagel pretendía. *Explanation, Reduction and Empiricism* (1962) y las dos partes de *Problems of Empiricism* (1965 y

1969) son auténticas piezas maestras de lo que se ha dado en llamar filosofía post-popperiana de la ciencia.

Es entonces (en 1970) cuando Feyerabend publica su artículo *Contra el método*, donde el rigor y la seriedad de sus primeros trabajos se truecan por el desparpajo, el narcisismo y su innegable barniz polémico. Parece como si el autor estuviera ahora más preocupado por sorprender y desconcertar que por modificar la opinión de los especialistas en relación a determinados problemas filosóficos. Lutero, Hegel, Lenin, Mao, Brecht, Freud, Masters & Johnson, etc., tienen cabida por vez primera en un ensayo de metodología de la ciencia. Por si fuera poco, Feyerabend se auto-proclama *anarquista* o *dadaísta* epistemológico, habla de «ciencia sin experiencia» y, en líneas generales, no deja títere con cabeza. ¿Qué otra reacción cabría esperar sino la que efectivamente se dio?

*Contra el método*, más allá de su apariencia frívola y desconcertante, no hacía sino presentar de nuevo las críticas a las citadas piedras angulares de la metodología neopositivista. No añadía ningún argumento nuevo (antes bien, reproducía *textualmente* extensas partes de sus trabajos anteriores, práctica ésta a la que Feyerabend es muy aficionado), sino que los retomaba bajo unos tintes voluntaria y decididamente polémicos. En *Contra el método* el bosque no deja ver los árboles: la exuberancia folklórica impide a veces (y, sobre todo a los lectores no advertidos) reconocer los lúcidos y fecundos argumentos que el autor aporta. Algo de esto sucede también con el *Tratado contra el método* que acaba de publicarse en nuestro país.

*Tratado contra el método* tiene en el original inglés el mismo título que el artículo de 1970 (lo de *Tratado* es una invención de la editorial española, que acaso pretende dar así una apariencia más académica a lo que el propio autor presenta en la dedicatoria como una extensa carta, un tanto informal, a Imre Lakatos). Su contenido es también el mismo: la única diferencia estriba en el número de páginas. ¿Cómo se las ha apañado Feyerabend para multiplicar los entes sin necesidad? A un polemista tan consumado como es él no podían faltarle recursos para ello. Basta con echar mano a las tijeras y reproducir profusamente *fragmentos* de sus trabajos anteriores, aumentar el número de notas a pie de página (las 221 de *Contra el método*, artículo, se quedan en nada si se las compara con las 477 del nuevo volumen) o incorporar apéndices por doquier (cinco en total). Y, por si todavía fuera poco, Feyerabend se decide finalmente a dar rienda suelta a su conocida vocación de reformador social (patente desde el comienzo de su carrera) y amenaza con meterse a teórico de la política. Resultado directo de toda esta amalgama: un nuevo libro en el mercado.

*Tratado contra el método* es, como cabría esperar, un alegato en favor de ese tan vago «anarquismo epistemológico» del que tan orgulloso se siente su promotor. Los críticos han tratado, por lo general, de despacharlo de un plumazo, mas lo cierto es que —bien entendida— tal posición acaso fuera merecedora de una suerte mejor. Trascendiendo las imprecisiones, el confusionismo, las deficiencias y las bromas, el anarquismo epistemológico es —cuanto menos— el corolario obligado de los rigurosos trabajos



emprendidos por Feyerabend a lo largo de la década de los sesenta. Tal vez esto debiera bastar ya para que se le concediese un buen margen de confianza. Que la elección de la etiqueta no resulte excesivamente afortunada no ha de ser óbice para apreciar en su valía lo que tras ella se esconde. Convenientemente desprovisto de los ornamentos retóricos, los guiños y los inevitables frutos de los excesos temperamentales de su artífice, *Tratado contra el método* constituye un completo compendio de los argumentos feyerabendianos contra los dogmas de la metodología del neopositivismo lógico. Proporciona, además, una batería de excelentes análisis de casos históricos concretos (su enésima exposición del caso Galileo es, superando a las anteriores, francamente magistral), replanteando así —sobre la marcha— la relación entre la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia. Un incisivo sentido del humor salpica en los momentos más inesperados el desarrollo de la argumentación, detalle que en ningún caso deberíamos dejar de agradecer. ¿Qué más se puede pedir?

Los enemigos de Feyerabend le pedirían un poco de sensatez. El último capítulo de *Tratado contra el método* desborda ya todos los límites de lo tolerable por parte de tan sensibles espíritus. Afirmar que la ciencia no es sino una más de entre las muchas tradiciones e ideologías desarrolladas por el hombre, pese a que en su desbocada arrogancia trate de erigirse en hegemónica, resulta ciertamente provocador. La ciencia y el racionalismo —nos dice Feyerabend— encarnan hoy en día un dogmatismo tiránico y sofocante. Sus análisis no dejan de tener interés, si bien sus utópicas propuestas no mere-

cen otra cosa que una piadosa sonrisa. Es comprensible que se desdeñe este Feyerabend mesiánico, pero no es justo en absoluto olvidar sus contribuciones a la filosofía de la ciencia. ¿Una de cal y otra de arena? Posiblemente. Pero una figura tan atípica como este travieso vienés está llamada casi por fuerza a despertar impresiones ambivalentes: quizá resida ahí, precisamente, la gracia de todo el asunto. Y también por eso mismo no está nada claro si hemos de sentirnos gratificados o más bien aterrados por el hecho de que el extraño caso del Prof. Feyerabend diste mucho de haber llegado a su fin.

(\*) Paul K. Feyerabend: *Tratado contra el método*. Madrid, Editorial Tecnos, 1981.

## CONSTITUCION, DERECHO Y POLITICA

**Fernando Dorado**

La ruptura que en el sistema jurídico español supuso la entrada en vigor de la Constitución, a finales de 1978, ha traído no sólo un importante cúmulo de trabajo para el Parlamento post-constituyente, sino una abundante inflación de literatura jurídica y política. El profesor Peces-Barba, en su doble condición de científico y político, de jurista y diputado socialista a la vez que padre de la Constitución, ha querido contribuir al debate abierto con el libro que pretendo comentar con brevedad (\*).

Estamos ante un intento de abordar el tema saltando por

encima de los márgenes que nos ofrecería un punto de vista estrictamente jurídico-constitucional, para situarnos en la perspectiva más global e integradora que ofrece una moderna teoría del Derecho.

Tras los años de la dictadura en que, en consonancia con la ideología oficial, incluso el quehacer científico-social debía estar al margen de la contaminación por lo político, hoy ya no es posible mantener seriamente tales posiciones. Sólo teniendo presente que los problemas que plantea la filosofía jurídica pueden estar entendidos correctamente acudiendo en última instancia a la filosofía política, podremos avanzar en el estudio de las cuestiones relacionadas con el origen de un ordenamiento jurídico. Lo que nos lleva a considerar el hecho desnudo del poder político, y no una hipotética norma fundante, como fundamento de la validez y eficacia de todo ordenamiento jurídico-positivo, que en un Estado de Derecho encuentra en la Constitución la norma que da coherencia al sistema, colocada en el escalón superior de la jerarquía normativa. Con esto no quiero abogar por un reduccionismo de lo jurídico a lo político, sino señalar la pertinencia de la perspectiva que el autor escoge, puesto que la actual teoría del Derecho encuentra su enfoque adecuado desde la teoría del ordenamiento jurídico. Por otra parte, es evidente que las posiciones sostenidas en el libro se corresponden con las que sostuvo el PSOE a lo largo del recorrido que la Constitución hubo de realizar por las Cortes Constituyentes, lo que, a veces, llega a traicionar ese legítimo equilibrio entre la razón del científico y el corazón del político.

La izquierda que llega al Parlamento en junio de 1977



no había podido llevar a cabo su programa de ruptura democrática, pero supo imponer la necesidad de un proceso constituyente, a pesar de las iniciales reservas de amplios sectores de la derecha, que únicamente pretendían un proceso de reforma de la legislación anterior. Las nuevas reglas del juego democrático requirieron llevar adelante un acuerdo en lo fundamental para una convivencia en paz y libertad: estamos ante el consenso, concepto tan mal criticado como mal entendido. Y no es casualidad que el profesor Peces-Barba comience su libro con un capítulo dedicado a aclarar el alcance y significado de tan polémico concepto, huyendo de los criticables aspectos de éste como sinónimo de cambalache, para justificarlo desde una perspectiva filosófica y científica como el moderno heredero de la vieja idea liberal del contrato social.

Esta transición impuesta por la relación de fuerzas existentes, que en ningún caso se puede entender como mero tacticismo político por parte de los socialistas, va a marcar el contenido del texto constitucional, con las ambigüedades puestas de relieve por numerosos estudios.

Su reflejo es la discusión sobre el modelo de sociedad y el concepto del Derecho resultante. Decir que nos encontramos en una sociedad en que la hegemonía pertenece claramente a las fuerzas conservadoras, pero que éstas han aceptado el marco democrático y que, por tanto, la Constitución proporciona instrumentos para hacer posible el cambio y la profundización de la democracia si existe una voluntad política capaz de utilizar esos instrumentos, es cierto. Pero, ¿qué quiere decir realmente esto desde el punto de vista del Derecho? El profesor

Peces-Barba opina que de la Constitución española se desprende lo que gusta en llamar un concepto mixto del Derecho, formado sobre las bases de la filosofía liberal y la influencia del socialismo democrático.

La duda que se puede plantear es si nos encontramos con un añadido de elementos de dos filosofías, o estamos ante la síntesis de un nuevo concepto del Derecho que supera definitivamente la dogmática iusprivatista. Del planteamiento que hace el autor, el concepto mixto es, a mi juicio, más una yuxtaposición de categorías jurídicas formales y materiales que un nuevo concepto del Derecho. No parece que exista, hoy por hoy, una teoría alternativa.

La teoría liberal clásica señala al Derecho principalmente dos funciones: por una parte, asegurar al individuo un espacio de autonomía personal, y, por otra, imponer sanciones a quienes no respeten esa autonomía. Son las llamadas función garantista y represora del Derecho, respectivamente. Hoy, a estas funciones hay que añadir la que Bobbio ha llamado función promocional, de la que es buena muestra el artículo 9.2 de la Constitución, como importante aportación socialista a la cultura jurídica moderna. Creo que por aquí es por donde se avanzará más en el camino de una teoría alternativa del Derecho, que nos permita llegar a un nuevo concepto del mismo. Sobre todo después del fracaso, o mejor del agotamiento del intento realizado a través del uso alternativo del Derecho por un sector de los juristas vinculados a la izquierda italiana.

Habrá igualmente que desarrollar el concepto de Estado democrático de Derecho, concebido como la institucionalización jurídico-política de

una futura sociedad socialista. Concepto, por otra parte, incorporado por el artículo 1.1 de la Constitución, que al hablar de Estado social y democrático refleja el concepto mixto del Derecho: el Estado social se correspondería con una sociedad democrática que tiene una base económica capitalista, aunque corregida por el intervencionismo estatal, y el Estado democrático con una sociedad socialista, en que la democracia se ha extendido efectivamente a todos los niveles. Es evidente que el paso de un tipo de Estado a otro no es mecánico, sino un largo proceso histórico, por lo que parece afortunada la expresión constitucional de «España se constituye en...», ya que refleja con mayor rigor el dinamismo de la sociedad y los cambios que en ella se producen.

Las aportaciones de ese concepto mixto han encontrado acomodo en la parte dogmática de la Constitución, principalmente, y en los valores que el artículo 1.1 proclama como valores superiores del ordenamiento jurídico. El valor libertad sería el incorporado al mundo moderno por el liberalismo, y el valor igualdad por el socialismo, mientras que el pluralismo no es sino un elemento del valor libertad, y la justicia un término reiterativo pues su contenido material está formado precisamente por la libertad y la igualdad, como señala el autor. Lo que sucede, a mi juicio, es que el liberalismo democrático no ha llegado a asumir el valor de la igualdad, mientras que el socialismo no puede vivir sino en la libertad.

La concreción de esos valores en el texto constitucional ha configurado un amplio catálogo de derechos y libertades públicas a lo largo del título 1, incorporando nuevos derechos, como el derecho al



medio ambiente, a la mejora de la calidad de la vida o la defensa de los consumidores, y dando una regulación moderna a los derechos civiles y al resto de los económicos, sociales y culturales. En este tema el autor ha llegado a la conclusión de que todos los derechos fundamentales constituyen un desenvolvimiento del valor libertad, frente a posiciones que había sostenido con anterioridad, no explicitando suficientemente a mi juicio la nueva postura, que deja al menos la duda de la posible supremacía, en su desarrollo histórico, de los valores liberales sobre el componente igualitario legado por el socialismo.

Dos cuestiones que han sido poco resaltadas por los análisis de la izquierda constitucional, y que tienen su importancia, son la práctica desfundamentalización del derecho a la propiedad privada, y la referencia a la libertad e igualdad de los grupos en que el individuo se integra. Efectivamente, el derecho de propiedad está recogido en el artículo 33, fuera de la sección 1.<sup>a</sup> del capítulo II del título I, que es la que recoge los derechos fundamentales y las libertades públicas. Lo que supone que este derecho carece de la protección reforzada que otorga el artículo 53.2 viendo, además, su contenido delimitado por la ley, muy lejos del carácter sagrado e inviolable que tenía en los textos constitucionales de los siglos XVIII y XIX. El profesor Peces-Barba, que en toda su obra de investigador del tema ha abogado por esta descalificación de la propiedad, apenas hace referencia a ello, aunque suponemos su satisfacción por tal evento. Por el contrario, hace más hincapié en la segunda de las cuestiones señaladas como superadora del horizonte individualista

de la ciencia jurídica, contestando las posiciones de una obra anterior de Oscar Alzaga, hecho que, por cierto, se repite con frecuencia a lo largo del libro.

Al entrar en la parte orgánica de la Constitución, el resto del libro ofrece menos posibilidades de divergencias en cuanto a las concepciones, aunque quiero resaltar la posición sostenida por el autor respecto a la filosofía del Estado de las Autonomías. Lo estima como claramente diferenciado del Estado federal y del regional, constituyendo, por lo tanto, una novedosa aportación al Derecho Constitucional comparado. Se trata de un Estado en el que hay que colocar en pie de igualdad, al menos, el derecho a la autonomía explicitado por el art. 2, con el derecho al autogobierno por el que de manera reiterada claman los grupos nacionalistas. De esta manera se comprueba como para los socialistas el Estado de las Autonomías supone una reforma en profundidad de la Administración dentro de una concepción integral del Estado, de manera que todas las Comunidades Autónomas puedan llegar al final del proceso con las mismas competencias, distanciándose así del localismo nacionalista, que no es capaz de operar en la realidad política con la misma visión de lo que supone para España el Estado autonómico como posibilidad de profundizar el desarrollo democrático.

Una institución como el Tribunal Constitucional merece un amplio capítulo del libro por su carácter de garante de nuestra Ley de leyes, a pesar de la desconfianza que desde algunos sectores se tiene —injustificadamente a mi juicio— ante el peligro de degenerar en lo que se ha venido a denominar como el gobierno

de los jueces. El autor rebate estas posiciones hasta con nueve argumentos, apostando por la independencia de esta institución básica del Estado constitucional que tampoco escapa del sometimiento al imperio de la ley, primer elemento característico de todo Estado de Derecho.

No quiero terminar sin hacer referencia a la excelente calidad jurídica del capítulo que Luis Prieto dedica al ordenamiento jurídico y su esquema tras la entrada en vigor de la Constitución, y por otra parte sin lamentar el que no se haya dedicado al menos un breve capítulo al comentario del título referido a Economía y Hacienda, que introduce preceptos muy interesantes desde la perspectiva socialista.

La Constitución de 1978 es, sin duda alguna, el punto de referencia de todos los demócratas de este país, sobre todo después de que la caja de los truenos del fascismo se abriera un 23 de febrero. Si en un principio se solían hacer referencia reiteradamente a que la Constitución no podía resolver por sí misma todos los problemas, hoy ha recuperado cierto carácter taumatúrgico frente a los enemigos de la libertad. Para los socialistas la apuesta constitucional es no sólo una apuesta de presente, sino del futuro, por cuanto el empeño conjuga la consolidación de la democracia con la transformación de la sociedad. Gregorio Peces-Barba quiere que su libro contribuya al empeño de llevar a todos los españoles el espíritu y la letra de la Constitución. En esa tarea hay que continuar.

(\*) Gregorio Peces-Barba, con la colaboración de Luis Prieto Sanchis.: *La Constitución española de 1978. Un estudio de Derecho y Política*. Fernando Torres Editor, S. A. Valencia, 1981.



## CINCO AÑOS DE JULIAN MARIAS

José Manuel Morán

A D. Julián Marías se le ha reconocido, de siempre, ser el discípulo más preclaro de D. José Ortega y Gasset, así como su más riguroso exegeta. La brillantez de sus primeros pasos intelectuales, su honestidad profesional y su actitud de despego respecto al régimen anterior, aun a costa de no poder ejercer su vocación de profesor en la Universidad oficial, elevaron esa primera estimación de alumno aventajado y prometedor a la valoración, casi unánime, de que Marías era uno de los pocos intelectuales de cierta talla con que contaba el país. Tal reconocimiento generalizado no le ensoberbeció hasta el punto de intentar suplir al maestro —lo que hubiera sido imposible y grotesco— ni le envaneció lo suficiente para que abandonase un tono de sobriedad y mesura que le honraba y que contrastaba con la charlatanería superficial de más de un colega que, con menos méritos y capacidad, se prodigaba profusamente.

Esta discreta postura de D. Julián no le impidió, no obstante y para bien de la cultura española, opinar sobre lo humano y lo divino, lo serio y lo festivo, lo técnico y lo artístico, lo individual y lo social, tal como ya lo hiciese en su día Ortega en tantos y tantos escritos. Estas opiniones han aparecido, pues, con regularidad en la prensa y en las tribunas y han sido el acompañamiento vulgarizador de una

producción bibliográfica que no puede considerarse exigua. Sin embargo, nunca Marías se había atrevido a traspasar la frontera que separa la reflexión reposada que sobre el entorno cotidiano a todo intelectual se le exige de aquél otro terreno, en extremo resbaladizo, desde el que algunos pensadores se invisten de una autoridad moral desmesurada e inapropiada, pontifican sobre el devenir histórico y aconsejan paternalmente a sus conciudadanos sobre cómo deben comportarse. Nunca, claro está, hasta que con la muerte del dictador algunos buscaron en el hasta entonces aislado profesor una voz autorizada que sumar a las de los voceros a sueldo para explicar el confuso proceso político de lo que, eufemísticamente, vino a llamarse la transición.

Es entonces cuando Marías empezó a dejar de ser el Marías que todos hemos respetado en su momento y comenzó su transformación hacia el escritor politizado que, de no conocer su trayectoria vital, bien pudiera pensarse que repetía consigna —o las adcentaba ideológicamente— por mor de algún beneficio personal. En esta nueva faceta, D. Julián ha esparcido a los cuatro vientos explicaciones en exceso simplificadoras, ha prodigado valoraciones tan sesgadas que rozaban la adulación innecesaria y ha hecho excursiones a parajes intelectuales nunca frecuentados por él con el riesgo evidente de hablar desde su inculificación en esas materias. En definitiva, no ha escrito sobre lo que pasaba, sino que ha creído que pasaba lo que escribía.

Con la conclusión del libro que se va a comentar seguidamente, confiamos que no sólo cierre la serie que iniciase con *La España real*, sino que tam-

bién nos devuelva al Marías de siempre, muy alejado de éste que a nadie convence por más que a algunos les sirva. Sus últimas palabras no son las voces que hoy se escuchan en la España real y sí las alambicadas interpretaciones que se entrecruzan en los cenáculos del *establishment* madrileño.

*Cinco años de Julián Marías.*

Desde esa confianza en recobrar al intelectual, hemos leído un *Cinco años de España* (\*) que es un conjunto esmerado de algunas de las interpretaciones politizadas a que se ha hecho alusión. Interpretaciones que se refieren a la reforma política, al acceso de nuestro país a Europa, a la vida de los partidos, al desencanto, a la Constitución, a la guerra civil y a un sinfín más de temas sustancialmente sugerentes, pero superficialmente abordados y sustanciados. Este libro del ilustre académico, colofón según reza el subtítulo de *La España real*, es esencialmente un libro optimista, aunque no se justifique con hechos, cifras y esperanzas viables el optimismo que se pretende infundir. Y es en este carácter afirmativo —más que positivo— sin fundamento, donde radica la endeblez de un texto escrito con la galanura a que nos tiene acostumbrados D. Julián, pero alejado en demasía de la realidad. Retomando la célebre frase de Ortega ante la realidad republicana e imbuido de una fe de carbonero, Marías nos parece decir, desde estas páginas, *¡Es esto, es esto!*

Esta visión rosácea del acontecer nacional, que se inicia con un trabajo sobre nuestro paisaje, donde se han aunado los tópicos del *erotismo* de los horizontes andalu-



ces con la belleza de los pantanos (sí, han leído bien, los pantanos) visionados ahora como hermosos lagos artificiales, tan pronto ensalza el verdecer de los páramos, como equipara nuestros problemas a los de los países desarrollados de Occidente. En medio de tanta euforia quedarán sugestivas interpretaciones, apreciaciones discutibles, comentarios elogiados y tesis que deben rechazarse de inmediato.

Así, resulta sugestiva otra vez la interpretación de que España es «transeuropea» y que puede enriquecer a la «intraeuropa» con su incorporación y la del mundo hispánico con quien está indisolublemente engarzada. Rigurosa y cuidada resulta la reflexión sobre el dilema *español* o *castellano* para denominar a nuestro idioma y con cuyas conclusiones, por lo sensatas e implícitamente sustentadas históricamente, es difícil no coincidir, a no ser desde posiciones sectarias o frívolas. Admisible es el ensalzamiento que hace del pensamiento español, aunque resulte un poco fuerte leer el nombre de Rosa Chacel junto al de D. Antonio Machado para justificar esas glorias. De agradecer es, por el contrario, que recuerde los sufrimientos y calamidades de los vencidos tras la guerra civil, y digno de encomio es que testifique de un valeroso pueblo que nunca se dejó envilecer. Ahora, cuando la democracia y la libertad parece que hubiera que agradecerla a cuatro jóvenes, con «visión de Estado» eso sí, conviene recordar tanto pesar, tanto dolor y tanta represión, en un acto de justicia que, sin romper el clima de reconciliación que a todos nos obliga, reivindique la memoria y el coraje de los que nos precedieron en la defensa de nuestra dignidad colectiva.

Acertada es, por último, y más en medio de tanta beatería constitucional, la observación de que el vigente texto constitucional tiene su principal bondad en su existencia y no en su contenido ni en su forma, lo cual permite el distanciamiento preciso para recordar siempre que la Constitución debe estar al servicio de los hombres y no al revés, como si fuese un texto sagrado e irrefutable.

Pero no todo es ligeramente discutible, admisible o elogiable en esta colección de artículos. Entre ellos hay temas que conviene contestar, pues ni se ajustan a la realidad, ni son enunciados o leídos tan desinteresadamente como la prosa cuidada de Marías permite camuflar. Hay temas que, por su trascendencia, merecen un comentario particular, como son los relativos a la reforma política, las causas de la guerra civil, el desencanto y los problemas españoles que nos aquejan.

### *La reforma política.*

De la reforma política, dice el autor, que acabó con el régimen anterior en su totalidad, dando paso seguidamente a algo nuevo y casi, podría decirse, inesperado. Esta reforma, contrapunto, según él, de una ruptura democrática que pretendiese empezar *de cero*, es descrita como una operación plena de inteligencia política, generosidad de miras, adecuada en sus fines y pausada en sus modos, y que se ha hecho, paso a paso, desde la «liberalización» a la «democratización». El exsenador real parece olvidar que la Ley para la Reforma Política fue la última Ley Fundamental del franquismo y no ha meditado, o no ha querido meditar en voz alta, sobre el alcance continuista de

la disposición derogatoria incluida en el vigente texto constitucional.

En ocasiones anteriores he escrito, con mis compañeros de *Reflexiones Socialistas*, que «el continuismo inicial, tras la muerte de Franco, no menguó lo más mínimo el poder económico y social de las clases dominantes, ni renovó, sustancialmente, a una clase dirigente que lo único que tuvo que hacer para adaptarse fue aprender, apresuradamente, ciertos modales democráticos (...) instrumentándose una confusa transición que no ha sido, a la postre, otra cosa que una hábil reforma desde dentro». Reforma que ya fuese entrevista por el equipo de Jorge de Esteban cuando redactase un renombrado dictamen (*Desarrollo político y constitución española*) allá por 1973, y que tras ser presentado en altas instancias, fue difundido como libro, hoy tan sorprendentemente olvidado como difícil de encontrar.

Así, a pesar de que en el plano de las estructuras jurídico-políticas se haya alcanzado un resultado final parecido al propugnado por la izquierda, y aunque para ello se haya tenido que violentar, ciertamente, el ordenamiento anterior yendo más allá de lo que Esteban y sus mentores se atrevieron a sugerir (vivía todavía D. Luis Carrero Blanco, no se olvide) siento discrepar de que el régimen anterior haya desaparecido en su totalidad. Cuarenta años de historia son difíciles de borrar y los hábitos o vicios de esos años perviven tanto más cuanto más perenne sea la estructura socio-económica en que se asentaba. Y esa base sigue donde estuvo siempre y sus dueños han perdido el miedo inicial que les inquietó momentáneamente, pues ya saben lo que dan de sí las tribu-



nas parlamentarias y se regocijan de ver cómo los partidos de la izquierda destiñen sus programas, moderan sus propuestas y se aprestan a darles explicaciones de sus comedidas actuaciones.

### *La guerra civil.*

Pero si interesada pudiera parecer esa alabanza de la reforma suarista, adecuada convenientemente con el consenso de otras fuerzas políticas, incomprensible resulta que el último editorialista del *ABC* republicano simplifique las causas de la guerra civil hasta culpar a los extremistas de uno y otro bando como responsables de la tragedia que arrastró a todos. Olvidar las circunstancias internacionales, la intervención de los fascismos extranjeros, la inhibición suicida, como se vio más tarde, de los regímenes parlamentarios, las condiciones socio-económicas y, fundamentalmente, la intransigencia de los poderes tradicionales ante el intento de modernizar la vida española que representó la República, es olvidar las verdaderas causas del conflicto, además de contribuir a juzgar con igual rigor a los que se alzaron contra la legalidad y a los que, con espíritu ciudadano, se aprestaron, con riesgo de vidas y haciendas, a defender esa legalidad.

Puede ser que a D. José Prat le valgan explicaciones tan esquemáticas y maniqueas, pero es lamentable que el autor se acerque a las tesis de un Serrano Súñer cuando afirma que el exceso de politización y el ocio cerril entre compatriotas fue el caldo de cultivo que aprovecharon los ultras de la derecha y la izquierda para sus objetivos. Los que no vivimos aquellos dramáticos momentos, aún con muchos datos y vivencias,

por supuesto, no podemos por menos de discrepar de tanta banalidad, pues si nuestros antepasados se politizaron y enfrentaron fue porque los dueños del país pusieron todo tipo de obstáculos para que España asumiera su modernidad. La crisis económica —la mala suerte que señala Marías— y las circunstancias sociales e internacionales coadyuvaron a los propósitos de aquéllos que no tuvieron reparo en organizar un levantamiento militar para defender sus seculares intereses. Los extremistas fueron la comparsa del drama, pero nunca ni sus guionistas ni los que protagonizaron la tragedia de un pueblo que perdió la vida de millares de sus miembros y la libertad de todos ellos.

### *Los problemas españoles: ¿es ésto, es ésto?*

Por último, Marías aborda la situación actual de nuestra vida colectiva. Señala acertadamente cuál es la crisis de los partidos al denunciar su carencia de programas —sustituídos por los «catálogos de deseos»— su debilidad orgánica y su dependencia del electorado para ser alguien en la política española. Pero si acertado es ese diagnóstico errado resulta que se congratule de la falta de interés por la política que, a nuestro juicio, amenaza con dar al traste a todo el sistema vaciándole de contenido. Es difícil no estar de acuerdo con la frase de Ortega que trae a colación («la política es un orden instrumental y adjetivo de la vida», orientado a que «la vida personal logre su más fácil expansión»), pero una cosa es poner a la política en un sitio y otra que la mayoría de la ciudadanía la considere ajena e independiente de su vida cotidiana.

El desencanto, el desinterés y la indiferencia no son fruto de campañas insidiosas para que triunfen aquellas ideologías con seguidores más activos e incondicionales, sino el fruto lógico de una democracia que no aborda con rigor y coraje los males seculares de la Patria. Si los autores del 98 resultan vivos y actuales es porque muchos de aquellos males que ellos denunciaron siguen latentes e irresueltos, ya que España sigue sin modernizar en profundidad su vida colectiva. Las tensiones que el desajuste con la realidad social y económica produce esa falta de modernidad, unidas a las sacudidas que la crisis internacional nos proporciona, justifican sobradamente que para muchos españoles las cosas no hayan cambiado, aunque ahora tengan más libertad de expresión para decir que siguen sin participar en la gobernación del país. Ciertamente, la mera existencia de la democracia es un bien, pero no se verá como tal esa nueva estructura política si no se usa para solventar los graves problemas que nos acucian.

Marías se conforma, a lo largo de estas páginas que se comentan, con que a los problemas que antes teníamos, hemos restado el de la democratización del juego político, que la dictadura anterior impedía. Otros, a la vista de cómo crece el número de parados, de cómo desciende la competitividad internacional de nuestra economía, de lo raquíptica que es la militancia sindical, de lo provinciana y poco preparada que se muestra nuestra clase política y, en fin, cuando se escucha lo que se dice en la calle y se observa cómo nuestros conciudadanos se desentienden de las escaramuzas políticas de salón que ofrece la vida oficial, no podrán por menos que argumen-



tar ante el ¡Es ésto, es ésto!, que proclama implícitamente D. Julián, que la democracia debe ser *algo más que esto* si se quiere que la España real coincida con la España oficial, y el país empiece a estar en manos de todos los españoles.

(\*) Julián Marías. *Cinco años de España (conclusión de la España real)*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1981.

## ¿TAL COMO ERAMOS?

Juan Antonio  
Matesanz

En este mes de febrero se cumplen 26 años de unos acontecimientos que ejercieron un decisivo influjo en el proceso social, político y cultural de la España contemporánea. El 9 de febrero de 1956, a la altura de lo que es hoy el cine *Bulevar*, en la calle de Alberto Aguilera —que todavía entonces era un *bulevar*—, de Madrid, se encontraron dos manifestaciones de signo claramente contrapuestas: una, procedente de la calle de Víctor Pradera (ahora, otra vez, Juan Alvarez de Mendizábal), compuesta por falangistas pertenecientes, en su mayoría, a la llamada *Centuria 20* de la Guardia de Franco; otra, de estudiantes, que subía desde la glorieta de San Bernardo (hoy Ruiz Giménez). Antes de que se produjera el choque físico entre las dos concentraciones se oyeron unos disparos de armas cortas y dos jóvenes falangistas cayeron sobre el pa-

vimento, uno de ellos, Miguel Alvarez, herido de extrema gravedad en la cabeza. Según el parte médico, la bala había seguido una trayectoria de detrás adelante, penetrando de abajo arriba. Durante mucho tiempo, el joven falangista estuvo entre la vida y la muerte.

A consecuencia de aquel suceso se cerró la Universidad de Madrid y numerosos estudiantes y algunas personalidades liberales fueron detenidas. Inmediatamente, también, se desató una furiosa e histérica campaña contra los presuntos responsables de todo aquello. Como diría el semanario fascista *El Español*, «la conjura tiene nombres propios».

El estampido de las detonaciones de Alberto Aguilera cogió desprevenidos a la mayoría de los españoles y sirvió, entre otras cosas, para sacudir muchas conciencias adormecidas y sembrar de lógica alarma las filas de la pesada burocracia franquista, que veía —aún de manera hartamente confusa— ensombrecerse el horizonte de su seguridad, amenazada desde dentro mismo del Sistema. Uno de los aspectos del nuevo problema con el que el franquismo tenía que habérselas era, precisamente, la índole de las personas implicadas en esa «conjura con nombres propios», pues los tales nombres pertenecían en su casi totalidad a criaturas del Régimen: Ridruejo, Sánchez Mazas, Pradera, Laín Entralgo (Rector de la Universidad de Madrid), Ruiz Giménez (Ministro de Educación Nacional), cómplices, estos últimos, en unión de otros muchos, de la nueva conspiración comunista contra España.

A la altura de 1982 puede resultar bastante difícil para muchos hacerse una idea mínimamente precisa de lo que supusieron aquellos aconteci-

mientos en una España pobre y desaliñada, que intentaba todavía cubrir pudorosamente su desconsoladora intemperie cultural, económica, política y social. Madrid era entonces una ciudad de cielo claro y de frío duro, como la vida de la inmensa mayoría de sus habitantes. Probablemente, nunca como en aquellos años fue con más razón el «poblachón manchego» del que hablan algunas crónicas. Madrid tenía ruido de tranvías, viejos y renqueantes, olor a sardinas asadas y a cocido, mezclados con el de frituras de pescado barato. Salvo las de la calle de San Bernardo, la Casa del Libro, en Gran Vía; Fernando Fe, en Sol, y Buccholtz, en Recoletos, pocas librerías abrían sus puertas al atrevido o al *loco* que se aventuraba a leer y a preguntar por ciertos libros. El cine y el fútbol constituían las coordenadas fundamentales sobre las que discurrían las principales inquietudes culturales de la sociedad española.

España todavía era un país básicamente agrario y muchos sectores económicos aún no habían recuperado los índices de producción de los años 34 y 36. Los coeficientes de analfabetismo se mantenían en cotas abochornantes y la enseñanza, en su práctica totalidad, estaba severamente controlada por la Iglesia Católica. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que intelectuales y profesores no vinculados con el Nacional Catolicismo y el Opus Dei consiguieran introducirse en ese bastión de carandunia retrógrada y revanchista que los vencedores de 1939 habían hecho de la Universidad española.

En 1956 hacía dos años escasos que el socialista Centeno había sucumbido a un «hábil interrogatorio» en los sótanos de la Dirección General de Seguridad; catorce o quin-



ce desde el primer rebrote de actividad clandestina; ocho de la retirada de las guerrillas del norte de España; aproximadamente el mismo tiempo de las primeras huelgas o, por decirlo con más exactitud; del primer *boicot* público a los transportes urbanos y cuatro desde el Primer Congreso Nacional del SEU, cuyas consecuencias a medio plazo fueron tan distintas de lo que pensaron sus organizadores. En 1956, hacía tan sólo un año que habían desaparecido las tristemente célebres «cartillas de racionamiento» y que se había liberalizado el comercio interior de artículos de primera necesidad. Las fronteras levantaron sus barreras cuatro años antes, y entre 1953 y 1956, el Régimen había restablecido relaciones diplomáticas con buena parte de los países occidentales, firmado un acuerdo de Arriendo de base sobre territorio nacional a los Estados Unidos de Norteamérica y suscrito un Concordato con el Vaticano, siendo Papa Pío XII.

Si hasta 1953 la Universidad española había sido un marco apacible y recogido, donde el máximo número de estudiantes por Facultad y Escuela Técnica Superior no rebasaba unos pocos centenares, a partir del curso 1953-54 esta situación cambia y, aunque no puede decirse que comience el proceso de masificación, sí es cierto que las cifras de matriculados se multiplican velozmente. Recuerdo, a este respecto, las cifras que el decano de Derecho, Juan Iglesias, nos dio en cierta ocasión durante aquel curso 1953-54: nos habíamos matriculado en 1.º de Derecho, entre libres y oficiales, ¡la escalofriante cifra de 3.017 alumnos! Este salto obedecía a varias causas de diverso significado. De una parte, la economía no ofrecía muchos puestos de trabajo a

los jóvenes de la clase media de entonces, cuyos padres procuraban retrasar el encontronazo de sus hijos con la sociedad mandándoles a la Universidad; de otra parte, el prestigio que la posesión de un título superior tenía para la clase media española y, por último, que los precios de matrícula eran, hasta cierto punto, soportables para las familias de la burguesía media y baja y para algunos sectores de la nueva clase obrera emergente. Así, si la memoria no me engaña, la composición social de la Universidad de los años 50 era fundamentalmente alto y medio burguesa, con un 1 ó 2 por ciento de origen obrero y de clase media baja. Por lo demás, casi todos los estudiantes habían cursado el Bachillerato (entonces de siete años, con una Reválida o Examen de Estado final) en centros de enseñanza religiosos. Sólo una minoría muy exigua procedía del Liceo Francés, de los Institutos Ramiro de Maeztu, Cervantes y Cisneros y de la enseñanza privada laica, principalmente.

Añadiremos, para acabar con esta semblanza apresurada de aquella generación, que otra de las características generales de la sociedad española de los 50 que empezaba a advertirse era la de su juventud. La pirámide de población en España era todavía una pirámide casi perfecta: afilada en su cúspide y progresivamente ensanchada hacia su base.

Todos estos datos, escritos de memoria, y otros muchos se echan de menos en la obra de Pablo Lizcano *La Generación del 56. La Universidad contra Franco* (\*). El empeño de Lizcano es encomiable, no sólo por el número de páginas escritas (282), sino también por el empeño mismo. Desde hacía tiempo se venía hablando por parte de algunos de la

necesidad y hasta la conveniencia de dejar constancia escrita de lo que fue y significó el 9 de febrero de 1956 en la historia reciente de nuestro país. Sin embargo, hasta ahora nadie lo había intentado seriamente. Pablo Lizcano lo ha hecho, y eso de por sí es importante y supone una aportación a la historia de los antecedentes de la España de los ochenta. Merece, asimismo, elogios el tono ameno y, en cierta medida desenfadado, que se advierte en el libro. *La Generación del 56* es una crónica leve, casi una charla, de lo que fueron unos jóvenes que, como dice el autor, hoy ocupan los puestos de responsabilidad en la política, la Administración, la economía y la cultura españolas.

Sin embargo, en el libro de Lizcano se echan de menos, entre otras cosas, un análisis, siquiera fuera somero, de las coordenadas y del substrato ideológicos de aquella generación; su relación con el exilio y la virtual participación de éste en los acontecimientos que sirven de nudo de la obra y en los que les sucedieron como derivación de los primeros. También está ausente del relato la situación de España en esos años, tanto en el plano económico como en el político y el diplomático. Y, a la vez, nos parece que sobran muchas páginas de anécdotas que, si bien dan amenidad al libro le restan profundidad y, en algunos casos, capacidad de convicción. Por otra parte, el papel desempeñado por la generación en los años que siguieron y su presencia en las organizaciones políticas que van surgiendo en los años sesenta tampoco está suficientemente explicitado. La obra se pierde en la descripción de las vicisitudes de unos cuantos personajes de la historia sin que llegue a despegar de ese suelo trivial y ligero de la



cuasi-crónica de la sociedad, o del relato de aventuras. En ese sentido, el libro nos parece en parte fallido. Acabada su lectura, nos queda un vago sentimiento de insatisfacción y nos asalta la pregunta: ¿Eramos así?, y otra: ¿Están todos? A la primera resulta prácticamente imposible responder desde las páginas del libro de Lizcano. En rigor, el problema ni se ha planteado. Respecto de la segunda, advertimos ausencias, sobre todo a partir de los primeros sesenta.

En cualquier caso, el libro sirve como una primera referencia, incompleta, bastante superficial; pero, al fin y al cabo, en alguna medida ordenadora de unos datos y relatora de unos hechos que hasta ahora nadie había reunido en una sola historia. Quedan para intentos posteriores el análisis ideológico-político, el sociológico y el económico de esa generación y de aquellos años.

(\*) Pablo Lizcano: *La Generación del 56. La Universidad contra Franco*. Editorial Grijalbo. Madrid, 1981.

## LA DOBLE LIBERACION

**Antonio  
Santesmases**

El libro de Luis Gómez Llorente y Victorino Mayoral<sup>1</sup> no es una obra más de pedagogía, tampoco forma parte del acervo habitual de la sociología de la educación. Estamos ante una propuesta de política educativa. Un ensayo

importante sobre la escuela pública comunitaria, una reflexión y una alternativa al actual modelo de la enseñanza estatal burguesa, centralista y burocrática, y al modelo educativo confesional, al grupo social apiñado en torno a un Ideario. Para realizar esta reflexión, para propiciar esta alternativa, evidentemente se parte de un análisis histórico-social del fenómeno educativo en nuestro país: desde la lucha entre liberales y confesionales en el siglo XIX hasta la ley general de educación del tardofranquismo, pasando por la escuela moderna, la escuela nueva, la institución libre de enseñanza, la obra pedagógica de la Segunda República, la expurgación franquista y la dictadura cultural del nacionalcatolicismo... este análisis histórico-social va acompañado por el bosquejo de una teoría de la educación, fundamentada en la necesidad de una pedagogía viva que revolucione metodológicamente la pasividad, el adoctrinamiento, el dogmatismo de la enseñanza tradicional. Análisis histórico-social y teoría de la educación están presentes en la obra como soportes argumentales de una propuesta política, de un proyecto educativo para realizar aquí y ahora.

La política educativa es, quizá, uno de los lugares donde se explicita más claramente la concepción política general, el modelo de sociedad que subyace a las alternativas de las distintas fuerzas sociales. La alternativa que nos presentan los autores se ha ido fraguando lenta y trabajosamente a lo largo de toda la década de los años 70. Desde la alternativa democrática a la enseñanza del Colegio de Licenciados a la batalla legislativa en torno al estatuto de centros escolares: discursos, artículos, declaraciones, polémicas

electorales, disputas parlamentarias, inclusive el abandono de la ponencia constitucional; toda esta polvareda ha levantado el tema educativo en nuestro país. La lucha ha sido larga y, sin embargo, no ha hecho sino comenzar. Cuando escribo estas líneas el gobierno ha enviado a las Cortes, mediante el trámite de urgencia, la ley de financiación de la enseñanza obligatoria (es decir, la batalla por subvencionar a los centros privados confesionales). Para ir bien pertrechado a esta pelea conviene leer y releer las páginas de esta obra.

Obra que nunca olvida el contexto político en el que se enmarca el debate escolar. Ni el contexto ni el modelo de cambio social que auspician aquellos que prefieren mantener claramente sus ideas antes que dejarse seducir por ningún señuelo electoralista. No cabe duda que dado el actual grado de desideologización de las alternativas políticas, corremos el peligro de reproducir todos el mismo lenguaje: progreso, modernización, democracia, libertad, eficacia, justicia, sentido del Estado, perspectiva nacional... sin saber, al final, dado el grado de similitud en los términos, si hay diferencia en los contenidos.

En el campo del debate escolar la efervescencia de los términos es inagotable: sociedad pluralista, democracia escolar, libertad de enseñanza, totalitarismo, estatismo, uniformización, imposición... para lograr descubrir las fuerzas sociales, los intereses económicos, las ideologías políticas que subyacen a tan amplio vocabulario conviene desentrañar qué entienden cada cual por cada uno de estos conceptos.

La primera sorpresa que sentimos cuando nos asomamos al actual panorama educativo es el comprobar el in-



menso poderío de la iglesia católica. Durante los años del franquismo la presencia activa en la resistencia contra la dictadura de grupos cristianos de base, de comunidades populares, de cristianos por el socialismo, de curas rojos, de comunistas en la iglesia, todos estos fenómenos y personajes: Llanos, Díez Alegría, García Salve, Comín, Gamo..., hizo creer a muchos que, si no toda la iglesia, al menos una parte muy sustantiva había cambiado. Esa transformación *profunda* de la antigua aliada del trono, de la cómplice de la dictadura, pronto se vio que ni era tan extensa ni tenía tal grado de profundidad. La metanoia no había llegado tan lejos; un cristiano progresista como Joaquín Ruiz Jiménez tuvo noticia de ello en las primeras elecciones democráticas.

Hoy son los grupos mesiánicos los que han ido desapareciendo ante la complejidad de la sociedad industrial democrática, y la iglesia jerárquica la que ha ido retomando posiciones. Hay que decir en su honor que dando muestras, una vez más, de una suprema inteligencia estratégica. Directamente no hay partidos confesionales, pero la jerarquía sabia y prudentemente apoya a aquellos que defienden el humanismo cristiano. Probablemente existen muchas lecturas del humanismo cristiano, y si seguimos a González Ruiz ni siquiera el cristianismo es un humanismo. De las múltiples lecturas posibles del tema se ha ido imponiendo, no obstante, la neoconfesionalidad, el derecho a la vida y la libertad de enseñanza. Es decir, la restricción del derecho al propio cuerpo y la anulación de la libertad de cátedra. La batalla de los neoconfesionales en contra del aborto y de la escuela pública no ha hecho si-

no comenzar a desplegar sus velas. La inteligencia de la estrategia está no sólo en arrebatarse el lenguaje del enemigo, sino en colocar decisivamente sus hombres en aquellas formaciones políticas que puedan representar mejor los intereses confesionales sin constituir un partido directamente cristiano. Es preferible que perviva la ACNP que plantear un contencioso por cuestión de siglas.

¿Cómo arrebatarse el lenguaje? Los antiguos verdugos de la discrepancia, conscientes de que la secularización inevitable impide cristianizar todas y cada una de las realidades, ya no optan por la confesionalidad del Estado, se conforman con mantener inexpugnables sus antiguas fortalezas espirituales. Apiñados en torno a un Ideario, pretenden segregar cualquier contaminación venenosa que pueda poner en cuestión la homogeneidad y la disciplina interna. ¿Qué se esconde debajo de la interpretación burguesa del concepto de libertad de enseñanza? Simple y llanamente los principios básicos del capitalismo aplicados al terreno de la enseñanza: libre iniciativa para erigir centros de enseñanza; capacidad libre para dirigir, mantener, regular, contratar y despedir a los trabajadores del centro; libre oferta, clara y homogénea, en el mercado, para que los padres puedan optar «racionalmente» por el modelo de escuela que prefieran. La libertad de iniciativa, la libertad de mercado, choca con el principio clásico capitalista de la libre competencia. También para esto tienen argumento los neoconfesionales: para que sea justa la *competencia* con el Estado es imprescindible subvencionar los centros privados de enseñanza.

Las grandes congregaciones religiosas de la enseñanza pre-

tenden salvaguardar las propiedades obtenidas durante el franquismo, acrecentadas con las sustanciosas subvenciones de la democracia, sin que ésta (la democracia) penetre en la comunidad escolar. La democracia está en el elegir no en el regular ni en el coordinar, el proponer o el decidir. El poder laboral ideológico del patrono debe ser absoluto, absoluto en el seleccionar y cribar al personal docente y en el despedir y reprimir al trabajador díscolo. El miedo debe guardar la viña. Monseñor Montero lo expresa inequívocamente: «Si un profesor anticristiano hace propaganda de sus ideas, el centro se encuentra atado porque el profesor se acogerá a sus derechos laborales»; «entre las condiciones laborales del centro debería estar la aceptación de su ideología, sería como una cláusula de conciencia<sup>2</sup>. Ya lo saben todos los licenciados en paro que tengan que franquear las puertas de la enseñanza privada confesional: o aceptan la dictadura del patrono o se buscan otra ocupación. En la enseñanza privada confesional la libertad de experimentar, de investigar, de errar, de equivocarse, la libertad de cátedra, en definitiva, está excluida. La libertad para el *error* no puede tener espacio. El liberalismo interno, el pluralismo, sigue siendo pecado.

Yo recomiendo leer esta obra, simultaneándola con las últimas declaraciones de la patronal privada confesional, con las afirmaciones del padre Martínez Fuertes a la revista *Cuadernos de Pedagogía*. El polifacético sacerdote (últimamente eficaz apoyo electoral de la derecha en Galicia) lo dice inequívocamente: los centros de Ideario no pueden «permitir el pluralismo dentro del centro so pretexto de la libertad de cátedra, que tiene



su inconveniente en que a determinadas edades y a determinados niveles hay que proteger a la juventud o a la niñez para que no sean manipulados desde las ideologías»<sup>3</sup>.

Evidentemente, la doctrina cristiana y el proselitismo de las almas no son ideologías. Los *ideólogos*, los tergiversadores, los que tratan de penetrar en el sagrado recinto como nuevo caballo de troya con intenciones manipuladoras, son los *otros*: los de la faz torva y totalitaria, aquellos que quieren controlar políticamente la escuela para envilecer los espíritus y seducir los corazones.

Realmente cuando nos enfrentamos con el tema de la educación en nuestro país, aquí y ahora, no sabemos si reír o llorar. El espectro parece irreal, los personajes fantasmagóricos, las pesadillas de nuestra infancia recuperadas. Los defensores de una enseñanza férreamente confesional, con una rígida disciplina interna, pretenden mantener ese tipo de funcionamiento que implica restringir la libertad de expresión de miles de alumnos, siendo subvencionados por el Estado. Efectivamente, como dicen los autores de la obra, pretenden alzarse con el santo y la limosna.

Es tan explícito el proyecto que el enemigo se dibuja nítidamente. Es importante, por ello, insistir machaconamente, como hacen los autores, que el modelo que defienden de escuela debe estar liberado de esta dictadura del patrono, pero también debe liberarse de los hábitos centralistas, autoritarios y burocráticos del Estado.

Antes de entrar en una reflexión sobre la actual ordenación de la enseñanza estatal convendría que nos preguntásemos por la función de la escuela, por su grado de in-

fluencia en la transmisión cultural y en la colonización de los comportamientos. Como ha señalado acertadamente Alberto Moncada, el influjo actual de la escuela frente a la televisión, la familia, las pandillas, los cómics, la cultura de la droga es cada vez menor. Existe un profundo abismo entre la vieja cultura escolar y la subcultura juvenil<sup>4</sup>. Las aburridas horas de la escolaridad obligatoria, el enciclopedismo estéril, los mecanismos de control, de criba, de exclusión, para ir seleccionando a los más aptos, van generando un modelo de educación cuya función básica (fenecida la utopía meritocrática del capitalismo de la abundancia) es almacenar, aparcarse, guardar a los menores, a los adolescentes forzados, para que la calle no arda. La educación se ha convertido en la gran guardería juvenil del Estado contemporáneo. Guardería, por lo demás, imprescindible para mantener el actual ordenamiento urbano industrial.

La ruptura de la utopía meritocrática vertebrada en torno a la educación tiene unas consecuencias sociales importantísimas que conviene analizar. Consecuencias que afectan tanto al modelo privado confesional de enseñanza como al estatal burgués y que, a su vez, ponen serios condicionamientos a un desarrollo del modelo público comunitario que defienden los autores de la obra que comentamos.

La vieja utopía de la igualdad de oportunidades se ha venido abajo: no todo el mundo puede estudiar, nos dicen los técnicos ministeriales<sup>5</sup>, la masificación universitaria es fuente de despilfarro y vivero de frustraciones. Cuando se ha estado bombardeando durante años a la opinión pública con toda la soflama modernizadora y re-

dentorista de la educación como la mayor y mejor inversión, y, pasados los años, se asiste al espectáculo poco alentador del número de licenciados en paro, no cabe duda que los mensajes que llegan al almacén escolar no pueden ser más preocupantes. La frustración cotidiana, la agresividad violenta en ocasiones, crece por momentos en contra del sistema escolar. Los distintos sectores que componen la comunidad escolar podrían llenar páginas y páginas de quejas y lamentaciones: desde la desconsideración social de la función docente hasta la gran bolsa de parados como *premio* al esfuerzo y a la entrega, pasando por la inutilidad del pluriempleo, de las horas extras, de los sacrificios, para que se produjera un ascenso social que no llegó.

El aparato escolar, en el actual modo de producción capitalista, tiene que *certificar* la justicia de la actual división de clases, la inevitabilidad de la existencia de esas mismas clases, de la división del trabajo según el mérito, el conocimiento, la capacidad, la inteligencia. En situaciones de crisis económica, como la actual, esa reproducción exige una fuerte exclusión, una dura marginación de los más. La muerte escolar está a la orden del día. Para los pocos que llegan la relación entre las pacíficas horas de la escolaridad obligatoria y el mercado ocupacional, entre los certificados y diplomas académicos y los puestos de trabajo, en muchas ocasiones no existe.

Si volvemos, por un momento, la vista atrás, podemos recordar la enorme diferencia entre la actual situación de la juventud almacenada, aparcada, y los jóvenes del 68. En plena efervescencia de la sociedad de la abundancia aquellos estudiantes recha-



zaban la integración dorada, la sutil manipulación que el poder ejercía sobre ellos para convertirlos en nuevos y más eficaces agentes del orden social, sin transformar las estructuras del sistema. Los hijos de la burguesía decían basta al intento de convertirlos en los sociólogos racionalizadores de los conflictos de la sociedad industrial avanzada, en los psicólogos investigadores del control cerebral, o en los pedagogos redentores del marginado a través de la reinserción social. Era la época del reformismo de las tecnologías dulces. La crisis capitalista ha asestado un duro golpe a todas esas funciones asistenciales del Estado providencia, las tecnologías persuasivas comienzan a ser sustituidas por tecnologías duras, salvajes, brutales. El neoliberalismo económico y el estatismo autoritario sustituyen al antiguo Estado social. En estas circunstancias, el problema de la juventud escolarizada ya no es como en la época de Cohn Bendit, no pasar por el tubo. La dramática realidad es que no hay tubo por donde pasar, es que, se quiera o no, forzosamente, los jóvenes tienen que seguir siendo eternamente adolescentes, no hay hueco para ellos en el mercado de trabajo.

Antes tales supuestos, la escuela como mecanismo de integración e innovación social, como instrumento de difusión de valores democráticos, como marco de experimentación de una convivencia comunitaria, esa escuela, puede hacer muy poco. Es importante ante la vivencia persistente en los medios protagonistas de la comunidad escolar, de la inutilidad del esfuerzo, de la inmodificabilidad del mundo exterior al recinto escolar.

Cuando se vive el entorno social como un destino inevitable, como un designio fatal

e intransformable, donde todas las alternativas son una y la misma cosa, donde el mundo indefectiblemente va de lo mismo a lo mismo..., cuando tal es el ambiente que se respira, la cultura como instrumento de liberación, o la educación como palanca para la libertad, o la democracia como ejercicio cotidiano de la capacidad de autogobierno..., todos estos lemas suenan y resuenan como bellas palabras propias de otro tiempo y lugar, de otra esfera, quizá de otra galaxia.

El asedio que significa, para la juventud escolarizada, un presente sin esperanza, disuelve la perspectiva juvenil entre la ética meritocrática y la ética de la evasión, ambas radicalmente alejadas de un proyecto comunitario. Entre la pequeña minoría de jóvenes aptos, de superhombres dispuestos a escalar paciente y con rigor y perseverancia, cada uno de los escalones de la pirámide... y la gran mayoría que vive la inevitabilidad de un trabajo alienado como futuro previsible (en el mejor de los casos) y la compensación de un ocio distinto, libre, en el reino de lo privado. Ambas perspectivas: meritocráticos y evadidos, aptos y no aptos, están lejos, muy lejos, de la pedagogía y del modelo escolar que proponen los autores de este libro; y lo están porque una vez más en la historia el ser social es anterior a la conciencia, y es muy probable, por múltiples razones, que su ser social actual no de para otra cosa.

Si a la miseria del medio estudiantil añadimos la progresiva conversión de los antiguos docentes en funcionarios guardianes del aparcamiento escolar, llegaremos a una conclusión enojosa pero cierta, terrible pero evidente; en la enseñanza estatal burguesa, los centros de enseñanza se

van convirtiendo en desiertos culturales. La falta de una infraestructura mínima, las aulas a tope, los alumnos hacinados, los horarios sobrecargados, la ausencia de una mínima autonomía en la gestión, son las lacras cotidianas. La decepción y el abandonismo embarga a muchos profesionales de la enseñanza. El muro de las lamentaciones es la imagen más expresiva de muchos claustros de profesores, incapaces de innovar, impotentes para transformar el entorno exterior, enmudecidos ante la hostilidad manifiesta de alumnos almacenados, y padres desconsolados ante el final de la gran ilusión, la educación como palanca de igualdad social.

Anteriormente, habíamos dicho que el panorama de la educación en España tiene mucho de escalofriante en cuanto se observa sin demasiadas telarañas. Es obvio que es escalofriante porque es producto de una sociedad ella misma escalofriante en su grado de irracionalidad y brutalidad. El modelo de sociedad, cada modelo de sociedad, implica un determinado modelo de escuela. La sociedad franquista produjo la escuela nacional-católica, y en sus postrimerías los primeros intentos de escuela tecnocrática. La sociedad democrática, con una democracia frágil y sin ruptura radical con el antiguo régimen, sigue soportando la escuela confesional y participa de la crisis de la escuela estatal burguesa. Para superar ambos modelos: el falso neutralismo, el clasismo, el centralismo y el burocratismo de la dictadura estatal sobre los centros, a la par que para contener a los antiguos verdugos travestidos en defensores de la libertad de enseñanza, va a ser necesaria una durísima batalla para la cual no contamos con demasiados elementos: ni con



un movimiento estudiantil fuerte, ni con un frente de enseñantes amplio. Al menos para iniciar o continuar esa guerra es de lectura obligada el libro de los autores que hemos intentado glosar.

<sup>1</sup> L. Gómez Llorente-Victorino Mayoral: *La Escuela Pública Comunitaria*. Ed. Laia. Barcelona, 1981.

<sup>2</sup> Ob. cit., pág. 138.

<sup>3</sup> Entrevista con P. Martínez Fuentes. *Cuadernos de Pedagogía*. Ed. Dédalo.

<sup>4</sup> A. Moncada: *Educación, aparcamiento de menores*. Ed. Dédalo.

<sup>5</sup> Ver art. «El paro de los Licenciados». *El País*, 17 de enero de 1982.

## EL TIMO DEL MITO «NOSTRADAMUS»

Reyes Mate

La historia de los libros es tan inextricable como la de cualquier otro aspecto de la vida de los humanos. Pocos son los libros buenos a los que se les ha reconocido su valía desde el primer momento: la mayoría de las obras importantes conocidas han tenido que esperar mejores tiempos, casualidades venturosas. A veces se consigue que la buena ventura de la circunstancia fortuita permita descubrir la calidad intrínseca del libro. Pero hay otras en las que el éxito espectacular de la obra lo único que descubre son sus reforzantes desnudeces.

Este último puede ser el caso del *Nostradamus*, *historiador y profeta* (\*). Un libro que, por caminos imprevistos, está consiguiendo que se ha-

gan verdad las aspiraciones del mago provenzal del siglo XVI: ser conocido por todo el mundo. Casi un millón de ejemplares vendidos en pocos meses; veinte millones de pesetas por los derechos de traducción al castellano, traducciones en inglés, italiano, alemán, japonés, griego..., primeras portadas en las grandes revistas de todo el mundo.

Viejo proverbio es el de que no todos los libros que se compran se leen. Y, desde luego, menos en este caso. Porque no es éste un libro entretenido, precisamente. El viejo mago francés escribió unas cuatro mil estrofas sobre futuros acontecimientos. Pero no las entiende él como un poema con orden lógico y cronológico, de tal manera que la lectura progresiva de las predicciones vaya ofreciendo en *video* el decurso del futuro tal y como se dará. Para Nostradamus cada estrofa tiene una entidad propia independiente de la anterior y posterior. El colocarlas en orden es asunto del descifrador, en este caso de Jean Charles de Fontburne. Lo que Nostradamus entrega es un *puzzle* y lo que de Fontburne hace es jugar a montarlo. Se trata, por tanto, de unos ochocientos pequeños capítulos —tantos como estrofas estudiadas— de constantes repeticiones sobre unos pocos temas: judíos, moros, herejes, santos reyes, papas e iglesias, guerras y desventuras. Para acabar de entender lo del aburrimiento hay que tener en cuenta que cada uno de esos ochocientos capitulitos está compuesto de tres cuerpos: la estrofa-profecía propiamente dicha, que está en versión original y que no es accesible al francófono corriente porque es un francés arcaico. Por eso ha colocado de Fontburne una traducción al lenguaje moderno que ya es, de por sí, una considerable

interpretación. Y, finalmente, un titular a todo ese complejo que es una aplicación de la profecía a la realidad actual. Nostradamus pone la estrofa en el francés antiguo y de Fontburne añade la traducción-interpretación y el titular. Una estructura literaria que no invita, seguramente, al apasionamiento.

¿Por qué, sin embargo, el éxito? Jean Charles de Fontburne ha explicado cómo se gestó la obra. De sí gusta decir que es «pequeño cuadro provinciano de la industria farmacéutica», pero hijo de un padre que durante treinta años se entretuvo en descifrar a Nostradamus. Como se le ocurrió predecir el fracaso de Hitler, los nazis le quemaron el libro. Nadie daba un duro por la obra del hijo, quien tuvo que echar mano de todas sus amistades para que le editaran en una pequeña editorial un libro que, en los seis primeros meses, transcurrió sin pena ni gloria, aunque consiguió vender cinco mil ejemplares. Pero ocurre que el día 10 de mayo los socialistas ganan las elecciones francesas, contra todo pronóstico, y el día 13 de mayo se produce el atentado del Papa. Estos dos hechos significan el detonante del gran *boom*. ¿Lo había predicho Nostradamus? Eso empezó a crear la opinión pública, aunque lo que dice es exactamente lo siguiente: que el Papa no vaya a Lyon porque le matarán después de la victoria de la rosa. El Papa no muere, el atentado se produce en Roma y habría que demostrar que el triunfo de la rosa es la victoria socialista. Es igual. Son muchos los que así lo creen.

Parece, por tanto, que en el éxito de la obra han concurrido tres factores: el primero, el atentado al Papa después del triunfo de Mitterrand. Como ya se ve, lo ocurrido no coin-



cide con lo pronosticado, pero al público lector le han bastado esas aproximaciones para levantar un altar al dúo Nostradamus-Fontbrune; el segundo, una feliz —para el autor— coincidencia entre los presagios negros de cualquier agorero y la situación del miedo que hoy reina por doquier. Los intentos de magnicidios ocurridos en 1981, la relación entre la espectacularidad de Juan Pablo II con el destino de Polonia, que en el libro ocupa un lugar relevante, la crisis económica mundial, sin olvidar el incremento de la tensión Reagan del Oeste-Breschnev del Oriente; todos son elementos que provocan en los mortales mayor secreción de necesidad de lo irracional en cuyo regazo busca amparo.

La izquierda francesa no se ha sentido alagada por el Nostradamus en cuestión ya que vincula la victoria del socialismo con un período desestabilizador que acabará cuajando en una Tercera Guerra Mundial. Tampoco la Iglesia estaba contenta, pues ese nuevo apocalipsis dejaba chico en el asunto del terror a todos los suyos; por eso pedía el obispo de Marsella que los franceses lean el apocalipsis de San Juan y se dejen de magos provenzales.

La tercera razón del éxito la constituye esa gran masa de compradores del libro que, seguramente, no han leído la parte de Nostradamus, quedándose con las espectaculares titulaciones del intérprete Fontbrune y llegando todo lo más a sus arbitrarias traducciones-interpretaciones. «El pequeño cuadro provinciano de la industria farmacéutica», fajado con la autoridad del atentado al Papa que él ha sabido capitalizar, se ha convertido en el coco del ciudadano de a pie. Si el lector se molestara en leer a Nostradamus se

quedaría perplejo ante lo incomprendible de las predicciones, sorprendido de las piruetas mentales del mago y cerraría el libro con la única preocupación de saber si la pasta invertida en el abultado volumen valía la pena.

Más que un libro de reseña éste es un fenómeno para sociólogos. Porque ni los filólogos pueden comulgar con ruedas de molino, ni los historiadores entender esta extraña trama de sucesos, ni los teólogos concordar con las especulaciones sobre lo divino y humano que aquí se ofrece. Y, sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes literarios, *Nostradamus, historiador y profeta* no puede ser silenciado. De él saben los que no leen críticas de libros y con él especula la prensa que tiene que vender ilusiones o terrores para que el negocio marche. Lo que sí se puede decir es que para esos intereses y necesidades psico-sociales la historia de Nostradamus es sólo un pretexto que «si non e vero, e ben trovato». Lo que sigue en pie es el desafío de nuestros conciudadanos dominados por el terror y la inseguridad.

(\*) Jean Charles de Fontbrune: *Nostradamus, historiador y profeta*. Ed. Borcanova. Barcelona, 1981.

## UNA GRAN NOVELA PORTUGUESA

Luis Suñén

Para no perder la costumbre, quizá sea preciso comenzar este comentario con una,

si no larga sí dolida, lamentación sobre el desconocimiento general de la más actual literatura portuguesa en España, sobre la distancia irritante que todavía parece haber entre dos culturas llenas de puntos comunes. Ni la cercanía física, ni siquiera el haber pasado casi paralelamente por períodos históricos parecidos han sido suficientes para alentar las posibilidades de un conocimiento real muy lejos de verse cumplido. El mero hecho de no poder dar nada por sentado a la hora de hablar de la literatura portuguesa actual —esa obligación de comenzar con un capítulo de disculpas, con la cita a Virgilio Ferreira, Fernando Namora, Jorge de Sena o Manuel Torga— es un indicio bien claro de nuestra general ignorancia. Decimos Peter Handke, Günter Grass, Patrick Modiano, Allan Sillitoe o Leonardo Sciascia y sólo su nombre es suficiente para situar de seguido su obra y su figura. No ocurre eso con casi ningún escritor portugués del presente. Lo que no deja de ser un síntoma, y no precisamente bueno.

Nos llega ahora este *Lo que dice Molero* (\*), uno de los mayores éxitos de ventas en los últimos años en Portugal —diez ediciones entre 1977 y 1979— que, además, supo concitar el entusiasmo de la crítica tan unánimemente como las multitudinarias intenciones lectoras. La condición de *best-seller* ha alcanzado entre nosotros —y con toda lógica, dados los planteamientos editoriales al uso y la escasa relación entre valores cualitativos y cifras de venta que suele darse en nuestra producción librera— un notable grado de no credibilidad. Un éxito de ventas es, a menudo, también una pésima novela —si de narrativa se trata— y su buena carrera comercial



suele ir acompañada de un silencio tan significativo como ineficaz —puro ejercicio testimonial— de una crítica que es, de este modo, bien consciente de su papel en los niveles más pedestres del mercado de la oferta y la demanda literarias.

*Lo que dice Molero* es un caso bien distinto. Incluso juzgarlo desde su atípica condición —o desde lo que para nosotros no es habitual— de *best-seller* de excelente calidad es limitar todo su alcance. Partir de unas premisas que nos acercan más al siempre resbaladizo campo de la sociología literaria no haría sino estrechar cualquier posibilidad de análisis y, desde luego, solapar en cierta medida el entusiasmo que, personalmente, he sentido a lo largo de la lectura de la novela y que, como parece natural, quiero transmitir a quien se ha acercado a estas líneas. La novela de Dinis Machado (Lisboa, 1930), es un relato magistral, un discurso pleno de posibilidades, repleto de sugerencias que nacen del humor, de la ternura, del sarcasmo, siempre de la habilidad de un narrador que ha dispuesto los resortes de su mecanismo con precisión absoluta, que ha sabido articular sus medios con la habilidad suficiente, con la inteligencia necesaria para alcanzar su conclusión.

La novela de Machado se desarrolla bajo el aspecto de un informe que ha sido remitido por un tal Molero a otras dos personas, Austin y mister De Luxe quienes, al hilo de su lectura, reflexionan en torno al contenido de tal informe, a las precisiones que Molero va haciendo a lo largo del mismo y, a la vez, acerca de cuestiones más generales que son suscitadas por los casos concretos que el documento enviado por Molero va suministrando. Un informe, dicho sea de pa-

so, cuya utilización como vehículo de la ficción no limita en absoluto ni la articulación ni el desarrollo de ésta. Con frecuencia, la utilización de documentos que se pretenden como aportaciones objetivas, distanciadoras de la acción en razón de su carácter, implica una pérdida evidente de las virtualidades del narrador que utiliza tal sistema. Lo que pudiera haber sido dicho a través de un desarrollo correcto de recursos estrictamente literarios cede su lugar, lamentablemente, a otro recurso bien distinto en cuanto que su aplicación redundante por lo general en una pérdida de capacidad connotativa y, casi siempre, cae en una suerte de tónica compositiva ya demasiado abundante como para ser utilizada, por el escritor que la emplea, con algo más que una mera y decepcionante corrección funcional.

Dinis Machado huye de tal peligro dando a su informe la posibilidad de integrarse en la acción adueñándose de ella. El hilo principal de ésta no es la lectura del informe por parte de Austin y mister De Luxe, sino el informe mismo, lo que Molero dice en torno al *chico* —innominado—, verdadero protagonista de la novela, objeto de las reflexiones de Molero, quien observando la vida de esemuchacho, alcanza reflexiones de orden más general e incita a que los siempre razonables y sensatos Austin y mister De Luxe hagan, a su manera, lo mismo. Mientras Molero cuenta, ellos acotan; mientras Molero observa, ellos reflexionan, buscan el origen de las conductas a través, por ejemplo, de un muy peculiar modo de análisis freudiano.

La historia del chico, como decía antes de la novela toda, oscila entre la ternura y el humor, el drama y el esperpento. La de Dinis Machado es

una literatura que siendo, a mi entender, profundamente portuguesa, probablemente también profundamente lisboeta, participa por igual de, por ejemplo, los poemas de Fernando Pessoa o los fados de Carlos do Carmo, esas músicas de Antonio Vitorino d'Almeida o de Joaquim Luis Gomes unidas con mutua y absoluta necesidad a las letras de, por ejemplo, un Ary dos Santos. Ello viene dado por (y, a su vez, también lo crea) un clima peculiar, un ámbito físico que nada tiene que ver con visiones tópicas, que en ningún momento se recrea en su propia presencia, que sabe crecer siempre en profundidad, sostener unos personajes que nunca son *tipos*, que trascienden esa visión demasiado simple que les situaría más acá de su propio marco.

Junto a las dos presencias permanentes del relato —el chico y Molero—, y además de esos dos lectores que acotan lo que sucede —Austin y mister De Luxe—, se mueven otros personajes, alguno de ellos verdaderamente inolvidable. Ese tío de Zuca, «un loco que andaba siempre con la boca abierta». O los tíos de Mané Burbujas, que discuten por una matraca. O el napolitano que trata de acertar justo en el centro de la escupidera. O Leduc. O el hombre que tenía al ratón Mickey tatuado en el pecho. Presencia constante de unos personajes que son un dato más a la hora de componer esta historia perfecta, esta novela ejemplar que es mucho más de lo que parece. En ella convive la visión crítica de lo real con el profundo amor hacia esa misma realidad, la evasión del viaje con la reflexión reposada ante el documento. Y, sobre todo, ello, y a causa precisamente de ello mismo, un raro placer que el lector sabe muy bien que sólo se produce



muy de cuando en cuando, que solamente surge de la obra de arte verdadera. *Lo que dice Molero* lo es de forma rotunda, de manera plena. Y lo es, además, partiendo de unos referentes anclados en una realidad concreta. Pero una realidad que no interfiere nunca las intenciones del discurso, que no lastra la escritura con su imposición de la verdad por encima de todo, que es tratada sin complejos porque Machado conoce muy bien hasta dónde alcanza el dominio de lo real y cuál es el recurso para que esa realidad no tiranice al retrato. Otra lección más de esta novela excepcional.

(\*) Dinis Machado, *Lo que dice Molero*. Ediciones Alfabeta. Madrid, 1981. Traducción de Angel Crespo.

## LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

Carmen Artal

Mario Vargas Llosa. *La casa verde*<sup>1</sup>. Esplendorosa, magnífica y voluptuosa novela que leímos, palpitantes, hará ahora quince años, guiados por aquella exuberante selva de la mano firme de un gran narrador. *La casa verde*, más, mucho más que *La ciudad y los perros*. La novela, pues, no estaba muerta. Era, más o menos, el 68. América Latina proporcionaba no sólo horizontes revolucionarios, sino parámetros culturales y creativos. Nueva savia de efluvios

húmedos, calientes, turbulentos, procedentes de un suelo que, a decir verdad, nos era prácticamente desconocido, pero que íbamos recorriendo palmo a palmo a pesar de lo inextricable de su selva lingüística y de tanto exotismo.

Mario Vargas Llosa y García Márquez. La crítica por aquel entonces no fue muy exigente. *Cien años de soledad* y *La ciudad y los perros* (más que *La casa verde*) acunaron al lector de *vanguardia* y al lector *militante* (que hasta entonces se había parado en Brecht), lo cual a otro nivel también era una ventaja. Probablemente había excesos, pero eso era inseparable de la fertilidad, de un universo en eferescencia, sin temores ni cautelas, joven y vigoroso, donde se mezclaban las más variadas razas, culturas y geografías. El *nouveau roman* olía a muerte. Seguramente no era momento de hilar muy fino.

Luego aparece Arguedas, ese estupendo escritor a quien tanto le debe Vargas Llosa, cuyas obras tardan bastante en darse a conocer en Europa e, incluso, en América. Arguedas se suicida en circunstancias dramáticas en el 69 dejando sin terminar ese lúcido y aterrador libro que es *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. El contraste entre los destinos de los dos escritores enturbia, de alguna forma, la extasiada contemplación del panorama literario latinoamericano.

El *boom* durará toda la década. A su sombra crecen Institutos Latinoamericanos de Cultura por todo el mundo, los escritores más prestigiosos son invitados a las Universidades a dar cursos y conferencias, ocupan cargos en embajadas, viviendo la mayor parte del tiempo en el extranjero y convirtiéndose en los mejores propagandistas de sí mismos. Las ediciones de sus

obras alcanzan, en algunos casos, tiradas fabulosas.

El filón es rico. García Márquez ordeñará (y perdónese la vulgaridad) sus *Cien años de soledad* explotando la geobiología de Macondo. Vargas Llosa escribe su *Conversación en la Catedral*<sup>2</sup> que defrauda un poco al lector de *La casa verde*. Técnicamente es impecable, pero suena algo a aplicación mecánica, a oportuna repetición de una fórmula narrativa, que fue feliz: la fragmentación del relato a partir de diferentes niveles de escritura que el lector debe recomponer como si fuese un *puzzle*. La historia es peor, combina materiales autobiográficos y folletinescos, como después volverá a hacer en *La tía Julia y el escribidor*<sup>3</sup>, pero con una voluntad de compromiso político o sociológico-político poco creíble, ingenuo y de segunda mano.

Con una técnica narrativa basada en la yuxtaposición de materiales lingüísticos heterogéneos, literarios y subliterarios, y en el *suspense* narrativo derivado de su arbitraria disposición, Vargas Llosa rescata para la literatura algunos mecanismos y algunos recursos propios del folletín y del serial radiofónico. Lo importante es saber contar una historia, y ahí todo está permitido: Corín Tellado (a quien le ha dedicado un estudio) y/o el escribidor de seriales radiofónicos de *La tía Julia*.

*La tía Julia y el escribidor* es una novela divertida, en la que su autor se entrega sin tapujos a una complacida visión de sí mismo bajo el doble prisma de su educación sentimental y de su aprendizaje como escritor. Contiene los mismos elementos que la *Conversación*, pero tratados de muy distinta forma. En ambas hay autobiografía real o supuesta,



pero mientras la vida de Santiago está contada desde un punto de vista social, la de Varguitas se reduce a su iniciación sentimental y profesional. En ambas hay folletín, pero en *La tía Julia* es un juego que se presta a diferentes sutilezas, mientras que en la *Conversación* se nos quiere hacer tragar como parte de la realidad. En ambas ondea un cierto *morbo* incestuoso, malicioso y desenfadado en *La tía Julia* y retórico y efectista en la *Conversación*. Por encima de todo ello es un *divertimento* sobre el arte y/o el oficio de escribir, de contar historias, con parejas que se complementan y oponen, con figuras y contrafiguras (Varguitas/escritor, los seriales del escritor/la historia amorosa de Varguitas y la tía Julia como serial), donde se han abolido las fronteras entre la literatura, la vida y la subliteratura. Una *frivolité* de agradecida lectura, escrita con gran habilidad, ingenio y una buena dosis de humor (con algunos *gags* verdaderamente notables, como cuando empiezan a mezclarse los personajes de los seriales), amén de narcisismo y exhibicionismo, lo que puede resultar detestable a los ojos de algunos (los de tía Julia por ejemplo, que le ha puesto un pleito), pero no deja de ser secundario. *La tía Julia* se lee de un tirón; tal vez con el rubor de quien se abandona a algo de ética dudosa, pero de un tirón.

¿Qué queda de todo eso en *La guerra del fin del mundo*<sup>4</sup>, la última novela de Vargas Llosa? Páginas, muchas páginas, en las que no hay lugar para nuestra avidez y nuestra fascinación de hace quince años por aquellos contadores de historias. Quinientas y pico laboriosas e interminables páginas en torno a una historia de palabras mayores: milenarismo, Anticristo, Apocalipsis, desheredados de la fortuna, santones... donde, como en un Teatro del Mundo seritano, aparecen encarnaciones de Ideas sobre lo divino y lo humano, y sus vicisitudes. Estas últimas se prestan a paradójicas asimilaciones: la República y sus instituciones con el Anticristo, oscurantismo con ideas revolucionarias... Todo es arquetípico (heterodoxo, se entiende): el intelectual militante «combatiente por la libertad», su contrafigura en el periodista miope de pocos arrestos, los diferentes personajes distribuidos ecuanimemente entre los distintos sectores sociales representados en la novela (yagunzos, soldados, oligarquía, clero), todos tan representativos y tan poco interesantes.

La historia, a pesar de todo, no consigue despegarse del suelo, le faltan alas, transcurre cansinamente a través de un estilo brillante, como es ya habitual en su autor, de un estilo que lo es todo en esta novela, cuya verbalidad, en ciertas ocasiones, se precipita sobre nosotros como una ava-

lancha dispuesta a aplastarnos, y cuya minuciosidad en otras se acerca peligrosamente a un ejercicio de vocabulario historicista.

Del hechizo del contador de historias queda un recordatorio: el testimonio del enano «que contaba romances con delicadeza, vehemencia, romanticismo e imaginación» y que hace llorar al temible Joao Satan con la Ejemplar Historia de Roberto el Diablo.

Si *La tía Julia y el escritor* era el libro de Corín Tello, *La guerra del fin del mundo* es la obra de Menéndez Pelayo. Al gran público no se le puede dar Corín Tello, hay que darle una enciclopedia. Y un libro de veinticinco millones *tiene que ser* un libro para el gran público, porque, como dijo el propio Vargas Llosa cuando le preguntaron cuánto había cobrado por este libro: «No he conocido nunca a un editor pobre y sí a muchos escritores que lo son».

<sup>1</sup> M. Vargas Llosa: *La casa verde*. Ed. Argos Vergara. Barcelona, 1979.

<sup>2</sup> M. Vargas Llosa: *Conversación en la catedral*. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1969.

<sup>3</sup> M. Vargas Llosa: *La tía Julia y el escritor*. Ed. Seix Barral. Barcelona, 1977.

<sup>4</sup> M. Vargas Llosa: *La guerra del fin del mundo*. Ed. Paza y Janés. Barcelona, 1981.









## BERTOLUCCI, ¿ANTES, DURANTE O DESPUES DE LA REVOLUCION?

José María Marco

Los italianos han sido siempre especialistas en escándalos. La ausencia de un aparato publicitario a la americana se ha visto ampliamente compensado por la repercusión pública así alcanzada por algunos de sus productos cinematográficos. Después de Pasolini, es sin duda Bernardo Bertolucci quien más lejos ha llevado esta costumbre. Su virtuosismo ha llegado al punto de que lo que parecía un inteligente sucedáneo se ha perpetuado sin solución de continuidad en el apoyo por parte del capital USA. Si se ha podido hablar de *Novecento* (1976), financiado y lanzado por la 20th Century Fox, como de un mito cinematográfico, salta a la vista que lo es, en un primer momento por lo menos, exactamente como lo pueden ser *Superman* o *La guerra de las galaxias*. Warren Beatty, con sus más de 25 millones de dólares invertidos en *Reds*, sobre el periodista filocomunista John Reed, lo ha comprendido perfectamente.

Pero el escándalo provocado por Bertolucci con la epopeya del compromiso histórico de *Novecento*, la regresión anal de *El último tango en París* (1972), o la masturbación incestuosa de *La luna* (1979) tiene características propias e irremplazables. Como todas las polémicas, han hecho correr ríos de tinta, pero quien más ha contribuido al desbordamiento ha sido el propio autor. En realidad es costumbre de Bertolucci rodear todas sus películas de una ingente cantidad de declaraciones, explicaciones y disgresiones. Los críticos mismos parecen estar de más porque Bertolucci se encarga no sólo de analizar detalladamente su última película sino también, a partir de ésta, de reconsiderar toda su producción anterior, distribuyendo generosamente calificativos —esquizoide, neurótico, poético, social, popular...— que más tarde se verán redistribuidos en función de la próxima irrupción pública del autor. Decir que los crí-

ticos están de más es, sin embargo, una exageración. Bertolucci nutre sus argumentos en las discusiones surgidas en torno a su obra, con lo que el circuito film-entrevista (casi nunca son textos escritos) encuentra una nueva fuente de alimentación en los discursos de los demás. Esto no quiere decir que, a la larga, nadie sabe muy bien qué es lo más importante en la obra de Bertolucci, si sus películas o sus entrevistas, sino, más bien, que el cine de autor encuentra con él una nueva definición que se refiere tanto a la capacidad de firmar íntegra la obra cinematográfica como a la de proporcionar la explicación más coherente y más satisfactoria, ya que no la definitiva. De hecho, durante el período de inactividad que media entre el primitivo fracaso de *Antes de la revolución* (1964) y *Partner* (1968), Bertolucci filmó la redacción, en su máquina de escribir, de un guión original, consciente de que nunca sería llevado a la pantalla. *Infinito*



*futuro* —título de la experiencia— desapareció (¿acto fallido?), robado del maletero de un coche.

Bernardo  
Freudolucci

Uno de los más frecuentes reproches que la crítica ha dirigido a Bertolucci es el exceso de explicaciones que proporciona en sus películas. Es, por ejemplo, el final de *La estrategia de la araña* (1970) cuando, mientras el protagonista espera el tren para salir de su pueblo natal, el altavoz de la estación anuncia un retraso mientras la cámara muestra la hierba que cubre los raíles. O, en *La luna*, el intercambio de zapatillas entre Joe y su verdadero padre y los trajes idénticos que llevan puestos los dos cuando por fin se encuentran. Sin embargo, la insistencia con la que aparece la redundancia —en *La historia de un hombre ridículo* (1981), Ugo Tognazzi y Anouk Aimée están continuamente comiendo, y son los únicos en hacerlo, el jamón producido en la fábrica de la que son dueños—, hace pensar no en un error— lo cual, al fin y al cabo equivale a decir que el realizador considera a sus futuros espectadores alumnos de parvulario si no algo peor— sino en una real necesidad expresiva. Más que de didactismo, se trata de lo que se podría llamar retórica de la evidencia.

En *La estrategia de la araña*, Athos Magnani vuelve a Tara, su pueblo (ver *Lo que el viento se llevó*) para descubrir que su padre, considerado un héroe de la resistencia, contribuyó en realidad con bastante eficacia a la construcción del mito fascista. En su *trip* mítico Athos Magnani se tropieza con un niño que resulta ser,

cuando se quita el sombrero, una niña, y discute sobre cómo determinar el sexo de los conejos. Los dos detalles no añaden nada a la parábola sobre la impotencia de un joven burgués para romper con su pasado, doblada por la incapacidad del muchacho para destruir la imagen paterna. Su rendimiento se sitúa a un nivel más atmosférico: resaltar la ambigüedad en la que se desarrolla el film, basado en un tema de Borges, y dotarlo del indispensable toque turbio con que el psicoanálisis gusta de rodear las relaciones entre padres e hijos.

Es sabido que Bertolucci está en análisis —freudiano ortodoxo— desde 1972, y que las únicas interrupciones que se permite son las impuestas por los rodajes. La interferencia entre estas dos dedicaciones es tal que Bertolucci ha declarado que le «gustaría colocar el nombre del psicoanalista en los genéricos». Efectivamente, el diván es el espacio privilegiado para el desmenuzamiento del film realizado —Bertolucci y su analista invirtieron dos meses para encontrarle una explicación a *La estrategia de la araña*—. Pero sirve también para la profundización y el despliegue de las ideas de la próxima película. De este modo, podría pensarse que esos pequeños detalles constituyen pequeños indicios colocados por el realizador con un objetivo determinado. Sin embargo, Bertolucci ha afirmado que escenas como las del conejo o el pequeño andrógino no son voluntarias. Su papel sería más bien, en un segundo acercamiento, el de dinamizar tanto la obra como el análisis. Por supuesto son detalles mucho más personales que la homosexualidad, la identidad o el incesto, pero, al mismo tiempo, dado su asimbolismo, diluirían y atomizarían todo lo que el individuo

Bernardo Bertolucci puede proyectar sobre tamaños arquetipos.

Volando a gran altura, se puede afirmar que su obra responde a la imagen más tópica y evolucionista que se puede tener de un largo psicoanálisis. *Partner*, su película más pop, realizada antes de iniciar el tratamiento, como desdoblamiento narcisista (está libremente basada en «El doble», de Dostoievski) «síntoma de neurosis sadomasoquista». *La estrategia de la araña* como primer contacto con un Edipo asumido. *El conformista* (1970), o la pulsión homosexual. *El último tango en París* o la pulsión de muerte. Por fin, incesto, castración y superación de Edipo en *La luna*, y vuelta a empezar (Bertolucci no cree en la curación), ahora desde el punto de vista del padre con *La historia de un hombre ridículo*. El exhaustivo ejercicio de exégesis al que se libra Bertolucci en sus comentarios viene más que nada a superponerse a una ficción cinematográfica que presenta ya, en su misma construcción, no tanto su interpretación (al estilo de grandes títulos psicoanalíticos como *Recuerda*) sino, por así decirlo, su obligatoriedad. De hecho Bertolucci no concibe la cámara como un simple instrumento de registro, sino como un personaje más de la trama. La cámara, en su aspecto más físico, es la que permite relacionar la película con el inconsciente de Bertolucci en un registro que no es el meramente sublimatorio.

Pero precisamente eso viene también a confirmar la hipótesis de que, parafraseando a Lacan, Bertolucci dice siempre la verdad, pero que dice siempre demasiada verdad como para que no resulte sospechosa. ¿Sospechosa de qué? Simplemente de que ni lo que está ocurriendo en la pantalla,



ni lo que el autor dice constantemente fuera de ésta se refiere exactamente a la realidad. Y son las *redundancias superfluas* y los detalles *sin sentido* los que constituyen la prueba de lo anterior y, simultáneamente, señalan la verdad. No es, por lo tanto, el delirio interpretativo de Bertolucci, ni siquiera sus explícitos contenidos freudianos los que legitiman una interpretación *perversa* de su obra. Son sus propios mecanismos expresivos los que pueden inducir a ver en sus películas cosas bastante diferentes de las que se cuentan. *La historia de un hombre ridículo* sería así, mucho más que el drama de un padre al que se le derrumba la identidad paterna, la historia del puro horror del envejecimiento. Y *La luna* no haría referencia, ni siquiera en clave irónica, a una educación sentimental postfreudiana, sino a la proyección histérica del fantasmático cuerpo de mujer de Bertolucci.

### Lo esencial marxista

La lucha de clases aparece tratada en la obra de Bertolucci de una forma perfectamente poética. Existen, de un lado, burgueses propietarios. De otro campesinos y obreros. Entre los dos no hay ni empleados, ni funcionarios, ni profesionales liberales, ni pequeña burguesía. Únicamente intelectuales burgueses, generalmente marxistas, lo que quiere decir, en un primer momento, con problemas de identidad. Esta afirmación no es una parodia. Es perfectamente concebible un cine que, como el de Pasolini, trate (otra cosa es que lo consiga, por supuesto) de profundizar en problemas sociales reales a través de una retórica exclusivamente lírica. Pero a dife-

rencia del cine de su maestro, que acepta rigurosamente las convenciones que él mismo se impone, Bertolucci introduce en su parábola, y con una violencia casi hiperrealista, la notación costumbrista. No se trata tanto del toque romántico de los palcos familiares en la ópera de Parma (en *Antes de la revolución*) como del obsesionante reloj Cartier de Ugo Tognazzi en *La historia de un hombre ridículo*, o el espléndido decorado de la casa romana de la Jill Clayburgh-prima donna en *La luna*, que no es otro que el de la propia casa de Bertolucci, por lo menos tal como estaba organizado en 1979.

El Fabrizio de *Antes de la revolución*, como el Athos Magnani de *La estrategia de la araña*, abdica de cualquier compromiso político, mientras que Giacobbe —*Partner*— se encierra en soluciones esquizoides y el Marcello Clerci de *El conformista*, tras colaborar con el fascismo, parece dispuesto al final de la película a integrarse en la Democracia Cristiana. Es comprensible que ninguno sea capaz de llegar a una solución un poco satisfactoria, cuando se parte de la base de la que parte Bertolucci: «Yo he sido marxista con todo el amor, toda la pasión y toda la desesperación con la que puede serlo un burgués que escogió el marxismo. Naturalmente (el subrayado es mío) en cada burgués marxista, consciente y marxista debería decir, existe siempre el miedo a ser reabsorbido por su clase de origen, porque el enraizamiento es tan profundo que un joven burgués consigue muy difícilmente ser marxista». El *naturalmente* basta para comprobar que Fabrizio, Athos, Giacobbe o Marcello encarnan problemas de los que Bertolucci se ha sentido más o menos cercano. Sin embargo, és-

te ha logrado superarlos para convertirse en el cineasta (que al fin y al cabo es una forma de intelectual) oficial de la izquierda mayoritaria italiana, a pesar de lo cual, hasta la fecha, no ha rodado ninguna película sobre ese éxito, siendo este tema tan interesante, por lo menos, como el de los problemas de los intelectuales marxistas burgueses. Bertolucci ha explicado que esta transición se refleja, dentro de su obra, en *El último tango en París*. El pequeño burgués Paul-Brando, al transgredir las últimas normas del código moral dominante, se convierte en el antihéroe absoluto. Papel que Bertolucci asume al realizar *Novecento* y escandalizar, con su cine comercial comunista, tanto a la derecha como a la izquierda. El virtuosismo del argumento hace evidentemente inútil cualquier discusión, sobre todo cuando se piensa que *El último tango en París* marca la desaparición de la figura del intelectual, en el preciso instante en que, con *Novecento*, irrumpe una clase trabajadora finalmente triunfante y, en *La luna*, se afirma la felicidad de una *clase social* —los artistas mejor pagados del mundo— cuyo status es idéntico al de la más alta y poderosa burguesía.

Nos encontramos, por un lado, con que Bertolucci, hijo de un pequeño propietario agrícola, poeta y crítico de cine que tenía que desplazarse todos los días a Parma para ver películas, hablando del «fantasma de haber nacido burgués», mientras que la burguesía de sus películas es siempre la más mitológica. Por otro, con un intelectual que deja de lado sus problemas de compromiso realizando un bello himno revolucionario cuando el PCI, que lo erige en su portavoz artístico, abdica de cualquier mitología



épica en favor del más pragmático compromiso histórico. Así las cosas, tampoco aquí puede dejar de aparecer la sospecha de que cuando Bertolucci filma intelectuales burgueses problemáticos, no está hablando de sí mismo desde la licencia más o menos poética de la identificación sino desde el deseo frustrado y, por fin, satisfecho o, por lo menos, desde la fascinación más incontrolable. Esto parece confirmado por el hecho que los intelectuales italianos de izquierda han prestado siempre una inmensa atención a la calidad de la vida y a las formas más refinadas y teatrales de organizarla. Cuando se estrenó *Novecento* y el realizador se lanzó a hablar de la muerte del patrón se escucharon bastantes sarcasmos sobre el nombre de la familia propietaria en la película: Berlinghieri. Bertolucci, por su lado, afirmaba con toda seriedad que, así como había matado a algunos de sus padres espirituales —Pasolini en *Antes de la revolución*, Godard en *El conformista*—, le tocaba por fin el turno al secretario del PCI, que, a su vez, había asesinado al suyo —Togliatti— en *La estrategia de la araña*: Berlinguer había descubierto por fin la traición estalinista de su predecesor. El pensar *Novecento* como la sublimación *réussie* de un conflicto de intelectual pequeño burgués que sueña con dejar de serlo para convertirse en uno grande resulta, al lado de lo anterior, una aproximación interpretativa bastante tímida.

«Soave sia il  
vento,  
tranquilla sia  
l'onda...»

Después de la felicidad expresiva de *Novecento* la situa-

ción cambia. Bertolucci produce un nuevo escándalo, pero los temas —droga, incesto, lujo— se acoplan con mayor dificultad a lo que parece ser el objetivo de *La luna*: repetir la gloria de *Novecento* aplicada ahora, no a la Revolución proletaria, sino a otra abstracción tradicional: la Familia. Si se puede hablar de temas en abstracto y de la familia como abstracción es porque los arquetipos son ahora utilizados como símbolos combinables con significado propio en vez de ser sometidos a las variaciones y a las múltiples resonancias que antes les proporcionaba el argumento. *Novecento* lograba transmitir a los espectadores la exaltación revolucionaria. *La luna* difícilmente comunica el encanto de la familia (Bertolucci mismo lo ha notado, dándole a su *happy end* un ligero tono irónico), y no porque el espectador esté obligatoriamente predispuesto en contra de la familia o del incesto, sino porque la película se sitúa en un grado tal de abstracción que, por ejemplo, basta con dudar de la necesidad de incesto para convertirse en un ser adulto para que se desvanezca toda capacidad de convicción. *La luna* da así la sensación de una película perfectamente sensacionalista en la que el director mantiene una postura mucho más ingenua que la del espectador respecto a los temas con los que juega. De hecho no es así.

La ópera es, junto con el baile, el acontecimiento colectivo preferido por Bertolucci para expresar climax expresivos especialmente intensos. La impotencia final de Fabrizio en *Antes de la revolución* quedaba plasmada en una gran escena en la ópera de Parma durante la representación del *Macbeth* de Verdi. En *La estrategia de la araña* unos altavoces transmitían, al

crepúsculo, *Rigoletto* en un pueblo desierto, ocupado por los fascistas. Y en *La luna*, la familia reconstruye su felicidad durante el ensayo de *Un bello in maschera*. Al principio de esta película, Bertolucci, en una gran demostración de virtuosismo, introduce al espectador dentro de la maquinaria de un decorado operístico sin quebrar la magia de una de las arias más famosas de *El trovador*, que Jill Clayburgh-Caterina se encarga de mimar mientras tanto ante la mirada fascinada de su hijo. Lo que podría ser una metáfora plausible de las relaciones de la luna con su cara oculta se ve, sin embargo, puesto en entredicho cuando, más adelante, se utiliza otro fragmento operístico de una forma estrictamente decorativa. Jill Clayburgh, al despedirse de su maestro, canta sobre una grabación el maravilloso trío del adiós de *Così fan tutte*: «Soave sia il vento, tranquilla sia l'onda, ed ogni elemento benigno risponda ai nostri desir». Pero la melancolía de la música de Mozart es también ironía: uno de los personajes que cantan el trío está burlándose de la nostalgia de los demás. Así lo utilizaba John Schlesinger en su comedia *Domingo sangriento*. El pretendido materialismo del que hace gala Bertolucci se revela un tanto trucado. Y si se afirma que *La luna* es más que nada una película irónica, ¿dónde queda la comunicación con el gran público que, evidentemente, no tiene por qué conocer el argumento de *Così fan tutte*?

Su siguiente y último film, *La historia de un hombre ridículo*, parece confirmar la ironía de *La luna*. Después del eclipse de la figura paterna en *Novecento* —que salta directamente, en la saga generacional, de abuelos a nietos— y de su tardía, pero triunfal, apari-



ción en *La luna*, es el padre-padrón quien ahora ocupa el primer plano. La vuelta a la política se lleva a cabo introduciendo un nuevo tema, el terrorismo, aunque éste es más que nada —el tono cómico de la película así lo confirma— un mero pretexto para presentar la crisis del padre no querido y del patrón con problemas financieros. Es sorprendente la frivolidad con la que Bertolucci trata un conflicto tan grave y de tan infinita repercusión política como es el terrorismo, pero él mismo ha declarado ser incapaz

de juzgar un tema que no comprende, como si el tratamiento serio del problema implicara obligatoriamente el emitir un juicio personal. Lo cual conduce a preguntarse si Bertolucci no ha estado postergando cualquier tratamiento real de los temas que ha tocado: «Lo que no comprenden los intelectuales frustrados es que la celebración del 25 de abril —fecha en la que transcurre la escena final de *Novecento*— no transcurre en 1945. La exaltación que contemplamos es contemporánea porque el cine se conjuga

siempre en presente». La revolución queda así, definitivamente, exorcizada, gracias a su permanente actualización cinematográfica. Es decir, gracias a la proyección de sombras de colores, directamente desde el diván del analista de Bertolucci, sobre la sociedad entera. Como si el significado último de su obra se redujera al tono con que Talleyrand pronunció la frase que encabeza *Antes de la revolución*: «Quien no ha vivido antes de la revolución no sabe lo que es la dulzura de vivir».



# Fundación Pablo Iglesias

## PUBLICACIONES

### La izquierda ante la crisis económica mundial.

Textos de las jornadas organizadas por la Fundación Pablo Iglesias los días 19 y 24 de mayo de 1980.

Giovanni Arrighi, Jacques Attali, Enrique Barón, Fernando Claudín, André Granou, Stuart Holland, Serge-Cristophe Kolm, Ernest Mandel, José María Maravall, Juan Muñoz, Ludolfo Paramio, Santiago Roldán, Julio Segura, Bruno Trentin, Rainer Zoll.

186 pp. 400 Ptas.

### El tema de las Nacionalidades.

La teoría de la nación en Otto Bauer, Manuel García Pelayo.

68 pp. 200 Ptas.

### Vida y obra de Marx y Engels.

José Luis Aranguren, Fernando Claudín, Elías Díaz, Helmut Elsner, Carlos Paris, Ignacio Sotelo, Enrique Tierno Galván.

101 pp. 200 Ptas.

### Homenaje a Pablo Iglesias.

(En el año del centenario de la fundación del PSOE, con 60 contribuciones de escritores, poetas y profesionales.)

203 pp. 400 Ptas.

### 100 años de socialismo en España.

Bibliografía del socialismo español, 1979.

216 pp. 250 Ptas.

### 100 años por el socialismo.

Historia ilustrada del PSOE, 1979.

225 Ptas.

### Catálogo de Publicaciones Periódicas

pertenecientes a la Hemeroteca de la Fundación Pablo Iglesias. 82 pp. 50 Ptas.

## DISTRIBUCION A LIBRERIAS

### EN MADRID:

Visor Libros

Roble, 22

Madrid-20

Teléf. 279 34 43

### CATALUNYA Y RESTO PAIS:

Les Puntxes, S.L.

Escornalbou, 12

Barcelona-26

Teléfs. 235 22 08-235 61 08





# LA NOMINA DE AUTORES

Domingo Miras

El autor novel, el autor joven, el nuevo autor. Se dice de él que su problema es estrenar, y alguna vez —cada vez son menos— una voz lo recuerda: hay que estrenar a los autores nuevos.

Estrenarlos, es decir, representar una obra suya. Habrá que entender, pues, que, una vez estrenados, el problema se habrá resuelto. Los hechos, sin embargo, desmienten este razonamiento: algunos de tales autores han sido estrenados y su situación sigue siendo la misma. Y no porque sus estrenos hayan fracasado; ahí tenemos el éxito de Martín Recuerda, de Rodríguez Méndez, de Fermín Cabal, de Carlos Muñiz y de algún otro que, no obstante, no han mejorado sus expectativas frente al futuro de su restante obra dramática, y siguen siendo tan *noveles, jóvenes y nuevos* ahora como antes.

El estreno por sí solo no resuelve el problema de los autores nuevos, porque se trata de un problema más hondo y más grave de lo que se suele pensar. En los años sesenta se produjo en nuestro teatro una mutación histórica que es indispensable analizar. Hasta entonces, y desde siglos atrás, el autor nuevo anhelaba estrenar porque sabía que, a través del estreno, se entraba en la *nómina de los autores que estrenan regularmente*. Ahora, el estreno no resuelve nada porque *esa nómina no existe*. Y esto es gravísimo.

En los tiempos en que tal nómina existía, el estreno que no fuese un fracaso significaba la inclusión en ella, bien con las campanas al vuelo si el éxito había sido redondo, bien (lo que era más frecuente) con cierta discreción si el estreno había resultado mediano. Luego, la vocación y la

constancia en el esfuerzo iban determinando la permanencia o la desaparición de unos u otros autores en el censo de comediógrafos y dramaturgos.

Como queda dicho, hace unos años acaeció en nuestro teatro un hecho que en ese mundo resultaba insólito, pero que los naturalistas conocen muy bien en su versión biológica: cambiaron repentinamente las condiciones del medio y los individuos de la especie se extinguieron, sobreviviendo únicamente los más aptos. O, dicho en otros términos: de la noche a la mañana se multiplicaron los textos traducidos sin adoptar correlativas medidas protectoras de la dramaturgia propia (por el contrario, la censura se endureció especialmente para ella), y nuestra lánguida y enferma nómina de autores seguros se pulverizó. Sólo sobrevivió



el más fuerte, Buero Vallejo, gracias a la garra de su teatro y a su formidable prestigio. Alfonso Paso intentó resistir halagando a un público al que, evidentemente, despreciaba, y sólo consiguió hacerse despreciable a sí mismo, mientras la corriente se lo llevaba junto a sus compañeros de generación, como se llevó a los Calvo Sotelo, los López Rubio, los Ruíz Iriarte. Pensar que estos autores desaparecieron porque hacían un teatro de derechas son ganas de ocultar la cabeza para no ver la realidad: ¿acaso no era de derechas la España de los sesenta?, ¿acaso el teatro que hoy se representa con éxito es un teatro de izquierdas?, ¿o es que también Alfonso Sastre era de derechas?

La cuestión no es tan simple como la mera dicotomía derecha-izquierda, sino que representa un profundo cambio de orientación insensatamente promovido y alentado por los gestores públicos del arte dramático, en cuya virtud desapareció el hábito social del teatro y lo sustituyó el fenómeno de los éxitos espectaculares, pero aislados, discontinuos, cuyos costos implican la necesidad absoluta de llenar la sala.

Esta necesidad de asegurar el éxito de antemano, y aún de procurar que tal éxito sea superior al del local competidor, impone los montajes más espectaculares y dispendiosos posibles, con el correlativo aumento del tiempo de amortización de los mismos y, por tanto, la necesidad de su más prolongada permanencia en cartel. En consecuencia, se estrenan menos obras y las pocas que se estrenan son rigurosamente seleccionadas para evitar el riesgo, y eso atendiendo no tanto a la obra en sí como al nombre del autor que pueda atraer al público, o al

hecho de tratarse de un texto ya probado en otras latitudes y cuyo poder de convocatoria se conoce.

Cuando existía la nómina de autores, el público los seguía a través de sus obras, y entre autor y espectadores existía un diálogo continuado, constante y fecundo, con sus altibajos de éxitos, semiéxitos e, incluso, fracaso de cuando en cuando, que regularmente era remontado en el estreno siguiente. Era éste un clima favorable a la producción dramática que, evidentemente, podía dar mejores o peores frutos según fuesen las circunstancias políticas, o de vitalidad intelectual o social, pero que, sin duda, constituía de por sí un idóneo caldo de cultivo para la dramaturgia y para el teatro como fenómeno social. Sus peligros: la rutina, el provincianismo, el empequeñecimiento.

El teatro español había caído de cabeza en estas tres calamidades, es cierto: por la censura y por las otras circunstancias, teníamos un teatro rutinario, provinciano y pequeño. Había, pues, que poner remedio. Y el remedio fue tal, que el enfermo pereció: se acabó la nómina.

Venían otros tiempos: textos de Dürrenmatt, Weiss, Shaffer, Frisch, Genet, Brecht, montajes esplendorosos, espectáculos irrepetibles... Y todo eso estaba bien, qué duda cabe: sería insensato negar la necesidad de oxigenar y renovar nuestra escena con lo mejor que se producía en el mundo y cuyo conocimiento era indispensable. Pero, ¿se tomó alguna medida, por mínima que fuese, para proteger nuestra endeble, pero real, tradición teatral? Todo lo contrario. Se llegaba al extremo de que las obras españolas se escribían con personajes y ambiente extranjeros para estimular la toleran-

cia de los poderes públicos, pues tal era la diferencia de trato que unas y otras recibían. La nómina se desintegró. Buero aguantó la mutación, y Gala se agarró al último vagón, salvándose por los pelos de la quema gracias al éxito de *Los buenos días perdidos*, tal vez el último éxito que sirvió para algo... Salom y Moncada sobreviven en una posición más discreta, y asunto concluido. Por añadidura, ninguno de estos autores tiene el estreno asegurado, ni mucho menos: en cualquier momento pueden encontrarse con el despido... No son, pues, tan afortunados como pudieran parecerlo a quienes sientan la tentación de envidiarles.

Ultimamente el proceso se ha consumado: *el público ya no va al teatro, sino que va al éxito*. Esta es la nota que caracteriza a la situación presente. Podemos, pues, decir que el público teatral no existe. Existe el público de éxitos, un público amorfo e intercambiable al que se puede manejar y de hecho se maneja con procedimientos de *marketing* obligándole a asistir al éxito prefabricado del musical de turno, lo mismo que se le lleva a los bingos o a las estaciones invernales. Este no es el público de teatro, el público que seguía a sus autores, a sus intérpretes: el público de teatro pereció.

Es curioso que este fenómeno, que comenzó en los años sesenta, siendo Fraga ministro de Información y Turismo, y se fue fortaleciendo a comienzos de la década siguiente con el eficaz auxilio de la censura, colocada como un dique ante los autores que pudieran revitalizar la nómina, ha alcanzado su plenitud y perfección en los años de la transición, ya sin censura oficial, pero con una política teatral incomprensible (si es que



ha existido alguna) por parte de los poderes públicos que tenían a su cargo la protección del arte escénico español, eficazmente secundados por los directores de turno del Centro Dramático Nacional, admirables servidores de la política del éxito por el éxito, sin otras miras ni otros objetivos.

Esta política nefasta no es exclusiva del partido en el poder, aunque él la haya inventado. También la oposición la practica con entusiasmo, como si la doctrina del consenso hubiera de extenderse incluso al modesto campo de los errores teatrales. Ahí tenemos al Ayuntamiento socialista de Madrid, en cuyas manos se halla el primer coliseo de España, que acaba de nombrar para dirigirlo a quien en la temporada anterior dirigía el Centro Dramático Nacional: ¿cabe un mayor continuismo, una mayor identidad de la política teatral de los unos y de los otros? Como primera medida, ya en la presente convocatoria del Premio Lope de Vega se ha suprimido (por primera vez desde 1932) la cláusula del estreno en el teatro Español de la obra que resulte premiada. Una tradición de medio siglo, en la que se inserta la representación de obras como *La sirena varada*, de Alejandro Casona; *Leonor de Aquitania*, de Joaquín Dicenta; *Historia de una escalera*, de Buero Vallejo, ha sido alegremente echada a la basura porque sí. ¿A cambio de qué? El Español fue durante mucho tiempo un órgano viviente, un teatro que encontraba autores, los proyectaba hacia la sociedad, los incluía en la cultura nacional y, en ciertos casos, los situó en nuestra Historia. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Montajes espectaculares de clásicos para el éxito de relumbrón, con alguna cosita intercalada para servir de

coartada? La respuesta la tendremos a corto plazo.

Entre tanto, antes o después acabará por salir alguna sala oficial de segunda división para estrenar a españolitos de quienes se piensa que carecen de la calidad indispensable para acceder a las salas importantes. Así se cumple con ellos. No nos engañemos: esa sala, si aparece, será un *ghetto*, con montajes oscuros y baratos de autores desconocidos, a la que no acudirá un público que ya se ha acostumbrado a los éxitos espectaculares de los montajes costosos y brillantes, interpretados por figuras estelares de primera magnitud y avalados por el nombre de autores ilustres. A la salita en cuestión acudirán los parientes y amigos del novel de turno, y algún que otro tipo raro: no es menester, por tanto, que sea grande. Así resultará menos gravosa. En una sala así los autores nuevos podrán darse el gusto de *estrenar*, que era de lo que se trataba, y luego, con el cuerpo ya satisfecho, se volverán a su casa una vez verificada y cumplida su anhelada cita con el teatro. Y dejarán de incordiar.

Si la dramaturgia ocupa un puesto de honor en la historia de nuestra cultura, si España cuenta en su literatura con una de las tres o cuatro mejores dramaturgias del mundo y, desde luego, con la más nutrida y voluminosa, el dejarla morir o suprimir su desenvolvimiento sería un verdadero crimen cultural. Y es evidente que dicha dramaturgia se extinguirá si transcurre una generación que carezca de autores propios. ¿Habrá que acusar de este crimen a los gestores públicos teatrales, tanto del Gobierno como de la oposición?

Una política teatral de autores habrá de cubrir necesariamente dos objetivos:

1. Asegurar una nómina de autores vivos y frecuentes.
2. Ampliarla y diversificarla todo lo posible.

Ello supone promover montajes cuidadosos (no dispendiosos) de los clásicos, es decir, de los autores muertos cuyos textos siguen siendo fuente de enseñanza e inspiración, y aquí hay que incluir tanto a Calderón como a Valle; supone igualmente montajes cuidadosos (no dispendiosos) de los autores vivos consagrados, integrantes de lo que vengo llamando la nómina, como exponentes del teatro actual y vivo en su estado de plenitud, y supone, por último y con la misma prioridad, los montajes cuidadosos (no dispendiosos) de los autores noveles, pues constituyen el futuro de nuestra dramaturgia, la única posibilidad de que un teatro propio y viviente pase de nuestras manos a las de las próximas generaciones de españoles, en lugar del vacío de un teatro muerto y liquidado, circunscrito al montaje de clásicos y extranjeros. La proporción en que se mezclasen estos montajes debería ser objeto de análisis al estudiar la programación de cada temporada, y sin que esta política impidiese el debido y necesario conocimiento *de cuanto de verdadero interés* se hace en el exterior, que también puede y debe ser fuente de enseñanza.

Nada de esto sería posible sin una reconducción inteligente del público que le aparte de los vicios a que se le ha llevado, lo que tendría que hacerse con las precauciones necesarias para no provocar su definitiva desbandada. El teatro no es sólo una cuestión de público, como parece plantearse la que he llamado política de éxito, ni tampoco es solamente una cuestión de



autores, como ocurriría en las eventuales salas *ghetto* arriba mencionadas, sino que es la simbiosis de uno y otro elementos a través de la representación y el montaje como nexo de unión entre ambos, por lo que montaje y representación habrán de ser coherentes con autores y público a fin de vincularlos en lugar de separarlos.

Todo cuanto en este trabajo se ha dicho, tiene como premisa la necesidad de que en España exista un teatro propio, un teatro español. Quienes consideren que esto no es sino una forma de chauvinismo, ya que la cultura es universal y nuestro público puede igualmente solazarse con un teatro de origen extranjero, máxime cuando las mentalidades y los hábitos tienden a homogeneizarse internacionalmente, tendrán perfecto derecho a decidir que estas líneas carecen de interés.

Por mi parte se me ocurre pensar que, si en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII hubiese habido las facilidades que ahora hay para traducir e importar a los contemporáneos extranjeros de la época, es decir, los isabelinos, con sus intrigas argumentales, sus sangrientos crímenes, su verso libre con posibilidad de interpretación realista en vez de declamada, muy probablemente se hubiesen llevado al público de calle, como suele decirse, y los autores españoles del Siglo de Oro se hubiesen quedado sin estrenar: ahora no existirían Lope, ni Tirso ni Calderón, no tendríamos centenarios que celebrar, y no sólo eso: como Corneille aprendió del último Calderón hasta las comas, al no haber existido Pedro Calderón tampoco existiría Pedro Corneille ni, en consecuencia, sus sucesores del teatro clásico francés: esa *cultura universal* sería, pues, bastante

pobretona. Si unos y otros pudieron existir y existieron fue porque las circunstancias históricas de su entorno propiciaron la existencia de una nómina en la que se insertaron. Nómina que, con frecuencia, fue competitiva y cruel hasta la brutalidad: prácticamente a palos fue expulsado de ella Ruiz de Alarcón y jamás logró Cervantes incluirse en ella. Aún así, existía: unos autores y un público se comunicaban asiduamente.

A este objetivo deberá tender la política teatral del presente, aunque podemos estar seguros de que no lo hará. Y, sin nómina en la que incluirse, los autores consagrados seguirán dependiendo de la suerte, y los autores noveles, los jóvenes autores o autores nuevos, si son constantes, probablemente acabarán por *estrenar*, pero nada más. Después se irán a su casa, a pensar en otra cosa.



## FONDO DOCUMENTAL

La Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias cuenta con las siguientes secciones:

### BIBLIOTECA

Estamos especializados en materiales de tema social y político. Gracias a una labor constante de adquisición y a las donaciones del país y del extranjero, nuestros fondos se ven incrementados constantemente. Contamos con más de 11.000 títulos.

### HEMEROTECA

Tenemos importantes fondos de prensa ideológica y de partido o sindical, anterior a 1939, así como la prensa del exilio republicano y clandestina. Más de 1.500 revistas y periódicos.

### ARCHIVO

Hemos reunido la documentación histórica de las organizaciones obreras españolas, procedente de fondos dispersos por todo el mundo, recopilados, sistematizados y conservados. Más de 50.000 documentos.

- SALA DE LECTURA
- SERVICIO DE FOTOCOPIAS
- PROXIMAMENTE MICROFILM

#### HORARIO:

Mañanas, de 10 a 2  
Tardes, de 4 a 8 Lunes a Viernes  
MONTE ESQUINZA, 30, 3.º Dcha.  
MADRID-4 - TEL. 410 28 39

Hacemos una invitación a todas las personas que tienen algún tipo de material relacionado con la historia del socialismo y del movimiento obrero, en general, a colaborar con la Fundación Pablo Iglesias, donándolo o dejándolo en depósito, y contribuyendo así a la recuperación más completa de nuestra historia. Gracias.

# Fundación Pablo Iglesias

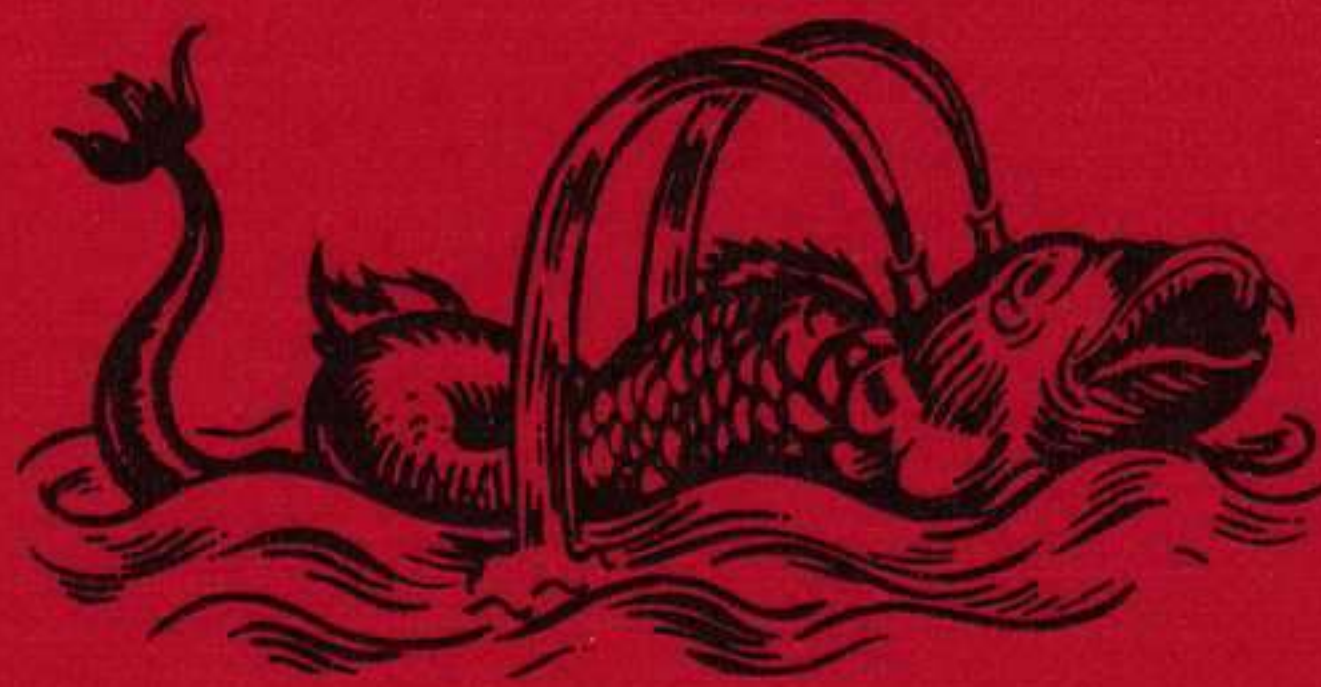












**PRECIO DE ESTE EJEMPLAR: 300 PTAS.**